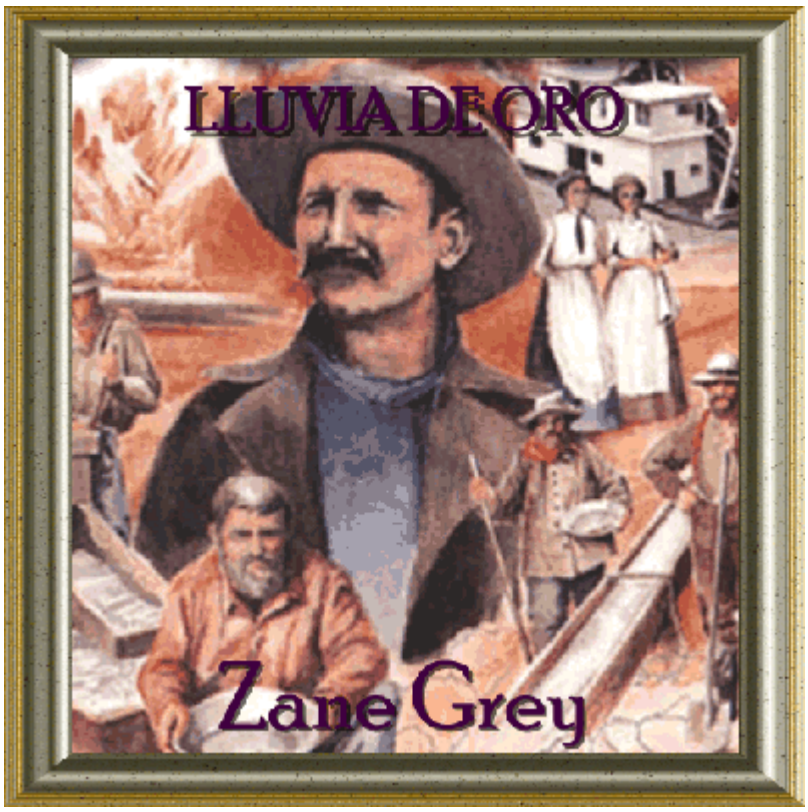
LIBRO dot.com

# LLUVIA DE ORO

## ZANE GREY




LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

# PROLOGO

Un rostro alucinaba a Camerón, un rostro de mujer. En las vacilantes llamas de la hoguera de su campamento, en las sombras que esas mismas llamas no conseguían disipar, en la impenetrable lobreguez más lejana, lo veía claramente, implacable, acusador...

Aquel momento en que la solitaria noche caía sobre el desierto con su silencio de muerte, era para Camerón como el de un conjuro a cuyo mandato acudían en tropel los recuerdos, las visiones de un hogar, allá en Peoría, de una mujer agraviada y perdida, por la que sentía nacer un amor cuando ya era tarde. Era un buscador de oro enamorado de la triste y montañosa inmensidad, porque ansiaba estar solo con sus recuerdos.

Un ruido vino a turbar su meditación. Inclinando la cabeza, escuchó. Una brisa ligera reavivaba las mortecinas ascuas, llevándose, al pasar, chispas y blancas cenizas que se perdían en la oscuridad. Su burro continuaba paciendo. El aullido de un coyote -especie de lobo del tamaño de un perro-rasgó el silencio, elevándose extraño, salvaje, quejumbroso; no el alarido del merodeador de las mesetas alarmado por la fogata o por la presencia del hombre, sino el lamento del lobo a toda voz, llevando en sus acentos el significado del desierto y de la noche. Lamento de hambre, hambre de una compañera, de celo, de vida. Cuando cesó, el terrible silencio cayó sobre Camerón como una losa. Aquel lobo errabundo y él eran hermanos.

Un seco chasquido de metal que choca contra piedras y unos pasos apagados por la arena impulsaron a Camerón a salirse del campo luminoso de su fogata, revólver en mano. Se hallaba en un punto indeterminado de la frontera de Sonora y Arizona, y cl buscador que osa desafiar el calor y la esterilidad de tal región ha de estar preve

nido contra otros riesgos no menos amenazadores.

Figuras que la oscuridad silueteaba fueron acercándose y, al entrar en la zona de claridad, revelaron ser un hombre y un sobrecargado burro.

-¡Hola! -saludó el hombre deteniéndose y mirando a su alrededor-. Vi de lejos su hoguera; ¿puedo acampar aquí?

Camerón salió de la penumbra, devolviendo el saludo a su visitante, que juzgó ser un buscador como él. Lamentaba la intromisión del recién llegado en su solitaria vigilia, pero respetaba y acataba la ley del desierto.

El desconocido dio las gracias y procedió a descargar su burro. Después desenvolvió su hato y empezó los preparativos para la cena. Sus movimientos eran lentos y metódicos.

Camerón le observaba con creciente y curioso interés, a pesar de su contrariedad. A la luz de la reavivada fogata vio a un hombre al que ni el gris cabello envejecía ni la caída de hombros privaba de una impresión de ruda fuerza física.

-¿Encontró usted mineral? - preguntóle.

Su visitante le miró vivamente, como si el sonido de una voz humana le sobresaltase. Contestó y entablóse entre ambos una trivial conversación, aunque era evidente que el desconocido prefería el silencio. Camerón se hizo cargo de ello. Sonrió amargamente, contemplando con mayor interés sus sombrías y rugosas facciones. ¡Otro de esos extraños buscadores del desierto a quienes parece empujar alguna fuerza más potente que el ansia de oro! Camerón sintió que entre aquel hombre y él había una sutil afinidad, vaga e indefinida, tal vez porque ambos eran caballeros errantes del desierto, o por alguna relación profunda e ininteligible cuyas raíces estuvieran en el pasado. En su pecho sintió

una sensación tiempo ha olvidada, que no pudo definir, pero que era similar al dolor.

Al despertar vio con sorpresa que su compañero se había marchado. Las huellas de sus pasos en la arena señalaban hacia el Norte. En tal sentido no había agua; Camerón se encogió de hombros; no era cuenta suya; bastante tenía con sus propios problemas, y no tardó gran cosa en dar al olvido a su extraño visitante.

Comenzó su jornada satisfecho al verse de nuevo solo:

la región que atravesaba, surcada de desfiladeros que parecían entrecruzarse, árida, arenosa y sin más vegetación que los espinosos cactos, no ofrecía señal de vida alguna. Se dirigió hacia el Sudoeste sin apartarse del seco lecho de la torrentera, buscando vagamente, sin interés ni ahínco, al paso, indicios de oro.

La tarea era ardua y, sin embargo, no era la fatiga lo que le impelía a tomarse intermitentes momentos de reposo. Interrumpía su faena para otear, para escuchar, para sentir. Aquel vasto mundo silencioso siempre le había sugerido una especie de misticismo cuya incalculable potencia adivinaba sin comprender.

Era aún de día; estaba excavando en un terreno de blanduzco aluvión en busca de agua, cuando interrumpió su labor el ruido de herraduras entrechocando con los guijarros. Por la parte inferior del desfiladero apareció un hombre y un burra. Camerón las reconoció.

- ¡Hola, amigo ! -gritó el hombre deteniéndose- ¡Nuestras sendas vuelven a cruzarse! ¡Más vale así!

- ¡Hola! - replicó lentamente Camerón-. ¿Cómo pinta hoy el mineral?

-Malamente.

Acamparon juntos y una vez consumido su frugal yantar fumaron una pipa y se envolvieron en sus mantas sin cruzarse apenas la palabra. A la mañana siguiente observaron ambos igual reticencia, igual desvío en sus relaciones. Pero cuando el forastero hubo cargado su burro y estaba a punto de marchar, se acercó a Camerón, diciendo

-Podríamos seguir juntos, si no tiene inconveniente.

-No acostumbro llevar compañero.

-Está usted solo ; yo también-dijo suavemente el otro-. Hay sitio para ambos. Si encontramos oro, seguramente habrá de sobra para los dos.

-No es únicamente el oro lo que me trae al desierto - repuso Camerón con acento glacial.

La profunda y luminosa mirada de su compañero relampagueó singularmente.

Camerón sintió impulsos de decir que en el tiempo que llevaba errante por el mundo no había hallado hombre

alguno capaz de resistir como él la tórrida temperatura, las asfixiantes tormentas de polvo, la terrible desolación de rocas y lavas, silencio y arena que formaban el desierto.

Abarcando con un ademán la inmensa planicie y las montañas circundantes, añadió

-Acaso cruce el desierto de Sonora, o me encamine a Pinacate o hacia el Norte, al Valle del Colorado. Usted es viejo...

-No conozco el país, pero me es igual un punto que otro-replico su interlocutor, y se abstraía paseando la mirada por el policromo golfo de piedra y arena. Después guió al burro detrás de Camerón.

-Sí, soy viejo y estoy solo. Recientemente me he dado cuenta de ello, pero aún puedo caminar, amigo, y por algunos días no le molestará mi compañía.

-Sea como usted quiera-dijo Camerón.

Empezaron la lenta marcha, internándose en el desierto. Al ponerse el sol acamparon en la ladera de una meseta. Camerón se alegraba de que su camarada tuviera la cos-, tumbre india del silencio. Con la llegada del siguiente día y cuando se hallaban ya en pleno desierto empezó a iniciarse un rompimiento en la reserva, evidente en el hombre de mayor edad, pero tan gradual que era casi imperceptible en el otro. Al abrigo de la escasa fogata de leña de mezquites, el ceñudo y pensativo buscador dejaba la pipa a intervalos para pronunciar alunas palabras; Camerón le escuchaba y contestaba con similar concisión, pero al reaccionar a la influencia de un desierto menos solitario que de costumbre, empezó a darse mayor cuenta de su compañero. Lo encontraba distinto de cuantos hombres había conocido en los yermos. Éste jamás se quejaba del calor o de la reverberación solar de la arena, o del agua, escasa y apenas potable, o de lo liviano de las provisiones. Durante el día, rara vez permanecía inactivo; durante la noche se acomodaba ante el fuego, abismado en sus recuerdos, o paseaba de acá para allá en la penumbra. Dormía poco y era incansable, paciente, taciturno.

Al despertarse su interés, Camerón recordó que durante algunos años había evitado a sus congéneres. En ese espacio de tiempo, solamente tres hombres se habían aventurado con él en el desierto, y los huesos de los tres blanqueaban ya entre las arenas. Camerón no se había preocupado de averiguar sus secretos, pero, cuanto más estudiaba a este último camarada, más se convencía de que algo se le había escapado de los anteriores. Pensando únicamente en sí mismo, atento sólo a refugiarse con su secreto en la ilimitada extensión del desolado desierto, había llegado a olvidar que en la vida de los demás podía también haber tragedias, y su callado compañero se lo hacía tácitamente presente.

Una tarde, tras un penoso ascenso por un blancuzco terreno de arena y guijarros, llegaron a un pozo seco. Camerón lo profundizo sin resultado y se disponía a retroceder cuando su compañero le indico que esperase. Curiosamente vio que sacaba de su hato algo que parecía ser una varita pequeña de melocotonero, horcada. Tomando una de sus puntas en cada mano la extendió horizontalmente, emprendiendo a paso lento la marcha por el cauce del río. Camerón, sorprendido al principio, y finalmente compasivo y curioso, acompaño al buscador, pudiendo notar la violenta tensión de sus muñecas como si estuviera resistiendo alguna fuerza contraria. Súbitamente, el extremo de la varita comenzó a vibrar, inclinándose. Al tocarla, Camerón se quedo atónito, sintiendo la potente vibración que la forzaba hasta quedar señalando al suelo.

-Excave aquí -dijo el buscador.

-¿Qué? – exclamó el otro.

¿Habría perdido el juicio el infeliz?

Sin responderle, su compañero empezó a excavar... Tres... cuatro... cinco pies... ; la arena apareció húmeda... y a los seis pies, el agua comenzó a filtrarse.

-Traiga el cestillo de mi hato-dijo.

El joven obedeció, viendo como su camarada hundía el cestillo en el agujero, para impedir así que los lados se derrumbasen y a la vez dejar pasar el agua, que pronto lleno por completo el espacio libre. Camerón contemplaba absorto la escena. De todos los incidentes de su larga vida errante, aquél era el más peregrino.

Recogió del suelo la ramita de melocotonero y la sostuvo como la había visto empuñar, pero en sus manos no surtió efecto alguno.

-Carece usted de poder-observo su camarada-. Son escasos los que lo poseen.

-Los que poseen ¿qué?

-La virtud de encontrar agua de este modo. En Illinois había un alemán que se ganaba la vida así, descubriendo aguas subterráneas. Vio que yo tenía la misma aptitud y me enseñó a utilizarla. Es inexplicable, pero... no se asombre de tal modo, no tiene nada de milagroso.

-¿Es decir que... hay hombres dotados de un magnetismo, una fuerza o poder que les permite encontrar agua como usted lo ha hecho?

-Sí; en las granjas de Ohío, Pennsylvania e Illinois no es raro encontrarlos.

-¡Qué don para un hombre en el desierto!

El compañero de Camerón sonrió... por segunda vez desde su encuentro.

Entraron en una comarca en la que abundaba el mineral, y su marcha se hizo más lenta. Generalmente seguían el curso de un aluvión, uno a cada lado, dejando que los burros les siguieran, mordisqueando las áridas hojas de cactos o paciendo las escasas hierbas, mientras ellos buscaban por los desfiladeros y prominencias indicios de oro.

Cuando encontraban alguna roca con muestra ensayaban un trozo con un reactivo. Había una gran fascinación en la búsqueda, que alternaban con largos períodos de reposo, en los que contemplaban silenciosamente los remotos perfiles de las montañas. Un ansia ineludible, más potente que la del oro, les llevaba a explorar mesetas y escarpas, y por eso después de excavar y de experimentar descansaban, abismados en la contemplación del vasto panorama. Cuando el sol perdía su fuerza y su disco rutilante desaparecía tras los lejanos montes, acampaban en algún barranco o en el álveo del torrente para buscar agua. Al encontrarla, descargaban las caballerías, las abrevaban y las dejaban en libertad. Alimentaban la hoguera con mezquite seco y, mientras el crepúsculo se convertía en noche cerrada, permanecían sentados, fijos los ojos en las ardientes brasas, o se tendían en la arena bajo las titilantes estrellas.

Camerón sentíase cada día más atraído hacia aquel hombre misterioso y extraño. Cuando le parecía hallarse más cerca de él era después de las largas horas de penoso trabajo. Algunas semanas de permanencia en el desierto cambiaban siempre su modo de ser. En la civilización, en los rudos campamentos mineros, hacían presa en él la inquietud y el desaliento, pero una vez en plena desolación, podía escudriñar los más recónditos rincones de su alma sin amargura. El desierto, creía Camerón, enaltecía a los hombres. Pensaba que, si bien el hombre, puesto en el caso de luchar contra el frío, el calor, la sed, la aridez, contra los elementos en toda su ro c ferocidad, corazón cedía, descendía al nivel del salvaje y perdía el alma convirtiéndose en un bruto, al vagar errante o perdido por el desierto, revertía ese brutal orden de la vida haciéndole noble, admirable, sobrehumano.

Por eso no le chocaba el sentir una premonición de que su compañero y él, solos en el desierto, llevados allí por misteriosos e irresistibles destinos de la vida, se verían el uno al otro a través de los ojos de Dios.

Su camarada pertenecía a ese género admirable de hombres que jamás piensan en sí mismos. Era humillante para Camerón el no poder impedir, a pesar de su creciente interés, que en las diarias faenas comunes el otro le sobrepujase notablemente; no obstante su apariencia suave y quieta, parecía hecho de fibras de acero. Nada le contrariaba, y en la busca del oro mostraba mayor interés en beneficio del joven que en sí mismo. Al hacer los tanteos, las manos de éste temblaban a su pesar a causa de la pasión dominante en todo buscador. En cambio, el otro jamás demostraba la menor emoción. Una noche estaban acampados en la embocadura de una garganta. El día había sido excesivamente caluroso y, aun ya muy entrada la noche, persistía la irradiación del calor

por las rocas. Un pájaro del desierto silbaba una melancólica nota desde un acantilado y un lejano coyote aullaba lúgubremente. Rutilaban las estrellas con un blanco fulgor, hasta que la luna vino a atenuar su brillantez, y en esa noche Camerón, observando a su camarada, cedió a su interés, hasta entonces reprimido.

-Compañero, ¿qué le empuja a usted hacia el de

sierto?

-¿Parece empujarme algo?

-No, pero lo adivino; ¿viene usted a olvidar?

-Sí.

-¡Ah! -exclamó suavemente Camerón. Le parecía haberlo adivinado desde un principio. No añadió palabra alguna más, contemplando al otro, que, incorporándose, empezó su nocturno paseo, arriba y abajo, incansable, incesante, a paso lento, como quien monta una guardia.

No miraba las estrellas ni seguía el radiante curso de la luna. Cabizbajo, parecía perdido en otro mundo, en un mundo que el desierto hacia real. Y su aspecto triste, anhelante, sombrío, dio a Camerón la medida de la pequeñez del hombre.

Se dio cuenta también del ansia de su propio pecho, del fuego de su corazón, de la lucha y tormentos de su alma, juguete de la pasión. Estaba en el desierto para recordar a una mujer. Se le aparecía tal como se le había aparecido cuando por vez primera cruzo su camino : rubia, de ojos azules, piel blanca y labios rojos, alta, esbelta y bellísima. Jamás había podido olvidar; un remordimiento inextinguible atenazaba su corazón. Se puso en pie, trepo a lo alto del barranco, hasta la meseta, por la que paseo febrilmente, mirando hacia abajo las tinieblas misteriosas y fantásticas como las de su pasión, y más allá, los rayos de luz plateada bañando las fulgentes extensiones que se perdían en el frío horizonte azul. La luna surcaba la bóveda celeste, plácida y radiante; las estrellas titilaban blancas y serenas. El cielo aparecía ilimitado y divino. El desierto negro y plata le rodeaba, caótica visión de rocas y arena, silencioso, austero, milenario, siempre igual, siempre esperando; para Camerón, el desierto hablaba. Era un cadáver que tenia espíritu. En aquella salvaje soledad, las estrellas parecían mirarle, crueles v compasivas a la vez. Brillaban sobre un desierto que acaso tuvo vida en otros tiempos y, aunque ahora estaba muerto, podía renacer para volver a morir. Para el era una terrible experiencia estar solo allí y darse cuenta de que no era más que un hombre enfrentándose con la eternidad. Pero en la misma idea encontraba fuerzas para sobrellevarla. Se juzgaba parte del todo, un átomo en la inmensidad, pero un átomo necesario para el cumplimiento de una misión inescrutable, indestructible, en aquel mundo desolado, de ruinas, de corrupción y de muerte, algo perecedero y mudable desenvolviéndose bajo la inmutabilidad del cielo.

Aquel interminable y silencioso desierto tenia un espíritu, y Camerón sintió erguirse en tomo suyo lo que imagino debían de ser fantasmas de paz.

Volvió al campamento, interpelando a su camarada

-Voy creyendo que somos lobos de la misma camada -le dijo-. Una mujer me empujo al desierto. Pero he venido a recordar. Es el único sitio donde puedo hacerlo.

-¿Era su mujer?-pregunto el otro.

-No.

Siguió un largo silencio. Un vientecillo fresco arremoli- naba la arena entre las salvias, disipando los restos del calor diurno. El fuego de la hoguera se convirtió en un montón de ascuas cenicientas.

-Tuve una hija - dijo el compañero de Camerón Perdió a su madre al nacer, y yo..., yo no supe criar a la chicuela... Era bonita y alegre... Fue... la eterna his- torta...

Para Camerón, sus palabras tenían especial significado. Le desolaban. Su remordimiento le había hecho egoísta. No recordaba haber considerado jamás el efecto de un agravio en las personas relacionadas con la mujer agraviada. Sin embargo, el alcance de las consecuencias era inmenso. Herían de muerte las más hondas raíces de un hogar, y ahora se encontraba frente a un hombre espléndido, un padre que malgastaba su vida por no poder olvidar, por no encontrar motivo de vivir. Camerón comprendía mejor que nadie la atracción que para un hombre así tenia el desierto.

-Cuénteme usted más - insistió.

-Fue... la eterna historia. Mi hija era bonita..., tenia libertad. Dos mozos la cortejaban, y ella..., ella se dejaba querer. Yo estaba ausente con frecuencia, trabajando en otra ciudad. Se enamoro de un mala cabeza... Cuando lo supe... ya era tarde. Se comprometió a casarse con ella, pero... marcho para no volver. Al hacerse patente su ver- güenza, mi hija abandonó nuestra casa. Fue al Oeste. Poco después supe de ella... Estaba bien..., trabajando..., viviendo para su hijita... Paso mucho tiempo, yo no tenia nada que me ligase... Fui hacia el Oeste, como su amante... En aquel tiempo el Oeste era como un imán que atraía. a todo el mundo. Seguí su pista resuelto a matarle como a un perro... Pero la perdí..., como perdí todo rastro de ella... Había cambiado de residencia, inducida sin duda por el malvado aventurero... Desde entonces ando errante,. buscando oro por el desierto.

-Si, es la eterna historia..., pero más triste -dijo Camerón con voz alterada- Compañero, ¿de que parte de Illinois procede usted?

-De Peoría.

-Y... ¿se llama usted? - prosiguió con ronco acento.

-«"arrea:.. Jonás Narren.

Para Camerón, el efecto del nombre fue el de una bala; quedó rígido, inmóvil, como algunas veces queda el hombre que acaba de recibir un balazo en el corazón, y un instante después, al acudir en confuso tropel las ideas y los recuerdos a su mente, como penetrantes rayos de vivísima luz, se tambaleaba trémulo, agobiado por el terror. Bal- bució algunas palabras incoherentes, y retrocedió, buscando amparo en la oscuridad. Pero por mucho que le hubiera traicionado su agitación, no tenia por qué temer ser descubierto. Warren, sentado junto al fuego, seguía cabizbajo, absorto en el pasado.

Sintiendo en sus oídos el violento zumbar de sus arterias, Camerón se alejó entre las sombras murmurando una mil veces, aterrado

-¡Dios misericordioso! ¡Nell era su hija!

Al multiplicarse las ideas, se sintió sobrecogido. Era increíble que entre todos los millones de hombres del mundo se hubieran encontrado en el desierto aquellos dos, desconocidos el uno del otro e impulsados ambos por el recuerdo de la misma mujer. ¡Cómo renacía el pasado! Para él era prueba palmaria de su- inevitable influencia en la vida espiritual. Había pretendido hundirse en el desierto, a solas con su secreto, y el azar le precipitaba frente al padre de la mujer a la que agravió. Era incomprensible; esa tragedia era lo más terrible que podía ocurrir en un mundo juguete de la casualidad. Tanto para el padre como para el amante, la situación había de ser forzosamente insoportable.

Su dolor llegaba al paroxismo previendo las relaciones entre Warren y el. Una voz interior le ordenaba revelar su identidad. Warren le mataría..., pero no era el miedo a la

muerte lo que le hacia vacilar; la había afrontado con harta frecuencia para temerla. Por un extraño miramiento, lo que le detenía. era la idea de aumentar el tormento de aquel hombre. Camerón se juró no añadir la tortura del crimen a sus sufrimientos, no darle ocasión a que tiñese sus manos en sangre. Confesaría la verdad de la triste historia de Nell y suya, ofreciendo la reparación posible.

Sus pensamientos pasaron del padre a la hija. Lejos..., muy lejos... más allá de la tenue linea del horizonte, estaba Nell. ¿Dónde...? En aquellas horas pasadas junto al fuego de su campamento solitario su fantasía le había torturado evocando imágenes posibles... situaciones que acuciaban sus remordimientos... ¡ y su imaginación le había mentido cruelmente! ¡Lejos de dejarse arrastrar por la corriente, Nell había sabido sostenerse a flote, salir triunfante de la ruda lucha, reconstruir su truncada vida! ¡Y ahora seguía luchando para asegurar el nombre y la felicidad de su hija! Camerón sintióse estremecer con el escalofrío físico de una emoción producida por el nuevo conocimiento.

Súbitamente, mientras paseaba la vista por el rojizo y sombrío desierto, tuvo la sensación de que cesaba la lucha en su alma. Fue un instante de imponderable cambio, en el que su mirada pareció penetrar la inmensidad de nubes y montañas, de misterio, tinieblas y sombras... percibiendo con claridad meridiana el ilimitado espacio. Comprendió la grandeza, la sencillez, la verdad del desierto. Por fin había aprendido la lección. Ya no le parecía extraño su encuentro con Warren. Ambos seguían las sendas que el destino les trazaba y, de igual modo que se habían entrecruzado antaño una y mil veces, volvían ahora a encontrarse, encaminadas hacia la misma meta. Errantes ambos por el mundo, impulsados uno y otro por su interior afán, el desierto les reunía. Solos y en silencio habían obedecido a ciegas el mandato de su espíritu, pero ahora Camerón comprendía que ya no estaba ciego y, en un relámpago de clarividencia, adivinaba que le debía aliviar a Warren del peso de su carga.

Volvió al campamento intentando concretar un plan. Como de costumbre, al llegar aquella hora, Warren paseaba, inquieto. Durante toda la noche, Camerón, agobiado por sus pensamientos, permaneció despierto.

Por la mañana, cuando Warren llevó los animales al campamento, empezando los preparativos de marcha, Camerón rompió el silencio.

-Compañero..., su historia de anoche me ha dado mucho que pensar. Quiero decirle algo de mi mismo. Triste es el verse apesarado por causa de un ser querido, como usted se ve, pero el sufrir como yo sufro eterno remordimiento por saberse causante de la perdición de aquella a quien se amó... es infernal... Escuche... En mi juventud... (¡parece que fue Dios sabe cuándo y, sin embargo, no hace muchos años!) fui un mala cabeza. Agravié a la mujer más bella y más pura que he conocido.

Me separé de su lado sin la más remota idea de que después pudiera verse vilipendiada. Entonces sufrí un tremendo cambio... Cambié y me di cuenta de que la amaba. Una carta que debí recibir muchos meses antes y en la que me hablaba de su situación implorando que la salvase, llegó tarde a mis manos. Loco de vergüenza y de terror, me procuré una licencia de matrimonio y corrí a la población donde se encontraba, pero... ¡se había marchado! Al ser conocida su desgracia ¡había huído algunos meses antes...! Me aconsejaron que evitase un encuentro con su padre... Seguí su pista, conseguí encontrarla y nos casamos, pero, ¡demasiado tarde...! ¡No quiso vivir conmigo! Me abandonó, y aunque la seguí al Oeste, no pude volver a dar con ella.

Warren se inclinó hacia delante, clavando la mirada en sus ojos, como buscando en

ellos un arrepentimiento que le hiciera menos merecedor de su desprecio.

Camerón sostuvo inmutable la mirada, prosiguiendo

-Ya sabe usted la facilidad con que se pierde aquí la identidad y hasta el nombre. No le sorprenderá, por tanto, el saber que no me llamo Camerón.

Hubo un silencio en el que la grave atención de Warren pareció suspenderse, cambiar de modo, antes de trocarse en algo aún indefinido.

Camerón sintió oprimirse su corazón, invadiéndole un frío glacial. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para seguir hablando

-Warren : ¡yo soy el que usted busca! ¡Soy Burton, el marido de Nell... !

El anciano se incorporó abalanzándose con veloz movimiento sobre Camerón y echándole al cuello sus terribles manos vengadoras. El violento contacto, el agudo dolor, previnieron a Camerón del peligro que corría. Una resistencia desesperada pudo librarle de verse arrojado contra el suelo, pisoteado y aplastado. Warren parecía un gigante enloquecido. Siguió la lucha implacable, salvaje, hasta que la edad se hizo sentir v el anciano empezó a desfallecer. Camerón, sin aliento, molido, cubierto de sangre, medio atontado por los golpes, intentó hablar:

-¡Warren! ¡Espere...! ¡Un minuto...! ¡Me casé con Nell...! ¿No lo sabía...? ¡Salvé a la niña...!

Al notar el efecto de sus palabras, las repitió una y mil veces. Como impulsado por una fuerza irresistible, Warren

soltó a Camerón y tambaleándose retrocedió, elevando al cielo las temblorosas manos. Sus facciones expresaban su horrible tormento.

-¡Warren! ¡Escuche! ¡Escuche...! -jadeó Camerón -. Tengo la certificación del matrimonio...! ¡La he llevado encima desde entonces... la he conservado siempre para asegurarme a mí mismo de que obre como debía...!

El anciano dejó escapar un desgarrador gemido.

Camerón se alejó por entre los peñascos. Jamás pudo recordar cuánto tiempo estuvo errante, ni lo que hizo. Cuando regresó al campamento, Warren estaba sentado junto al fuego, al parecer más sereno; en sus palabras no había nada que revelase la pasada tragedia.

Cargaron las bestias y se dirigieron juntos hacia el Norte. Camerón sentía una singular exaltación. Había aligerado el peso del dolor de su compañero, v, como por ensalmo, notaba que había también aligerado el suyo. Ya no era un tormento pensar en Nell. Caminando al lado de su camarada, parecía sentir como un aura de paz, un ambiente de placidez, promisorio de una tranquilidad espiritual de que hasta entonces había creído imposible volver a gozar. En el silencio de la noche, el viento del desierto llevaba en sus alas la voz maternal de la Naturaleza, los murmullos de Dios: paz en la soledad.

Llegó una mañana en la que el sol apareció como un disco de un rojo cobrizo a través de la bruma sombría.

-Se nos viene encima una tempestad de arena - dijo Camerón.

Apenas habían recorrido una milla, cuando se vieron envueltos por una verdadera sábana de arena amarillenta. Refugiándose al amparo de unos peñascos, esperaron, confiando en que sería una simple turbonada como las que con frecuencia azotan aquellos parajes. El gemido del viento se convirtió en rugido, el sol se fue apagando hasta desaparecer oculto por la amarillenta atmósfera, que se hizo opresiva y casi irrespirable. Warren descargó los burros. Camerón manifestó el temor de que se hubiera anticipado la

estación tormentosa. Resguardándose como mejor pudieron, los dos hombres esperaron el paso de las horas. mientras la tempestad aumentaba en violencia. Mojaron sus pañuelos en agua de sus cantimploras, cubrieron con ellos sus rostros y se taparon la cabeza. El torbellino de arena era incesante y de tal intensidad que, a pesar de hallarse al resguardo de un saliente de roca, se veían medio enterrados, teniendo que sacudir sus mantas con frecuencia. Intentaron comer, pero la arena se mezclaba con los alimentos. Perdieron la noción del tiempo, no atreviéndose a dormir inmóviles bajo la roca, desenterrando de vez en cuando los hatos y luchando denodadamente para evitar la sofocación. Finalmente, la tormenta agoto su violencia, dejando a los dos buscadores medio muertos de sueño y de fatiga. Sus caballerías se habían alejado o quizás estaban enterradas. El desierto presentaba un aspecto completamente distinto; sembrado de dunas, parecía un mar de olas inmóviles. Hacia el Norte se elevaba un picacho; era la única guía. Se encaminaron hacia aquella dirección llevando consigo parte de su equipo y una pala, pero al llegar al mediodía lo perdieron de vista por efecto de la intensa calina del desierto. Siguieron adelante, orientandose por el sol. En cuantos aluviones encontraban buscaban agua, consiguiendo localizarla gracias a la varita de Warren, pero ninguna vez pudieron llegar a ella a causa de su excesiva profundidad. Agotados y con los miembros doloridos, acabaron por tenderse en el suelo; durmieron toda aquella noche y parte del siguiente día, en el que consiguieron dar con una capa acuosa a escasa profundidad, logrando al fin apagar su sed, llenar las cantimploras y preparar una comida suficiente.

Hallábanse en una vastísima planicie implacablemente batida por los rayos de un sol abrasador. La terrible sequedad del ambiente les forzaba a humedecer sus fauces con frecuencia, a pesar de lo cual procuraban economizar la reserva de agua empleándola gota a gota. Al atardecer llegaron a un barranco, que supusieron ser continuación de aquel en el que habían encontrado agua. Lo exploraron durante largas horas con esperanza de encontrar su embocadura, pero no llegaron a ella hasta ya muy entrada la noche. Vencidos por la fatiga, quedáronse dormidos. Al día siguiente les falto valor para proseguir su camino, hasta que la frescura de la noche les decidió; reanudaron la marcha, se llenaron las cantimploras y fueron recuperadas las fuerzas.

Al amanecer se dieron cuenta de que, lejos de haber marchado en línea recta, habíanse internado en un nuevo desierto desconocido para ellos. El rojizo color del sol, el

calor, cada vez más intenso, y especialmente la variedad y el tamaño de los cactos, hicieron comprender a Camerón que se encontraban en una zona más baja de nivel. En todas direcciones divisaba picachos y masas montañosas, cercanos los unos, a incalculable distancia las otras. Un espolón azulado se destacaba nítidamente sobre el azul del cielo, hacia el Norte. Camerón creyó reconocerlo. Se dirigieron a él tomándolo como punto de orientación. La ascensión fue penosísima, no porque fuera abrupta la pendiente, sino por lo interminable del camino. Camerón sabía que las únicas esperanzas de salvación consistían en lograr que el agua no se agotase antes de llegar y por esto no se daban punto de reposo; pero Warren empezó a desfallecer, teniendo que detenerse con frecuencia. Al sofocante día sucedió la noche con sus blancas estrellas, tan cruelmente frías y rutilantes.

Camerón, por el peso de su cantimplora, calculo el agua que quedaba en ella. La evaporación, debida al calor, consumía casi tanto líquido como bebían. En uno de los breves descansos, al humedecer sus labios, trasegó parte del contenido de su cantimplora a la de Warren.



Librodot

Al principio, Camerón, refrenando su inquieta actividad, procuro acomodar su paso al de su camarada, pero ahora sentía que iba perdiendo parte de su impulso y apasionado anhelo de salir del desierto. La idea del agua ocupaba por completo su mente. Tuvo la impresión de que la última reserva del precioso líquido no sufría disminución apreciable. Quiso atribuirlo a una aberración de sus sentidos, pero hubo de reconocer que había un fondo de realidad en la supuesta fantasía y esto le dio que pensar.

Aprovecho la primera ocasión en que hicieron alto para fingirse abrumado por el calor, cerrando los ojos. Warren, a pesar de su desfallecimiento, no había perdido su astucia. Cautelosamente se apodero de la cantimplora de Camerón y trasegó a ella parte del agua de la suya.

La acción desconcertó a Camerón; sintió renacer en su pecho la antigua irritación de no poder anticiparse a Warren. Reflexionando, pensó que debía haber previsto lo que ocurría. Mientras su camarada descansaba, tomo ambas cantimploras. Si en la de Warren quedaba agua alguna, debía ser en muy escasa cantidad. Así, pues, ambos habían pretendido disimular, soportando estoicamente la terrible sed del desierto para no conseguir sino cambiar de receptáculo el agua haciendo el sacrificio inútil. En vez de beneficiarse mutuamente, el agua se había ido evaporando. Al convencerse de ello, Camerón bebió un buen trago, el último, y escancio la que quedaba en el recipiente de Warren, tirando el suyo.

Poco después, Warren se dio cuenta de ello.

-¿Donde está su cantimplora? -pregunto.

-Preferí bebérmela yo a que el sol la evaporase.

-¡Hijo mío! -se limito a decir Warren.

Amaneció el día para ellos en un caótico infierno verde y rojo de nopales y peñascos. Los rayos del sol quemaban como llamas, excoriándoles el rostro. A consecuencia de la reverberación, Warren había cegado casi totalmente, y el otro tuvo que guiar sus pasos hasta que, sin fuerzas para seguir, se dejo caer a la sombra de un saliente rocoso.

Camerón, desalentado, espero contemplando con ojos inflamados el panorama desde la altura en que se encontraban. El saliente era como el primer peldaño de una escabrosa y gigantesca escalinata. Por debajo se extendía un triste, austero y solitario valle, por el que serpenteaba una línea blancuzca. En otros tiempos debió correr por allí un río, del que no quedaba ya más recuerdo que aquel árido álveo desecado.

Un movimiento de Warren llamo la atención de Camerón. Evidentemente, el viejo buscador había recuperado la vista y parte de sus facultades, porque, levantándose, iba en dirección al lecho del arroyo con la ramita ahorquillada en las manos. Camerón consideraba inútil la busca de agua, porque, a su juicio, el arroyo había sido antes un congosto que los vientos del desierto habían llenado de arena. Warren, sin embargo, se detuvo ante un hoyo profundo y, partiendo en dos su cantimplora, utilizó una de sus mitades para ahondar el hoyo, agrandándolo hasta tal punto que Camerón, creyendo que había perdido el juicio, intento suavemente disuadirle, aunque sin resultado. Warren trabajaba con lenta y metódica precisión. Después de un largo lapso de tiempo, Camerón, al ver que el terreno iba presentándose más oscuro y húmedo, empezó a entrever la bendita posibilidad de encontrar agua y, tomando la otra media cantimplora, ayudo a su compañero, profundizando más y más el hoyo. La arena aparecía ahora más gruesa, hasta convertirse en guijarros por fin apareció el agua en mayor cantidad de la que Camerón recordaba haber hallado jamás en el desierto. No tardo en llenarse el hoyo hasta rebosar.

La circunstancia le maravillaba porque estaban al final de la época de sequías. Acaso se trataba de alguna corriente subterránea que, viniendo de las sierras, pasaba por debajo del fondo del valle y por aquel punto se aproximaba a la superficie. -No era el primer milagro que Camerón presenciaba en el desierto. El hallazgo de agua levanto su espíritu, pero la alegría fue breve. El esfuerzo había agotado definitivamente a Warren.

- ¡No puedo más! ¡No pierdas tiempo! - murmuro-. ¡Hijo mío...! ¡Vete...! ¡Vete...!

Y cayo al suelo.

Medio arrastrándolo, Camerón lo llevo a un lugar resguardado del sol, bajo el saliente. Al sentarse junto al moribundo, advirtió que las superficies planas de la roca estaban cubiertas de imágenes pintadas. Ya había encontrado otras veces en el desierto aquellas señales de un pueblo prehistórico. Por la fuerza de la costumbre, cogió un pedazo de roca, examinándolo. Su peso le extraño, por lo cual hizo de él un examen más detenido. Era de un color negro particular. Raspo la superficie ennegrecida y encontró en ella indicios de oro. A su alrededor yacían montones desparramados de pedruscos negros, trozos de roca desgastados por los elementos, pedazos del saliente..., todo ello con evidentes señales de oro.

-¡Warren! ¡Mire! ¡Mire! ¡Oro...!

Pero Warren, que jamás había sentido la pasión del verdadero buscador, estaba además ciego.

-¡Vete...! ¡Vete...! -murmuro.

Camerón recorrió con la vista la desolada extensión del valle y una voz interior, inexplicable, extraña, le recordó su promesa. Levanto unos mojones de piedra para señalar el punto de su descubrimiento y volvió al lado de Warren, que había perdido el sentido. Los minutos se convirtieron en horas. Camerón aún tenía fuerzas bastantes para intentar salir del desierto, pero la misma inexplicable voz interior que le había recordado su promesa le obligaba ahora a permanecer junto a Warren. El sol fue cambiando de color, hasta desaparecer tras las montañas, en el Oeste. El crepúsculo cayo sobre el arroyo, entenebreciendo lentamente el valle. La bóveda negroazulada se tachono de estrellas y la luminosa noche del desierto se extendió sobre ellos, silenciosa y serena.

Camerón continuó su vigilia. Con el lento paso de las horas vino el convencimiento de que no le era preciso combatir el sueño. En el horizonte, una tenue claridad anunció la aparición de la luna, una luna disforme y melancólica. Reinaba un absoluto silencio. El desierto estaba mudo. La misma voz interior le advirtió el momento en que se quedó solo. No le fue preciso mirar el ya impasible rostro de su compañero para cerciorarse de ello.

Ante sus ojos apareció otro rostro, un rostro de mujer... Estaba allí, entre las sombras, en la oscuridad, dulcificado por la luz de la luna, transfigurado en un rostro de niña, con los mismos ojos negros de su madre.

En férvido arrebato, Camerón elevó vehemente súplica a la voz interior que le inspiraba, al espíritu indefinible del que las rocas y la arena, los cactos y la anfractuosa lava, el erial infinito y su bóveda tachonada de estrellas eran átomos integrantes. Su ruego fue por una mujer; pidió magnanimidad para ella y venturas sin cuento para su hija. ¡Las sentía tan cerca a ambas en aquel momento... ! El tiempo y el espacio se aniquilaban. Tenía fe... y leía claramente el porvenir. Los fatídicos hilos del pasado, tan inextricablemente enmarañados por su error, se desentrañarían más adelante, allí en el desierto.

Camerón sacó de su bolsillo una cajita de metal y, abriéndola, cogió un papel

doblado. Conservaba una pluma y con su sangre, a falta de tinta, añadió a la pálida luz de la luna algunas líneas a la certificación de su matrimonio, reintegró el documento a la caja y la colocó sobre una roca plana. Allí quedaría, insensible al calor, al frío, inatacable por el polvo o la humedad, indiferente al paso del tiempo. ¿Desde cuándo se conservaban aquellas pintadas imágenes de las paredes, tan detalladas y perfectas como el día de su ejecución? En el desierto no había pistas ni caminos fijos; su aspecto sufría continuas alteraciones que desorientaban al caminante.

A Camerón le parecía ver el futuro movimiento de las arenas; siempre inquietas, cambiarían de posición, pulimentando, corrigiendo las rocas, enterrándolas; los torrentes desharían su labor, poniendo al descubierto lo que ocultaron; las prominencias sufrirían el influjo demoledor de las lluvias y del sol; las avenidas variarían la faz de las montañas; las semillas de cactos, llevadas por el viento, fructificarían afirmándose al árido suelo con sedientas raíces. Pasarían los años. Camerón creía verlos pasar y ver también el Destino llevando de la mano a una niña y conducirla a aquel desolado yermo, donde encontraría el amor, la fortuna y la tumba de su padre.

Piadosamente, Camerón cubrió el rostro del que había sido su compañero.

El gesto pareció simbolizar su abstracción de la realidad. Vagamente, como en sueños, creyó ver su propia alma. La noche se convirtió en día gris, y este, otra vez en noche tétrica y sombría. De la vasta inmensidad del desierto surgieron en tropel los espectros, heraldos de paz. Majestuosamente le rodearon, congregándose con ceremonioso ritual, y acercándose a él le envolvieron en su inalterable serenidad.

# I

Ricardo Gale comprendió que su permanencia en el Oeste había sido exactamente lo que su descontento padre había predicho que sería : un período de holganza y de sueños fantásticos sin fin ni objetivo alguno determinado.

Una reflexión parecida, aunque tal vez más seria y mezclada de desesperación, había empujado a Gale a la frontera.

Hacía algún tiempo que los periódicos publicaban noticias de la revolución de Méjico, de la campaña de guerrillas, de la caballería norteamericana que patrullaba la franja internacional, de cow-boys americanos peleando contra los rebeldes, de audaces incursiones y de bandidos. Cale leía tales rumores con marcado escepticismo. Pero ya que la oportunidad o la suerte habían pasado de largo por su lado durante su estancia en Montana, Wyoming y Colorado, se había encaminado hacia el Sudoeste, a la frontera de Arizona, donde confiaba que la vida sería menos monótona. No le interesaba particularmente lo que podía ocurrirle. Después de varios meses perdidos en fútiles tentativas de encontrar un empleo que le cuadrase, Cale empezaba a ser de la opinión de su padre.

Anochecía, una tarde de principios de octubre, cuando Ricardo llegó a Casita. Le sorprendió ver que se trataba evidentemente de una población de importancia. En la estación del ferrocarril apretujábase una muchedumbre compacta, en su mayor parte

mejicanos, tocados con sus grandes sombreros de anchas alas. Le parecía estar en país extranjero. Poco después distinguió a varios compatriotas, uno de los cuales se ofreció a llevar su equipaje a un hotel. Emprendieron la marcha por una calle bien alumbrada y amplia, cuyos edificios estaban profusamente iluminados. Gran parte de cuantos cruzaban con Gale eran mejicanos. Su guía le explicó que la mitad más reducida de Casita estaba asentada en Arizona y la otra mitad en Méjico, y que, de sus varios miles de habitantes, la mayoría pertenecía a la parte Sur de la calle que servía de línea divisoria fronteriza. Le dijo también que aquel día habían entrado los rebeldes en la ciudad, causando enorme sensación su llegada.

Gale había poco menos que agotado sus recursos financieros, por lo que pasó sin detenerse frente a un hotel de presuntuosa apariencia, pidiendo a su guía que le condujera a un más modesto hospedaje.

Cuando lo hubo conseguido, la presencia de algunos ociosos en el salón y su propio deseo de comodidad le indujeron a cambiar sus ropas de viaje por un atavío más en armonía con lo que le rodeaba.

- ¡Bien! - se dijo pensativamente -. Estoy casi sin blanca. Mi padre me dijo que era incapaz de ganar un céntimo, y... se equivoca de medio a medio. No sé por que me da el corazón que me ha de pasar algo en esta ciudad.

Atravesó un pasillo enjalbegado, muy alto de techo, entrando en una habitación de vastas proporciones que, a no ser por las mesas de billar, el bar y unos bancos, hubiera parecido un patio. El suelo estaba empedrado, las paredes eran de adobe y las amplias ventanas se abrían como puertas. Una densa nube de humo flotaba en el ambiente. Gale oyó el choque de las bolas de billar y el ruido de los vasos en el concurrido mostrador. Mejicanos de piernas desnudas, calzados con sandalias y vestidos de blanco, alternaban con otros trajeados de negro y rojo. Algunos ostentaban uniformes azules con franja de oro y borlas en los hombros. Éstos llevaban cinturones de cuero que sostenían pesadas pistolas de cachas de hueso; eran, indudablemente, los llamados rurales o policía indígena. Había igualmente algunos americanos barbudos de adustas facciones, jugando en mesitas aparte o bebiendo. Los billares eran el centro de una escandalosa congregación de jovenzuelos, muchos de los cuales se sostenían en pie con dificultad. Soldados de caballería. con uniforme caqui, entraban y salían haciendo resonar sus espuelas.

En un extremo de la habitación, y algo apartado del general bullicio, se hallaba un grupo de seis hombres, de los cuales cuatro ocupaban asientos en torno de una mesa y dos permanecían en pie. Estos últimos atrajeron la atención de Gale. Sus rostros, de facciones aguileñas, su penetrante mirada, la esbeltez de sus flexibles torsos, el aire de indiferencia, temeridad y complacencia que parecía serles inherente, los marcaba con un sello inconfundible de cow-boys, sin que fueran precisos para denotar su profesión los cónicos sombreros con hebilla, los pañuelos multicolores anudados al cuello, o las botas de altos tacones con espuelas de plata de grandes rodajas. Gale observó que llevaban armas en contradicción con sus ideas del Oeste moderno, y esto le hizo prestar cierto crédito a los rumores de algaradas fronterizas.

Sació su hambre en un restaurante vecino y, volviendo al salón, tropezó en la puerta con un hombre envuelto en un capote militar. Murmuraron mutuas excusas, y Gale se disponía a alejarse cuando el otro, deteniéndose sorprendido, le miró atentamente, exclamando

-¡Dick Gale!

-Sabe usted más de mí que yo de usted-contestó Cale -. No le conozco.

Le era imposible distinguir las facciones del forastero, medio ocultas por el amplio sombrero, muy echado a la cara.

-¡Por Dios! ¡Es Dick! ¡Quién lo hubiera dicho! ¿No me reconoces?

-Recuerdo la voz-replicó Cale-. Tal vez recordaré la cara si la saca de ese apagaluces.

Por toda respuesta, el otro, súbitamente preocupado por sí mismo, arrastró a Gale por un brazo al restaurante, donde se quitó el sombrero, poniendo al descubierto un agradable rostro curtido por el sol.

-¡Jorge Thorne! ¡Dios me valga...!

-¡Chsss...! No es preciso anunciarlo a voces - interrumpió aquél estrechando entre las suyas la mano de Gale con un recio apretón -. No me conviene ser reconocido aquí. Tengo mis razones. Ya te explicaré... Pero, ¡ cuánto me alegro de verte... ! ¡ Cinco años, Dick, cinco años hace que te vi jugar el mejor partido de rugby que he presenciado en mi vida!

-No me lo recuerdes - dijo Dick riendo -. Jorge, por mucho que tú te alegres de verme, nunca será tanto como yo de haberte encontrado. ¡Parece que hace un siglo...! Entraste en el Ejercito, ¿verdad?

-Sí. Estoy aquí con el noveno de Caballería. Pero...,

no hablemos de mí. ¿Que haces tú por estos andurriales? Me llamaste la atención por el traje. ¿Es que te has metido en negocios de minas o de ranchos en este malditoo desierto?

J-Ni yo mismo sé por qué estoy aquí, palabra de honor, Jorge.

-¡Me dejas atónito! -exclamó Thorne cayendo sentado en una silla con expresión de sorpresa e inquietud ¿Que diablos ha ocurrido? Tu padre era demasiado rico para haberse podido arruinar... Dick, ¿es que... te has echado a perder?

Una oleada de emoción invadió el pecho de Gale. ¡Qué grato era encontrar un amigo...! ¡Alguien con quien poder hablar! ¡Ahora se daba cuenta de lo solo que había estado!

-A decir verdad, Jorge, no sé cómo ni por que he venido a parar aquí. No me pelee con mi padre..., pero... tuvimos palabras... Las suyas me dolieron y me avergonzaron, y marché al Oeste.

»Después de salir de la Escuela hice cuanto pude para complacerle, aceptando todos los empleos que me propuso, pero... no tengo cabeza para los negocios. No hice sino enredar las cosas. Mi padre se disgustó, me llenaba siempre de censuras, hasta que llegó un momento en que no pude más. Me hizo perder la poca aptitud que tenía a fuerza de reproches y... nada más. Pasamos un mal cuarto de hora los dos, y me marché anunciándole que me iba hacia el Oeste a ganarme la vida. Hizo más intolerable la escena el que tomase mi resolución a broma. Me dijo que era un niño mimado, un ocioso acomodaticio, un petimetre inveterado. Llegó a decir que me faltaba coraje para ser francamente malo, que no tenía ni el buen. sentido de casarme con alguna de las amistades de mi hermana, que sería incapaz de ganar un dólar..., que me. moriría de hambre y no podría volver a casa sin su ayuda.. Me dijo que me creía incapaz de luchar por la vida..., incapaz de luchar por nada bajo la capa del sol... ¡Oh...! ¡No le quedó gran cosa en el buche, te lo aseguro!. ..

Dick ocultó el rostro entre las manos, avergonzado de las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos. No había tenido intención de decir tanto... Pero... ¡que alivio el haber

podido desahogarse!

-¡Luchar! -gritó acaloradamente Thorne-. Él, ¡que sabe! ¿Acaso no te llamaban Mamporro Gale en la Escuela? ¡Pero si eras uno de los mejores atletas que salieron de las manos del instructor! ¡Le oí decir a él mismo mil veces que eras el peso ligero más perfecto que había entrenado en su vida, el más completo y el más difícil de vencer!

-Mi padre no concedía importancia a eso-repuso Dick -. Se refería a otra clase de lucha. Cuando abandoné mi casa, yo mismo no acababa de saber por qué me censuraba. Pero ahora me parece que ya lo sé, Jorge... Yo era... un hijo de padre rico..., mimado, dependiente de los demás, ignorando en absoluto el valor del dinero. Hoy día aún no me he podido descubrir capacidad productiva alguna. Diríase que soy incapaz de hacer uso de mis manos. Ése es el mal. Pero estoy al cabo de la calle. Me haré vaquero o minero o... algo extraordinario..., unirme a los rebeldes, por ejemplo.

-¡Ah! ¡Lo esperaba! -declaro Thorne moviendo la cabeza -. Pues no pienses más en ello. Escucha, camarada : en Méjico están pasando cosas gordas. Los Estados Unidos no se dan cuenta de ello, pero el otro lado de la divisoria está infestado de revolucionarios medio locos, soldados mal retribuidos, cabecillas, guerrilleros, ladrones, hombres fuera de la ley, bandidos a centenares y muchachas y mujeres perpetuamente aterradas. Méjico está hoy como alguno de sus volcanes, a punto de vomitar fuego v destrucción. No cometas el terrible error de unirte a las fuerzas rebeldes. El mejicano de clase baja, tanto el federal como el rebelde, odia al yanqui. Estos insensatos se pasan la vida yendo del uno al otro bando. Si consiguieras no morir literalmente de hambre o librarte de ser fusilado por la espalda, te encontrarías tarde o temprano con un cuchillo entre las costillas. Al Este, hacia AguaPrieta y Juárez, hay bastantes yanquis que han hecho causa común con los rebeldes. Orozco está maniobrando en Chihuahua y parece tener nociones del arte militar, pero aquí estamos en Sonora, en un desierto montañoso, en la tierra del esclavo y del yaqui[1]. Por doquier reina la revuelta desorganizada. Los rancheros y mineros yanquis que pudieron hacerlo cruzaron hace tiempo la frontera abandonando sus propiedades. Los que no pudieron o no quisieron tendrán que defender sus vidas, las están defendiendo.

-No sabía que la situación fuera tan mala-dijo Gale -. ¿Por que no hace nada el Gobierno?

-Por temor a complicaciones internacionales. No quieren ofender a los maderistas o incurrir en la crítica de las naciones extranjeras recelosas. Es una situación muy delicada, Dick. En Washington, el elemento oficial lo sabe, puedes estar seguro, pero los Estados Unidos, en general, están en completa ignorancia, y el Ejército..., bastaría que oyeras ciertas conversaciones particulares en San Antonio. Estamos patrullando la divisoria. En realidad, es para despistar. Podría citarte una docena de casos en los que la caballería hubiera debido perseguir las cuadrillas que habían cruzado la linea, pero... no lo hacemos. Los oficiales son los que menos interés tienen en que las cosas se compliquen. Supongo que te haces cargo de lo que significaría el que una patrulla de caballería norteamericana penetrase en territorio mejicano. ¡Un verdadero infierno! Mi propio coronel es el más disgustado con su cargo, y a todos nos pasa lo mismo. ¿Quién está a gusto sobre un barril de pólvora? No podemos evitar que los rebeldes v bandidos crucen la divisoria. Afortunadamente, mi obligación expira pronto. Dentro de tres meses me licencian, y te

[1] individuo perteneciente a una tribu india muy guerrera

aseguro que ine alegraré, por más razones aún de las que acabo de darte.

Era evidente que Thorne hablaba bajo el influjo de una mal reprimida y violenta excitación. Su rostro aparecía lívido a través de su piel curtida por el sol, sus ojos relampagueaban. De momento, la alegría de su encuentro con Gale parecía preponderar, pero no por mucho tiempo. Se había sentado junto a una mesa próxima a una de las ventanas que daban a la calle y a cada instante oteaba el exterior, mirando también con frecuencia la hora.

Su inquietud no paso inadvertida para Gafe.

-Jorge, me parece que estás contrariado -acabo por decirle -. Te tenía por hombre de inalterable ecuanimidad. ¿Tanto te ha cambiado el Ejército?

Thorne se echó a reír; pero fue una risa la suya forzada en extraño tono mayor, una risa temeraria, que más bien confirmaba su exaltación.

Se puso súbitamente en pie; dio algunas monedas al camarero, en pago del consumo de ambos, volvió a mirar hacia el salón y hacia la calle. A un lado de la casa había unos soportales que daban a una plaza plantada de árboles, macizos de arbustos y flores. Thorne fue de una ventana a otra; sus movimientos eran rápidos y febriles. Volviendo a la mesa, apoyó en ella las manos inclinándose hasta poner su rostro muy cerca del de su amigo.

-Estoy aquí sin permiso-dijo.

-¿No cometes una grave falta de disciplina?

-¿Grave? Si me descubren, es mi ruina. En la ciudad hay rebeldes. En cualquier momento puede estallar una conflagración. Mi deber es estar preparado para toda eventualidad. Si me descubren, me arrestarán. Un arresto supone demoras..., el fracaso de mis planes..., la ruina.

La vehemencia de Thorne impuso silencio a Cale. El primero clavó su ardiente mirada en los ojos de su amigo, como queriendo leer en el fondo de su alma.

-Antaño... éramos amigos...

- ¡ Antaño... y ahora ! -replicó Gale.

-¿Qué dirías, Dick Cale, si yo te afirmara que eres el
hombre a quien hubiera elegido entre todos para com
parecer en este momento de crisis de mi vida?
Su intensa mirada, la vehemencia de su voz, ligeramen
te temblorosa, exaltaron a Dick, que se puso en pie, es

tremecido y anhelante, con inusitada impetuosidad. -Diría, Thorne, que me alegraba de ser ese hombre. Sus manos se juntaron por un instante y volvieron a sentarse, muy cerca uno de otro.

-Escucha - empezó Thorne con voz que más bien era un rápido murmullo -, hace unos días, una semana..., ¡parece que hace un año...!, tuve ocasión de ser útil a unos emigrados que huían de Méjico hacia los Estados Unidos. Eran todos mujeres; una de ellas iba vestida de monja. Accidentalmente pude ver su rostro. Era el de una joven bellísima. Observé que se mantenía a cierta distancia de las otras; sospeché que se trataba de un disfraz. Aprovechando la primera oportunidad, le dirigí la palabra, ofreciéndole mis servicios. A mi lamentable intento de hablar español, respondió en correcto inglés. Había huido aterrorizada, abandonando su hogar, en Sinaloa, donde dominan los rebeldes; éstos habían capturado a su padre y pidieron una enorme suma por su rescate; la cantidad les fue entregada, pero el padre fue pasado a cuchillo.

»El cabecilla de los rebeldes era un bandido llamado Rojas, que ya antes de la revolución se había hecho temer de las clases acomodadas, granjeándose así las simpatías de los peones. Todos los bandidos de fama han procedido de igual modo : robando al rico y socorriendo al pobre. Rojas vio a la hija y la secuestró, pero la joven consiguió sobornar a sus guardianes y escapar, sin que le sobreviniera contratiempo alguno. Se refugió entre sus amistades. En su afán de encontrarla, Rojas casi arrasó la población entera; en tanto que ella, disfrazada de monja, ora a pie, ora a caballo, en diligencia o en ferrocarril, conseguía llegar a Casita.

»Su historia me fascinó tanto como su rostro, apenas entrevisto. Aquí carecía de amistades, de dinero; sabía que Rojas estaba sobre su pista. Yo hablé con ella en la estación, aprovechando la algarabía y el bullicio. Le aconsejé que se quitase el disfraz antes de salir de la sala de espera y le busque un muchacho que la condujera a un lugar seguro... La trajo aquí... a esta casa. Yo le había prometido venir por la noche a examinar la situación con ella...

»Al verla por segunda vez, Dick, me volví loco, absolutamente loco por ella. Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Se llama Mercedes Castañeda y pertenece a una de las más opulentas familias españolas. Ha vivido en el extranjero, en La Habana..., habla el francés tan correctamente como el inglés; pero he de ser breve...

»Fíjate, Dick. A Mercedes le ocurrió lo mismo que a mí. Fue un amor fulminante... Mi plan es casarme con ella y llevármela al interior, lejos de la frontera... No será fácil, porque está vigilada... y yo también. Era imposible verla sin que se intrigaran las mujeres de esta casa... Al principio sintieron simple curiosidad..., un asunto más que chismorrear; pero, desde hace dos días, he notado un cambio, y desde anoche parece haber entrado en juego alguna poderosa influencia. ¡ Oh 1 Estos mejicanos son astutos, misteriosos... Rojas debe haberse puesto en comunicación con sus amigos de aquí; ayer llegó su cuadrilla de bandoleros y hoy ha llegado él mismo. En cuanto lo supe, rápidamente abandoné mi campamento, busque un sacerdote, haciéndole prometer que vendría a reunirse conmigo... ; ya debería estar aquí, aunque me temo que le detengan en el camino.

-Jorge, ¿por que no coger a la muchacha y casan, sin tanta dilación y tanto riesgo?-dijo Dick.

-Ya es tarde. Debí hacerlo así anoche. Como sabe, estamos al otro lado de la divisoria...

-¿Estamos ahora en Méjico?-preguntó vivamente Gale.

-Sí, muchacho. Eso es lo que complica las cosas. Rojas v los suyos son hoy por hoy los amos de Casita, pero aunque así no fuera, Rojas, por sí mismo, es capaz de hacerme detener, apoderarse de la muchacha y huir con ella a sus guaridas de la montaña. Si realmente espían a Mercedes..., si han averiguado su identidad, como creo, no nos dejarían ir muy lejos sin que yo fuera asesinado y ella apresada.

-¡Gran Dios, Thorne! ¿Es posible que puedan ocurrir semejantes cosas a menos de cien metros de la frontera norteamericana?-exclamó Gale con incredulidad.

-Pueden ocurrir y ocurren, no lo olvides. Tú no sospechas el dominio que esos cabecillas, esos capitanes rebeldes y, especialmente, esos bandidos ejercen sobre la masa del pueblo mejicano. Conozco a Rojas. Es un individuo de apuesto continente, audaz, sarcástico, más vanidoso que un pavo real. Se echa encima cuantas galas de oro y plata puede comprar o robar. Fue uno de los rebeldes que tomaron parte en el saqueo de Sinaloa, apoderándose de más de medio millón en dinero y alhajas. Hace correr el oro

con la misma facilidad que la sangre. Pero el motivo principal de su reputación es el secuestro de mujeres, por cuyo rescate solicita después sumas fabulosas.

Thorne se enjugó el sudor que inundaba su frente y, después de una ojeada a la calle, prosiguió

-Considera la posición de Mercedes. No puedo reclamar auxilio alguno en nuestra parte de la divisoria. En la opuesta, la población es mejicana en su casi totalidad, simpatizando en absoluto con los rebeldes; es la clase que secretamente respeta a Rojas y odia a los aristócratas como Mercedes. Serían los primeros en trabajar para ponerla entre sus manos. Rojas puede poner en juego toda clase de influencias para el logro de sus fines. Si no consigo ganarle la mano, se apoderará de Mercedes con la misma facilidad con que yo enciendo un cigarrillo..., pero... estoy resuelto a acabar con él y con toda su cuadri

lla antes de que... Ésta es la situación, amigo Dick. El tiempo de que dispongo es muy escaso. Continuamente me veo expuesto a ser arrestado.' Rojas está en la ciudad. Cuando venía a este hotel, han debido de seguir mis pasos. El sacerdote, o me ha traicionado o ha sido hecho prisionero. Mercedes está sola, esperando, dependiente en absoluto de mí para su salvación. ¡Y es tan hermosa... Muy en breve, quizá dentro de algunos instantes, se armará aquí... ¡Dios sabe qué... ! Dick, ¿puedo contar contigo?

Dick Gale lanzó un profundo suspiro. El letargo, la fría indiferencia que habían pesado sobre él, como losas de plomo durante los últimos meses, se habían disipado. No pudo, de momento, articular palabra, pero tendió la mano, estrechando fuertemente la de su amigo.

El semblante de Thorne sufrió un prodigioso cambio: desapareció su expresión de angustiosa súplica, trocándose en una sonrisa de apasionada gratitud.

Mirando casi inconscientemente por encima del hombro de su amigo, Dick percibió a través del cristal de una de las ventanas un rostro audaz, sarcástico, de faccio- nes malignas y ojos negros y chispeantes, que los contemplaba siniestramente atentos.

Se irguió en su silla, y Thorne. siguiendo la dirección de su mirada, murmuró, apretando instintivamente los puños, fijos los ojos en la odiosa aparición

-¡Rojas!

# II

El sombrío rostro desapareció ; Dick Cale oyó ruido de pasos y el resonar de espuelas. Se abalanzó hacia la ventana a tiempo de poder observar la entrada del mejicano por la puerta del salón-bar. Fue una rápida ojeada, suficiente para distinguir un amplio sombrero negro rodeado de chillona banda, el dorso de una chaqueta corta y muy ceñida, una pesada pistola con cachas de madreperla en su pistolera, ribeteada de flecos de cuero, y unos pantalones muy ajustados, acampanados en su parte inferior. Diversos transeúntes poblaban la calle y, junto a la puerta del hotel, un grupo de mejicanos discurría ocioso.

-¿Le viste? ¿Dónde ha ido? - murmuró Thorne reuniéndose con Gale -. Ésos de ahí fuera, esos mejicanos con las cartucheras cruzadas sobre el pecho, son rebeldes.

-Creo que ha entrado en el bar - replicó Dick -. Llevaba armas, pero, si no me

equivoco, los que tú dices no van armados.

-¡No lo creas! ¡Mira, Dick, mira! Ese individuo está de guardia, por mucho que pretenda aparentar indiferencia. Fíjate que lleva una carabina corta mal disimulada entre el poncho... ; y más abajo, allí, en la acera, hay otro. Mucho me temo que Rojas haya hecho cercar la casa.

-¡Si al menos lo supiéramos de cierto!

-Estoy seguro, Dick. Crucemos el vestíbulo. Quiero ver qué pasa al otro lado.

Gale siguió a Thorne, saliendo del restaurante al pasillo que dividía el hotel, desembocando por un extremo a la calle y por el otro a un patio. Algunas lámparas difundían escasa claridad. Un mejicano envuelto en su manta se apoyaba en el quicio de la puerta; en el patio se oía el taconeo de botas sobre el empedrado. Thorne entró en una habitación peor iluminada aún que el vestíbulo, en la que se veía una mesa cubierta de papeles, algunas sillas de alto respaldo y un par de divanes ; parecía ser un gabinete.

-Aquí nos reunimos Mercedes y yo habitualmente - dijo -. Cuando llega esta hora, se asoma de vez en cuando al rellano de la escalera y, si me ve, baja. Como es frecuente que haya alguien en el aposento, salimos a la plaza, que da a la parte más oscura de la casa, que es por donde tendré que llevármela, si hay alguna probabilidad de intentarlo.

Se asomaron a la ventana. A primera vista, la lóbrega plaza parecía estar desierta, pero Gale, al acostumbrar sus ojos a la oscuridad, pudo distinguir un bulto negro que paseaba lentamente por una de las aceras, y, más allá, otro similar. No se requería especial penetración para atribuir a aquellas formas una misión de furtiva vigilancia.

Cogiendo por un brazo a su amigo, Thorne le apartó de la ventana.

- ¡ Ya lo ves 1 - murmuró -. ¡Lo que yo temía! ¡Rojas ha cercado el edificio...! ¡Debí llevarme antes a Mercedes! ¡Pero no tuve tiempo... ! ¡Ni ocasión... ! ¡Estoy atado de pies y manos...! ¡Viene Mercedes! ¡Dios mío, Dick..., piensa... ! ¡Piensa si hay forma humana de sacarla de este atolladero... !

Gale se volvió al ver a su amigo cruzar la habitación. A la escasa luz de la escalera se veía la silueta de la esbelta figura de una mujer tapada. Al ver a Thorne, echó a correr y cayó en sus brazos. En voz baja, temblorosa, apremiante, le habló en una mezcla incoherente de español e inglés, que para Gale fue suave, profunda e indeciblemente tierna; una voz preñada de alegría, temor, pasión, esperanza y amor que le causó inexplicable efecto; se sintió estremecido, maravillado.

Thorne llevó a la muchacha al centro del aposento, donde se encontraba su amigo. La joven había levantado con una mano la mantilla de encaje que le cubría la cabeza, y Dick pudo percibir un rostro de un ovalado correcto, facciones perfectas y un cutis cuya marfileña blancura hacía resaltar aún más los magníficos ojos negros.

-Mercedes -dijo Thorne -, éste es Dick Gale, un antiguo amigo mío, el mejor que tengo.

Ella acabó de quitarse la mantilla, poniendo al descubierto por completo su espléndida y altiva belleza, una belleza cuyo fuego e intensidad impresionaron hondamente a Cale.

-¡Señor Cale...! ¡Ah! ¡No sé cómo expresar mi dicha... ! ¡Un amigo de Jorge!

-Sí, Mercedes, un amigo mío, y desde ahora tuyo -dijo Thorne hablando muy de prisa-. Nos será muy útil. Querida mía, las noticias son malas y apremia demasiado el tiempo para pretender ocultártelas. El sacerdote no ha venido. Deben de haberle apresado..., y aún hay más..., escucha y ten valor

-¡Querida Mercedes! ¡Rojas está aquí!

Lanzó un grito inarticulado - cuya nota de infinito terror estremeció a Gale -, tambaleándose como si estuviera a punto de perder el sentido.

Thorne la sostuvo en sus brazos y, con voz que la emoción oscurecía, procuró reconfortarla.

-¡Amada mía! ¡Por amor de Dios, ten valor... ! ¡No pierdas la serenidad ! Aún nos queda una esperanza..., encontraremos algún plan..., ten valor..., valor para luchar...

Gale comprendía claramente que Thorne estaba frenético, dándose apenas cuenta de lo que decía. Pálido y tembloroso, tenía abrazada a Mercedes como si quisiera interponerse entre ella y los peligros que la amenazaban. El terror de su prometida le había desmoralizado totalmente por su vehemencia, hija de la plena convicción de lo que entrañaba la espantosa posibilidad de caer en manos de Rojas.

Pareció implorarle en rápido y apasionado español, y, al ver que sacudía la cabeza, prosiguió en inglés

-Amor mío, seré fuerte, lucharé... Pero júrame por mi Virgen que, si es preciso, para librarme de Rojas me matarás.

-¡ Mercedes ! ; Sí! ¡ Te lo juro ! - replico roncamente-. Y o mismo... preferiría verte muerta a...; pero no te desanimes. Rojas no debe estar seguro de tu identidad, de lo contrario ya habría dado señales de su presencia... Está aquí, sus hombres nos rodean..., pero vacila..., y una fiera como él no se contiene sin causa. Te aseguro que aún hay esperanza. Dick encontrará un plan..., escaparemos y él te pondrá en lugar seguro..., pero... háblale, demuéstrale que no desfalleces... ¡ Mercedes... !, se trata de algo más que de nuestro amor y de nuestra felicidad... ¡Es cuestión de vida o muerte!

Más calmada, consiguió lentamente recobrar el dominio de sí misma; se volvió hacia Gale; en la mirada de sus bellos ojos negros había una trágica dulzura suplicante, una exquisita gracia.

-¡Señor!, usted es americano y no puede comprender ni la sangre española ni el odio y la crueldad del peón mejicano. Antes de consentir que Rojas pusiera sobre mí sus manos, preferiría la muerte. Si me cogiera viva, el día, la hora que pudiera durar mi vida, serían una continua tortura..., una indecible afrenta... ¡Señor! ¿Tiene usted una hermana a la que ama...? ¡Ayude por ella a Thorne a salvarme! Él es militar..., no tiene libertad..., no puede hacer traición a su honor, a su deber, por mí.

Ah ! ¡Dos hombres como ustedes, fuertes, recios, audaces... ! ¿Que podrá ese miserable esclavo mestizo de Rojas contra ambos...? ¡Es un cobarde! Pero... no perdamos tiempo; estoy dispuesta. ¡seré valiente!

Se acerco a Gale, tendiéndole ambas manos, una mujer toda fuego, alma y pasión. Dick las tomo entre las sumas,

inclinándose a besarlas. El contacto hizo palpitar su co

razón, sintiéndose renovado, purificado, otro hombre.

-Señorita -dijo-, considéreme como su más fiel servidor. No puedo concebir dicha más grande que la de acceder a su deseo.

-¿Qué deseo? - preguntó vivamente Thorne.

-El de incapacitar, al menos por esta noche, a Rojas - replico Dick.

-¿Que piensas hacer, Gale?

-Armar un escándalo en el bar-contestó francamente Dick-. Buscaré la manera de hacerlo inevitable. La emprenderé con Rojas y su pandilla.

-¡Cielos! ¡No! ¡No hagas tal cosa, Dick ! ¡Te darán una cuchillada! - grito Thorne. Su angustia era evidente, sus ojos chispeaban.

-Quien no se aventura... Quizá me sea posible cogerlos por sorpresa y escapar antes de que se den cuenta (le lo que ha pasado. Vosotros vigilad desde el balcón. Cuando empiece la camorra, lo más probable será que los centinelas de la plaza se precipiten al bar. Aprovechad la ocasión para escurriros sin ser vistos, cruzando la plaza y siguiendo calle abajo. Recordad lo mal alumbrada que está. Yo me uniré a vosotros en cuanto me sea posible.

Thorne exhalo un suspiro, sin pronunciar palabra. Mercedes se apoyo en él, jadeante, oprimiéndose el pecho con las manos, acompañando a Gale con la ardiente mirada de sus ojazos negros hasta que salió del aposento.

Cale se detuvo en el pasillo, poniéndose un par de recios guantes, enmarañándose el cabello y desabrochándose el cuello de la camisa. Después atravesó el restaurante, parándose en el umbral de la puerta que daba al bar. Su elevada estatura le hacía más conspicuo, así encuadrado, v era parte de su plan el conseguirlo; pero nadie pareció percibir su presencia. Los jugadores de billar estaban ruidosamente engolfados en el juego, y el usual tropel de mejicanos de abigarradas vestiduras se apiñaba ante el infecto mostrador. Gale vio pronto a quien supuso ser Rojas, reconociendo el enorme sombrero cónico de ornamentada banda..

El mejicano le daba la espalda, sumido en animado coloquio con una docena o más de sus secuaces, sentados alrededor de una mesa, bebiendo mientras hablaban o escuchaban. El detalle de ir todos armados y con sendas cartucheras cruzándoles el pecho, le indujo a tomarlos por rebeldes. Un camarero se acerco a la mesa y su llegada hizo que Rojas cambiara de posición en forma que Gale pudo distinguir su rostro. No cabía duda. Era el cínico, el siniestro, el sardónico semblante del bandido. Hombre de mediana estatura, hubiera pasado inadvertido a no ser por su exagerada afectación en el vestir y, sobre todo, por la crueldad de sus facciones. Lucía una chaqueta muy ceñida, ornada de grandes botones relucientes; gorguera de encaje, chaleco de piel de ante bordado de rojo y una fajacinturón de seda cerrada por una enorme hebilla. A usanza mejicana, llevaba aretes de oro en las orejas y gruesos brillantes en los dedos. De su costado pendía el revolver de cachas de madreperla que Gale ya conocía.

Un fuego interior que amenazaba dar al traste con su sangre fría invadió a Dick, a la par que otras emociones socavaban su serenidad como si la simple vista del bandido libertara o creara en el un mal espíritu. En el fondo de su corazón parecía sentir una extraña e inexplicable sensación de contento por lo que le había sobrevenido tan inesperadamente.

Dio algunos pasos, tambaleándose, simulando embriaguez. Tropezó con una mesa de billar, se dio de encontronazos con los mejicanos del bar, riendo como un simple, medio oculto el rostro bajo el amplio sombrero. Pronto percibió el grup de cow-boys que ya anteriormente habían llamado su atención.

Seguían en su rincón, relativamente aislados. Dick fue maniobrando en su dirección. Recordaba sus infructuosas tentativas, en otras ocasiones, de trabar amistad con cowboys. Para poder contar con la cooperación de aquellos taciturnos hijos de los grandes espacios tenía que acertar a despertar su interés sin dar un paso en falso. Plantándose resueltamente frente a los dos que estaban de pie, los m ro a los ojos, de hito en hito, sin vacilar ni pronunciar palabra durante algunos instantes.

-No estoy borracho - dijo -. Estoy buscando el medio de armar un escándalo. Quiero acometer a ese bandido de Rojas. Es para salvar a una mujer, para que su prometido, que es mi amigo, pueda intentar huir con ella. Está en esta casa, y Rojas ha venido con idea de apoderarse de ella. Cuando yo empiece la bronca, mi amigo buscará el• modo de escapar. Puertas y ventanas están vigiladas y mi plan es hacer que los guardas abandonen sus puestos al oír el escándalo. Sois compatriotas... Estamos en Méjico. El honor y la vida de una bellísima muchacha están comprometidos, y ahora... voy a empezar.

Uno de los cow boys devolvió su mirada pestañeando y entreabriendo la boca; una leve sonrisa animo pasajeramente el rostro del otro.

Gale retrocedió, notando con satisfacción que los dos cow-boys seguían sus pasos de común acuerdo. Fue zigzagueando, tambaleándose, tropezando con las sillas vacías; paso junto a Rojas y su cuadrilla, cerciorándose con una mirada de reojo de que le observaban y que el bandido parecía hablar de el, haciendo muchos ademanes y dando grandes voces.

Siguiendo su táctica, Dick, al pretender recobrar el equilibrio, se apoyo en su mesa, haciéndola volcar, esparciendo su contenido por el suelo y manchando a cuantos estaban sentados a su alrededor. El accidente causo vivas protestas por parte de los damnificados; uno de estos, un hombrecillo de morena piel, se levanto apostrofando a Gale con un torrente de rapidísimo español, del que el pobre joven solo pudo comprender la repetida palabra de gringo.

En su indignación, el mejicano hizo un ademán que podía interpretarse como de amenaza y que Dick aprovecho para echarle una rápida zancadilla que le hizo perder el pie y caer pesadamente al suelo.

Lo inesperado y eficaz de la acción incapacito al mejicano, acallando sus protestas. Con la sorpresa, Gale comprendió que había llegado el momento.

Se abalanzo sobre Rojas, acometiéndole con la violencia

de sus buenos tiempos de jugador de rugby, no dando lugar a que ni el ni los suyos pudieran prevenirse de la agresión. El bandido palideció intensamente, ahogando el grito de terror que subía a su garganta. Un terrible golpe le hizo caer de espaldas entre sus secuaces. Dick aprovecho la ventaja, dejándose arrastrar por el ímpetu de su propio esfuerzo y cayendo sobre el grupo de rebeldes. Mesas, sillas, hombres y cacharros rodaron por el suelo en confuso y vociferante montón.

Con felina rapidez, Gale se incorporo, sin soltar a Rojas, arrastrándole por el suelo como si fuera un saco.

Resonó un disparo, dominando la terrible algarabía, y Dick oyó el chasquido de cristales rotos. La habitación se ensombreció perceptiblemente. Una rápida ojeada le permitió ver a uno de los cow-boys interponiéndose con un revólver en cada mano entre la chusma mejicana, en tanto que el otro iba sistemáticamente haciendo añicos a tiros las lámparas que iluminaban el salón.

Con increíble poderío, Gale levanto en alto el cuerpo inerte del bandido, lanzándolo lejos de sí. Rojas dio de cabeza contra una de las mesas, quedando tendido en el suelo, exánime.

Un nuevo disparo dejó la habitación sin más luz que la de una lámpara situada detrás del bar. Una figura vestida (le blanco se abalanzó sobre Gale, quien consiguió cuartear a tiempo, pero sin poder evitar verse atacado desde distintos puntos a la vez. Refulgió la hoja de un cuchillo, describiendo un semicírculo de muerte. Simultáneamente, un fogonazo rojizo pareció cruzar su trayectoria, interrumpiéndola. El armado brazo

vaciló..., un hombre cayó hacia atrás... Gale no pudo distinguir en el ensordecedor tumulto el estampido del disparo, pero la caída del mejicano era por demás significativa. Se armó un verdadero pandemónium. El vocerío se convirtió en tumulto. Gale oía disparos que resonaban sordamente en la confinada atmósfera del bar. La lámpara del bar, única que aún quedaba, voló en mil pedazos, dejando el aposento sumido en tinieblas.

Dick se precipitó hacia la puerta del restaurante, que una débil claridad señalaba, apartando a derecha e izquierda a cuantos se ponían en su camino. Saltó a la torera una de las mesas de billar, derribando sillas y mesas a su paso y consiguiendo ser el primero del frenético tumulto en ganar la puerta de salida. De un manotazo arrancó la cínica lámpara del restaurante al pasar, dejándolo a oscuras; en dos saltos llegó al vestíbulo... Estaba desierto.

Thorne había conseguido escapar con Mercedes!

Gale modero su paso. Durante los últimos sesenta segundos, sus movimientos habían sido de una extraordinaria' 'rapidez. Cautelosamente miro a su alrededor en la plaza; ni en las aceras, ni en los bancos, ni en los rincones sombríos bajo los árboles parecía haber furtivos centinelas. Echó a correr manteniéndose en la sombra y no tomando la acera hasta pasada media plaza. Bajo un farol, al extremo inferior de aquélla, le pareció vislumbrar dos figuras. Aceleró el paso hasta llegar a la calle. El clamoreo del hotel se atenuaba o quizá era la distancia la que lo hacía menos perceptible. Por fin vio las dos figuras..., la una, alta; la otra, menudita, envuelta en una capa... ¡Un suspiro de alivio se escapó de su pecho...! ¡Mercedes y Thorne no estaban lejos!

Thorne, llevando a Mercedes casi en vilo, caminaba de prisa, mirando hacia atrás con frecuencia. Ella también volvía la cabeza. Gale percibió en una de las ocasiones su blanco rostro a la luz de un farol.

Fue ganándoles terreno hasta que, traspuesto el último farol, ya en plena oscuridad, se aventuro a silbar. Thorne debió de oírle, porque se volvió, silbó en respuesta y continuo andando, no deteniéndose hasta llegar a un lugar en que la calle se convertía en campo raso. Allí comenzaba el desierto. Cale notó la blanca arena bajo sus plantas, y divisó las grotescas formas de los cactos. Se unió a los fugitivos.

-¡Dick... ! ¿Estás...? ¿Te ocurre novedad? - pregunto Thorne, jadeante.

-Sin resuello, pero perfectamente - replicó Gale.

-¡Bravo! ¡Bravo...! Tenía miedo..., no podía ayudarte... ¡Dick, todo marcho a pedir de boca...! No tuvimos dificultad alguna... ¿Cómo diantres te las arreglaste...?

-Armaron un regular escándalo.

-¡Cielo santo! ¡Regular! ¡A juzgar por la algarabía, debió de ser homérico ! Pero, ¿y los disparos, Dick...? ¿Fueron contra ti? ¡Me quede aterrado...! ¡Y que vocerío ! ¿Que ocurrió...? Los vigilantes de Rojas abandonaron sus puestos al primer tiro. Cuéntanos...

-Mientras yo emprendía a Rojas, un par de cow-boys apagaron las luces. Un mejicano que pretendió acuchillarme debió de recibir un balazo..., después, los rebeldes empezaron a tirotearse en la oscuridad...

-¿Te apoderaste de Rojas? - pregunto Thorne con voz exultante, profunda, trémula por el gozo contenido -. ¿Qué hiciste con el...?

-Unos cuantos ejercicios acrobáticos- replico Dick ligeramente.

Thorne se acerco a el, apareciendo sus facciones tensas y feroces a la tenue claridad de las estrellas.

-Dime la verdad- insistió roncamente.

Cale adivino entonces parte del tormento por el que Thorne había pasado, parte de la violencia, de la salvaje y vengativa, pasión del amante que quiere saber la brutal verdad.

Estaba a punto de contestar en tono más sensato, cuando Mercedes se aproximó y estrechándole las manos fijó en los suyos sus admirables ojos, cuya belleza, pensó, no olvidaría fácilmente.

-Querida señorita-dijo con voz poco segura-. Rojas, al menos en persona, no la perseguirá más esta noche, ni en otras muchas noches sucesivas.

La noticia pareció estremecerla, elevarla. Tomando una de las manos de Gale, se la apretó contra su pecho. El joven sintió el rápido latir de un corazón en el que renacía la esperanza.

-¡Señor! ¡Señor Dick 1 -gritó. Le faltó la voz, pero, dejándose llevar de su arrebato, rápida como una flecha, le besó en la frente, cayendo luego sollozante en brazos de Thorne.

Reinó un silencio que sólo interrumpían los sollozos de Mercedes. Gale se apartó del grupo. Estaba agitado, desconcertado-. Sentía aún el fuego extraño de los labios de la joven. Espoleado por la vehemencia del momento, creyó sentir celos de Thorne, pero la impresión fue pasajera. Comprendió que era hija de los acontecimientos que le habían llegado al fondo del alma, despertando en él un nuevo espíritu. Sólo quedaba una espléndida sensación de alegría por haber podido ayudar a su amigo. Por el grado de intensidad que alcanzó la expresión de gratitud de Mercedes, medía su pasado error.

-¡Dick! ¡Dick! ¡Ven aquí! - dijo Thorne en voz baja -. Ahora debemos serenamos. Aún nos queda un problema. ¿Qué hacemos? ¿Dónde vamos? ¿Cómo vamos... donde sea? No me atrevo a ir a la estación ni a las cuadras, aunque podríamos alquilar caballos mejicanos Estamos esa la bendita tierra norteamericana, pero no por eso fuera de peligro.

Hizo una pausa, esperando evidentemente que Dick siguiera algún plan. Rasgó el silencio la vibrante nota de un clarín. Thorne se estremeció violentamente, prestando atención. Las nítidas notas resonaron en la oscuridad, clarísimas, agudas vehementes.

-¡Llamada, Dick! ¡Llamada! -gritó.

Garle no supe qué contestar. Mercedes parecía petrificada. Enmudeció el clarín y, en lontananza, otro le contestó, seguido de rumores demasiado vagos para ser interpretables y de varios disparos aislados.

- ¡Dick, los rebeldes combaten con alguien! - exclamó Thorne, excitadísimo -. La guarnición federal defiende aún sus posiciones; quizá es otro ataque contra ella. En todo caso, algo ocurre. Tal vez hacen fuego contra nuestro campamento..., nos lo temíamos durante la noche..., ¡y yo... aquí... sin permiso..., prácticamente desertando...

-¡Vete! ¡Vete, antes de que sea tarde! - gritó Mercedes.

-Es lo mejor que puedes hacer, Thorne -añadió Gale -. El que te arresten no será, precisamente, una ayuda en nuestro predicamento. Yo me cuidaré de Mercedes.

-¡No! ¡No! ¡No! - replicó Thorne -. Puedo marcharme y... evitar el arresto.

-De momento, quizá, pero no en el porvenir. Jorge, un desertor es siempre un desertor... ¡Date prisa! Deja a Mercedes conmigo hasta mañana.

La joven se abrazó a su prometido, suplicándole que se fuera. Thorne vaciló.

-Tienes razón, Dick... No hay otro remedio. ¡Con tal que aún llegue a tiempo! Pero... ¡la idea de separarme de ella me desespera... ! ¡Te debe la vida! Y yo... jamás podré pagarte la deuda de gratitud... Vete de Casita, Dick. Por muy seguro que se esté en el lado americano,

de noche... me da miedo. Marcha al desierto, a las mon=tañas, a un lugar seguro, y después vuelve, búscame en el campamento. Planearemos algo. Tomaré al coronel Weede por confidente, y tal vez pueda ayudarnos. Sobre todo, ponla lejos del alcance de los rebeldes..., es lo principal.

Estrechó la mano de Dick, abrazó fuertemente a Mercedes, murmurando palabras inconexas y se alejó, perdiéndose en la oscuridad.

El silencio del desierto agobió a Gale, no acostumbrado a tan absoluta quietud. ¡Qué blancas parecían las estrellas! Un coyote ladró, contestándole un perro. Dick comprendió que se hallaba al borde de un desierto desconocido y de una población hostil, teniendo que decidirse por el desierto, porque si bien en Casita había bastantes americanos a quienes poder recurrir, no se atrevía a correr el riesgo de buscarlos de noche.

Notó un ligero toque en el brazo y la fría y trémula mano de Mercedes que cogía la suya. Dick la miró. En sus facciones pálidas, los ojos se destacaban, fijos, reflejando el terror que la embargaba. Si la soledad, el silencio, el desierto, los peligros ignotos de la noche le afectaban a él, ¿qué no serían para aquella infeliz muchacha, perseguida, acosada, amenazada en lo más íntimo y más sagrado de su vida? El corazón de Cale se dilató en su pecho. Estaba solo con ella. No tenía armas, dinero, alimentos, abrigo..., nada..., salvo sus brazos. No tenía en absoluto idea del desierto, de su orientación, de la situación exacta de la divisoria entre las dos naciones; no sabía dónde encontrar el ferrocarril, o un camino, senda o vereda que condujese a población alguna próxima o lejana. Era una situación crítica, por no decir desesperada. Pensó en la joven, rogando al cielo que le fuera dable salvarla y, al pensar en sí mismo, fue para advertir con sorpresa que por nada hubiera cambiado su situación actual, en la que la fortuna le había deparado una peligrosa misión de lealtad hacia un amigo y una muchacha desamparada.

-¡Señor! ¡Señor! - murmuró súbitamente Mercedes-. ¡Escuche! ¡Oigo caballos que se acercan!

# III

Sobresaltado e inquieto, Gale presto atención; no oyó nada y esto le hizo concebir el temor de que los recientes acontecimientos hubieran exaltado la fantasía de Mercedes. La sintió temblar y, para infundirle confianza, estrechó sus manos.

-Me parece que se ha equivocado usted-murmuró.

-No; no, señor.

Dick se puso de cara al viento. A poco creyó oír un rumor que pronto se hizo más perceptible. No le cupo duda de que eran pisadas de caballos amortiguadas por la arena y cuya regularidad excluía toda hipótesis de que se tratase de alguna caballada al pasto.

Cauteloso y prudente, Gale puso a Mercedes más al amparo de la sombra del matorral. Agudos pinchazos le hicieron comprender que se arrimaban a un macizo de nopales y procuro proteger a Mercedes lo mejor que pudo contra las espinas. La joven temblaba como presa de violenta fiebre, su respiración era entrecortada y tenía que apoyarse en él para mantenerse en pie. Al pensar en su situación, Gale rechinaba de impotente cólera. ¡A no ser por su belleza, Mercedes hubiera podido seguir viviendo en

paz y contenta, sin verse acosada por un granuja! ¡Qué¿ mundo tan extraño era este mundo nuestro... ! ¡Que injusta la suerte!

El rumor de pasos se hizo más perceptible. Cale vislumbro una masa negra, destacándose sobre el fondo gris oscuro. Era una recua de caballos, pero no pudo distinguir si llevaban o no jinetes, hasta que llego a sus oídos una voz y una contenida risa. Su corazón le dio un salto en el pecho. ¡Parecían americanos! Aguzo el oído. Hubo un intervalo en el que solo se oyeron pisadas.

-¡Lo fue, Ladd, lo fue! -dijo una voz en la oscuridad -, ¡Una broma de marca mayor! Desde que la aparición de las cercas de espino artificial[2] nos echaron de Texas, no había visto cosa parecida. Fue estupendo.

-¡Estupendo! ¡Inenarrable! -replico otra voz-. Me quede estupefacto. Y desapareció muy rápidamente. Deseo vivamente que el y sus amigos hayan podido sacudirse el polvo de Casita. Es un mal pueblo, Jim.

Cale dio un brinco de alegría. ¡Que suerte! Los que hablaban eran los dos coto-boys a quienes había interpelado en el hotel mejicano.

¡Alto, compañeros! -grito, saliendo al camino.

Los caballos bufaron y patearon. Se oyó un ruido característico y el resonar de espuelas. Después, silencio.. Las figuras se destacaron más netas en la oscuridad. Gale vio cinco o seis caballos, dos con jinete y uno por lo menos de carga. Cuando estuvo a unos veinte pasos del; grupo, el jinete delantero dijo:

-Ya está lo bastante cerca, desconocido.

En la mano del coto-boli brillaba algo a la luz de las estrellas.

-A no ser por la oscuridad me reconocerían en seguida-replico Gale deteniéndose-. Hace muy poco que hablé con ustedes en el bar del hotel...

-Acérquese que le veamos-dijo secamente el cowboy.

Gale avanzo hasta llegar junto al caballo. El cow-boy se inclino en su silla, escudriñando de cerca sus facciones. Sin decir palabra volvió el revolver a su pistolera y tendió la mano. El apretón reconforto a Dick. El otro cow-boy echo pie a tierra, acercándose también a examinar a Gale.

-Me llamo Ladd - dijo, y no niego que me alegro bastante de volver a verle.

Gale recibió un apretón de manos tan recio y sincero como el primero. Considero que tenía ante sí dos amigos y que pertenecían a un genero de hombres que ya había desesperanzado de llegar a conocer.

-Gale, Dick Gale es mi nombre -empezó a decir rápidamente -. Llegué a Casita esta tarde, sin saber apenas donde estaba. Un muchacho me llevo a ese hotel, en el que encontré a un antiguo amigo, al que hacía años no había vuelto a ver. Pertenece al escuadrón de caballería estacionado aquí. Según me dijo, estaba enamorado de una muchacha española a la que tuvo ocasión de proteger. Rojas había asesinado a su padre y había intentado secuestrar a ella. Ya saben lo que ocurrió en el bar. Si algún día se presenta la ocasión, intentare corresponder a lo que hicieron ustedes por mí. Pude escapar y encontré a mi amigo con la joven. Vinimos aquí, extramuros de la ciudad, y Thorne se vio precisado a incorporarse a su escuadrón... Oímos toques de clarín, disparos. Él se había ausentado sin permiso... Dejo a la muchacha conmigo, y... no se que hacer. Thorne asegura que Casita no es lugar para ella de noche.

[2] El personaje que habla hace alusión a la época en que, al cercarse las propiedades con espino artificial, va no fueron necesarios tantos cowboys para evitar que el panado se saliese de los apriscos.

-Esa mujer..., ¿es hija de algún peón? - interrumpió Ladd.

-No; se llama Castañeda. Pertenece a una antigua familia española, influyente y opulenta en otros tiempos.

-Me lo figuraba- replico el cow-boy -. Suponía que había en esa historia algo más que un simple intento de Rojas de secuestrar a una mujer bonita. Eso lo hace a diario. Debe haber un motivo político u odio de clase. De todos modos, Casita no es, en efecto, lugar a propósito para la joven, ni de noche, ni de día, ni a hora alguna.

Claro es que hay americanos que se harían cargo de ella y la defenderían, pero más vale no mezclar a nadie en el asunto. ¿Qué te parece, Lash?

-Cada día huele peor este corral-replicó el otro cow-boy -. Si se rinde el piquete, pomposamente llamado guarnición, ¡cualquiera es capaz de predecir lo que pasará... ! Orozco y sus guerrillas se dirigen al Oeste desde Agua-Prieta. Campo está volando puentes y levantando la línea férrea al sur de Nogales, y aquí y allá estamos infestados de cuadrillas de bandidos que se llaman a sí mismos revolucionarios para justificar o excusar sus robos, incendios, asesinatos y secuestros. Ésa es la verdad, Ladd, v el hallarse unas cuantas pulgadas más o menos al otro lado de los Estados Unidos, maldita la diferencia que supone. Mi opinión es : evite que la señorita Castañeda vuelva a poner el pie en Casita.

-Casi parece que hablas con sentido común - dijo Ladd -. Creo, Cale, que usted y la joven deben acompañarnos. Mañana, Casita será un avispero para nosotros. No llegamos a matar a nadie, pero yo dejé manco a un pelón y Lash rebaso los límites de la familiaridad destrozando algunos muebles. Conozco personas que se harán cargo de la señorita Castañeda hasta que su amigo venga a buscarla.

Dick expreso con férvidas palabras su gratitud al sentirse aliviado de su preocupación por Mercedes. Fue hacia el macizo de cactos donde la había dejado; Mercedes le esperaba inmóvil, rígida y ansiosa, aunque, a pesar de la oscuridad, llego a dominar el terror que la embargaba.

-Señor Cale - dijo -, es usted mi ángel bueno.

-He sido afortunado al encontrar a esos dos hombres --replicó-, y doy las gracias al cielo por ello. Venga usted.

La acompaño al lugar donde los cow-boys aguardaban sombrero en mano. Parecían azorados; Lash no pronunció palabra; por su parte, Ladd contestaba en forma casi ininteligible a las gracias de Mercedes.

Llevaban cinco caballos : dos ensillados, dos con los hatos y uno con una simple manta; Ladd acorto los estribos del suyo, ayudando a Mercedes a montar. Viendo la manera como se encajó en la silla y como refrenaba la impaciencia del brioso animal, juzgó que era excelente

por Rojas..., la acometida..., el golpe..., la reyerta .. Thorne y Mercedes huyendo por fin a salvo..., las manos de la joven oprimiendo la suya contra su pecho.. ., el dulcísimo fuego de su beso..., el hecho de quedar sola..., dependiente de él...

Gale pasaba revista en su mente a todos estos acontecimientos sin poder llegar a una conclusión definitiva, sin poder determinar cuál de ellos le había afectado tan notablemente, sin comprender aún que era lo que le había ocurrido en realidad.

¿Hablase enamorado de la prometida de Thorne? La idea cruzó su cerebro como un relámpago. ¿Estaba, acaso, por una incomprensible reversión de carácter, celoso de su amigo? Dick no osaba apenas levantar la vista hacia la joven, pero se obligó a sí mismo a

hacerlo, precisamente en un momento en que ella le estaba mirando. Había mayor claridad y pudo distinguir netamente su blanco rostro, sus brillantes ojos, su boca de curvas perfectas. Con un gesto graciosamente impulsivo, le puso una mano sobre el hombro. El ademán, así como el aspecto de la joven, eran para Gale nuevos, extraños, chocantes, pero lo creyó propio de la naturaleza del afecto y de la gratitud de una mujer de su raza. Comprendió entonces que no estaba enamorado de ella. Estaba celoso, sí, pero de lo que Mercedes representaba en la vida de Thorne. infinito encanto de lo que una mujer puede significar para un hombre.

Las demás causas de su anímico cambio las atribuía a las sensaciones experimentadas; al fuego y excitación de la contienda, a la noción de lo hecho y de lo por hacer, a la total desaparición del anhelo por algo indefinido: trabajo, energía, espíritu, amor..., quizá por su verdadero ser... Fuera lo que fuera, ahora le parecía tener alguna esperanza de conseguirlo.

El desierto comenzó a clarear. Oquedades grises en los bordes de los matorrales adquirieron tonalidades más pálidas. Podía divisarse el camino a algunos metros de distancia, en su continuo y pedregoso descenso. Cerraban el horizonte sierras negruzcas, que daban la impresión de proximidad, empequeñeciendo la llanura. Al Este, una línea blanca fue extendiéndose hasta alcanzar una orne. Gale vislumbró las maravillosas posibilidades, el masa de nubes y hacer resaltar más nítidamente la cadena amazona. Lash insistió en que Gale tomara su caballo, pero el joven se negó a ello. -Iré a pie -dijo-; ya estoy acostumbrado y sé que ustedes no lo están. Intentaron en vano disuadirle de su propósito; por fin, Ladd se colocó a vanguardia, montando a pelo. Mercedes le seguía, con Gale a su lado; detrás iban los dos animales de carga y Lash cerraba la marcha. Ya seguro de que la joven gozaba de suficiente protección y con un objetivo determinado a la vista, Dick notó que desaparecía la tremenda tensión nerviosa que le embargaba. Hubiera querido poder informar a Thorne del venturoso desenlace. Más adelante, de fijo, sería posible hacerlo, pero hasta entonces, ¡cuál no sería el tormento de su amigo Parecíale que había transcurrido mucho tiempo desde que se apeó del tren. Mentalmente repasaba uno por uno los incidentes acaecidos desde su llegada hasta el momen-to presente. Por extraños que los hechos fueran, no le cabía duda alguna. Se daba cuenta de que hasta entonces jamás había tenido ocasión de medir la intensidad de sus sentimientos o de sus pasiones; que jamás había concebido, ni por asomo, la idea de que le fuera posible in- tentar dar muerte a un hombre. Tenía la mano derecha hinchada y tan dolorida que apenas podía cerrarla. Con- siderando lo recio de sus guantes, Gale pensaba que para lastimado de tal modo debió asestar a Rojas un golpe de extraordinaria violencia. Recordaba que, para él, dar o recibir un golpe siempre había carecido de im- portancia; pero en la pasada riña con Rojas había sido distinto. La vehemente cólera que la había motivado no era difícil de justificar, pero, sin embargo, después del momento de arrebato, en aquella lucha hubo algo indefinible que le intrigaba y cuya naturaleza le tenía confuso. Y cuanto más pensaba en ella, más confusas se hacían sus ideas. Los meses pasados en la inacción habíanse caracterizado por un descontento que, en su apatía, no se había detenido en analizar... Acaso no fuera solamente el choque con Rojas lo que le había hecho experimentar el cambio... Su encuentro con Thorne, los bellísimos ojos de la jo-ven española, su demanda de amparo; el odio inspirado montañosa. Un plateado círculo se elevó detrás de la cordillera y el sombrío desierto sufrió completa mutación. Salía la luna.



Librodot

-Tengo frío, señor-dijo Mercedes.

Dick llevaba su abrigo echado al brazo. Tenía calor, atribuyéndolo al ejercicio, cuando en realidad procedía de un fuego interior. Detuvo el caballo y ayudó a Mercedes a ponerse la prenda.

-Perdóneme usted..., debí pensar..., pero me pareció que tenía calor. Le está un poco grande, podría envolverse en él dos veces.

Mercedes sonrió, dándole las gracias en español. La afabilidad de su carácter púsose más de manifiesto, precisamente por contraste con los estados de súplica, de pasión y de terror por que había pasado tan recientemente. Este aparente cambio daba una vívida idea del encanto y seducción que debían caracterizarla en el normal ambiente de su vida.

Estaba a punto de reanudar la marcha cuando observó que Ladd se había detenido escudriñando el camino con evidente cautela. El caballo de Mercedes empezó a patear, impaciente, irguiendo las orejas y procediendo como si estuviera a punto de relinchar.

Obedeciendo al preventivo ¡chiss! de Ladd, Dick puso la mano en el cuello del bruto, tranquilizándole. Lash se adelantó sigilosamente, quedando ambos expectantes.

Un escalofrío, no del todo desagradable, estremeció a Dick. La escena no era hija de su fantasía. Aquellos hombres, avezados a los grandes espacios, habían oído, adivinado, o visto algún peligro. Era real, tangible, cierto, tan cierto como la presión de la mano de Mercedes sobre su brazo. Para ella también, probablemente, la noche encerraba terrores incomprensibles para Gale. Miró hacia el desierto y, dado su estado de ánimo, no le habría sorprendido saber que hubiera algo oculto entre los espinosos cactos, en loo sombríos y serpentinos arroyos, en los peñascos cuyas cimas la luna coronaba, en la planicie que se extendía hasta el pie de las inhospitalarias sierras. El viento soplaba suavemente con un murmullo apenas perceptible. Era un sonido nuevo para Cale, pero el único que percibía.

Lash volvió a retaguardia y Ladd reanudó la marcha. El avance era mucho más lento, debido, no a la condi

ción del camino, que en realidad había mejorado, sino a la prudencia del cow-boy que abría la marcha. Pasada media hora, fue abandonada toda preocupación, y los caballos siguieron a Ladd a un paso que obligó a Cale a alargar considerablemente el suyo.

La luna, entre tanto, había traspuesto los más elevados picachos de la sierra, difundiendo su argentina luz por doquier. Al aclararse el sombrío fondo, pareció como si se descorriera un lejano velo; aparecieron extensiones infinitas de desierto entre las confusas cordilleras que cerraban el horizonte.

Gale miró a su alrededor, consciente de que en aquella noche despertaba por vez primera su espíritu, abriendo sus ojos a la luz de cosas físicas, la inmensidad del estrellado cielo, la rutilante luna..., las siniestras montañas misteriosas, la interminable sucesión de planicies, promontorios y valles. La magnificencia del espectáculo no había pasado inadvertida para él, pero ahora tenía otra significación. Una voz desconocida le hablaba al corazón, haciéndole sentir los vastos y recios ámbitos de cielo y tierra, a comprender lo que representaba la libertad, el silencio, la soledad y el espacio.

Una vez más sus pensamientos fueron interrumpidos, como sus pasos, por las acciones de Ladd. El cow-boy refrenó su caballo, escuchó un momento y echó pie a tierra. Hizo un ademán de prevención a los demás y desapareció en la oscuridad. Gale observó que se había detenido en una garganta situada entre dos bajas mesetas en las que podía distinguir las columnas de cactos destacándose en el azul lechoso del cielo.



Librodot

Los caballos debían comenzar a estar cansados, porque no daban muestras de impaciencia. Gale oía sus respiraciones jadeantes, a la par que el ladrido de algún perro o coyote. Esto le hizo preguntarse, caso de ser un perro, si habría alguna vivienda en las cercanías. A la derecha, a cierta distancia, se divisaban dos objetos negros, cuadrados, demasiado uniformes para ser peñascos.

Mientras los miraba sin acabar de formar opinión, se oyó el agudo relincho de un caballo seguido del ruido de sus cascos sobre las piedras. Un perro ladró y, simultáneamente con la reaparición de Ladd en el camino, brilló una luz centelleante ante uno de los negros objetos.

-Todos juntos y sin hacer ruido-murmuró, llevando de la brida a su caballo por una senda que formaba ángulo recto con el camino.

Gale siguió a Mercedes. Al cambiar la posición observó que Lash había echado igualmente pie a tierra. Le pareció imposible seguir a Ladd de cerca, sin rozar con cactos o tropezar con los pedruscos o las depresiones del terreno. Después de recibir varios pinchazos de las agudas púas invisibles, la precaución en el avance fue para el más bien cuestión de legítima defensa. Los cow-boys llevaban zahones o chaparreras de cuero. No era juego de niños el seguir a un brioso caballo por las intrincadas veredas de espinas. La montura de Mercedes requería su atención constante, Dick dedujo que Ladd estaba dando un largo rodeo, por el cambio de posición de ciertas estrellas familiares durante la marcha. El avance era rápido, pero no tenía nada de silencioso. Los animales de carga desgajaban con frecuencia matas con las que se enredaban los hatos al pasar. A Gale le parecía que semejantes ruidos debían oírse a una milla de distancia. Cuando la configuración del terreno se lo permitía, intentaba localizar la posición de la meseta en la que había visto brillar la luz y desde la cual el perro había dado la señal de alarma, pero no pudo distinguirla entre las muchas que se elevaban en todas direcciones.

Ladd los guió a una vereda más amplia y que parecía seguir una línea recta. El cow-boy montó a caballo; Gale, por la acción, comprendió que volvían a estar en el camino. La marcha prosiguió a buen paso. Mirando su reloj, Dick quedó atónito de lo temprano de la hora. ¡Cuántas cosas habían ocurrido en tan poco tiempo! Empezaba a sentir el frío de la noche. Con sorpresa notaba una humedad que en terreno conocido habría calificado de rocío. No sabía que se produjera en el desierto. El viento aumentó en violencia, las estrellas lucieron con mayor brillo, el cielo se entenebreció y la luna rebasó su cenit. Durante varias millas el camino se extendía conservando el mismo nivel para atravesar después arroyos y cerros, para serpentear por entre masas de peñascos y, por último, emprender una larga ascensión. Dick preguntó a Mercedes si tenía frío, y la joven le contestó afirmativamente, en particular en los pies, que tenía entumecidos : acabó por pedirle que la ayudase a desmontar para andar y entrar en calor. Al principio, aunque apoyada en el brazo de Dick, caminaba con dificultad; pero no tardó en recobrar su ligereza y acabó por prescindir de su ayuda. Dick contemplaba admirado el maravilloso poder de recuperación de Mercedes, que marchaba a su lado con paso firme y seguro, sin aparentar signo alguno de fatiga. Aun envuelta en el amplio capote de Dick se adivinaba su esbelta y graciosa figura. No podía distinguir su rostro, que llevaba envuelto en la negra mantilla.

Unas palabras pronunciadas en voz baja por Ladd volvieron a Cale a la realidad y a los peligros que los acechaban. El cow-boy se había detenido algunos pasos al frente. Se hallaban en la cúspide de un acirate, cuya vertiente opuesta presentaba muy acentuado

declive.

Dick, adelantándose a los demás, pudo ver en la planicie inferior una fogata en torno de la cual se agrupaban varias figuras. Era un campamento asentado en el lecho de un amplio arroyo por el cual pacían los caballos entre los árboles. Mirando con mayor detención, Gale reconoció que eran mejicanos. Lash se había unido a Ladd, y ambos conferenciaron en voz baja estudiando la situación. El viento trajo hasta ellos una carcajada.

-Ladd, ¿que opinas de eso? = preguntó Lash.

-Para mí es una de tantas cuadrillas de raiders[3], o quizá de rebeldes -replicó Ladd - que ha cruzado la divisoria a caza de algún rebaño, aunque si encuentran buenos caballos no dejarán de llevárselos. Como ladrones de caballos no tienen rival. Esa cuadrilla espera la hora oportuna. Más arriba del arroyo hay un rancho.

Gale oyó al primero de los dos interlocutores murmurar una imprecación.

-Eso opino yo también-dijo Ladd -, pero tenemos una mujer y un forastero a quienes custodiar, sin hacer mención de nuestro propio equipo. A más de que lo que buscamos es conseguir nuestro propósito, no una reyerta.

-Entonces, no tenemos más remedio que tirar hacia Río Forlorn.

-Ahora dices algo, Jim. ¡Ojalá hubiéramos empezado por ahí! Pero es natural que pensando en la muchacha prefiera aparterme de la divisoria. No nos será posible dar un rodeo para evitar la cuadrilla y volver a tomar el camino. Tendremos que abandonar la idea de llevarlos a San Felipe.

-Acaso sea preferible, Ladd. El río Forlorn está en la divisoria, pero es una comarca que aún no han invadido los rebeldes.

-¡Espera que les lleguen noticias del oasis y de los caballos de Belding! -exclamo Ladd -. No confío que quede lugar algo pacífico en la frontera, Jim. Pero debemos ir adelante, no podemos retroceder.

-Entonces, ¿que haremos, Ladd? De aquí al rancho de Belding hay todo un paseo y, si llegamos allá de día y algún pelón ve a la muchacha antes de que Belding pueda esconderla, dará que hablar y la noticia llegará a Casita antes de lo conveniente.

-Naturalmente, no llegaremos al río Forlorn de día. Dejemos aquí los hatos, Jim. Podemos ocultarlos entre los cactos y volver después a buscarlos. Así podrá el forastero ir montado y...

Interrumpió la conversación un sonoro relincho procedente del arroyo. Al parecer, alguno de los caballos había husmeado a los viajeros. La impasibilidad de los mejicanos se trocó en viva atención.

Ladd y Lash retrocedieron llevando a los caballos por el primer pasadizo que encontraron al sur del camino. De momento no dijeron nada más, manifestando por sus acciones deseos de premura. Gale tenía que correr para poder seguirlos, por lo que fue para el un verdadero alivio que se detuvieran cuando empezaba ya a rezagarse.

Descargaron los hatos, ocultándolos en un macizo de mezquites. Ladd puso una manta sobre uno de los caballos y después se quito los zahones.

-cale, usted lleva botas y levantando los pies al pasar puede librarse de los cactos,

[3] Raiders. Aunque la Academia Española acepta la palabra raid como carrera o viaje aéreo, su significado de sus derivados es más bien incursión. Raiders son hombres armados el que, en pequeños grupos, caen rápida y violentamente sobre un poblado saqueándolo, regresando después a su habitual campamento o guarida.

pero... la... la... señorita Castañeda, acabará hecha pedazos si no se pone esto dígaselo así y... que se de prisa.

Dick tomo las chaparreras, acercándose a Mercedes y explicándole la situación. La joven se echo a reír ante su azorada insistencia y desmonto.

-Las chaparreras y yo somos antiguos amigos, señor Gale - dijo.

Rápida y diestramente la joven se equipo y volvió a montar. Lash indico a Gale que hiciera lo propio en uno de los caballos restantes y que la siguiera.

No había recorrido Dick cien metros, cuando tuvo sus primeros y dolorosos contactos con las palas de nopal. Sus rodillas parecían estar a la altura exacta, siéndole preciso elevarlas continuamente y dejar que sus botas recibieran el asalto de las púas. Afortunadamente era un jinete consumado, único conocimiento que le había sido de alguna utilidad durante su estancia en el Oeste.

Ladd, que abría la marcha, se dirigió hacia el Sur, amoldando el paso lo mejor posible a las irregularidades del terreno, trotando en los espacios libres, serpenteando por entre los macizos de cactos. El desierto presentaba una indecible monotonía a los ojos de Dick. Peñascos y matorrales limitados por las sierras, que siempre parecían estar cercanas, pero a las que en realidad no se llegaba nunca.

Gale sentíase helado hasta los huesos, llevaba las ropas húmedas y frías. Le dolían las rodillas, heridas por las ponzoñosas espinas, y le era imposible mover la mano derecha, no sabía si por la inflamación o por el entumecimiento. Además, estaba cansado. La excitación, la larga caminata, las millas y millas de traqueteo al trote le tenían derrengado. Mercedes debía de ser de hierro, pensó, para poder resistir cuanto había pasado y seguir a caballo, impasible.

Así, Dick Gale prosiguió su marcha, cada vez más amodorrado, dejando a su caballo la elección del terreno. Al levantar en cierta ocasión la cabeza, en un esfuerzo por combatir su soñolencia, vio que uno de los caballos iba sin jinete. Ladd llevaba a Mercedes. Dick se maravillo de que su fatiga no se hubiera manifestado antes. En otra ocasión, medio despertándose, le pareció que se hallaba en una carretera bien conservada.

Consiguió, por fin, sacudir el cansancio que le envolvía. Oyó ladrar a un perro. Corpulentos árboles bordeaban el sendero que iba recorriendo. En la semioscuridad distinguió la masa sombría de edificios bajos con techumbres planas. Ladd torció a la izquierda por una vereda que desembocaba en un espacio amplio y más claro. Se oyeron voces; después otro edificio bajo y plano como los anteriores apareció entre los árboles. Al echar pie a tierra era tal su entumecimiento que apenas pudo sostenerse en pie. Lash se acercó a él. Habló y alguien le contestó con voz sonora y afable acento. Dick creyó sumirse en una dulcísima oscuridad... ; luego se sintió envolver en mantas...; después perdió por completo el conocimiento.

# IV

Cuando Dick abrió los ojos, el sol entraba a raudales por la abierta ventana del aposento donde descansaba. Su primer pensamiento fue de curiosidad respecto al lugar en que se encontraba. La habitación era amplia, cuadrada, de paredes de adobe; por doquier

veíanse esparcidas sillas de montar, arneses y mantas. En el suelo había un lecho improvisado con una lona, sobre la cual .alguien probablemente había dormido. Unas polvorientas espuelas, un cinturón con pistoleras y un par de chaparreras erizadas de púas de cacto rotas trajeron a su memoria a los cow-boys, la jornada, a Mercedes y toda la .aventura que le había llevado allí.

No recordaba haberse quitado las botas, antes bien, estaba seguro de lo contrario, y, sin embargo, allí estaban, en el suelo. Ladd y Lash debieron prestarle este servicio cuando, exhausto y amodorrado, no se daba cuenta de lo que ocurría.

Sentíase bajo el peso de una completa laxitud, sin deseo alguno de moverse. Un súbito dolor en la mano le llevó -a examinarla. La tenía de un color negro azulado, hinchada, con un volumen doble por lo menos de su tamaño natural, y dura como una piedra. Los nudillos, desollados, aparecían cubiertos de cuajarones de sangre. Dick consideró que era la mano de peor catadura que había visto desde sus primeros tiempos de rugby y que probablemente le molestaría durante más tiempo del que fuera deseable. Por la ventana entraba una brisa tibia y fragante. Dick percibió el aroma de flores, oyó el rozar de las hojas, el susurro de algún riachuelo cercano, el piar de los pájaros y, después, pasos que iban acercándose y voces confusas. La puerta, situada al otro extremo de la habitación, estaba abierta, permitiendo ver más allá las columnas de madera que sostenían el tejadillo de un pórtico, un banco, macizos de rosas en flor, hierba, y en último término el verde follaje de los árboles.

-Cuando me asomé, hace una hora, dormía como un lirón - dijo una voz, que Dick reconoció ser la de Ladd.

-Déjale dormir -contestó otra más grave, con acento bonachón.

-La señora Belding dice que la muchacha no ha cambiado de postura. Debe haber sido una cabalgata de prueba para los dos. ¡Cuarenta millas a través de los cactos!

-El joven Cale hizo a pata más de la mitad - replicó Ladd -. Intentamos persuadirle de que montase uno de nuestros caballos... Si llega a aceptar, no estaríamos aquí. Un paseo semejante acaba con Jim o conmigo.

-En fin, Ladd, de veras me alegro de veros a los dos, y cortad ton que haré cuanto pueda por esa pareja - dijo el otro -. Pero también yo tengo mis preocupaciones, no lo dudes.

-¿Por tu ganado?

-En el oasis sólo tengo unas cuantas cabezas. Lo que más me preocupa son los caballos, y no te creas, los Estados Unidos también tienen por qué preocuparse. Los rebeldes se han extendido al Oeste y al Norte hasta Casita. Más allá no hay ni puede haber caballería en la frontera. Es un desierto prácticamente sin agua. Pero a los mejicanos esto no les preocupa, a todo se aclimatan. Serían capaces de cruzar la divisoria por el río- Forlorn y entrar armas de contrabando en Méjico. Como sabes, mi obligación es vigilar a los chinos y japoneses que intenten penetrar en América por Magdalena Bay, pero también he de patrullar la divisoria. Tendré que contratar más batidores. Ahora bien, no me preocupa tanto el que me suelten un tiro, aunque en este lugar tan solitario hay peligro de ello, como el perder mi caballada. Si los rebeldes llegan hasta aquí o si tienen noticias de mis caballos, vendrán a buscarlos. Esas guerrillas mejicanas son capaces de todo, tratándose de jacos. Es su pasión. Saben lo que es bueno y crían los mejores del mundo. Te aseguro que no duermo tranquilo.

-Jim y yo tendremos que hacerte compañía una temporada, Belding. Hemos

recorrido toda Arizona huyendo del espino artificial.

-Ladd, en cuanto a eso, el más exigente se daría por satisfecho en esta comarca. Todo es campo abierto. Y o apreciare en cuanto vale vuestra ayuda, no lo dudes. Quizá pueda persuadir al joven Cale a que se quede también.

-Es probable. Dijo que no tenía amigos ni dinero, y si lo que buscas es un camorrista... te llevas lo mejor de su clase.

-La señora Belding se irá a la empinada cuando sepa que voy a contratar a un forastero.

-¿Por qué?

-Por Nell... ¡Y dices que ese Cale es americano! Mi mujer vivirá en perpetuo temor de que Nell se enamore de él.

Ladd ahogó una carcajada y descargó una palmada en el hombro de su amigo, que no debió de ser muy suave, a juzgar por el tremendo restallido.

-¿Dices que es un muchacho de buena presencia y bien hablado? - prosiguió Belding.

-i Vaya ! - afirmó Ladd -. ¿Tú que opinas, Jim?

Cale se sentía enrojecer, fingiendo no oír la conversación, de la que, por otra parte, procuraba no perder sílaba.

-Bravo mozo, fornido, bonita voz, ojos serenos, arrogante porte - respondió Jim, como quien recita una filiación.

-Quizá fuera prudente pensarlo bien antes de meter un extraño en mi familia - dijo seriamente Belding -. En fin, todo sea por Dios. Si es amigo de un militar, debe ser buena persona. ¿No será ningún vagabundo o enfermo?

-¿Vagabundo? ¿Enfermo? ¿No acabo de decirte que le estrechó la mano su amigo, encantado de verle?-exclamó Ladd, amoscado y tomando las vacilaciones de Belding como una ofensa personal-. Tom Belding, te repito que es todo un caballero, y, además, que podría tumbarte de espaldas en... medio segundo. ¿Tú qué opinas, Jim?

-En menos tiempo -replicó Lash-. Tom, escucha lo que te digo. Ese muchacho puede disponer de mi caballo, de mi revólver y de cuanto tengo.

-¡Ea, no lo toméis así, que no fue esa mi intención! -dijo Belding.

Gale, objeto de tanto encomio, seguía despierto en la

cama, conmovido y lleno de gratitud por la calurosa defensa, encantado de la idea de conseguir empleo junto a Belding y, además, muy divertido ante la pintoresca seriedad del terceto.

-¿Cómo está el joven? - preguntó una voz de mujer, amable, grata y solícita.

Gale oyó nuevos pasos sobre las losas.

-Aún duerme, mujer - replicó Belding -; me párece que estaba derrengado... Cerrare la puerta para no despertarle con nuestra charla.

Se acercó de puntillas uniendo la acción a la palabra, aunque el cambio de intensidad de las voces, para Dick, fue apenas perceptible.

-Ladd y Jim se quedan -prosiguió Belding -. Volveremos a estar como en los buenos tiempos. Me alegro mucho de tenerlos aquí, Nellie. Ya sabes que tenía intención de enviarlos a buscar a Casita. Preveo que tendremos disturbios antes de ver terminada la revolución. Es posible que haga una proposición interesante al joven Gale.

-¿Es un cow-boy? - preguntó vivamente la señora Belding.

-No.

-Pero podría serlo, y de los mejores -interpuso Ladd.

-¿Qué es? ¿Quién es? ¿De dónde viene? Supongo que...

-Ladd asegura que es una persona decente - interrumpió su esposo-, y eso me basta. ¿A ti no?

-¡Hum!... ¿Ladd tiene buena experiencia respecto a los desconocidos que vienen del Este?... Tom, ¡ten cuidado...

-Mujer, estoy más que contento de poder contar con un muchacho sereno y decidido. ¿Que tienes que objetar, si Jim y Ladd responden por el?...

-Pero, Tom..., ¡se enamorará de Nell! -protestó la señora Belding.

-Bueno. Al fin y al cabo sería perfectamente natural. ¿No les ocurre lo propio a cuantos vienen por acá? ¿No ha pasado siempre lo mismo? Cuando era una colegiala en Kansas ¿no ocurría ya? ¿No tenía un centenar de adoradores en Texas? Desde que estamos aquí, en el desierto, he disfrutado de un poco de reposo, salvo cuando llegaba algún mejicano, o buscador de oro, o yanqui, porque entonces... la eterna historia... ¡enamorado de Nell!

-Pero..., ¿y si Nell se enamora del joven? - exclamó su esposa, desolada.

-¡Ladd, Jim! ¿No os lo dije? - gritó Belding -. ¡Estaba seguro! ... Querida esposa, ¡ojalá Nell se enamore de alguien! Pero enamorada de veras. Es más salvaje que cualquier antílope del desierto. Va a cumplir los veinte años y, que yo sepa, nunca se ha preocupado por nadie. Y tiene más picardía que el mismísimo demonio. Es tan buena y amable como bonita, pero mucho me temo que no será nunca una mujer, mientras vivamos en este desierto. Y como tú siempre has detestado vivir en la ciudad, donde hubiera podido tener oportunidades, por temor a que se enamorase de alguien... En ese punto siempre has sido rara, más que rara, necia. He hecho cuanto he podido por Nell, la he querido como hubiera querido a mi propia hija, he cambiado el rumbo de mis negocios en varias ocasiones, tan sólo por acceder a tus caprichos. Ahora nos esperan tiempos duros. Necesito hombres. Si Cale quiere quedarse, le ajustaré. Deja que Nell corra su albur con él, como tendría que correrlo con otros, si saliéramos del desierto. Tanto mejor para ella.

-¡Ojalá no esté equivocado Ladd en su opinión respecto a este recién llegado! - suspiró resignadamente la señora Belding.

-Juzgando a la gente, no me he equivocado en mi vida-dijo resueltamente Ladd.

-Sí, Ladd, te has equivocado con Tom - dijo la señora -. En fin, hay que disponer la cena. Ese muchacho y la joven deben estar muertos de hambre. Voy hacia dentro, Si viene Nell, no la adules como hiciste durante el almuerzo, Ladd, no la hagas envanecer.

Dick oyó alejarse a la buena señora.

-¡Qué particular es respecto a la muchacha! - observó Ladd -. Oye, Tom, Nell sabe que es bonita, ¿verdad?

-Si no lo sabe, poco tardará en enterarse, a no ser que te calles, Ladd. Cuando pasaste por aquí hace algunas semanas, no cesaste de prodigarle cumplidos de cow-boy.

-¿Y opinas que los cumplidos de cow-boy son mala cosa para las mujeres?

-Lo peor posible, a juzgar por mi mujer.

-Que me zurzan si creo que puede perjudicar a una muchacha un poco de jarabe de pico. Les gusta... ; pero, hablando de eso, ¿has visto a la española?

-De día, no.

-Yo tampoco. Pero me basta con haberla visto de noche. En cuanto a belleza, Nell es alguien, pero con todo mi sentimiento, otorgo la palma a la señorita de Méjico. Jim, ¿que

opinas tú?

-Mi dinero va por Nell -replicó Lash -. A mí dame una muchacha robusta, con buenos colores, y ojos azules que se ríen del mundo. La señorita Castañeda es bonita, no digo que no, pero demasiado blanca. Cuando me clavaba los ojos encima, me parecía recibir dos puñaladas. Al principio, cuando nos daba las gracias, tenía la sensación de que había alguna princesa por los alrededores; en cambio, Nell es retozona, amable y...

-Cierra el grifo - interrumpió Belding -. Aquí viene Nell.

Dick percibió el taconeo de un pie ligero, que más bien corría que andaba.

-¿Estás aquí? - exclamó una voz agradable- Papá, la señorita es adorable. Vengo de contemplarla. Está durmiendo como una muerta... ¡está más blanca! ... ¡Oh! ¡Espero que no estará enferma...!

-Está simplemente rendida - dijo Ladd -, pero mientras fue necesario, aguantó como los buenos... Precisamente hablábamos de ella.

-¡Es hermosísima! ¡No he visto nunca cosa parecida! ... ¡Y que historia más triste la suya! ... Cuéntame más, Ladd, me lo has prometido. Estoy muerta de curiosidad. En este rincón de mundo nunca pasa nada. ¿No dijiste que tiene un prometido?

-Así lo dije.

-¿Y es un soldado de caballería?

-Sí.

-¿Es el joven que vino con vosotros?

-No, ése es el que la salvó de las garras de Rojas.

-¡Ah! ¿Dónde está, Ladd?

-Duerme.

-¿Está herido?

-Creo que no, pero ha dado un paseo de quince millas.

-Y... y... ¿es simpático, Ladd?

-¡Vaya!

-¿Cómo es?

-Le conozco hace poco y no le he visto nunca de día, pero a mi me pareció que no estaba mal. Y a Jim, también. Jim dice que puede disponer de su caballo y de su revólver.

-¡Maravilloso! Ladd, ¿que ha podido hacer ese extraño para conquistaros a los dos en una noche?

-Tendré que contárselo. Yo y Jim estábamos viendo jugar a las cartas en el «Café del Sol«, de Casita, al otro lado de la divisoria, con algunos conocidos. Ese «Café del Sol« es un salón de billar, bar, restaurante y café, todo junto; estaba atestado de mejicanos. Algunos rebeldes de la cuadrilla de Campos bebían y jugaban. Despues llegó Rojas con los suyos. No me fije en ellos hasta que Jim me llamó la atención; entonces empecé a contemplar al pájaro. Llaman a Rojas «el gomoso rebelde», y, en efecto, justifica el apodo. Me revolvió el estómago verle cubierto de encajes, galones y abalorios, sabiendo que es un facineroso. No es raro ver a un mejicano excitado, porque en seguida les hierve la sangre, pero Rojas estaba al rojo vivo. Rodeado de sus hombres, gesticulaba dando grandes voces y haciendo toda clase de aspavientos. Supuse que se tramaba algo, probablemente contra la guarnición de Casita. La gente creía que Rojas y Campos unirían sus fuerzas para desalojar a los federales. Jim también opinaba que la excitación de Rojas era debida a algún complot. Sea como fuere, el caso es que no tomamos parte en el juego y, sin parecerlo, fuimos observando.

»Poco después vi entrar por la puerta del restaurante a un joven americano vestido con traje de pana, como un buscador de oro. Tú sabes que no es extraño verlos por estas tierras, pero lo que me chocó fue su estatura, que parecía rebasar la puerta. Miró hacia el bar, y al ver a Rojas pareció dar un respingo; se echó el sombrero a la cara y empezó a caminar tambaleándose. Estuve a punto de creer que estaba borracho, pero recordé que al entrar no lo estaba, lo cual me llamó la atención. Por eso no le quite la vista de encima. Fue dando traspiés por el salón sin que nadie se percatara de el, hasta que empezó a tropezar con los jugadores de billar y a enredarse los pies con sillas y mesas, lo que le valió algunas palabras gordas. Se fue acercando y, de repente, nos percibió a nos otros. Manifestó una viva sorpresa y vino derecho a nuestra mesa. Yo avise a Jim de lo que pasaba. Cuando estuvo cerca, se irguió, y levantando el ala del sombrero nos miró fijamente. Entonces pude verle el rostro. Me quedé pasmado. Estaba lívido, con las venas de la frente hinchadas y los ojos echando chispas..., una verdadera furia. No sabia que decir, ni que pensar cuando el desconocido nos dirigió la palabra.

«Estaba simulando la embriaguez para lanzarse sobre Rojas y armar una bronca. El bandido perseguía a una mujer que estaba en el hotel y era la novia de un amigo. Los secuaces de Rojas cercaban el edificio, y su plan era que su amigo aprovechase la confusión para escapar con la muchacha. Nos recordó que somos americanos, que los cow-boys tienen, por lo general, la fama de ser leales... Después el extraordinario joven nos indicó la conveniencia de que no le perdiéramos de vista.

«Aún me estaba preguntando que quería decir con aquello y con lo de armar una bronca, cuando ya había echado a rodar una mesa y eliminado del mapa a unos cuantos mejicanos. Un ciudadanillo pequeño, de cara de mico, empezó a chillar; un segundo después ya volaba por los aires, cabeza abajo. Cuando aterrizó... quedó atontado. El joven, entretanto, había caído sobre Rojas y su gente con el mismo empuje que un toro furioso en una cacharrería. Él y Rojas consiguieron salirse del montón general, pero no le sirvió de gran cosa al bandido, porque instantes después iba por los aires como un saco, para caer entre mesas, sillas y secuaces a disfrutar de un bien ganado reposo.

«Salí de mi asombro y fui hacia el centro de la pieza con Jim, empezando a apagar luces a tiros, mientras Lash convencía a los rebeldes con un argumento en cada mano. Temí que empezase a correr la sangre antes de que estuviera el aposento a oscuras. Estaba tan ocupado que perdí a nuestro torbellino y, cuando le volví a ver, estaba a punto de recibir una cuchillada por la espalda.

«Reconocerás que fui muy considerado limitándome a dejar manco al pelón. Apague la última luz y Jim y yo... nos retiramos modestamente.

«Poco después, ya en la carretera de San Felipe, dimos de bruces con el ya mencionado joven. Nos dijo que se llamaba Gale... Dick Cale, que la muchacha estaba con él sana y salva, pero que su amigo, el militar, ausente sin licencia, había tenido que volver al campamento. Gale nos dijo que carecía de dinero y de amigos, y que no sabía como ayudar a la joven, por lo que Jim y yo los tomamos bajo nuestra protección y emprendimos el camino hacia San Felipe. Tuvimos que desistir de seguirlo y enfilamos hacia Río Forlorn.

-¡Oh, es espléndido ! - exclamo la joven.

-En efecto, Nell, pero no te ufanes. No es tuya la idea.

-Pero, Ladd, ¡ aún no me has dicho como es

Dick juzgo imposible continuar escuchando. Saltó de la cama, haciendo un esfuerzo

de voluntad, para no prestar atención al discurso de Ladd. Su corazón sentíase henchido de orgullo, por los sinceros aunque excesivos elogios del cow-boy, el interés afectuoso de Belding y la curiosidad de la muchacha. Estaba, pues, entre gentes sencillas, en cuya vida la llegada de un desconocido era un acontecimiento. Las posibilidades que sugería la involuntariamente oída conversación le ponían en un estado de ánimo especialmente receptivo. Ansiaba ya ser uno de los batidores de Belding. La sola idea de caballear por el desierto con una misión arriesgada que cumplir le cautivaba. Se sentía irremisiblemente atraído hacia los cow-boys, hacia el campechano y bondadoso Belding, pero temía la entrevista con la joven. Si cuantos la veían se enamoraban de ella, ¿qué esperanza podía tener de escapar al inevitable sino? Y menos en aquel momento, cuando en su espíritu parecía renacer la fe en sí mismo, en su propia valía. No acababa de comprenderlo, pero se sentía capaz de todo, de caballear, de luchar, de amar el desierto...

La bellísima española había hecho vibrar algo en él que creía muerto o dormido; luego, en la dulce voz de la desconocida Nell, presentía una promesa de algo aún más maravilloso, dulce y desconocido.

Gale creyó hacer el suficiente ruido mientras se calzaba torpemente, pero las alegres voces del pasillo seguían sin interrupción. El no disponer más que de una mano para abrocharse las botas le era por demás incomodo. Miró hacia fuera por la ventana. Evidentemente su habitación estaba situada al extremo de la casa. Vio una acera enlosada junto a la que había una zanja por la cual corría un agua turbia, cuyo murmullo era sumamente grato. Los árboles presentaban formas y tonalidades nuevas para él. Oyó pájaros, ovejas, gallinas, volvió a ver los macizos de rosas y el verde de la hierba. Junto a la pared vio también una tina llena de agua y a su lado un banquillo en el que había una jofaina, toalla, jabón, peine y un cepillo. Su ventana servía, al parecer, de puerta, porque bajo el alféizar había un escalón.

Gale, después de un momento de vacilación, salió, procurando dar a su acción un aire natural y deseando que alguien le oyera. Pero no se presento nadie.

Torpemente se lavo con una mano, y aprovechando el espejo que colgaba de un clavo, puso más o menos en orden sus cabellos y se dispuso a presentarse ante los cow-boys y ante sus recién adquiridas amistades.

Había dado apenas un paso, cuando le detuvo un ruido de risas y de ligeros pasos.

Cerca de él, a la vuelta de la esquina, la juvenil voz dijo

-¡Papá, se cumplirá tu deseo, pero habrá que oír a madre! ...

Dick percibió un piececillo que entraba en su línea visual, después un traje blanco y, por último, la ágil figura de una muchacha que avanzaba volviendo la cabeza atrás.

-Es seguro que me enamoraré de tu nuevo batidor, seguro. ¡Ya lo estoy ahora!

Y fu¿ a dar materialmente en brazos de Dick.

Retrocedió súbitamente.

Dick vio un rostro rubio, de ojos azules, audaces y provocativos, cuya expresión cambio en un instante, trocándose en sorpresa, temor y admiración. Sostuvo un segunda

la grave mirada de Dick, ruborizándose.

- ¡Oh!... -balbució.

Su rubor subió de punto, convirtiéndose en rojo escarlata. Dio media vuelta y desapareció como un blanco torbellino.

Dick noto una evidente aceleración en los latidos de su corazón, experimentando singular contento. ¡Había llegado el instante que esperaba, la eventualidad que extrañas

circunstancias le habían preparado!

Doblo la esquina. Ladd y Lash estaban hablando Como un hombre de fornido aspecto.

Los dos cow-boys, a quienes Dick veía por primera vez a la luz del día, eran hombres de mediana edad, cabellos grises, cutis quemado por los vientos y la continua exposición al sol, facciones enjutas y penetrantes ojos de color de pizarra; tan parecidos el uno ad otro que hubieran podido pasar por hermanos.

-¡Hola! Aquí llega el interesado... - dijo el hombre fornido -. Señor Cale, me alegro mucho de conocerle. Yo me llamo Belding.

Su satisfacción fue tan afectuosa como recio y sincero su apretón de manos. Gale tenía ante sí un individuo de regular estatura y cabeza más bien grande, cubierta de rizado cabello. Gastaba bigote recortado y barbilla de punta, y su piel morena realzaba el brillo de los ojos negros, animados por un destello afable.

Los cow-boys se. comportaron con Dick con una cordialidad que parecía hija de una amistad antigua.

-Joven, ¿tropezó usted con algo a su paso?-preguntó maliciosamente Belding.

-Sí; encontré algo blanco... y tan veloz que pareció huir volando por mí lado.

-¿Le vio a usted? -preguntó Ladd.

-Creo que sí, pero no me dio tiempo a presentarme a mí mismo.

-Era Nell Burton, mí hija, o mejor dicho, mí hijastra -dijo Belding -. Es, como dice Ladd, un torbellino. Venga usted, y conocerá a mí mujer.

El edificio era largo y achatado, con un pórtico que se extendía por toda da fachada, con puertas cada doce pasos. Ad entrar en el gabinete, Dick quedo sorprendido de su confort y claridad. La pieza tenía dos grandes ventanas y una puerta que se abría sobre un patio cubierto de césped y plantado de rosas y árboles en flor. Se oía el suave rumor del agua corriente.

La señora Belding era una mujer de nobles proporciones y notable apariencia. Su cabello blanco coronaba un rostro curas facciones, muy acentuadas, serías y rugosas, eran testimonio de una pasada belleza. La intensidad de su mirada era extraordinaria. Su saludo, que pareció a Dick forzado y tardío, fue amable, pero no cordial. Despues de manifestar debidamente su gratitud, el primer pensamiento de Dick fue para Mercedes; se informo de su estado, y se entero de que la española se había despertado con bastante fiebre y excitación nerviosa, sí bien, después de haber calmado su estado y reconfortada con alguna bebida refrescante, había vuelto a conciliar el sueño. La señora Belding añadió que la joven no había sufrido lesión alguna durante el viaje, y que, una vez libre de su excitación nerviosa, se encontraría perfectamente.

-Y ahora, Gale - dijo Belding cuando su esposa se hubo retirado con pretexto de preparar la cena -, Jim \- Ladd me han hablado de usted y de sus hazañas en Casita. No tengo inconveniente en hacerme cargo de da muchacha hasta que su amigo el militar pueda sacarla de la región, y eso que no creo sea cuestión de días, se lo advierto. No pretendo inmiscuirme en sus asuntos, pero Ladd me ha interesado por usted y..., francamente, quisiera saber cuáles son sus planes.

-No tengo ninguno-replico Dick, y juzgando oportuno el momento, decidió hablar claro de sí mismo-: He llegado aquí a la deriva. Mí hogar está en Chicago. Cuando salí de la Universidad, hace algunos años -ahora tengo veinticinco-, trabaje con mí padre. Él tiene negocios en mi país. Probé varios empleos de oficina, pero no conseguí darle gusto.

Quizá no do tomé con ahínco. El caso es que no sabía trabajar. Mí padre y yo, aunque no nos peleamos, tuvimos algunas palabras, me sentí agraviado y me marche. Hace unos seis meses vine al Oeste v he ido de un lado a otro, desde Wyomíng hasta el Sudoeste de la frontera, buscando alguna labor que cuadrase con mis aptitudes, pero no encontré nada y, a serle franco, señor Belding..., no me preocupé gran cosa por encontrarla. Aunque, a decir verdad, creo que era debido a no saber lo que quería. Pero últimamente he aprendido...

-¿Que quiere usted hacer? - interrumpió Beldíng.

-Quiero un empleo de hombre. Quiero trabajar con mis manos. Quiero hacer algo y, sobre todo, vivir al aíre libre.

Belding sacudió la cabeza como aprobando el discurso
del joven y, con cierta vacilación, dijo:
¿Galo, sí quisiera usted..., sí hoy volviera a su casa
con su padre, de recibiría?

-Señor Beldíng, en mí pasado no hay da menor sombra. Mi padre se alegraría sinceramente de volver a verme. Es el único consuelo que tengo. Pero no quiero volver. Estoy sin un céntimo. No quiero convertirme en un vagabundo. Por lo tanto, he de hacer algo.

-¿Le gustaría ser batidor en la frontera? -preguntó Belding, poniendo una mano sobre la rodilla de Dick -. Una parte de mi ocupación aquí es la de Inspector de Inmigración de los Estados Unidos. Tengo que patrullar este sector de la divisoria para impedir la entrada a los japoneses y los chinos. Esta endiablada revolución ha venido a complicar las cosas y, de un día a otro, espero ver contrabandistas y raiders por aquí. No estará usted al servicio de los Estados Unidos,, será sencillamente un batidor mío, como Ladd y Jim, que también se quedan. Le pagaré bien, le daré hospedaje y le proveeré de todo lo necesario, armas inclusive y el mejor caballo que ha visto en su vida. Su empleo no será ni saludable ni sin riesgos, pero será de hombre, eso puedo asegurárselo, como también puedo asegurarle una vida sana y agradable al aire libre. ¿Qué le parece?

Que acepto y le doy las gracias de todo corazón, más de lo que puedo expresar- replico seriamente Gale.

-¡Bravo... ! Entonces, quedamos entendidos. Vamos a decírselo a Ladd y a Jim.

Ambos se mostraron encantados del giro que tomaban las cosas y, después de un minuto de conversación, se unieron a Belding, que deseaba enseñar la propiedad a Gaje.

La casa principal y las distintas dependencias estaban construídas con paredes de adobe, que tenían, según Belding, la ventaja de retener el calor del verano hasta entrado el invierno y de resguardar las habitaciones del frío exterior. Exteriormente, su aspecto, de un gris rojizo, era odioso a la vista; esto quizá hacía que, por contraste, se hallase más confortable su interior. Las amplias plazoletas estaban cubiertas de césped, flores y varias clases de árboles y arbustos. El interés de Cale le llevo a preguntar el nombre de varios de ellos, especialmente un magnífico ejemplar que Belding llamaba palo-verde.

Belding le explico que la exuberancia de vegetación del lugar era debida a algunos manantiales y a las aguas del río Forlon, embalsadas artificialmente. Antes de instalarse

él en el oasis lo habitaba una tribu de indios papagos[4] algunos peones con sus familias. El oasis estaba situado

[4] Tribu de los indios priman, de Arizona y Sonora, agricultores industriosos y excelentes trabajadores. Casi todos son católicos.

entre un arroyo de una milla de ancho y una vertiente hacia el Sudoeste, de diez o doce. El río estaba seco la mayor parte del año, pero durante la época de las lluvias conseguían embalsar agua suficiente para regar los jardines y los campos de alfalfa.

-Tengo en la finca un manantial inagotable - dijo Belding-, es un agua fina, excelente, y ya supone usted lo que eso vale en el desierto. El oasis me agrada. Cuanto más vivo aquí, más me gusta. No hay en todo Arizona del Sur un lugar que pueda compararse a este valle en cuanto a agua, hierba o madera. Es bonito y saludable. Solitario y triste, sí, para mujeres como la mía y Nell, pero me gusta. Y dicho sea entre nosotros, muchachos, tengo un secreto. En los arroyos hay indicios de oro, lo que significa que hay- muera! en las montañas. ¡Si tuviéramos agua! Desde que me establecí aquí el poblado ha ido creciendo en importancia. ¡Incluso Casita es menos que Forlorn River! Ya veréis como no tardará el iSouthern Pacific» en tender un ramal hasta aquí para empalmar con la línea férrea. Aquí hay un porvenir y quisiera que fuéramos nosotros los primeros en aprovecharlo. ¡Cuándo acabará ese diablo de revolución...! En fin, aquí están los corrales y los apriscos... Gale, ¡eche usted una ojeada a esos caballos!

Esta frase coincidió con el paso de Belding y sus acompañantes desde los sombríos jardines al campo abierto. cale vio un cobertizo de adobe, un inmenso redil circundado por ramas de mezquite extrañamente retorcidas y disformes ; más allá, extensos y dilatados campos de pasto de un verde oscuro, exuberantes, poblados de magníficos caballos. Los había tordos, negros, bayos y alazanes. Gale rebusco en su memoria si jamás había visto ejemplares tan soberbios, pero tuvo que reconocer que los únicos a que eran comparables eran los de pura sangre árabe.

-No hay ranchero que no aprecie sus caballos - dijo Belding -. Cuando estaba en Texas también tenía buena caballada. Éstos son mejicanos. Proceden de Durango, donde se criaron. Los jacos mejicanos son los mejores del mundo, sin excepción.

-Ahora me explico por qué no duermes tranquilo - comento Ladd -. Veo un pelón por allá... No..., es un indio.

-Es mi zagal papago. En estos últimos tiempos tengo custodiados mis animales día y noche. ¡Señor! ¡Que disgusto me darían Rojas, Salazar o cualquiera de esos rebeldes si encontrasen mis caballos! Cale, ¿sabe usted montar?

Modestamente, Dick contesto que sí, a lo menos de acuerdo con las ideas del Este.

-Para montar esos caballos no se necesita ser un centauro, pero en ese otro campo tengo algunos cerriles que no desearía verle en la necesidad de domarlos, excepto para pasar un buen rato a su costa. Especialmente hay uno que apostaría cualquier cosa a que ni Ladd lo monta.

-¿Sí? ¿Cuánto te apostarías? -pregunto instantáneamente el aludido.

Unas campanadas, que Belding interpreto como llamada a cenar, cortaron la discusión, y los cuatro hombres retrocedieron camino de la casa. En tal dirección, Cale vio las lomas que se elevaban en el límite del oasis, amontonándose hasta morir al pie de las áridas montañas negras, que había oído a Belding calificar de «Montañas Sin Nombre» y, en efecto, el apelativo cuadraba perfectamente a aquellas altivas, enhiestas y misteriosas cumbres.

Belding no se dio cuenta de la mano de Gale hasta que, llegados ya ante la casa, estaban a punto de entrar.

-Pero, ¿qué es eso? -exclamo-. ¿Donde diablos se ha puesto usted la mano así?

-Tropecé de nudillos con Rojas -replico Dick.

-¿Se ha causado usted eso dando un puñetazo? ¡Me felicito de no ser yo quien lo recibiera! ¿Por que no me lo dijo? Tiene mal cariz. Las descarnaduras están llenas de suciedad y de arena... Empieza a inflamarse... ¡Hay que curar eso! ¡ Nell... ! - grito.

-No obtuvo respuesta. Repitió más fuerte la llamada-Madre, ¿donde está la muchacha? -En e! comedor - contesto la señora Belding. -¿No me ha oído?

-¡Claro que sí!

-¡¡¡ Nell !!! - insistió Belding con voz atronadora, que esta vez obtuvo resultado.

Dick evoco la visión de un dorado cabello y un traje blanco, pero no duro más que un instante.

-¿Qué quieres, papá? -pregunto una voz, agradable

como antes, pero cuyo acento revelaba alguna alteración. -Trae desinfectantes, algodón, vendas y... cosas aquí.

¡De prisa!

Belding fue a buscar un cubo de agua y una jofaina a la cocina. Su esposa le siguió y, al ver la mano de Dick, fue toda solicitud. El joven oyó pasos menudos y rápidos, pero no levanto los ojos del suelo.

-Nell, este es el señor Gale, Dick Gale, que anoche vino con los muchachos - dijo Belding -. Tiene una mano que da miedo. Se lastimo discutiendo con el bandido de Rojas. Quiero que le hagas una buena cura. Gale, esta es mi hijastra Nell Burton, de la que le he hablado. Cuando alguno de nosotros está enfermo o herido, se revela una verdadera joya. Alargue el puño y deje que se encargue de él. La cena nos espera.

Deseaba Dick sobre todas las cosas levantar la vista y mirar a Nell, pero adivinando que la situación podría ser embarazosa para ella, se abstuvo de hacerlo. La muchacha empezó por lavar cuidadosamente sus nudillos. Él noto la suavidad, la destreza de sus acciones, aunque le pareció notar que un ligero temblor agitaba sus manos preciosas, ni pequeñas ni grandes, fuertes, morenas y flexibles. Por el rabillo del ojo observo también que se había arremangado, poniendo al descubierto unos brazos como hechos a torno, de líneas perfectas. La piel era morena, o quizá más bien dorada que morena. De un tinte maravillosamente claro. Tímidamente, Dick continuo con los ojos bajos, aplazando todo lo posible el instante de elevarlos hasta su rostro. Sería un terrible momento. Le complacía jugar con el placer de la anticipación Sin embargo, cuando ella se sentó a su lado y puso su mano en el regazo para preparar los vendajes, el deseo de levantar la vista fue tan irresistible al sentir la suya tan próxima, que cedió a el, contemplando un rostro dulce y perfecto, curtido lo mismo que los brazos. El cabello, rubio, era una abundante masa ondulada. Sombreaban sus ojos larguísimas pestañas, a través de las cuales se percibía un destello azul.

Viendo lo absorta que estaba en su tarea, Gale hizo algunas calladas consideraciones sobre su modo de ser.

Era una muchacha llena de salud, alegre, bonita y positivamente seductora.

-¿Duele mucho?-Pregunto Ladd, que actuaba de interesado espectador.

-Confieso que sí - replico Dick, sin dejar de mirar a Nell -. Pero no importa.

La joven le miro sorprendida. Había tomado sus palabras literalmente, pero sus chispeantes ojos azules encontraron por un instante los del joven y un vivo carmín tiño sus mejillas. Acabo precipitadamente e¡ vendaje y se puso en pie.

-Muchas gracias - dijo Gale, imitándola.

Belding se asomó a la puerta y viendo terminada la operación los llamo a cenar. Dick



Librodot

no podía servirse más que de una mano, y, además, estaba ocupado en un disimulado examen de la joven; sin embargo, supo eclipsar a ambos cow-boys en el asalto a la suculenta cena preparada por la señora Belding. La conservación se generalizo, con profunda satisfacción por su parte, para que pasara inadvertido su voraz apetito.

Después de cenar, aprovecho la primera oportunidad para salir al jardín y, atravesando las huertas y praderas, subió a un otero desde donde podía dominar el pequeño poblado, cuya extensión le sorprendió, así como el considerable número de edificios de adobe. Las lejanas montañas, abruptas y sombrías masas informes de atormentados peñascos, le escalofriaban y le amedrentaban.

Hacia el Oeste el sol poniente doraba una ilimitada extensión del áspero desierto. Gale se sentía sobrecogido. Por doquier se elevaban anfractuosas sierras o aisladas montañas solitarias, pero el desierto lo invadía todo, las envolvía, las cercaba, extendiéndose entre ellas y más allá de ellas. Cuando se puso el sol, reduciendo la visibilidad, tuvo una sensación de alivio.

Al desaparecer la magna y austera atracción de la distancia vio el desierto más cerca, el valle a sus pies. ¡Qué región tan extraña, tan gris y tan sombría! Sobre los tonos graves se destacaba una luz serpeante, más clara, que supuso era el cauce del río. Noto que los charcos se iban haciendo más pequeños, hasta perderse en la arena. ¡Estaba terminando la estación de las lluvias y aquel riachuelo pugnaba por vivir, sosteniendo desesperada lucha contra el absorbente desierto!

Recibió una potente impresión de la naturaleza, de aquella perdurable devastación en la que, sin embargo, adivinaba que estaba destinado a encontrar amor, trabajo y fortaleza.

# V

Belding asigno a Dick una habitación sin ventanas, pero con dos puertas, que daban al patio una y la otra a una de las plazoletas del lado Oeste. El aposento contenía el ajuar estrictamente preciso para su comodidad. Dick menciono el equipaje que había dejado en el hotel de Casita, pero Belding opino que, de momento, sería arriesgado todo intento de recuperarlo. Lo más probable era que Dick gozase de poca popularidad entre los mejicanos de la población.

Así, pues, el joven se despidió in mente de su equipaje, reflexionando que, habiéndose despedido también de su pasado vacuo y sin atractivos, bien podía renunciar a lo que con el tal pasado le ligaba. Sin embargo, no contando más que con lo que llevaba encima, hubo de manifestar su sentimiento por tamaña privación.

-Bah! -exclamo Belding-. El dinero es lo que menos nos preocupa por acá, lo cual no quiere decir, Cale, que no consiga enriquecerse aquí, si se lo propone.

-No me sorprendería -replico Dick, aunque no pensaba en riquezas materiales y, contemplando su camisa hecha jirones y no muy limpia, añadió-: Belding, hasta que sea rico, quisiera tener algo de ropa decente.

-En el poblado hay un bazar mejicano; lo que no encuentre usted allí, las mujeres se lo confeccionarán.

Al acostarse, Dick se dio cuenta de que estaba dolo rido y con fuerte jaqueca. No se



Librodot

encontraba bien, aun que, a pesar de ello, le venció la fatiga, quedándose pronto dormido.

Era ya de día cuando despertó. Le fue preciso hacer un verdadero esfuerzo para coordinar sus ideas. Tenía vértigo y un violentísimo dolor le obligó a desistir de mover el brazo derecho, que aparecía hinchado. La misma inflamación había hecho saltar el vendaje de la mano, que estaba amoratada, imponente, de un tamaño doble del normal. Se sentía arder y un dolor de cabeza insoportable aumentaba su abatimiento.

Belding entró bruscamente en la habitación.

-¡Hola, Dick! ¿No sabe usted lo tarde que es? ¿Cómo va la mano?

Dick intentó incorporarse, pero su esfuerzo fue inútil, tuvo que dejarse caer de espaldas otra vez.

-Creo... creo... que estoy algo enfermo-dijo.

Le pareció que Belding se inclinaba sobre el, poniéndole una mano en la frente y hablándole; éstos fueron los últimos actos de que tuvo conciencia, sumiéndose luego en una región tenebrosa, en la que sólo tenía vaga idea de figuras que se movían y voces lejanas y remotas. Después, un intervalo de absoluta inhibición que no supo si fue de horas o de minutos, pero del que su cerebro surgió más despejado. Durmió, despertando durante la noche y volviéndose a dormir. Cuando abrió de nuevo los ojos el sol alegraba el aposento y penetraba una suave brisa refrescante. Dick se sintió mejor, aunque sin deseo alguno de moverse, hablar o comer. Su única sensación era de sed. La señora Belding le visitó con frecuencia ; su esposo también asomaba la cabeza de vez en cuando. En una ocasión, Nell entró calladamente. Ni este acontecimiento despertó el interés de Dick.

Al día siguiente se encontró muy mejorado.

-Temimos que fuera una septicemia - dijo Belding -, pero mi mujer cree que ha pasado el peligro, aunque tendrá que llevar el brazo en cabestrillo durante algún tiempo.

Ladd y Jim entraron de puntillas.

-Podéis entrar, muchachos. Ya puede recibir visitas.

Así estará más distraído. Pero no le dejéis mover.

Los cow-boys entraron, lentos, reposados, plácidos, afectuosos.

-Es mala pata -dijo Ladd -. Tiene usted cara de difunto.

Jim sacudió la semicalva cabeza. -Peor debe de tenerla Rojas.

-Gale, Ladd me ha dicho que uno de nuestros veci

nos, llamado Carter, va a Casita-interpuso Belding -. Podría aprovechar la ocasión para comunicar con su amigo.

-¡Oh! ¡Espléndido! - exclamó Dick -. ¡Me había olvidado de Thorne ! ... ¿Cómo está la señorita Castañeda? Supongo...

-Está perfectamente, Gale. Hace dos días que sale al patio. Como todo español de pura sangre, es de acero

esquinado. Nos hemos hecho amigos. Nell y ella con geniaron en seguida. Voy a llamarlas.

Cerró la puerta que daba a la plazoleta pretextando que no quería correr el riesgo de que la presencia de Mercedes fuera conocida por los vecinos, y, acercándose a la otra, llamó a las jóvenes.

Entraron ambas, Mercedes la primera. Iban de blanco. Nell llevaba en la mano una rosa encarnada. Dick sólo conocía de la española los magníficos ojos negros y el altivo parte; su belleza le impresionó como algo nuevo y extraño. Se acercó a el, impulsiva y

vivaracha.

-¡Señor! Sentí en el alma el saberle enfermo... ¡Doy gracias a Dios por su restablecimiento...

Dick la saludó tendiendo la mano izquierda y excusándose gravemente de no poder ofrecerle la derecha. Su sonrisa manifestaba exquisita simpatía, gratitud y admiración. Dick se dirigió después a Nell, ofreciéndole también su mano, que ella estrechó tímidamente, contestándole en voz baja y de modo casi ininteligible, aunque sus ojos refulgían y sus mejillas rivalizaban en color con la rosa que llevaba.

La conversación se hizo general, excepto por parte de Nell, que parecía haber perdido el uso de la palabra. Dick puso sobre el tapete la cuestión dé enviar noticias a Thorne.

-¿Puedo escribirle? ¿Hay quien se haga cargo de la carta? ¡Tendré noticias suyas! - dijo Mercedes, dando mayor énfasis a sus palabras con sus ademanes.

-Seguramente. El pobre Thorne debe de estar fuera de sí. Yo le escribiré. Pero ¡si no puedo con la mano en este estado ! ...

-Eso no será inconveniente, Gale - dijo Belding -. Nell será su amanuense. ¡Escribe todas mis cartas!

Así lo dispuso Belding; Mercedes voló a su habitación a escribir, en tanto que Nell traía pluma y papel. Se sentó junto al lecho de Cale para tomar su dictado.

Difícil le fue al joven, contemplando a Nell y escuchando la conversación de los dos cowboys, redactar una carta con visos de sentido común. Aunque pretendía atraer las miradas de la joven, sólo lo consiguió una vez. Nell mudaba de color con frecuencia y, en ocasiones, al decirle que pusiera tal o cual cosa, una ligera sonrisa aparecía en sus labios. Se estaba riendo de él. Entre tanto, Belding hablaba de los riesgos de un viaje a Casita.

-Yo iré con las cartas-dijo Ladd.

-No, tú no irás-replico Belding -. La cuadrilla de Rojas debe estar acechándote.

-Aunque así fuera, no es suficiente para alarmarme.

-Muchachos, iré yo mismo con Carter. Tengo algún asuntillo pendiente y, además, curiosidad por saber que hacen los rebeldes. Ladd, abre el ojo durante mi ausencia. Sobre todo, los caballos. Gale, he resuelto ir yo a Casita. Estaré de vuelta durante todo el día de mañana. Prepare su carta, porque marcharé dentro de una hora. ¡Ah! Si quiere escribir a su casa, aproveche la ocasión; a veces pasa un mes sin que vayamos al correo.

Salió seguido de los dos coto-boys, dando tiempo a que Dick terminase su carta. Mercedes volvió a entrar con la suya en la mano, chispeándole los ojos. Dick pensó que el recibir una misiva suya debía de ser un acontecimiento de importancia para su padre y, recordando la indicación de Belding, resolvió aprovecharla.

-No sé si atreverme a abusar de su bondad -dijo a Nell.

-¿Y por qué no? Lo hago con mucho gusto - replico.

El discurso pareció admirable a Dick, por ser sus palabras las primeras coherentes que le había oído. -¿Puedo quedarme? -pregunto, sonriendo, Mercedes.

-Seguramente -contesto, empezando el dictado.

A poco se detuvo, movido en parte por sincera emoción y observando de reojo a Nell, que escribía de prisa; parecía que sus facciones se animaban con una expresión de dulzura. ¡Si se sintiera atraída en lo más mínimo, hacia... él! Pero... ¡era absurdo...! ¡ imposible... ! Termino. Mercedes esperaba sonriente, curiosa, rebosando simpatía. ¡Cómo sabía hacerse cargo de las cosas!... Nell se puso en pie, dándole tiempo de contemplar su

rostro, del que refluía la oleada de sangre que lo había,- arrebolado. Ella le miro, rápida, inconscientemente, como si quisiera penetrar en lo más íntimo de su alma, pero, desviando los ojos, salió del aposento con la española antes de que Dick pudiera manifestarle su reconocido agradecimiento.

a sorprendente mirada quedo impresa en la mente de Gale para su mayor tormento. Su indescriptible dulzura provocaba pensamientos que le parecían absurdos e injustificados. En su interior bullía la alegría, aunque en seguida tuvo la noción de una duda, una gravedad que no podía comprender. Durante el momento en que la mirada de Nell se había cruzado con la suya, la joven no manifestaba timidez. Eran los ojos interrogadores de una mujer los que habían llegado a su alma.

Durante el resto del día, Dick se dio por contento con descansar plácidamente en su lecho, pensando y soñando, contemplando los cambios de luz en los picachos de las sierras, dejándose acariciar por la cálida y fragante brisa del desierto. Le parecía haber perdido' la facultad de calcular el tiempo. A su juicio, había transcurrido un considerable lapso de tiempo desde su encuentro con Thorne. Aceptaba los hechos como los sentía, repudiando a su inteligencia. Su antigua tendencia inquisitiva reaparecía. ¿Amaba a Nell? ¿Sentíase simplemente atraído hacia ella por circunstancias del momento? ¿Por qué preocuparse de ella o de sí mismo? Se negaba a contestar a estas preguntas, entregándose deliberadamente a soñar con su dulce rostro y su postrera mirada.

Al día siguiente juzgo estar !o bastante restablecido para abandonar su habitación, pero la señora Belding no se lo permitió. Su atención era maternal, afectuosa, solícita, sincera y, sobre todo, espontánea, y, sin embargo, Gale adivinaba que no compartía la amistad que le dispensaba el resto de la familia. Creía notar en ella algo que podía calificar de antagonismo. Le sorprendía y mortificaba. Aunque sin haber alcanzado nunca un éxito entre muchachas o mujeres jóvenes, había tenido siempre partido con sus madres o personas de edad. La señora Belding, a pesar de sus cabellos blancos, no le parecía anciana. Reflexionaba que podía llegar un momento en que fuera conveniente poder contar con una buena predisposición hacia él... Por eso pensaba en ella y en la forma de congraciarse. No tardó en comprender que, por su parte, le era simpática. Sus facciones, excepto cuando sonreía, eran pensativas y tristes.

Era un rostro que le hacía pensar a uno... Habí Ni él, como entre sombras, toda la dulzura del de Nell e infinitamente mayor belleza. Dick juzgaba que la amistad v el maternal cariño de la señora Belding eran dignos de conquistarse prescindiendo de todo motivo egoísta, pero no creía cosa fácil el conseguirlo. A veces sentía fija en él su profunda mirada y, si bien no le desconcertaba, seguro de no tener nada presente ni pasado de que avergonzarse, ponderaba lo inútil que sería pretender ocultar algo a su penetración. Naturalmente, su primer impulso fué disimular su interés por la muchacha, pero resolvió ser absolutamente franco y abierto. Aún más; si la señora Belding le interrogaba acerca de su hogar, su familia, sus relaciones, no rehuiría contestar directa y verazmente.

Ya anochecido, Gale oyó el patear de caballos y la sonora voz de Belding, quien poco después entró en la habitación sacudiéndose el polvo de encima y agitando una carta.

-¡Hola, Dick ! ¡Noticias! ¡Buenas noticias ! -dijo poniendo la misiva en manos del joven -. Encontré sin dificultad a su amigo. ¡Daba miedo verle! Cuando supo lo que me llevaba, a poco se desmaya. ¡ Jamás he visto a nadie más fuera de sí! Estaba seguro de



Librodot

que Mercedes y usted se habían perdido en el desierto. Me dió dos cartas. ¡Muchacho, qué bromazo le he dado a la española! ¡Le enseñé la carta sin dársela! ¡Tendría que haber visto sus ojos! Cuando vea usted un halcón del desierto caer sobre una codorniz comprenderá cómo cavó Mercedes sobre la carta. Bueno, Casita es un infierno. Intenté recoger su bagaje y me parece que hice una tontería. Pronto habrá movimiento en Río Forlorn. La guarnición federal ha conseguido reforzarse, Dios sabe cómo, y resiste todavía. El tiroteo es incesante hace tres días. Los rebeldes poseen unas cuantas plataformas de hierro y las han llevado lo más cerca posible de las barricadas, por la vía férrea. También tienen ametralladoras v tarde

o temprano acabarán por dar una paliza a los federales.

En las mesetas hay soldados muertos; por las calles se ven tendidos pacíficos no combatientes, y los buitres planean sobre todos. Se dice que Campos, el cabecilla rebelde, avanza desde Sinaloa y que el general federal Huerta marcha en socorro de la guarnición, pero no me fío gran cosa de rumores. Ahora bien, de que Casita es un infierno, ¡no hay la menor duda!

-¿Cree usted que llegará hasta aquí la perturbación?

-¡ Cómo no! Tarde o temprano -replicó lúgubremente Belding -. ¡No ve usted que mi rancho está a diez pasos de Méjico! Ladd dice que las incursiones nocturnas nos costarán caballos y algún otro ganado; Jim Lash cree lo mismo, pero no conocen a los mejicanos como yo. En fin, muchacho, tan pronto como pueda manejar una brida y un arma, empiece su tarea.

-¿Con Ladd y Jim? -preguntó Dick, esforzándose por aparecer sereno.

-¡Exactamente, Dick...! Con ellos, conmigo... y por su propia cuenta.

Dick dió un profundo suspiro y durante algunos instantes, después de la marcha de Belding, permaneció abismado en sus pensamientos sin recordar la carta. Después la abrió, leyendo:

«Querido Dick: Te debo más que la vida. Hasta el fin de mis días serás el hombre a quien soy deudor de cuanto tenga. Las palabras no bastan para expresar lo que siento.

«He de ser breve. Belding espera y ha invertido la mayor parte del tiempo escribiendo a Mercedes. Me gusta Belding. Aunque jamás le había visto, no me era desconocido. Te interesará saber que es un producto inalterable, un producto genuino del Oeste. He oído contar algunas de sus proezas y me pusieron los pelos de punta. Dick, tienes una suerte loca. Belding habló de ti en forma que... pero todo te lo mereces, amigo.

«Mercedes queda a tu cargo, sujeto, claro está, al consejo de Belding. Ten cuidado de ella, Dick, porque en ella está toda mi vida y, sobre todo, evita que mejicano alguno le eche la vista encima.

«Por aquí vamos aguantando sin hacer nada. Me engañaré mucho si no ocurre algo en breve, porque los acontecimientos se van precipitando. Seguimos patrullando

la divisoria al Este de Casita. Será imposible vigilar el Oeste, porque es demasiado fragoso. El desierto de cactos es terrible. Cow-boys o batidores montados en caballos criados en el desierto podrían quizá contener a los contrabandistas y raiders, pero nosotros no; aun suponiendo que los hombres resistieran la falta de agua, los aballos caerían como moscas.

»Si la situación se aclara, antes de que cumpla mi servicio pediré licencia, volaré a Río Forlorn, me casaré con mi princesa y me la llevaré a cualquier país civilizado, donde supongo que cuantos la vean se enamorarán de ella. Afortunadamente, viejo camarada, a

ti no te interesaron nunca las mujeres bonitas, por lo que estoy tranquilo, sabiendo que no obrarás como el traidor en las comedias : llevándote a la heroína.

Esto trae a Rojas a mi memoria. ¡Oh, Dick! ¿Qué hiciste al «gomoso-rebelde»? ¿Una caricia? ¡Nada! ¡Nada! Escucha, Dick, escucha mis palabras. Rojas está en el hospital. Me he interesado por su salud. Padece una dislocación de la clavícula, la fractura de un dedo y tres costillas, y un desgarrón que asusta en el rostro. Tardará un mes en estar presentable. Cuando vea a tu testarudo padre, Dick, le daré la mayor sorpresa de su vida.

»Ponme dos letras cuando tengas ocasión; incluyo la carta de Mercedes en la tuya. ¡Ten cuidado de ella, Dick, y Dios quiera que el porvenir te reserve parte de la felicidad de que hoy disfruto! Tuvo con afecto,

Thorne. »

Dick volvió a leer la carta, la dobló y la colocó bajo su almohada.

«No me interesaron nunca las mujeres bonitas, ¿eh? - dijo para sí -. ¡ Jorge 1 ¡ Si era porque hasta venir a Arizona no había visto ninguna! ¡Tendré que recuperar el tiempo perdido!»

Mientras cenaba, con un apetito muy cercano a lo normal, entraron Ladd y Jim, encorvándose para poder pasar por la puerta. Sus amistosas palabras fueron singularmente del agrado de Dick, quien aún observaba ante ellos cierta reticencia. Demostró su satisfacción al verlos y adoptó el papel de oyente. Jim Lash sabía por Belding el resultado del encuentro con Rojas y no se cansaba de comentarlo. Ladd, por su parte, tenía mucho que decir de los caballos del ranchero. No era precisa mucha perspicacia para adivinar que eran su pasión favorita.

-Me han fallado algunas mujeres; los caballos, ¡nunca! -declaró Ladd, y era evidente que lo juzgaba axiomático.

-Es seguro que Belding se quedará sin algunos de sus jacos -dijo-, y me juego lo que queráis a que tendremos más jaleo aquí que en la divisoria de Río Grande. Estamos prácticamente en tierra mejicana. Quizá no corramos tanto peligro de recibir un balazo como al otro lado, pero, ¿quién es el guapo que se deja robar los caballos sin defenderlos? A más de que la mayoría de los días la caballada está paciendo en Méjico. Belding cree que tiene cuidado con sus animales, y no lo tiene.

-Escucha, Ladd, no has de creer todo lo que oyes -replicó seriamente Jim -. Yo opino que no ocurrirá nada.

-Atrás, Jim, que te pisas las riendas. Yo no me guío por lo que oigo. ¿Te acuerdas de aquel americano que conocimos en Casita, el buscador que venía de Sonora? Tenía algo que contar. Juraba.que había matado quince pelones que atacaban la mina en la que él y otros americanos trabajaban. Al día siguiente, cuando le volví a ver, estaba borracho y me contó que había despachado treinta mejicanos. Es probable que matase, de verdad algunos, pero... siempre se exagera. Que en Sonora hay mineros jugándose la vida es indudable, y ¡ya es bastante! Toma como ejemplo la persecución de Rojas a la señorita. ¿Qué te parece? No lo dudes, Jim, hay algo más que el robo de algunos jamelgos, y Río Forlorn tomará parte en la zarabanda.

El siguiente día halló a Gale tan restablecido que, aunque con gran dificultad, se levantó y acicaló.

Durante la mañana, oyendo a las jóvenes en el patio, preguntó si podía reunirse con ellas, recibiendo una respuesta afirmativa. No era exactamente lo que había pretendido, pero, considerándolo bastante, salió. Había carecido de ocasión de visitar el patio y su

deleite corrió parejas con su sorpresa al encontrarse perdido en un laberinto de senderos bordeados de verde y rosa, en los que no logró dar con las jóvenes, por lo que repitió su llamada. La respuesta salió esta vez del centro del cuadrángulo. Pasando por entre macizos de follaje y setos de plantas exóticas, hallóse en una plazoleta enarenada llena de magníficos y amenazadores cactos desconocidos para él; bajo un árbol, y a su sombra, las dos muchachas le esperaban. Mercedes sentada en una hamaca, y Nell sobre una manta.

- ¡ Qué árbol tan estupendo ! - exclamó -. ¡ Jamás vi cosa parecida! ¿Qué es?

-Palo-verde -contestó Nell en español, dándole Mercedes la equivalencia inglesa.

El árbol que había atraído la atención de Dick no era notable por su tamaño, ya que escasamente sobrepasaba en altura los edificios vecinos, sino por el exquisito color verde de su tronco y de su ramaje y la particularidad de no estar dotado de hojas. La planta entera, desde su arranque del suelo al extremo de la más delicada ramita, era de un verde suave y como pulimentado, sin espina alguna.

Empezó entonces la instrucción de Dick en botánica desértica y, a decir verdad, aun sin el encanto personal de sus instructoras, su atención habría quedado justificada, porque el patio estaba lleno de maravillas. Nell le enseñó el mezquite, arbusto de retorcido tronco v exuberante follaje de color pizarra claro; al verlo Dick comprendió la razón de que el desierto pareciese de un gris perla desde lejos. Una inmensa columna aflautada era el saguaro o nopal gigantesco. Otro cacto de extraña forma que recordaba la de algunos peces del orden de los selacios invertidos se llamaba ocatillo. Las ramas crecían simétricamente, provistas de hojas lanceoladas, tan agudas que parecían a la vez hojas y espinas. Otro cacto chocó a Cale. Parecía un barril recubierto por una tela verde estirada y sembrada de púas. Era la biznaga. Según las dos jóvenes, esa planta era una feliz excepción entre las del desierto, porque secretaba un líquido similar al agua, habiendo sido en múltiples ocasiones la salvación de los extraviados. El último de los cactos que Gale aprendió a reconocer, y que por cierto le causó un escalofrío, fué una planta de poca altura consistente en un tallo y numerosas protuberancias redondeadas, de un color blanco escarchado, recubiertas de crueles púas, largas y aceradas, de una resistencia y dureza inconcebibles, que llevaba el nombre de choya.

El entusiasmo de Dick fué contagioso y su evidente deseo de aprender halagó a sus maestras. Pero cuando se trató de que hablase el español, sus progresos fueron menos brillantes. Después de muchas repeticiones consiguió dominar «buenos días» y «buenas tardes», «señorita», «gracias» y algunas palabras más de igual sencillez.

Dick deseaba sinceramente adquirir nociones del idioma y, tal vez, no era en realidad tan obtuso como hacía suponer... ¡Resultaba tan agradable recibir lecciones de una bellísima española y de una dulce americana que, llevada de su ardor educativo, se olvidaba de aparecer tímida... ! Gale hacía lo imposible por prolongar la sugestiva clase.

Aquélla fué la primera de varias tardes en las que aprendió particularidades del desierto, verbos españoles y algo más que no se atrevía ni a enunciar.

Nell Burton no había demostrado jamás delante de Gale aquel aspecto de su carácter tan sugestivamente definido por Belding al describirla, por Ladd al encomiarla, y por su propia risa y expresión en aquel inolvidable primer encuentro. Hubiéramos dicho que era otra mijer. Pero Dick lo recordaba perfectamente y, cuando se hubo roto el hielo entre ellos, no cesó en sus esfuerzos por sorprenderla en su verdadero modo de ser. Había instantes de real expectación en los que vislumbraba sombras de su vivacidad, pero nunca destellos de la individualidad que Belding había calificado tan gráficamente. En las raras



Librodot

ocasiones en que se quedaban solos en el patio, la joven parecía cohibida y se alejaba con algún fingido pretexto. Tras una de estas deserciones, Mercedes encontró un día a Dick mirando desconsoladamente hacia el sendero por el que Nell había desaparecido. La penetración de la española le permitió comprender en seguida la causa.

- ¡ Señor Dick ! - exclamó.

Gale la miró, sacudió la cabeza y se echó a reír. Mercedes había adivinado su secreto con una sola mirada.

Le tendió la mano, en muda expresión de simpatía.

¡Aquella mujer toda fuego, pasión y amor le comprendía, era su amiga, le comunicaba sus observaciones, sería una sutil y poderosa influencia para él!

Poco a poco fué conociendo detalles de la vida de NellHabía vivido en diversos lugares. De pequeña, recordaba frecuentes cambios de población y de colegios, sin tiempo apenas para conocer a sus condiscípulas. La única excepción de ese período fué Lawrence, en Kansas, donde estudió durante varios años. Después recordaba temporadas en Stillwater, Austin y por fin Waco, donde su madre conoció y se casó con Belding; entonces fueron a vivir a Nueva Méjico primero, a Tucson y Douglas después, y terminaron por establecerse en el aislado Río Forlorn.

-Mi madre nunca ha podido soportar una larga permanencia en parte alguna - dijo - y, desde que estamos en el Sudoeste, no ha cesado en su empeño de hallar algún rastro de su padre. La última vez que se supo de él fué hace catorce años en Nogales... Cree que el abuelo se perdió en el desierto de Sonora; y cada sitio a que vamos es peor... ¡Oh! Amo el desierto, pero me gustaría volver a Lawrence..., aunque entonces yo sólo tenía doce años. Allí vi carreras de caballos y, una vez, partidos de rugby de verdad.

»Después, en revistas y en periódicos siempre he leído lo relativo a deportes. ¿Ha presenciado usted algún partido de rugby, señor Gale?

-Si..., algunos... -replicó Dick, sonriendo.

Aunque sentía deseos de narrar aquellos partidos famosos en los que había desempeñado principal papel, no quiso hacer" .o, rehuyendo cuanto pudiera parecer un vanidoso intento de poner de relieve su personalidad. Se limitó, pues, a una descripción del juego, tan cálida y vibrante, tan llena de movimiento y de vida, que produjo en sus oyentes el mismo entusiasmo que si lo estuvieran presenciando. Tenía a ambas jóvenes pendientes de sus palabras.

Alguien más escuchó el final de la perorata de Dick. Al darse cuenta de la presencia de la señora Belding, recordó vagamente haberla oído llamar a Nell, sin que ésta ni la española se dieran cuenta de ello. Observó que la madre miraba atentamente a su hija y, dando media vuelta, se alejaba en silencio. Dick terminó su relato, pero le fue imposible sostener la brillante animación del principio.

La extraña expresión sorprendida en el rostro de la señora Belding, y especialmente en su mirada, persiguió a Dick. En ella había creído leer un reprimido dolor, puesto de manifiesto por un relámpago de certidumbre. La madre, como Mercedes, había adivinado su secreto. Acaso había adivinado más... más de lo que se atrevía él mismo a esperar. El incidente le agitó. No acertaba a compren- der a la señora Belding ni se podía explicar que aquella mirada, reflejo fiel del sentir de una mujer que veía los inevitables destinos de la vida, sabiéndose incapaz de contrarrestarlos, pudieran causarle desazón y perplejidad. Ansiaba abrirle su corazón, manifestarle sus sentimientos hacia Nell, pero le retenía el temor de perder con tal acción todas sus esperanzas. Esperaría, sin embargo, un



Librodot

instinto que acaso era de defensa propia le impulsaba también a exponer a Nell su estado de espíritu. Las palabras se atropellaban en su mente buscando coordinación. Quién y qué era, cuánto la amaba, sus proyectos, sus ambiciones, sus planes... Eso y más le diría..., si no fuera porque algo indefinible refrenaba su ardor, y la represión le dejaba tan pensativo y quieto, tan melancólico, que salió al campo para disipar su agobio. El sol aún estaba muy alto en el cielo y una claridad blanca, deslumbradora, envolvía los valles y las sierras. La nota dominante en aquella árida región era el sol. Era como oro blanco. Del desierto llegaba una brisa lánguida, cálida y tan seca que su contacto le contraía los labios. Parecía como si llegase impregnada del aroma de aquellos lugares de extensión inmensa en los que la arena reinaba suprema, y como si espinosas plantas extrañas comunicasen su agridulce perfume al ambiente.

Cuando algunas horas más tarde regresó a la casa, encontró su habitación en orden. En el centro del blanco tapetillo de su mesa yacía una rosa encarnada. ¡Nell la había dejado caer allí! Dick la recogió, sintiendo latir su corazón más de prisa. ¡Qué fragante, qué exquisitamente delicada, qué bella tonalidad de un rojo oscuro, profundo, como el rojo carmesí de la sangre y de la vida...!

¿La dejó caer Nell casual o intencionadamente? ¿Era simple finura o sutileza femenil? ¿Era tal vez un mensaje, un símbolo, una esperanza lo que contenía la fragante rosa?

# VI

Al anochecer de un encapotado día de diciembre, un jinete cabalgaba siguiendo el antiguo y mal definido sendero, a cincuenta millas al Oeste de Río Forlom. De tiempo en tiempo deteníase a estudiar el terreno. Éste era un yermo sombrío, desolado, cruzado de promontorios, cubierto de arbustos de un uniforme color castaño y de chumberas. Las lejanas montañas limitaban el valle, levantando sus negros espolones sobre las lomas y los acirates.

El solitario jinete montaba un caballo de magnífica planta, enteramente blanco, salvo una estría de color que le atravesaba la cabeza de oreja a morro. Sus flancos estaban cubiertos de polvo encrostado por el sudor. Llevaba la crin y la cola trenzadas y anudadas, para evitar su enmarañamiento con los cactos y las breñas. Una especie de rodilleras de cuero toscamente confeccionadas protegían sus patas delanteras y un peto su robusto pecho; desfiguraban la que hubiera podido ser simetría muscular de sus miembros, numerosas cicatrices y bultos. Estaba flaco, descarnado, gastado; conjunto enorme de músculos y huesos, conservando solamente de su pasada arrogancia la cabeza y el cuello; un caballo impetuoso y fuerte, como el desierto en que se había criado.

El jinete cuadraba con el caballo. Era un joven de aspecto fornido, ancho de espaldas, largo de brazos y robusto de piernas. Las partes de su descarnado rostro que no aparecían excoriadas por el sol eran de un tinte broncíneo. Sus ojos negros tenían la agudeza y vivacidad de la mirada del halcón. La sólida y prominente mandíbula denotaba determinación, y los labios, firmes y apretados, severa austeridad. Sus facciones conservaban cierta dulzura juvenil que las redimía de aparecer endurecidas.

El joven era Dick Gale, pero no el ocioso indiferente que dos meses antes desembarcado en Casita. La amistad, el amor, un algo de quijotismo y un mucho de verdadero sentimiento habían alterado por completo el sentido de su vida, y antes de darse cuenta, el desierto se lo hizo suyo, probándole en su infalible crisol. La prueba había convertido en meses las semanas. Calor, sed, hambre, soledad, trabajo, miedo, ferocidad, sufrimiento..., la gama entera de reactivos era conocida por Dick. Lo había pasado todo, todo lo había sentido. El sol, con su fuego abrasador, implacable; los labios resecos, agrietados, que una lengua áspera e inflamada no consigue humedecer; la indecible sensación de náusea en la boca del estómago, el silencio insoportable, la inmensidad vacía, la desolación suprema, la fatigosa cabalgata, el interminable escalamiento, la búsqueda, la urgente búsqueda de agua; las noches de insomnio, solo, esperando, acechando, temiendo una emboscada; la huida, la feroz persecución de hombres salvajes como beduinos v no menos raudos, dispuestos a no conceder cuartel. El dolor de las emponzoñadas punzadas de los cactos, la inolvidable quemadura del plomo al atravesar la carne, y, ¡extraña paradoja del desierto!, el frío nocturno, el viento helado y penetrante, el rocío que calaba hasta los huesos, el frío entumecedor del amanecer...

Su experiencia con los veteranos batidores Ladd y Lash había superado a sus más fantásticos sueños de aventuras, a las más descabelladas novelas de ese género. Había cruzado solo las cien millas de desierto entre Río Forlom y el oasis de Sonoyta. La profecía de Ladd relativa a disturbios en la divisoria se había cumplido con creces. Al con

seguir los rebeldes derrotar a la guarnición de Casita, bandidos, forajidos, hombres fuera de la ley, tumultuosas cuadrillas de raiders se habían esparcido por la comarca hacia el Oeste. Magníficamente montados como tropas árabes, su movilidad hacía que pareciesen estar en todas partes a la vez, y aunque sus peores fechorías, sus asesinatos y crímenes más reprobables tenían lugar en la parte mejicana de la divisoria, la parte norteamericana sufría también incursiones, saqueos y despojos.

Más de un broncíneo jinete debía su salvación a la velo cidad de los caballos de Belding, ya que. excepto los pura sangre blancos, le habían robado la. caballada entera.

Por eso la tarea de los batidores consistía en algo más que en impedir que chinos o japoneses cruzasen furtiva mente la divisoria.

Belding permanecía en el rancho para proteger a su familia y defender su propiedad, pero los tres batidores, en cumplimiento de su deber, habían corrido riesgos de toda clase por un lado de la línea y se habían visto ultrajados, saqueados, perseguidos e injuriados por el otro.

Algunas de las escasas aguadas de las que necesariamente habían de servirse estaban en territorio mejicano. Hombres y caballos tenían que beber, y ni Ladd ni Lash eran de la casta de quienes renuncian a una obligación por el riesgo. Lentos en montar en cólera, eran implacables una vez enfurecidos, y los buitres del desierto hubieran podido contar más de una historia macabra.

Dick Cale, al liarse con hombres de tal calaña, había tomado su nueva vida con tal intensidad moral, que solamente las circunstancias de ir unida a una notable aptitud física explicaba que no hubiera ya caído en el camino.

En aquella tarde de diciembre los tres batidores, como de costumbre, se habían separado. Lash estaba hacia el oeste de Sonoyta, por el »Camino del Diablo», el terrible camino en el que tantos viajeros habían perecido. Ladd, que había concertado mucho antes un encuentro con Dick, no comparecía, ignorándose su paradero, no dejando de ser



Librodot

muy significativo el hecho de que no se hubiera presentado, como habían convenido, a algunas millas al oeste del Pozo Papago.

Durante la tarde, el sol, cosa extraña en la región, aun en invierno, habíase ocultado entre nubes, levantándose a la llegada del crepúsculo un viento frío, seco y penetrante que obligó a Cale a sacar de su arzón el capote. Algunas gotas de lluvia mojaron su mano.

Se detuvo al borde de una escarpadura. Debajo de él aparecía el valle, estrecho, tortuoso, árido, con sinuosas líneas rocosas entrecruzando el suelo tachonado de mezquites y nopales. Su mirada alerta distinguió objetos diminutos de un color gris y blanco que se movían. Eran antílopes que habían visto su caballo. Cuando reanudó la marcha, le fueron siguiendo desde su más bajo nivel. Para los batidores, aquellos animales eran con frecuencia poderosa ayuda, porque les revelaban la presencia de hombres o bestias. Siempre en su compañía, aceleró el paso a través del valle; al perderlos de vista refrenó de nuevo prudentemente su marcha.

El valle se iba estrechando hasta terminar en un arroyo, en el que la hierba comenzaba a crecer entre los mezquites. Se acercaba la noche, llenando de sombras fantásticas el lugar, metamorfoseando las cosas, dándoles fantásticas apariencias.

Gale echó pie a tierra para poder ir aún más lentamente. Desde el amanecer había recorrido sesenta millas; estaba cansado, y una herida en una cadera, aún no del todo cicatrizada, le hacía renquear. A una milla de distancia arroyo adentro estaba situado el Pozo Papago. La necesidad de agua para su caballo le forzaba a correr un riesgo que no hubiera afrontado en otro caso. El pozo estaba enclavado en territorio mejicano. Gale distinguió una tenue luz o resplendor entre el follaje. En el pozo había gente acampada y, de fijo, ésa era la causa de la no comparecencia de Ladd. El batidor habría seguido adelante hasta la próxima aguada o, tal vez oculto, espiaba la marcha de los acontecimientos.

Cale dió media vuelta a su caballo, no sin tener que vencer la resistencia del animal, que, criado en el desierto, había olfateado el agua cercana, y, retrocediendo, se detuvo en un macizo de mezquites; desensilló al bruto, que relinchó de satisfacción revolcándose en la arena.

El joven vació el contenido de la mayor de sus cantimploras en su sombrero y se lo tendió al caballo.

-¡Bebe, Sol! -le dijo.

Aunque para Blanco Sol era una gala, el animal agradeció el cuidado, restregando el húmedo morro contra la mano de Gale. Jinete y caballo se estimaban mutuamente. Habíanse salvado recíprocamente las vidas en más de una ocasión y habían pasado larg,,s días y noches de soledad desértica juntos. Sol había tenido otros amos, pero ninguno tan cariñoso como el actual, y en cuanto a Dick era el primer caballo que conocía.

El lugar donde hallaban estaba cubierto de una hierba llamada galleta, que Sol encontró muy de su agrado. Gale hizo con su reata un largo cabestro para evitar que el caballo se alejase pretendiendo buscar agua; después quitóse las engorrosas chaparreras y tomando el rifle, que pendía en su funda a un lado de la silla, se alejó entre las sombras.

Dos coyotes aullaban, no aisladamente acá y acullá, sino juntos y de consuno hacia la cabeza del arroyo. Para Dick era casi tan alarmante como la vislumbrada claridad del campamento. Los salvajes perros del desierto, con su característica insolente curiosidad, ladraban a los que rodeaban la fogata. Gale avanzó cautelosamente, deteniéndose con frecuencia, atento sobre todo a no rozar contra los matojos. Sus pasos, amortiguados por



Librodot

la arena, no hacían ruido alguno. No quería buscar un conflicto, deseaba solamente agua. Averiguaría la identidad de los allí acampados y vería el modo de abrevar a Blanco Sol.

Un conejo salió de entre las matas, escurriéndose por la arena. El viento hacía castañetear los tallos secos y quebradizos de ocatillos muertos. Cada nuevo rumor traía aparejada una pausa. La oscuridad se hacía más densa, anunciando una noche sin estrellas. Dick siguió adelante, zigzagueando por entre los mezquites. Perdió momentáneamente vista la luz, pero el incesante ladrido de los coyotes denotó la proximidad del campamento hasta que pudo distinguir netamente las llamas de la fogata más allá de un macizo de arbustos que se interponía entre ambos. Un instante de silencio de los coyotes le permitió oír el pateo inquieto de varios caballos. Fué adelantando paso a paso y, finalmente, se tendió en el suelo y prosiguió su avance arrastrándose. El viento soplaba a su favor, evitando que coyotes y caballos le descubrieran. Cuanto más se acercaba a la cabeza del arroyo donde estaba el pozo, más espesa era la vegetación. Al llegar a un palo-verde seco juzgó estar a suficiente distancia del pozo, siguiendo entonces arrastrándose quietamente hasta encontrar una situación favorable que le permitiera incorporarse y observar sin ser descubierto.

Vio una resplandeciente hoguera de leña de mezquites a cuyo calor estaban tres hombres. Eran mejicanos del tipo vulgar de rebeldes o bandidos que Gale ya esperaba. Uno de ellos, de pie, daba la espalda al fuego; otro, sentado, se envolvía en una manta, y el tercero, tendido en la arena, tocaba casi las ascuas con los pies. Se habían quitado los biricúes y las armas. Un destello acerado atrajo la mirada de Dick. Apoyadas en un peñasco vió tres carabinas cortas. Hacia la izquierda, y dentro del radio luminoso de la hoguera, divisó una casa cuadrada de paredes de adobe, cuya techumbre de broza, medio derruida, parecía sostenida por toscas pértigas. Era una morada de indios papagos ocupada un mes antes por una familia que una banda de forajidos había asesinado o disperso. Una simple ojeada bastó a Gale para hacerse cargo de la situación. Analizándola se dejó caer al pie de los mezquitas. Aunque había contado encontrar más gente en el campamento, no le extrañaba que no fuera así. Aquellos tres bandidos eran parte de alguna banda de las que merodeaban por la divisoria robando caballos o trasladando a lugar seguro los ya robados. Eran incontables, no acampaban nunca en el mismo sitio por mucho tiempo y, como árabes nómadas, recorrían el desierto en todas direcciones, de Nogales a Casita. Habían noventa y nueve probabilidades contra una, pensó Gale, de que atacasen si se acercaba al campamento, y si reconocían en él uno de los batidores de Belding o veían a Blanco Sol... las probalidades serían todas contrarias.

Dick continuó sus deducciones. El hecho de que los caballos estuvieran en el corral daba a entender que habían estado en las predios durante el día o, lo que era igual, que los mejicanos llevaban algún tiempo acampados allí. ¿Se habían encontrado con Ladd? No era probable, pues en tal caso no estarían tan confortable -,,,despreocupadamente instalados. ¿Esperaban, quizá, a otros miembros de su cuadrilla? Era posible, pero a él lo que más le importaba, de momento, era proporcionar agua a su caballo. Sol tenia que beber aunque costase una refriega. Gale tenía un motivo poderoso para retroceder hacia el Este. Creía preferible volver al sitio donde había dejado su caballo y no dar paso alguno decisivo hasta que fuera de día.

Con la misma cautela con que había avanzado fué volviendo sobre sus pasos hasta que juzgó que podía impu- nemente incorporarse y cruzar el arroyo. Encontró a Blanco Sol paciendo satisfecho. El rocío era abundante v esto unido a la calidad de la hierba



Librodot

explicaba que el animal no se mostrase inquieto y desasosegado como le acontecía usualmente después de una larga caminata sin abrevarse. Cale transportó su silla, mantas y alforjas, colocándolo todo al resguardo de un montículo cubierto de matojos ; después decidió encender una pequeña hoguera. El viento era extremadamente frío y tenia yertas las manos; tenía que ponerlas ante las llamas antes de poder proseguir su tarea. Después hizo café y asó unas lonjas de tocino ahumado en la punta de una varita que, acompañadas de galleta seca, constituyeron su cena, tras la cual quitó el cabestro a Blanco Sol para que paciera libremente un rato.

Envolviéndose luego en su manta se sentó junto al fuego para entrar en calor y esperar a que fuera hora de volver a cabestrar al caballo.

El fuego era insuficiente y Gale estaba aterido y cubierto de rocío. Tenía hambre y sed; sentíase quebrantado. El dolor de la herida de la cadera era más intenso y profundo. Sin rasurar desde hacía días, la naciente barba irritaba la piel de sus mejillas, quemada por el sol, y era tal su fatiga que, una vez sentado, careció de energía para moverse. La noche lóbrega, encapotada, ventosa, era facial; había momentos en los que el silencio parecía algo tangible, una substancia palpable y abrumadora que inundaba el desierto.

Juzgando por las normas usuales de los ideales y convencionalismos de la vida, Dick Cale era un infeliz desventurado, hambriento, solo. Pero, en su caso, el juicio no hubiera acertado más que en lo superficial, sin dar con la verdad interna. Porque Cale disfrutaba saboreando una extraña y salvaje gloria en las privaciones, en los dolores, los peligros, el silencio y la soledad que sufría. En el pasado había sido inútil para sí mismo y para los demás, no había sabido nunca lo que era sentir hambre, frío o cansancio. Sus necesidades inmediatas estaban cubiertas y el porvenir parecía asegurado. Peligro, trabajo, riesgos eran palabras de novela.

En el presente se valía de sus manos, de sus sentidos v de su habilidad. Tenía un deber que cumplir para con un hombre que confiaba en sus servicios. Era el camarada, el amigo, el aliado valioso de intrépidos batidores. Solo, con su caballo, había pasado días, semanas, recorriendo am desierto adusto, hostil por naturaleza y peligroso por la invasión de hombres salvajes. Para Gale, el caballo se había humanizado, y con él había aprendido las simples necesidades de la vida. Las superficialidades, las falacias, los hábitos que antaño le parecían insustituíbles habían caído como hojas secas que el viento del desierto había diseminado. En la satisfacción de Gale había algo estoico, pero en su pecho vivía el amor y de él habían nacido ótros rasgos, otros sentimientos, una apreciación de la bello. una aguda tendencia a observar la naturaleza. Sentía dolor, pero no se creía desgraciado; sentía la soledad, pero no estaba solo.

Cabalgando por el desierto, aunque su mirada buscase incansable las siluetas lejanas de bandidos o tránsfugas, sus ojos veían por doquier a Nell. Las sierras dibujaban su perfil en el azul del cielo, las nubes tocadas por el sol se transformaban en su cabello de oro y las llamaradas de la hoguera de un campamento nocturno recordaban su es beltez.

Aquella noche, como de costumbre, Dick prestaba atento oído a cuantos ruidos pudiera traerle el viento, pero en tre las ascuas revoloteaba el recuerdo del rostro tan amado y, escuchando, meditaba. Con frecuencia, en sus solitarias vigilias Gale había meditado sobre el mismo tema los centenares de viajeros, buscadores de oro, espíritus in

quietos, que se habían aventurado por aquel Camino del Diablo desapareciendo para siempre. Belding le había hablado de aquella pista, la más terrible de todas las del desierto, una pista de arenas movedizas. Lash la había recorrido, trayendo de su viaje



Librodot

historias de pozos encenagados, de esqueletos blanqueados al sol, de minas de oro tan perdidas como los que las habían buscado, de los implacables yaquis y su odio por los mejicanos.

Finalmente, Dick recordó la causa de la espera; se puso en pie y fué en busca de Blanco Sol, cabestro en mano. La oscuridad era tan profunda que no veía a tres pasos de sí, pero, instintivamente, tomó el buen camino, dando pronto con el caballo, que, al oír sus pasos, se encabritó dispuesto a escapar. Era dudoso que se dejase coger por un desconocido. Dick le tranquilizó en voz baja y, encabestrándolo cerca de un abundante pasto volvió a su campamento, colocó su silla en el lugar más resguardado posible y tendiendo una manta en el suelo se envolvió en otra, echándose y disponiéndose a pasar la noche.

Estaba al abrigo del viento, pero oía su melancólico susurro entre los mezquites. Cale consiguió pronto conciliar el sueño durmiendo profundamente durante la primera mitad de la noche; después su sueño fué agitado, inquieto, dándose cuenta creciente del frío y de la humedad.

El amanecer fué rápido, despejado y glacial. Se levantó entumecido y envarado, teniendo que recurrir unos momentos a enérgicos ejercicios gimnásticos para restablecer la circulación v entrar en calor. Salió el sol aureolado de dorada neblina y el valle adquirió tonalidades maravillosas. Ensilló a Blanco Sol y lo ató a una mata de mezquite.

-Sol, pronto beberemos - dijo acariciando el magnífico cuello. Y en realidad estaba dispuesto a que así fuera. Hacia cuarenta y ocho horas que Sol no había bebido lo suficiente y aun para un animal avezado al desierto era excesivo.

Serian precisos más de tres malandrines para disputar a Gale la posesión del pozo. Tomando su rifle marchó abajo a buen paso, hasta que el humo azulado que revelaba la proximidad del campamento le hizo ser cauteloso y prudente. A la luz del día le fué fácil hallar un camino más cómodo v seguro que el que había seguido de noche y, procediendo con sigilo, pudo acercarse mucho más al pozo.

Los mejicanos preparaban plácidamente su almuerzo. Tenían dos hogueras : una para calentarse y otra para fines culinarios. Gale creyó notar algo familiar en sus facciones, pero no le extrañó; todas aquellas aves de rapiña de la divisoria tenían rasgos comunes : la pequeña estatura, los rostros angulosos, morenos, pelinegros; las pintorescas capas mejicanas, los enormes sombreros puntiagudos. Contemplando aquel terceto, Gale sentía hervir la sangre en sus venas. No denotaban tener la menor intención de levantar el campo. Uno de ellos, evidentemente el cabecilla, ostentaba un revólver en la cadera, única arma visible. Dick apreció especulativamente el detalle. Por lo visto, habían dormido en la casita de adobe v dejado en ella, de momento, las carabinas. Después Gafe estudió el corral, ocupado por una docena de caballos, magníficos ejemplares algunos de ellos. Pateaban, relinchando, se embestían mutuamente, levantando nubes de polvo. Era la forma natural de comportarse los caballos del desierto, al verse encerrados, deseando agua y pasto.

De pronto, uno de ellos, negro, grande y peludo, empinó las orejas, sacando la cabeza por encima de la empalizada v relinchando. Los restantes imitaron sus acciones. Gale comprendió por ellas que alguien, hombres o animales, o ambas cosas, se acercaban. Los mejicanos no oyeron la alarma o no se interesaron, caso de oírla. Aquellos raiders bebedores de mezcal no tomaban precaución alguna. Era sorprendente la facilidad con que podía preparárseles una emboscada o caer sobre ellos de improviso. Eran en su



Librodot

mayoría peones ignorantes, cerrados de mollera. jinetes consumados, podían pasar sin agua o alimentos durante largos lapsos de tiempo, pero no tenían talento o atributo alguno más que para pelear en el desierto. Veían poco, oían mal y juzgaban peor, y si se excitaban parecían hormigas enloquecidas.

Cale vió dos indios montados en burros desembocar por el extremo opuesto del otero donde estaba situada la casa de adobe; al parecer no se habían dado cuenta de la presencia de los mejicanos, porque continuaron vereda adelante. Uno de ellos era un papago. El otro, cuyo aspecto llamaba la atención, si no por otras razones, por la de parecer estar a punto de caer de su burro, era, a juicio de Dick, un yaqui. Por todo equipo, ambos viajeros llevaban una manta y un saco medio vacío. Prosiguiendo su camino hacia el pozo, doblaron la esquina de la casa, cayendo como llovidos del cielo sobre los raiders.

Gale oyó un alarido chillón, extrañamente agudo y salvaje, lanzado por uno de los indios, que provocó una babel de gritos. El cabecilla del terceto, el mejicano del revólver, sacó su arma, disparando a quemarropa. Erró el primer tiro... y el segundo. Al tercero, el papago cayó de su montura pesadamente al suelo, dando un gemido. El otro indio se tambaleó, como si la falta de apoyo de su camarada le hubiera desequilibrado, y al cuarto disparo se vino también a tierra.

Los estampidos habían espantado a los caballos del corral, y el negro, empujando la endeble empalizada, consiguió derribarla en parte, franqueándola de un salto. Dos de los mejicanos se lanzaron en su persecución, sujetándole por la crin y el morro; el tercero corrió a cerrarle el paso.

Con un espléndido volteo, el mejicano del revólver montó sobre el animal, lanzando inarticulados gritos y gesticulando con el arma en la mano. El comportamiento de los tres parecía brutalmente jocoso. Se estaban divirtiendo. Los dos de a pie empezaron una danza acompañada de ridícula jerigonza. El jinete volvió, a disparar sosteniéndose sobre el encabritado bruto como una lapa. Era un vano alarde de equitación. Con una presión especial hizo bajar las manos al caballo casi encima del último de los dos indios caídos.

Gale empuñaba el rifle, atónito. No podía adivinar la intención del raider, pero sospechaba algo brutal. El caballo, respondiendo a la mano que lo guiaba, se desvió, dando un salto de carnero y volviendo a encabritarse; bufando y pateando salvajemente de manos cayó sobre el postrado indio. El inteligente animal intentó evitar poner los cascos sobre el cuerpo inerte, pero le fué imposible. Un alarido, feroz por su apasionamiento, coronó la proeza.

El mejicano no hizo movimiento alguno para no pisotear al indio y dió media vuelta al caballo para repetir la escena con su camarada. Esto trajo a la memoria de Dick lo que había oído contar del odio del mejicano hacia el yaqui. Le recordó el salvajismo de los peones y la guerra de exterminio que sostenían sin cesar contra la raza.

Horrorizado, Cale vió cómo el yaqui intentaba levantar una mano. La acción provocó una gritería entre los mejicanos. El caballo lanzó un bufido de terror; Cale no pudo ver más y, echándose el rifle a la cara, disparó contra el cabecilla. Erró al hombre, pero hirió al animal, que dió un tremendo brinco, relinchando y pateando furiosamente. Después, ambos se vinieron al suelo, quedando inmóviles jinete y montura. Gale salió de su escondite con idea de interceptar el paso a los otros raiders antes de que pudieran llegar a la casa y hacerse con sus carabinas. Uno de ellos emprendió la dirección opuesta lanzando gritos y otro quedó como petrificado. Cale se acercó y recogió del suelo el revólver que había caído de manos del cabecilla; éste empezaba a recobrar el sentido. Los

espantados caballos, saliendo por la derruida empalizada, se dispersaron a, galope, arroyo arriba.

El caído raider se sentó en el suelo, invocando a todos los santos con un aliento y lanzando imprecaciones con el siguiente. El otro mejicano continuaba inmóvil, aterrorizado por el rifle.

-¡Largo, pelones, largo l -gritó Cale primero en inglés y luego en español, echando del campamento a los dos mejicanos. Después entró en la casa, se apoderó de las carabinas y las inutilizó con una gruesa piedra.

Hecho esto marchó por el camino más corto en busca de su caballo, sin preocuparse de un posible encuentro con los mejicanos. Blanco Sol le oyó venir, saludándole

con un bufido. Montándole Cale, volvió rápidamente al lugar del suceso, siendo su primer cuidado abrevar a Sol y llenar sus cantimploras.

Antes de seguir su camino decidió examinar a los dos indios. El papago estaba muerto, con un balazo en el corazón. El yaqui aún vivía. Además, conservaba su lucidez, mirando a Gale con ojos sombríos, negros como la noche.

-Gringo bueno..., no matar... - dijo con voz apenas perceptible.

La frase era más bien afirmativa que interrogadora.

-Yaqui... estás listo - dijo Gale simplemente.

-Yaqui... no herido... mucho - replicó el indio y pronunció después una palabra en lenguaje desconocido, repitiéndola varias veces.

Instinto, o tal vez sugestión, llevaron a Dick a coger su cantimplora, e incorporando con una mano al indio le dió de beber, recibiendo en cambio una mirada de infinita gratitud. Examinó después al herido, sin dejar de otear en todas direcciones para ponerse a cubierto de una sorpresa. El indio tenía tres lesiones : un balazo en un hombro, una pierna lacerada y un brazo roto. Era de momento imposible saber lo que ya sufría antes de verse atacado por el raider.

El batidor meditó un instante. Si no quedaba allí a merced de los mejicanos, caso de que se atrevieran a regresar, el yaqui podía salvarse. Ni por un instante pensó en abandonar al infeliz. En este punto predominaba su antigua naturaleza, su elevado espíritu lleno de sentimiento humanitario que vedaba toda idea de propia preservación, aunque no se le ocultase que al cargar con un indio desvalido centuplicaba sus riesgos. Rápidamente, con el rifle bajo el brazo, hizo una cura provisional al yaqui.

Los burros de los indios y los caballos de los mejicanos se habían perdido de vista. El tiempo era demasiado precioso para perderlo en su busca y captura; asentó al yaqui sobre los amplios lomos de Sol, montando él después y emprendiendo la marcha a paso largo sin que el animal se resintiera de la doble carga. A lo lejos una polvareda marcaba la situación de los caballos escapados del corral. Los que entre ellos hubieran sido robados se dirigían infaliblemente hacia sus lares, llevándose consigo tal vez a los demás, por lo que los raiders quedarían en pleno desierto, desarmados y a pie.

Blanco Sol cubría una seis millas por hora, y a aquel paso hubiera podido resistir cincuenta millas sin una gota de sudor ni signo de cansancio, pero Gale, atento a la posibilidad de encontrar otros raiders o ser perseguido, procuró economizar sus fuerzas. Perdido de vista el Pozo Papago, echó pie a tierra, caminando junto al caballo y sosteniendo con una mano al desvalido yaqui.

El sol traspuso las sierras del Este y la frescura matutina desapareció, cambiando el aspecto del desierto. Los tonos grises se hicieron refulgentes, los mezquites relucían y los



Librodot

cactos adquirían el tono plateado de la escarcha, mientras las rocas parecían masas enormes de oro y bermellón. Al aumentar el calor, el viento empezó a soplar desde el valle, a espalda de Gale, acrecentando su violencia al aumentar la del sol. La maravillosa bruma transparente de la distancia perdió su tonalidad azulada trocándola por una amarillenta, y las arenas levantadas por el viento desdibujaban el perfil de las montañas.

Gale seguía el paso de su caballo soportando el continuo dolor de su cadera. Con la mirada recorría el vasto panorama buscando las señales que conocía. Cuando los audaces y agrestes espolones de las montañas «Sin Nombre» aparecieron entre una desgarradura de los nubarrones de arena, le pareció hallarse más cercano a su casa. Una hora después llegaban a una especie de columna erecta en una avanzada escarpa. Era la. señal de la línea limítrofe internacional. Cuando la traspuso, tenía el pie en su patria, en Norteamérica. Se detuvo a la sombra de unos peñascos, en pleno mediodía, y bajando al yaqui le dió de beber. Después oteó atentamente el desierto circundante y desensillando a Sol le dejó que se revolcase a sus anchas, mientras él mismo tomaba un bien ganado descanso. El yaqui se aferraba tenazmente a la vida. Por vez primera, Dick le examinó para estudiarlo. En una cabeza de nobles proporciones, el rostro aparecía como una contraída careta cincelada en la volcánica lava de los yermos de Sonora. Sus ojos eran negros y místicas, como en todos los de su raza, llevando además impresa toda la trágica desolación del desierto. Estaban fijos en Gale, moviéndose tan sólo cuando éste se movía. El indio era de baja estatura, pero de un desarrollo muscular extraordinario, aunque parecíá muy demacrado a causa de privaciones o enfermedad.

Gale reanudó su marcha. Después de atravesado el corredor se halló frente a una gran depresión, tan rugosa como si el martillo de Thor hubiera clavado millones de gigantescas púas en el suelo, cubierto de grietas y costurones. Era el Valle de Altar: un caos de arroyos, cañones, rocas y surcos sembrados de cactos. El extremo este ,de los secos cauces formaba el enjuto álveo del río Forlorn, que recogía el agua cuando buenamente la había.

Con un hombre desvalido e inútil a cuestas, aquel trecho de espinoso desierto era infranqueable; sin embargo, Gale lo intentó sin vacilar. Llevaría al yaqui hasta donde pudiera o hasta que la muerte hiciera inútil el sacrificio. Blanco Sol se iba abriendo paso lenta y penosamente por la arena, por entre las rocas, sorteando los macizos de traidoras choyas. El sol declinó al Oeste centelleando rayos de mayor fuerza, como en vengativa resistencia a su ocaso, El viento amainó, cesó la polvareda y el frente audaz de las montañas «Sin Nombre» cambió de color. Cale, tenaz, seguía el paso del caballo, sosteniendo con una mano al yaqui, recibiendo las acometidas de las implacables espinas. Era tarea de gigantes. Las chaparreras dificultaban sus movimientos, pero no se atrevía a prescindir de ellas. No obstante ser de un cuero duro y resistente, las terribles aceradas púas de las choyas las atravesaban, hiriéndole las piernas.

Hasta la última milla, Gale conservó el mismo paso que Blanco Sol, vigilando atentamente la pista ante sí, pero cuando aparecieron las casas bajas y chatas de Río Forlorn, sus fuerzas le abandonaron rápidamente. El yaqui resbaló de la silla, cayendo inerte al suelo. Gale no tuvo energía ni para montar a caballo; se agarró a la cola de Blanco Sol, enrollándosela a la mano, y se dejó arrastrar.

Blanco Sol lanzó un vibrante relincho al olfatear alfalfa y agua fresca. Las luces que brillaban enfrente prometían reposo. El melancólico crepúsculo del desierto sucedía rápido a la puesta del sol, acentuando la soledad del serpentino río de arena y sus ribazos



Librodot

grises. Las sombras de la noche descendieron en tropel desde las negras y dominantes montañas.

# VII

Un yaqui inválido! ¿Cómo demonios se te ocurrió cargar con semejante plepa?- gruñó Belding, ayudando a Dick a acostarse.

Durante las últimas semanas el carácter de Belding había sufrido la influencia de los acontecimientos, haciéndose violento, duro, inflexible.

-Es cuenta mía-murmuró Gale -. Ve a recogerle; cayó en la pista, al otro lado del río, cerca del primer saguaro grande.

Belding empezó a mascullar imprecaciones mientras buscaba cerillas para encender la lámpara. Al brillar la luz las palabras murieron en sus labios.

-¿No decías que no estabas herido?- preguntó ansiosamente e inclinándose sobre Cale.

-Y es verdad, estoy simplemente rendido. ¿Quieres ir o enviar a alguien a buscar al yaqui?

-Sí, hombre, sí - le respondió menos bruscamente Belding.

Al salir de la habitación se le oyó llamar a su esposa-: ¡Madre! ... ¡Muchachas! ¡Dick ha vuelto! ¡Está derrengado! ¡Haced lo que podáis para aliviarle! Yo salgo un momento.

Obtuvo una respuesta que Dick, en su semiinconsciencia, no pudo comprender. Después le pareció que la señora Belding estaba junto a su lecho, aliviándole con la sola placidez de su presencia. Nell y Mercedes, pálidas y agitadas, revoloteaban en su derredor. Bebió ávidamente y rechazó todo alimento. Quería solamente descanso, y, dejándose arrullar por sus enfermeras, le invadió un sueño profundo.

Durmió veinte horas; al despertar, sediento, hambriento, cojo y cansado aún, fue en busca de Belding para recibir órdenes y saber detalles de lo ocurrido con el indio.

-Tu yaqui estaba en las últimas, pero. me parece que .lo sacaremos adelante - dijo Belding -. Dick, el otro día ese indio pasó por aquí. A pie, en tren... ¡Dios sabe cómo venía de Nueva Orleáns ! Habla ingles mejor que la mayoría de su raza. Yo se algo de ese yaqui ; por lo que pudimos entendernos, me entere de parte de su historia, adivinando el resto. El Gobierno mejicano quiere acabar con los yaquis. Hace un año se apoderaron de su tribu y la llevaron encadenada a in¡ puerto mejicano del Golfo. Padres, madres e hijos fueron separados y embarcados con rumbo a Yucatán; allí fueron utilizados como esclavos en los plantíos de henequen, donde los mataban de hambre. Recibían un pan negro por cabeza como única ración diaria. Yucatán es una comarca baja de nivel, pantanosa, húmeda y muy cálida. Los yaquis se han criado en las altas mesetas de Sonora, donde el aire corta como un cuchillo. En los campos de henequen morían como moscas y otros ocupaban su puesto. Es horrible. En fin, ese yaqui tuyo consiguió evadirse y, oculto en la bodega de un barco, llego hasta Nueva Orleáns, desde donde se encamino hacia aquí. Le di un saco de provisiones, marchó con un papago y, por lo visto, tuvo un mal encuentro en el campo.

Cale, a su vez, dio detalles de lo ocurrido en el Pozo-pago.

-El raider aquel que pretendió machacar al yaqui bayo las patas de su caballo... ¡era una hiena!... -termino diciendo-. ¡He visto algunas refriegas y no pocas cosas desagradables, pero tal alarde de crueldad me puso fuera de mí! ¡Tanto, que falle el tiro a veinte pasos!...

-En casos así lo mejor es acabar coro todos-dijo Belding -, y en cuanto a cosas desagradables, espera a ver un yaqui arreglar a un mejicano. ¡Es el colmo! Lo llevan en la masa de la sangre; es un odio de razas, profundo y terrible. Personalmente tengo a los yaquis por inteligentes y nobles; creo que si no se los molestase se rían pacíficos y trabajadores, pero es una raza condenada a la extinción. ¿Tienes idea de que le ocurriría a este antes de su encuentro con los raiders?

-No, me pareció que algo le aquejaba, pero no podría decir que era.

-Yo me atrevería a determinarlo. Quizá vaya equivocado, pero creo que ese yaqui sufría o, por mejor de cir, sufre aún mal de añoranza. Su único anhelo era volver a sus montañas a morir. En la región de Sonora a la que probablemente se dirigía, ya no queda yaqui alarmo., en los barrancos, si no en proporciones fabulosas, por lo menos en cantidad suficiente para justificar su explotación; y en cuanto al terreno del Valle de Altar, sólo requeríase agua para producir todo lo deseable durante el año entero. Su entusiasmo había contagiado a Gale, quien también veía un halagüeño porvenir para Río Forlorn.

En la tarde del siguiente día compareció inesperadamente Ladd llevando de la brida a su caballo, cojo y cubierto de sudor. Belding y Cale, que trabajaban juntos en la fragua, interrumpieron su labor atónitos. Las patas del jamelgo estaban llenas de escarzas, desolladas, cubiertas de fango; el animal parecía sostenerse en pie con dificultad. Ladd había perdido el sombrero ; llevaba un pañuelo ensangrentado a la cabeza; sus facciones desaparecían bajo una espesa costra de sudor y sangre; estaba cubierto de polvo y la parte inferior de sus chaparreras aparecían literalmente cuajadas de púas blancas truncadas.

-¡Salud, muchachos ! -gritó-. ¡No sabéis lo que me alegro de veros!

-¿Dónde has dejado el sombrero, Ladd? - preguntó Belding, furioso.

Era una ridícula pregunta, pero las palabras en sí carecían de importancia. La quietud y ansiedad que se pintaron en su rostro decían mucho más.

El batidor se inclinó soltando las hebillas de la cincha y mirando a Belding se echó a reír.

-Tom, ¿recuerdas aquel estupendo saguaro que hay en el empalme del camino de Carter y la carretera de Casita? Pues bien, he trepado a lo más alto y he dejado el sombrero a unos picamaderos para hacer su nido.

-Tú has venido a galope, tú has tenido un encuentro - exclamó Belding sin hacerle caso.

-¡Ya sabía yo que tarde o temprano lo descubriríais! -replicó Ladd socarronamente, desensillando.

-¡ Ladd, ponte en manos de las mujeres! - dijo Belding -. Ya cuidaré yo de tu caballo.

-En seguida, Tom, en seguida. Vengo de la carretera. He visto huellas de caballos y de reses más allá de la divisoria, pero hasta esta mañana no di con los raiders. Anoche me quedé en casa de Carter. El raid del otro día le ha dejado limpio. Está furioso. Bueno. Esta mañana tropecé con parte de su caballada galopando como loca hacia su corral. Algunos pelones intentaban atajarles el paso y hacerlos retroceder. Me interpuse, creando una situación violenta. Los caballos escaparon y los pelones y yo jugamos un rato al

escondite por entre los cactos. Yo estaba en Méjico y tuve que atravesar sus lineas para ponerme en buen camino. Corrimos un rato, pero lo pasé mucho peor de lo que hubiera deseado. .

-Ladd, si montases uno de mis caballos no te verías en esos apuros -dio Belding -. El tuyo es ligero y voluntarioso, pero necesitas algo más, un animal grande y fuerte, criado en Méjico, con cactos en la sangre. Elige el que quieras : Blanco Torre, Blanca Mujer, Blanco ]osé.

-Antaño tuve un jaco así, pero lo perdí - dijo Ladd-. Este de ahora no es tan penco. Claro que Torre y ese Blanco Diablo, de nombre español, le darían ciento y raya en una milla de cactos, pero ¿qué quieres que te diga, Tom? ¡No acaban de convencerme! Tal vez es que me voy reblandeciendo. Ya comprendo que más valdría decidirme y escoger uno antes de que los raiders aparezcan en Río Forlorn.

Belding masculló unas cuantas imprecaciones con una voz ronca y profunda. Su apariencia, de ansiosa se trocó en sombría y apasionada. Después de su mujer y de su hija, lo más preciado para él eran sus caballos. Sus padres, sus abuelos, cuantos de sus antepasados conservaba recuerdo, habían tenido las mismas aficiones. Lo llevaba en la masa de la sangre.

-Ladd, ¿crees que podría llevarme los blancos antes de que sea tarde?

-Quizá aún no lo sea, pero, ¿dónde los llevamos?

-¿A San Felipe?

-No; más fácil nos sería custodiarlos aquí.

-¿A Casita, y luego por ferrocarril?

-¡Si podíamos llegar! Además, la ciudad rebosa de rebeldes necesitados de ellos.

-¿Directamente al Norte?

-¿Estás loco? ¿Cien millas sin agua y sin pastos? Créeme, Tom, lo mejor sería intentar llevar la caballada hacia el Sur de Sonora, en algún valle perdido entre montañas. Espera aquí a que los raiders hayan retrocedido al Este. Al paso que van, pronto habrán agotado cuanto de robable hay en la comarca; entonces buscarán nuevos teatros para sus hazañas.

-Ladd, no conozco las pistas de Sonora y no me fío de ningún mejicano ni de ningún papago. Entre nosotros, me inspira recelo incluso el indio que tengo por zagal.

-Valdría más quedarse aquí, Tom.

-Dick, me alegro de volver a verte. Estás muy callado. Acabarás siendo huraño. ¿Hallaste rastro alguno de Jim en Sonoyta?

Belding llevó el caballo cojo hacia el abrevadero; los dos batidores se encaminaron a la casa. Dick explicaba a Ladd su lance del Pozo Papago. Cuando doblaron la esquina de los soportales, Nell estaba sentada junto a la puerta. Al verlos se puso en pie, lanzando un grito y corriendo hacia ellos.

-¡Bueno me va a poner! -murmuró Ladd -. ¡Mujeres! ¡Mujeres! ¡Hacen de mí lo que quieren! No puedo evitarlo.

-¡Oh, Ladd, estás herido! -exclamó la joven, cogiéndole por un brazo.

-No, Nell, me he clavado una espina en la oreja. -¡No' mientas, Ladd, como otras veces! ¡Estás he

rido! ¡Ven que te vea mamá!

-De veras, Nell, es un arañazo. Me caí del caballo. -Ladd, tú nunca te has caído del caballo. La expresión de la joven y su acusadora mirada agu

zaron la fantasía de Ladd.

-Quizá fue cuando galopaba bajo los mezquites. ¡Alguna púa!

-¡Te han herido! ¡Mamá! ... ¡Aquí está Ladd! ¡Vie- ne herido! ¡Oh! ¡Qué temporada estamos pasando! ¡No puedo más! ¡Tan quieto y tan tranquilo como era Río Forlorn! Pero ahora... Un día viene Jim con un balazo; luego, Dick; después, Ladd... ¡Dios no quiera que llegue nunca un día en que no vuelvan!

La mañana era nítida, plácida, clara como un cristal. El desierto no había empezado aún a lanzar sus oleadas de calina. Los congostos de las lejanas montañas aparecían cubiertos de azulada niebla. Nell estaba sentada en el travesaño más alto de la verja del corral. Dick, junto a ella, miraba alternativamente su rostro y los predios de alfalfa en los que los pura-sangre de Belding corrían y brincaban embistiéndose unos a otros. Nell no tenía ojos más que para los brutos. Sentía por ellos el mismo en tusiasmo que su padre y jamás se cansaba de contemplarlos, pero en aquella ocasión había algo estudiado y alguna afectación en su ensimismamiento; era tan manifiesto su propósito de no permitir a su mirada encontrarse con la del joven, que su actitud carecía en absoluto de naturalidad. El verde oscuro del dilatado campo de alfalfa era excelente fondo para hacer resaltar en toda su hermosura la caballada, compuesta de una veintena de cabezas. Belding había obtenido admirables resultados de sus experiencias con los sementales adquiridos en Durango, pero su especial atención se concentraba en las crías de pelaje completamente blanco y llevaba su apasionamiento hasta el punto de negarse en absoluto a desprenderse de ellos, a pesar de las ofertas tentadoras de los hacendados de Texas que adquirían los de otros pelajes. Distinguíanse entre ellos los llamados Blanco Diablo, Blanco Sol, Blanca Reina, Blanca Mujer y Blanco Torres, denominaciones que le valían las mofas de sus amigos y especialmente de los cow-boys, pero que el conservaba impertérrito.

Blanco Diablo era el único de la caballada que no gozaba de libertad; estaba estacado en un ángulo del predio, aparte de los demás, y el aislamiento le molestaba. Blanco Diablo tenía especial predilección por galopar y, sobre todo, por pelearse con algún rival. Si un demonio pudiera ser blanco, el bruto era perfecta representación de la especie. No había en el ningún rasgo de belleza v, sin embargo, llamaba la atención. Su apariencia sugería descontento, ira, resabio. Citando no mordisqueaba la lozana hierba, manteníase con la cabeza horizontal, las orejas hacia atrás y la boca entreabierta enseñando los dientes. Era el favorito de Belding, quien sostenía que Diablo era capaz de resistir más calor, sed y cactos que caballo alguno de cuantos poseía, a más de ser infinitamente más ligero.

El hecho de que Ladd no fuera de la misma opinión le disgustaba v era fuente de perpetuas discusiones. Los dos batidores aborrecían al bruto... Dick Gale, después de dos o tres encuentros con el, de los que había salido malparado, se inclinaba a la opinión de los cow-boys.

Blanco Torres era un soberbio semental, macizo, poderoso, digno de su pareja Blanca Reina. La otra yegua, Blanca Mujer, era de un pelaje resplandeciente sin la menor tara, admirable de proporciones, fina, elegante y graciosa, no obstante su potencia y su alcance. Los cowboys reconocían algunos de los méritos que Belding atribuía al Diablo, pero rendían leal y absoluta pleitesía a Blanco Sol, v en cuanto a Gale, era tal su entusiasmo por el caballo, que a veces él mismo lo juzgaba exagerado.

Comprendía que amaba a Blanco Sol como un hombre puede amar a su mejor amigo, a su hermano. Sin arreos y sin las toscas rodilleras de cuero, Blanco Sol realmente era

grato a la vista. Mayor que el Diablo, era más resistente, -más poderoso y daba la sensación de ser más raudo. A cierta distancia, las honrosas cicatrices y bultos que desfiguraban sus musculosos miembros eran invisibles. Se mantenía aparte de los demás, no gustaba de patear o buscar querellas. El fuego del desierto corría por la sangre de sus venas como la deslumbradora blancura del sol refulgía en su pelaje.

-Belding jura y perjura que Sol no ha ganado nunca al Diablo-decía Dick.

-Y así lo cree-replicó Nell -. Papá está loco por ese animal.

Nell se echó a reír.

-¡Yo también lo vi!, pero si vamos a eso, yo misma he conseguido que Sol ganase al favorito.

-Me hubiera gustado presenciarlo, Nell. ¿No daremos nunca un paseo a caballo juntos?

-Sí, algún día, cuando no haya peligro... -¿Peligro?...

-Yo quería decir, cuando esté más pacificada la comarca.

-¡Ah! Si es así...-exclamó riendo Dick-. Algunas veces me pregunto qué motivo tuvo Belding para cederme

Blanco Sol.

-¡Celos! A mi juicio lo que quería era desprenderse de él.

-¡ No! ¡Pero Nell, si está ofreciendo continuamente los blancos a Ladd y a Lash!

-¿Todos? ¡Quiá! ¿A que no les cedería el Diablo, ni la Reina, ni Blanca Mujer? ¡Nunca en la vida! Le aseguro, Dick, que papá llega a desear que Blanco Sol se eche a perder. ¡Son celos!

-Tal vez; lo cierto es que su pasión por los caballos es extraordinaria. Ahora la comprendo mejor que antes. En otros tiempos poseía dos caballos de carreras, pero

para mí eran dos animales simplemente. En cambio, ¡Blanco Sol ! ...

-¿Le quiere usted? -preguntó Nell, y, por fin, su límpida mirada se posó en la del joven.

-¿Que si le quiero?... ¡Ahí es nada!...

-Me alegro. Desde que está a su cuidado, Sol parece otro. Se ve que la afección es mutua. Mire cómo le observa ahora mismo. Yo ya entiendo casi tanto de jacos como papá o Ladd. Sol ha odiado siempre al Diablo y nunca ha simpatizado con papá.

Dick levantó los ojos hacia ella.

-Será... será muy duro tener que dejar a Sol... cuando me vaya.

Nell permaneció inmóvil y callada. Después de unos instantes

-¿Cuando se vaya?-preguntó con un temblor apenas perceptible en la voz.

-Sí; hay días, hoy es uno de ellos, en los que pienso en marcharme; depende de cómo me encuentro. Pero, en todo caso, no es probable que termine aquí mi vida.

No obtuvo ninguna respuesta. Puso suavemente su mano sobre la de la muchacha, reteniéndola a pesar de su tibio intento de desasirse.

-¡Nell! ...

Ella palideció, entreabrió los labios... Unos pasos ruidosos sobre la arena le interrumpieron a la vez que una voz alegremente quejumbrosa forzaba a Dick a libertar a Nell. Belding apareció por la esquina del cobertizo.

-Dick, no hay forma de convencer a ese maldito, yaqui para que abandone Río Forlorn. Ya está bueno. Le he ofrecido un caballo, un rifle, mantas, provisiones, todo lo necesario, pero... que si quieres…

- ¡Qué gracioso! -replicó Gale sonriendo-. ¿Por qué no dejarle aquí? ¡ Hazle trabajar

-¡No lo encuentro tan gracioso! Pero te diré una cosa. Ese indio se ha encariñado contigo. Los yaquis del desierto son bichos raros. Me han contado cosas... y lo creo todo. A mi modo de ver, su idea es que tú le has salvado la vida y eso tiene gran valor entre los indios. En un yaqui, tal vez aún más. He oído decir que un yaqui no deja nunca de pagar su deuda. Tal vez sea por eso por lo que no se marcha.

-¡Dick! No lo tome a broma - dijo Nell-, yo me

he fijado en ese hombre y da gozo ver con qué afecto le sigue con la mirada...

-Has hecho un amigo-prosiguió Belding - v en el desierto un yaqui puede ser una ayuda inmensa. Si recobra las fuerzas te será muy útil, no lo dudes. Por mí, ¡bien venido sea!, pero tú eres responsable de él ; ¡no te arriendo la ganancia si tienes que vigilarle para que no acabe con los pelones de Río Forlorn ! ...

La posibilidad de un visita de los raiders y la noticia de una incursión más audaz que de costumbre a un rancho vecino impulsaron a Belding a levantar un nuevo corral. No era una estructura grata a la vista, pero era sólido y excepcionalmente alto. La verja era maciza, la puerta giraba sobre enormes goznes y estaba aherrojada con pesadas cadenas y candados. Exteriormente, la revistió de espino artificial, lo que dificultaría aún más toda ingerencia, especialmente en la oscuridad. Por las noches, Belding recogía sus blancos en el nuevo corral. El zagal papago dormía en el cobertizo vecino. Belding no creía que ninguna cerca de madera, por fuerte que fuese, disuadiera a los raiders de su propósito, pero necesitarían tiempo para demolerla y, sobre todo, porque estaba cierto de que ante un fuego de rifles sostenido, la banda se dispersaría.

Más tranquilo, se permitió recuperar parte del sueño atrasado. Ladd, sin embargo, no participaba del optimismo de Belding.

Jim Lash se presento trayendo noticias de que todo estaba tranquilo por la parte del oasis de Sonoyta. Pasaron los días y Beldign conservo a los tres batidores en Río Forlorn. Nada se sabía de los raiders, y los escasos viajeros que atravesaban el poblado eran americanos o mejicanos procedentes de Casita, donde, según decían, los rebeldes hacían la vida imposible a todo el mundo.

Una mañana de enero, un grito agudo, amenazador, despertó a Dick Gale. Salto rápidamente del lecho, a tiempo que oía la voz sonora de Belding contestando a una confusa gritería y pasos precipitados sobre las losas. Sin embargo, no era eso lo que le había despertado... Ante su propia puerta, le parecía oír una respiración acelerada, casi angustiosa. A la lívida luz del amanecer vislumbró algo blanco. Revólver en mano atravesó el aposento. En la parte de afuera estorba Blanco Sol. No era desusado el que Sol fuera a asomarse al cuarto de Dick durante el día, pero, de madrugada, cuando hubiera debido estar en el corral, su visita no podía significar más que una cosa: raiders. Dick llamó quedamente al caballo y vistiéndose con premura salió, empuñando un arma en cada mano. Sol temblaba como un azogado. Siguió a Gale como un perro, alrededor de la casa, encontrándose con Lash, que también llevaba uno de los blancos del ronzal.

- ¡Hola, Jim 1 ¿Hemos llegado tarde?

-No sé qué ha pasado - replicó Lash -. Yo he podido coger a Torres. Lo encontré en el patio.

Fueron al corral; allí hallaron a Belding excitadísimo, rugiendo como fiera enjaulada. La verja estaba abierta. El corral, vacío. Ladd, inclinado hacia el suelo, buscaba evidentemente huellas.

-Opino que lo mejor es esperar a que, sea de día - sugirió Jim.

-Sí, ¡ya han levantado el vuelo! Tom, ¿dónde está el papago?

-¡Ha huido, Ladd, ha huido!...

-¡Nos la ha jugado!, ¿eh? Veo una palanca junto a la verja. El indio debió de traerla de la fragua. La utilizaron para arrancar los goznes. No debieron perder mucho tiempo forzando la entrada.

Belding, en mangas de camisa y descalzo, aullaba de ira. Aseguraba haber oído galopar a los caballos cuando saltaba del lecho.

-¿Qué te despertó? -preguntó Ladd.

-Sol. Le oí que llamaba a Dick. ¿No lo oísteis vosotros?

-¿Oírle? Vino galopando hasta mi ventana y soltó un bufido que me hizo caer de espaldas del susto. Y tú, Dick, ¿qué supusiste qué era?

-No supuse nada. No tuve tiempo, todavía estoy medio atontado.

-Muchachos, apuesto cualquier cosa a que Sol se cargó a unos cuantos raiders si es que le pusieron la mano

encima-dijo Jim -. Ahora sentémonos y esperemos a

que amanezca. Ya veréis como encontramos algunos jacos desperdigados. Tom, ve a vestirte. Hace un frío de míl diablos, y no dejes de prevenir a las mujeres de que no hay novedad entre nosotros.

El nuevo día evidenció detalles del robo. Los cow-boys hallaron rastro de ocho raiders desde el álveo del río, donde, al parecer, habían dejado sus monturas. Era evidente que el papago había hecho traición a su amo. Su escaso equipo había desaparecido con él. Lash había estado en lo cierto al profetizar que encontrarían algunos caballos por los predios. No tardaron en reunir once blancos, más o menos espantados, entre ellos la Reina y Blanca Mujer. Los raiders no habían podido manejar más que uno por cabeza. Por una ironía del destino, Belding perdía su favorito, el caballo que para el prevalecía sobre todos los demás. Dios sabe dónde, por alguna pista, Blanco Diablo galopaba en poder de un raider.

-Opino que hemos estado de suerte-dijo Jim.

-Suerte es poco - replicó Ladd -. Por lo visto, algunos de los raiders saltaron la cerca mientras los otros descerrajaban la verja. Quizá el papago fue quien escogió los mejores. Pero, ¡no entiendo cómo pudieron con el Diablo! Hubiera apostado la cabeza a que eran precisos los ocho para el solo. Hay que reconocer que esos pelones nos dan ciento y raya con los caballos.

Belding estaba inconsolable ; maldecía, anatematizaba, se tiraba del cabello, acabando por anunciar su propósito de emprender la persecución de los raiders.

-No hagas semejante tontería - dijo tranquilamente Ladd.

Belding se cogió la cabeza entre las manos, gritando

-Tienes razón, Ladd. He de resignarme. No puedo abandonar a las mujeres, pero, ¡es mala suerte la mía ! ¡Me ha llegado al alma! ¡Sólo con sangre podré satisfacer mi cólera!

. Déjalos de nuestra cuenta - dijo Ladd.

-¿Que pensáis hacer? -preguntó Belding, sobresaltado.

-Aún no lo se... Dame una cerilla para la pipa. Dick, ve a buscar a tu yaqui.

# VIII

La impenetrable mirada del yaqui abarcó el corral, la verja con sus rotas cadenas, las huellas en la arena, posándose por fin en Belding.

-Malo -dijo en español.

-Sí, yaqui. Ocho hombres malos y un indio traidor -dijo Ladd.

-Creo que se refiere a mi zagal-añadió Belding -. Si es así, no queda lugar a duda. Yaqui, ¿pa pago malo? ¿Sí?

El yaqui hizo un ademán extendiendo las manos y despues se inclinó sobre las huellas del camino. Aunque eran muy confusas y en todas direcciones, gradualmente fue eliminándolas hasta llegar a la misma conclusión que los cow-boys respecto al álveo del río. Belding y sus batidores le seguían de cerca; Dick le ayudaba en ocasiones en que la debilidad le vencía.

Encontraron un punto muy pisoteado, donde los raiders habían dejado los caballos; de allí arrancaba un sendero bien definido que cruzaba el lecho del río.

Belding preguntó al yaqui si en su opinión los bandidos se dirigirían hacia el desierto de Sonora. Por toda respuesta, el indio siguió el sendero a través de la arena, entre juncos y mezquites, hasta llegar al nivel de las rocas y los cactos. Allí se detuvo. Una vereda muy angosta partía hacia la izquierda, hacia el Este de las «Montañas Sin Nombre». A la derecha se extendía el camino del Pozo Papago y el oasis de Sonoyta. El rastro de los raiders parecía indicar una marcha hacia el Sudeste a través del desierto. El yaqui habló, primero en su idioma, después en español.

-hice que, a su juicio, van despacio, Ladd - interpretó Belding-. Par el aspecto del rastro, los pelones tienen dificultades con los caballos.

-Eso es de suponer, Tom - replicó Ladd -. Pregunta al yaqui si puede decir hacia dónde van y si encontrarán agua.

Era asombroso ver señalar al yaqui. La mano morena, extendida, señaló hacia una escarpadura blanca en la lejanía; después, con un palo trazó una raya en la arena, al extremo de esta otra, formando ángulo recto. Añadió algunas cruces, marcas y agujeros. Mientras dibujaba el tosco mapa, hablaba en yaqui o en español, intercalando alguna palabra inglesa. Belding iba traduciendo lo mejor que podía. Los raiders marchaban con rumbo Sudoeste, hacia el ferrocarril de Nogales a Sonora. Eran cuatro días de marcha por mal camino, una buena aguada al final del primer día, agua dudosa los otros dos. Iban despacio, embarazados con tanto caballo, sin temor de ser perseguidos ; si se los perseguía, podría coparse la partida entera en la primera aguada, que era un garlito natural en un valle.

Los hombres regresaron al rancho. Los batidores se desayunaron a la par que hacían preparativos de marcha. Abrevaron y ensillaron a Blanco Sol y a los caballos de los dos cow-boys, después de nuevas negativas de Ladd de trocar el suyo por uno de los blancos.

-Tráeme un rifle de largo alcance y muchas municiones - dijo brevemente.

-Ladd, no te cargues demasiado.

-Necesito un arma que domine las carabinas de los rebeldes. Búscamela pronto.

-Tengo un «405», un rifle de cañón largo, que alcanza una milla. Lo uso para caza de monte, pero reventarás tu jaco.

-No se revienta tan fácilmente. Dick, toma municiones de sobra para tu «Remington», y no te descuides de llevarte los gemelos.

Menos de una hora después del raid, los tres batidores, fuertemente armados y espléndidamente montados en caballos frescos, emprendían la marcha. Al llegar a la orilla opuesta del río Forlorn, Dick se volvió, percibiendo a Nell que agitaba un pañuelo. Se puso en pie en los estribos, devolviendo el saludo con su sombrero, hasta que los mezquites ocultaron el edificio a su vista.

Cabalgaban en fila india con Ladd a la cabeza, no siguiendo siempre el rastro de los raiders, sino tomando atajos. Los bandidos no tenían prisa y demostraban una parcialidad evidente por los trechos más llanos y menos sembrados de cactos o de rocas, pero el cowboy tomó una dirección que le llevaba en línea recta a la escarpadura señalada por el yaqui. Nada le desviaba de su propósito, salvo los barrancos profundos o los macizos de cactos impenetrables. Sostenía un paso largo en los trechos más accidentados y un galope corto en los llanos. El sol empezó a calentar, levantándose el viento con densos nubarrones de polvo en el horizonte. Desde las áridas cañadas, columnas de arena se elevaban en espiral, que después eran barridas y dispersadas por el viento. La escar

padura comenzó a precisarse, cambiando de color, revelando las grietas y hendiduras de su rocoso declive.

Siempre que ascendían a la cumbre de un otero, Ladd antes de emprender el descenso, requería de Dick un detenido y cuidadoso examen del desierto, con los gemelos, para distinguir claramente las columnas de polvo amarillo sobre las dunas, de las polvaredas uniformes que pudieran revelar la presencia de hombres o caballos en movimiento.

Al mediodía los batidores abandonaron la región de espesos cactos, a la par que el terreno se trocaba en aluviones pedregosos, areniscas rojizas y oteros de marga o arcilla desnuda. El desierto parecía un mar de redondeados montecillos en el que se confundían todos los tonos bajo la blancura deslumbradora del sol. Los cascos de los caballos levantaban nubecillas de un polvo fino e impalpable. Los batidores continuaron su avance. La escarpadura comenzó a dominar el panorama. El suelo del desierto emprendía una suave elevación. Cuando pudo examinar libremente la escarpa, Dick distinguió a los raiders y los caballos; una hora después eran ya visibles a simple vista, como puntos moviéndose continuamente de un lado a otro.

-Van hacia ese pasillo rojizo- dijo Ladd, señalando una escotadura en el lado Este de la escarpa-. Cuando los perdamos de vista, apretaremos el paso. Si no recuerdo mal, la aguada de que habló el yaqui está en el pasillo.

Atravesaron rápidamente las restantes millas de desierto llano, hasta llegar al pie de la escarpa. Cuando divisaron la entrada del paso, el sol estaba declinando al Oeste. Entre las rocas crecían mezquites enanos. Ladd ordenó a sus compañeros que desmontasen y que estacasen los caballos, y prosiguieron a pie.

La estrecha embocadura del pasillo conducía a un valle de una media milla de ancho y algo más del doble de largo, declives casi inaccesibles y un suelo árido y blancuzco sin otra vegetación que algunos macizos de mezquites en su extremo inferior. Era un lugar desolado y trágico, el fondo estéril de un hoyo del desierto.

-¡Atención, muchachos! ¡Agachaos! - dijo Ladd -. Allí está la aguada y los caballos tienen ojos de lince. El -,,aquí estaba en lo cierto. No he visto en mi vida una ratonera más perfecta.

Los caballos, tanto los peliblancos como los de otro pelaje, se destacaban netamente en el fondo de la verdura, sobre el que planeaba una ligera nubecilla de humo azulado.

-Opino que lo mejor será esperar a que sea de noche - dijo Lash.

-Déjame que medite, Dick. ¿Cómo es la salida de ese agujero? A mí me parece mala.

Gale estudió con los gemelos la anfractuosa construcción de las laderas y del suelo.

-Peor que la entrada -replicó.

-¡Buena debe de ser! ¡Deja que eche una ojeada!... Muchachos, no es preciso cavilar mucho para resolver este pleito. Jim, necesito que estés en la desembocadura, cerrando el paso, cuando nosotros empecemos a maniobrar.

-¿Cuándo será?

-Al amanecer. Esa cuadrilla no dará un paso hasta mañana. Recuerda que tienen que decidirse a afrontar dos días de agua problemática.

-Opino que podré llegar a la otra punta durante la noche - dijo Jim - sin que sea menester dar un rodeo.

Los batidores retrocedieron de su atalaya, volvieron al punto donde habían dejado los caballos y establecieron su campamento entre las rocas. Encendieron una hoguera y prepararon su comida, con lo que salieron mejor parados que sus cabalgaduras, para las cuales la noche fue de completo ayuno.

Cuando se hubo puesto el sol, Jim Lash se envolvió en su manta y, tendiéndose con los pies cerca del fuego, se entregó al descanso. Ladd aconsejó a Cale que hiciera lo propio, mientras el cuidaba de la fogata y esperaba la hora de llamar a Jim para ejecutar su parte en la proyectada operación.

Cuando Gale despertó, la noche era fría, oscura y ventosa; las estrellas titilaban con blanco fulgor. Jim ensillaba su caballo hablando en voz baja con Ladd. A pesar de las protestas de los otros dos, se puso en pie, resuelto a acompañarlos, seguro de que Ladd o Jim, en su caso, hubieran procedido de igual modo.

Con Ladd a la cabeza, fueron avanzando muy lentamente y en el mayor silencio. La oscuridad en el valle era completa. El caballo parecía tan cauteloso como su amo.

Latid no se despistó ni un instante, se abrió paso por entre los macizos de mezquites, emprendiendo a veces un camino para abandonarle poco después por impracticable. Finalmente el sendero se definió algo más entre las tinieblas y los encumbrados declives del paso.

El avance continuó tan silencioso, pero menos lento. Al disiparse un poco la densa oscuridad, Ladd detúvose un instante.

- ¡La suerte-nos es propicia! -murmuró-. Tienes el viento a favor, Jim; los caballos no te sentirán. Ve despacio, no desalojes piedra alguna. Pégate lo más posible a la pared y procura salir lo menos a este mismo nivel. Espera a que sea de día antes de aventurarte vertiente abajo. Yo comenzare a maniobrar temprano, y nada más.

La tranquilidad de Ladd parecía no conceder importancia a la peligrosa empresa. Lash se alejó lentamente, llevando su caballo de la brida. El ruido de sus pasos se perdió casi al mismo tiempo que su cuerpo y el de su caballo se confundían con las sombras de la noche. Ladd tocó a Dick en un brazo y retrocedieron juntos.

La fogata del campamento estaba medio apagada. El cow-boy la reavivó y se tendió en el suelo, durmiendo en tanto que Gale montaba la guardia. El silencio solamente era turbado por el patear de Blanco Sol. Ladd despertó antes de que amaneciera. Los dos batidores se desayunaron v ensillaron sus caballos llevándolos de la brida al lugar donde

se habían separado de Lash, y esperaron a que apuntase el día. La espera pareció a Dick interminable; tales demoras aumentaban siempre su inquietud. Careciendo de la paciencia de Ladd, su deseo era obrar pronta y radicalmente.

A pesar de ello se contenía, preguntándose cuál sería el plan de su camarada v aguardando sus órdenes.

El valle se fue librando de sombras, excepto en las escotaduras de la parte Este. De entre los mezquites se alzó una columna de humo. Al parecer era lo que esperaba Ladd. Desenfundó su «405,,, asegurándose del buen funcionamiento del cargador automático; después sé ciñó una canana llena de proyectiles de cuatro pulgadas que hasta entonces había llevado pendiente del arzón.

-¡Vamos, Dick ! -dijo.

Ladd inició el camino siguiendo la pendiente hasta llegar a una posición que dominaba el sendero. Era el único

punto por el que hombres y animales podían salir del valle.

-Dick, éste es tu puesto. Si se pone a tiro algún raider,

no vaciles. Y ahora quiero que me prestes tu caballo.

-¡Blanco Sol! - exclamo Gale, no tan reacio como

sorprendido de que Ladd se lo pidiera. -¿Quieres dejármelo? -repitió secamente. -Cierto que sí, Ladd.

Una leve sonrisa animo de momento el adusto semblante del cow-boy.

-Lo aprecio en lo que vale, Dick. Ya sé lo que es para ti ese caballo. Yo también he estimado a alguno que quizá no valía tanto como Sol. He querido poner a prueba tu temple pidiéndotelo sin explicar mi plan, pero te aseguro que no sufrirá ni un rasguño. Bajaré al valle intentando sacar a los pelones al campo abierto. Llevan carabinas de poco alcance; no podrán mantenerse fuera de mi «405» y los tendré siempre dominados.

-¡Ladd! Si no te entiendo mal, ¿tu idea es simular que huyes cuando los raiders te persigan y perseguirlos cuando hayas conseguido sacarlos de su madriguera?

-Exactamente. ¡No lograrán nunca alcanzar a Sol! ¿No te parece buen plan?

-¡Magnífico! Pero..., ¿y si a uno de ellos se le ocurre montar a Blanco Diablo?

-Ése es el único punto flaco, pero confío en que no se les ocurra hasta que ya sea tarde, y, en todo caso, Sol ganará al Diablo o, en último extremo, siempre me quedará el recurso de matar al endemoniado peliblanco.

El odio del cow-boy hacia el caballo apareció patente en sus palabras y en el acento de resuelta ferocidad con que las pronuncio.

Gale puso una mano sobre su hombro.

-Ladd, no mates al Diablo como no sea para salvar tu vida.

-Está bien; pero si se me presenta ocasión, ¡por Dios que he de hacer lo imposible porque Sol lo deje atrás!

No hablaron más. Ladd se preocupo de ultimar sus preparativos; una vez terminados monto y salió a la planicie a paso lento, reposado, como si se tratase simplemente de ir a abrevar su caballo. Sin embargo, el rifle atravesado en el arzón constituía un elocuente signo.

Gale ato fuertemente el otro caballo a un mezquite próximo y tomo una posición ventajosa tras una roca cuya conformación le permitía vigilar y, en caso necesario, disparar fácilmente. Se imaginaba a Jim Lash, similarmente ocupado en el extremo opuesto del valle, bloqueando la salida. Gale se había habituado al peligro con la peculiar dureza

de sentimientos que tal hábito entraña, pero el drama próximo a desarrollarse era tan distinto de cuanto había experimentado, que esperaba el momento de entrar en acción con verdadera ansiedad. En su pecho hervía una cólera profunda contra los fronterizos bandoleros, mezclada de afecto hacia Belding y ardiente deseo de vengar la injuria que le habían inferido. Sentía admiración por Ladd y un curioso interés en ver fallado el viejo y nunca bastante discutido pleito de si Blanco Sol era o no más veloz que Blanco Diablo, porque estaba cierto de que iba a presenciar una carrera entre los dos rivales.

Ladd recorrió un cuarto de milla por el fondo del valle, al parecer sin ser visto, hasta que súbitamente rasgo el aire un agudo y prolongado relincho. Un caballo había sentido o visto a Blanco Sol, que se detuvo engallando la cabeza. Gale enfoco sus gemelos al macizo de mezquites. Los raiders corrían de un lado a otro, señalando y gesticulando. De pronto, los vio separarse, dispersarse por entre los árboles... Evidentemente, era un momento de violenta agitación, como si el relincho del caballo hubiera sido un toque de zafarrancho de combate.

Bajando los gemelos, Gale vio que Blanco Sol había reanudado la marcha a galope corto, cubriendo otro cuarto de milla antes de que los bandidos y sus caballos reaparecieran en los linderos de los mezquites. Luego se detuvo de nuevo. Su relincho agudo y estridente como un silbido llego a oídos de Dick con perfecta claridad. Los raiders, montados en ganado de pelaje oscuro, formaban una sola línea y permanecían inmóviles. Gale sonreía apreciando el desconcierto en que los sumía la situación.

Un solitario jinete en medio del valle no era tan amenazador por sí mismo como por las posibilidades que su presencia sugería. Después Gale vio a uno de los bandidos apartarse del grupo y galopar hacia la desembocadura. La acción podía interpretarse como cobarde huída, pero más probablemente la justificaba un deseo de asegurar la retirada. Ladd se dio cuenta del movimiento, al que siguió un compás de espera. El galopante jinete alcanzo el declive, comenzando a escalarlo. A simple vista, Dick percibió elevarse un penacho de humo blanco de entre las rocas. El raider dio media vuelta a su encabritado corcel, retrocediendo al llano y emprendiendo veloz galope valle abajo.

El compacto grupo de caballos bayos y negros pareció disgregarse por los linderos, entre los mezquites. Nubecillas de humo blanco marcaban los disparos y la clase de excitación de los salteadores. Ladd estaba fuera del alcance de sus carabinas, por lo que picaron espuelas en dirección al cow-boy, disparando durante el galope. El cowboy aguanto firme en su puesto. Sol, inmóvil como tallado en mármol. Gale distinguía los impactos de las balas contra el suelo por el polvo que levantaban, primero frente al blanco, después a sus lados y por detrás. Los disparos de los raiders rebotaban al tocar el duro álveo del valle. Por fin, Ladd se echo el rifle al hombro. Sonaron tres disparos, secos, vibrantes, sin humo alguno delator. En la línea de los raiders se hizo un claro y un caballo sin jinete se desvió torciendo a la izquierda. Blanco Sol giro como sobre un eje, partiendo hacia el extremo inferior del valle, a la derecha de Gale, a galope tendido. En su persecución se lanzaron cinco raiders gritando desaforadamente, disparando sin cesar, seguros de su presa. Ladd reservaba su fuego, limitándose a variar constantemente de postura en la silla.

Gale vio aumentar la distancia que separaba a perseguidores y perseguido, apreciando claramente el momento en que Ladd modero el paso de Sol. Era manifiesto que intentaba obligar a los raiders a pasar frente a la posición de Dick, quien, a poco, vio que tenía grandes probabilidades de conseguirlo. Los bandidos galopaban formando arco,

acortando distancia tanto como podían; uno de ellos, pequeño, membrudo, montado casi sobre el cuello de su caballo, a estilo jockey, llevaba considerable ventaja sobre sus compañeros y parecía haber acortado la distancia que le separaba de Ladd o que disparaba demasiado alto, porque sus disparos no levantaban el polvo detrás de Blanco Sol, que seguía galopando, rítmicamente, con entera serenidad.

Galo procuró sosegar su corazón y afirmar su pulso, encañonando al perseguidor más cercano que cruzaba su campo visual rápidamente. Fue un tiro largo, a más de quinientas

yardas, sin tiempo para ajustar la mira de su «Remington., pero conocía el arma y, tomando como blanco la masa entera en movimiento, empezó a disparar. El primer balazo levanto una polvareda bajo el morro del animal, haciéndole dar un salto, como si saltase una barrera. El rifle era automático, no teniendo Gale más que apretar el disparador. Vio que los raiders reformaban la línea y apunto contra ellos en general. El caballo de cabecera dio un convulsivo brinco, no de costado, sino de frente, cayendo al suelo y despidiendo a su jinete como una catapulta : intento levantarse, consiguiéndolo a medias ; volvió a caer pateando y, por fin, ambos quedaron inmóviles.

Los bandidos restantes refrenaron violentamente sus corceles, dando media vuelta para evadir la invisible batería. Gale introdujo un cargador de recambio en la recámara del rifle, suspendiendo el fuego, inútil de momento, y prestando toda su atención al duelo que se desarrollaba a sus pies. Ladd empezó a disparar al galope de Sol. El «405» vibro estridente una y otra vez. Los pesados proyectiles dejaban un reguero de polvo en el suelo del valle. Ladd apuntaba deliberadamente sin preocuparse de los disparos de los raiders, que le perseguían enloquecidos. Por cada diez tiros enemigos, el cow-boy gastaba uno, infructuosos todos por ambas partes, hasta que el sexto de Ladd hizo blanco en uno de sus atacantes, desarzonándolo, pero quedando con un pie engargantado en el estribo. El espantado bruto se encabrito, partiendo al galope v arrastrando en su huida al desventurado.

Gale se había propuesto no perder detalle alguno de aquella carrera hacia la muerte, pero los acontecimientos se precipitaban en tal forma que le era imposible abarcar cuanto ocurría. Ladd vació su rifle acelerando el galope de Blanco Sol, huyendo de sus perseguidores, quienes se dieron entonces cuenta del ardid. Refrenaron sus monturas pareciendo conferenciar y cometiendo así un fatal error. Se vio a Blanco Sol acortar su galope, hasta quedar inmóvil. Ladd disparo contra el apiñado grupo de rebeldes. Paso un instante y Cale oyó el chasquido de un disparo, vio el penacho de polvo y después el choque del proyectil contra las rocas. Segundos más tarde, uno de los raiders caía desplomado de su silla. La bala revestida de acero le había atravesado de parte a parte, yendo a estrellarse sobre la posición de Gale.

Los dos restantes espolearon frenéticamente sus caballos huyendo valle arriba. Ladd lanzo a Sol en su persecución. Aun reconociendo su parcialidad por el caballo, Dick advertía que los otros parecían tortugas a su lado. Los bandidos se separaron, dirigiéndose uno hacia la desembocadura de la parte Este y el otro, dando un rodeo, hacia los macizos de mezquites. Ladd se decidió por este último. Blancos penachos de humo delataron pronto la intervención de Jim Lash, que, sin embargo, solo consiguió hacer retroceder al fugitivo hacia el valle, y como quiera que Ladd había también atajado al otro, halláronse ambos entre Lash, situado sobre ellos en la cresta del pedregoso declive, y Ladd en la planicie. Emprendieron desenfrenado galope para evitar verse acorralados, consiguiendo el uno escapar al amparo de la escarpadura Este del valle. Sol reanudo su magnífico



Librodot

galope ganando terreno constantemente sin esfuerzo alguno._ Según cuenta de Gale, el raider hizo ocho disparos sin hacer blanco, terminando por arrojar la carabina, enloquecido por la implacable persecución. Algunos hectómetros a la izquierda de Gale, el raider opto por intentar ascender el declive, empezando a escalarlo. El caballo era espléndido, infinitamente más intrepido que su jinete. Zigzagueando fueron subiendo la empinada pendiente; estaban ya a más de medio camino, cuando Ladd llego a su base. Por dos veces el cow-boy se echo el rifle a la cara. Gale adivino que la abstención era un homenaje a la bravura y fidelidad del caballo, que seguía subiendo, envuelto en nubes de amarillento polvo, desprendiéndose tras sí pequeños aludes de tierra y rocas. Parecía increíble que un caballo, con o sin jinete, pudiera tomar pie y conservarlo en un terreno que, a más de su acentuadísima pendiente, presentaba anfractuosidades de todo genero; pero así era y la ascensión continuo hasta conseguir dominar los últimos obstáculos, quedando por un instante recortada su silueta sobre el azul del cielo, antes de desaparecer.

¡Como debía Ladd de apreciar la valerosa hazaña!

Gale, a quien la admiración había enmudecido, dio súbitamente un brinco, recobrando la voz con un alarido de terror

-¡Ladd! ¡Cuidado... ! ¡Cuidado... !

Un caballo peliblanco que la velocidad convertía en una ráfaga blanca, caía sobre el por la derecha. ¡Blanco

Diablo! Un jinete digno del corcel guiaba su paso. Cale quedo atónito, recordando en seguida al primer raider, al que Lash había hecho retroceder de la salida. Indudablemente, el hombre había ensillado al favorito de Belding al amparo del macizo de mezquitas. En el calor de la refriega y mientras Ladd estaba atento al resultado de la hazaña descrita, este último raider había aprovechado los instantes volando raudo copio el viento hacia la embocadura Oeste del valle.

Probablemente ignoraba la presencia de Gale y, desde luego, confiaba poder aventajar a Ladd y Blanco Sol.

Una espolada lanzo a Sol a cortarle el paso. Diablo iba a galope tendido, pero la distancia y el ángulo favorecían al otro. El raider no llevaba carabina, sino un revolver a punto de hacer fuego, siguiendo los movimientos de su corcel con sin igual maestría. Cale vio como Ladd se inclinaba, depositando su rifle en la arena, resuelto a no correr el riesgo de herir al preferido de Belding.

Dick contemplaba arrobado el sin igual espectáculo. Blanco Diablo galopaba tendido, veloz como un antílope, fiero y terrible, justificando $u reputación de caballo de guerra, de sangre y de muerte. Parecía invencible, pero nacía la duda al ver a Blanco Sol ; Gale estaba tan fascinado que ni por un instante pensó en hacer fuego contra el raider, a pesar de tenerle a tiro fácilmente. La distancia se acorto, evidenciando que el bandido no conseguiría su propósito. El raider, al darse cuenta de ello, torció a la izquierda, vaciando su revolver durante la variación. Tan próximo estaba a Dick, que este pudo distinguir sus cetrinas facciones al pasar.

La carrera modifico su curso siguiendo en línea recta hacia la parte superior del valle. Diablo estaba fresco y Sol cansado; esa era la realidad.

El trecho entre Diablo y Sol fue reduciendose yarda a yarda. El raider espoleaba y fustigaba a su montura, tendiéndose en la silla para disparar o manteniéndose encorvado, casi tocando el cuello de Diablo.

Cuanto había de salvaje en el caballo parecía salir a la superficie, prestándole nuevos

bríos, acaso con mayor eficacia que el acicate de la espuela y el castigo, la enloquecedora sensación de! jinete desconocido, firme en su silla como una lapa. El humo, los disparos, parecían añadir terror a su natura! temperamento impulsándolo a correr, a volar, a intentar por cualquier medio, a cualquier precio, eludir la implacable persecución. El galope de Blanco Sol era seguro, poderoso y cada vez más rápido.

El raider intentó repetir la hazaña de su camarada escalando el declive, pero Diablo estaba ingobernable, iba desbocado, empezando a tranquear a medida que le iba ganando terreno aquel formidable enemigo que le acosaba sin tregua.

Súbitamente, como dos blancos relámpagos, ambos caballos parecieron refulgir al deslizarse por una rampa de aluvión, desapareciendo entre nubes densísimas de polvo.

Gale, con el corazón en los labios, se esforzaba por distinguir lo que ocurría. Oyó algunos disparos, esperando ansiosamente durante unos segundos que le parecieron siglos.

Por fin, algo, más blanco que el levantado polvo, apareció sobre el suelo del valle. Gale enfocó los gemelos, distinguiendo claramente la noble cabeza de Sol, con su estría de color, y después a Ladd, siempre en la silla.

El batidor llevaba de la brida a Blanco Diablo, rendido, sojuzgado, sin jinete.

# IX

Jamás tuvo hombre alguno persona que defendiera su causa con mayor elocuencia que Mercedes Castañeda la de Dick Gale.

Era mediodía y en el patio el bochorno aún resultaba intolerable. Oíanse únicamente el zumbido de las abejas sobre las flores y el suave murmullo de la melodiosa voz de la española. Nell, tendida en su hamaca, con las manos cruzadas en la nuca, arrebolado. el rostro y picaresca la mirada, parecía estar en franca rebeldía.

Para Dick, observando el cuadro por entre las ramas del palo verde que daba sombra a su aposento, era evidente que, por fin, la joven recuperaba la personalidad que durante algún tiempo había permanecido oculta y subyugada, y que la vehemencia de Mercedes no surtía el efecto que hubiera debido surtir.

Dick, por su parte, sentíase también a punto de rebelarse. La inacción forzada a que Belding, con su deseo

de tener a los batidores a mano, le sometía, dio al traste con sus propósitos de mantenerse a cierta distancia de Nell. Estaba casi seguro de que la joven le amaba, pero no encontraba ocasión propicia de comprobar su sospecha. Si en algún momento la sorprendía a solas, desaparecía como una sombra, era rauda como un relámpago y misteriosa como un yaqui. Si conseguía hacerse el encontradizo en un predio o en el patio, le eludía, dejándole con el dulce recuerdo de unos ojos azules apenas vislumbrados, pero que eran precisamente lo que más esperanza te infundía. En otras ocasiones en qué le hubiera sido posible hablar, Nell no se apartaba de Mercedes. Hacía tiempo que Dick había conseguido sumar a su causa las simpatías de la española, pero, a pesar de ello, Nell conseguía zafarse de las acometidas de ambos.

Gale, ponderando una idea que desde antiguo bullía en su cerebro, resolvía

súbitamente ponerla en práctica marchando en busca de la señora Belding.

Las relaciones entre ésta y el joven habían sufrido una sutil e indefinible modificación. Dick, en la actualidad, la comprendía menos aún que en los primeros tiempos de su antagonismo. A ser posible hubiera dicho que, perdurando la hostilidad, parecía ceder a determinada influencia, tal vez afecto hacia él, aunque, por otro lado, no estaba ni con mucho seguro de ese afecto, creyendo más bien que la señora Belding le temía o temía algo que él representaba.

Había mantenido su personal cortejo, leal y abiertamente, dentro de límites discretos. A Dick le parecía que se dejaba sentir menos la tácita oposición de la madre. Cale tenía en gran aprecio a la señora Belding, nervio y sostén moral no solamente de su hogar, sino del de todos los habitantes de Río Forlorn. Indios, mejicanos, americanos, todos eran iguales para ella si sufrían física o moralmente. Entonces era médico, pacificador, enfermera, ayuda. Era noble y buena, intensa, profunda; anhelando la felicidad y el bienestar ajeno, estaba dominada por una adoración hacia su hija tan sorprendente corno patética. Sonreía rara vez y no reía jamás. En su mirada había siempre un algo tierno, triste, una expresión de inexplicable dolor. Cale se preguntaba si amargaba su vida alguna tragedia mayor que la supuesta pérdida de su padre en el desierto.

La señora Belding oyó los pasos de Dick al entrar v, levantando la vista, le saludó.

-Madre - empezó. Dick Gale la llamaba así, como también Ladd v Lash, pero él era la primera vez que se permitía hacerlo-. Madre, quiero hablar con usted.

El sobresalto que le causaron las palabras de Dick se manifestó únicamente en el cambio de expresión de su mirada.

-Amo a Nell - prosiguió sencillamente el joven - y quisiera que usted me autorizase a solicitarla por esposa.

La señora Belding palideció intensamente. Gale, creyendo, sorprendido y alarmado, que iba a perder el sentido, se abalanzó, cogiéndola por un brazo.

-Dispense..., acaso fui demasiado brusco..., pero... supuse que usted ya sabia...

-Hace tiempo que lo sé - replicó la señora, con voz segura-. Entonces..., ¿no ha dicho nada a Nell? Dick se echó a reír.

-Lo he intentado, pero hasta ahora no me ha sido posible, aunque creo que lo sabe. Hay muchas maneras de decir las cosas. Y Mercedes debe de haberle hablado... Casi creo que Nell se interesa un poco...

-También lo sé hace tiempo-dijo la señora Belding, en voz baja.

-¡Lo sabe l -gritó Dick enrojeciendo.

-¡Dick! ¿Es posible que sea tan ciego que no haya visto lo que tan patente era para todos nosotros..., tan inevitable? ¡Es usted tan bueno que no es extraño que le ame !

-¡Madre! ¿Me la confiaría usted?...

La señora Belding lo atrajo hacia la luz, mirándole con intensa penetración. Gale no había creído jamás que pudiera concentrarse tanto sentimiento en una sola mirada. -¿La amas?-le preguntó.

-Con toda mi alma.

-¿Quieres casarte con ella?

¡Tanto como quiero trabajar y vivir para ella! -¿Cuándo te casarías?

-¿Cuándo? ¡ Tan pronto como ella lo decida!... - exclamó Dick, alborozado.

-Dick Gale... ¿Quieres a mi Nell? ¿La quieres tal cual es, con toda su dulzura, con toda su bondad? ¿Por ella misma, en cuerpo y alma?... ¿No habrá nada que te

obligue a cambiar?...

-Querida señora Belding, adoro a Nell por ella misma. Si me ama me consideraré el más feliz de los mortales. Y no hay absolutamente nada en el mundo que, respecto a este particular, pueda hacerme cambiar de sentir.

-Pero, ¿y tu familia? ¡Oh, Dick! Desciendes de una raza superior, estoy segura. En otros tiempos, yo... yo conocí un joven como tú. Y no son bastantes unos cuantos meses para modificar la sangre. Ahora eres un batidor, amas la aventura, la vida libre y salvaje, pero... no durará. Tal vez tu afición por el Oeste te lleve a establecerte en un rancho, pero... ¿y tu familia, Dick?

-Yo le diré cuanto desee saber de mi familia - interrumpió el joven- No tengo secretos ni respecto a ellos ni respecto a mi mismo. Mi porvenir y mi felicidad están en manos de Nell. No hay nadie más que cuente para mí.

-Entonces, Dick..., ¡es tuya! ¡Dios os bendiga!

Las facciones de la señora Belding sufrieron una rápida y completa transmutación, y rompió súbitamente en llanto, mezcla de felicidad y amargura.

-¡Madre!

Gale, sorprendido por aquella manifestación de sentimientos tan distinta del temperamento habitual de la señora Belding, no supo decir más. La atrajo contra si ci

ñendo con un brazo su cintura, y ella, dominándose en

seguida, le abrazó también, empujándolo hacia la puerta.

-Corre, Dick, corre a decírselo, y... ¡pórtate como un hombre

Gale se retiró pensativo a su habitación jurándose una y mil veces no omitir nada de cuanto pudiera contribuir a la felicidad de Nell si tenia la ventura de conseguirla.

Luego, recordando las palabras alentadoras de la madre, perdió la compostura y bailó de gozo.

Le era imposible contener el impulso que le llevaba hacia el patio. La sangre corría rauda por sus venas, la esperanza le transfiguraba infundiéndole nuevo espíritu.

Comprendía que jamás había entrado en el patio en semejante disposición.

-Y ahora..., a «portarse como un hombre» -repitió para si mismo.

Avanzó silbando y arrastrando los pies por la vereda, con intención de interrumpir el primer momento de lánguido reposo a que las jóvenes se entregaban diariamente durante las horas de calor; Nell había adquirido esta costumbre mucho antes de que Mercedes confirmase lo indispensable que era en la vida tropical. Ni la una ni la otra oyeron a Dick. Mercedes descansaba bajo -el paloverde, apoyada la bellísima cabeza en un almohadón. Nell dormía en su hamaca, con expresión de absoluto abandono; una leve sonrisa asomaba en sus labios rojos de perfecta curva, que fascinaban a Dick atrayéndole irresistiblemente. Siempre le había consumido un vivísimo deseo de besarla y ahora la oportunidad era única. Era reprochable, pero... ¿y si despertaba?... ¡No! ¡Resistiría la tentación ! ¡Seria más noble, demostraría mayor entereza ! ... Sería...

Súbitamente, una repugnante mosca verde empezó a revolotear sobre Nell, a punto de posarse en su rostro. Muy quedamente, Dick se acercó a la hamaca y de un revés ahuyento a la intrusa, pero... ¡le falto valor para apartarse ! ¡Estaba tan cerca de ella ! ¡Tan próximo su adorado rostro y sus labios, que una dulce sonrisa entreabría! Se creyó perdido, pero, por fortuna, ella hizo un movimiento, a punto de despertar...

Retrocedió unos pasos, en el momento en que Nell abría los ojos, velados aún por el sueño, sorprendida al verle. En un instante despertó por completo, confusa e incierta.



Librodot

-¿Es usted?-pregunto lentamente.

-Yo mismo, de tamaño natural- contestó Dick con forzado alborozo.

-¿Desde cuándo está aquí?

-Hace menos de medio segundo que estoy en este sitio-contestó Dick audaz y equívocamente.

Ella le miraba sintiendo que un vivo carmín teñía sus mejillas, reacia a creer lo que oía.

-¿Es absolutamente cierto lo que dice?

- ¡Naturalmente! -contesto Gale, contento al poderlo afirmar sin mentir.

-Entonces, debía de estar soñando - dijo más tranquilizada.

-Sí; parecía, en efecto, que soñaba algo agradable - replico Dick -. Lamento haberla despertado, y no acierto a explicarme cómo ha sido, porque yo no hice ruido alguno. Mercedes aún duerme. Dejaré a ustedes continuar su siesta y... sus sueños.

Pero no se movió; Nell le miraba curiosamente.

-Hace un día espléndido, ¿verdad? -pregunto Dick.

-Muy caluroso.

-¡ Oh ! Según dice usted misma, los hay mucho peores.

-Ayer fue más agradable.

-Ayer..., ayer era... ayer... ¡Un día sin importancia!

Los azules ojos de Nell se abrieron un poco más. No sabía como interpretar las palabras de Dick. Éste lo noto v se esforzó en aumentar su confusión.

-¿Por qué sin importancia? ¿Acaso hoy la tiene mayor? Parece usted extraordinariamente satisfecho.

-Y lo estoy. Adiós. Le deseo los mejores sueños.

Dio media vuelta y abandono el patio en dirección a la plazoleta. Nell tenía sueño; cuando se durmiese de nuevo, volvería. Paseo por la plaza; Belding y los batidores estaban herrando un potro. El yaqui cuidaba de los caballos en un predio. Blanco Sol pacía plácidamente levantando de vez en cuando la cabeza. Al ver a su amo relincho saludándole. A poco, como atraído por un imán, Dick volvió sus pasos calladamente al patio.

Le bastó una mirada para comprender que Nell fingía estar dormida. El carmín de sus mejillas se había desvanecido. Dick se arrodillo, inclinándose sobre ella. Aunque su corazón latía con violencia y la sangre corría por sus venas como torrente de fuego, procuro obrar con deliberación. Estaba ansioso por saber si la joven mantendría la ficción del sueño dejando que la besara. Debió de sentir su aliento, porque el dorado cabello que caía sobre su frente se agito a su impulso. Había palidecido intensamente. Su respiración se aceleraba. Dick se acerco a su rostro, pero debió de proceder con excesiva lentitud porque, al reducir aún más la distancia, Nell abrió los ojos y, con un grito de pájaro asustado, se puso en pie, huyendo.

# X

Hacía varias semanas que no se recibía noticia alguna de Jorge Thorne en Río Forlorn. Gale empezó a inquietarse, temiendo que le hubiera ocurrido algo serio.

Mercedes también daba muestras de honda preocupación.

El compromiso de Thorne había terminado a fines de enero y, aunque no hubiera podido conseguir que le licenciasen inmediatamente, le habría sido fácil obtener un permiso. Gale esperaba, no sin ansiedad, procurando confortar a Mercedes. Llegó el primero de febrero trayendo noticias de nuevas actividades de los rebeldes y de sus ocupaciones en Casita y sus alrededores, pero ni una palabra del militar.

Mercedes, apesadumbrada, silenciosamente llevaba en los ojos la expresión de su callado dolor. Nell se consagró por completo a la desventurada joven. Dick hacía lo imposible por persuadirla de que todo acabaría bien, y, en tuna palabra, los moradores todos del rancho se comportaban como lo hubieran hecho con una hija o con una hermana; pero sus esfuerzos eran inútiles. Mercedes parecía aceptar con dolorosa resignación aquella última y definitiva adversidad.

Incontables veces anunció Gale su propósito de ir a Casita y averiguar la causa del silencio de Thorne, pero sabios consejos prevalecieron sobre su vehemencia. Belding dudaba de la seguridad del camino, va que, a creer a los fugitivos que a diario pasaban por Río Forlorn, hubiera sido preferible una guerra de veras a lo que ocurría a lo largo de la divisoria. Belding, los batidores y el yaqui celebraron una consulta. El indio se había hecho indispensable a Gale y era, además, un valioso auxiliar de Belding. Tenía toda la astucia de su raza unida a una superior inteligencia. Su conocimiento de los bandidos mejicanos corría parejas con el odio que les profesaba. El yaqui, que había explorado las pistas, aportó informes que decidieron a Belding a esperar algunos días antes de enviar a nadie a Casita, haciendo prometer a sus subordinados, y especialmente a Gale, que no partirían sin su autorización.

A la salida de esta conferencia, Gale encontró a Nell. Desde el episodio de la interrumpida siesta había estado más evasiva que nunca; desde entonces lo más que Dick había podido conseguir era una sonrisa a distancia. Pero tuvo ahora la impresión de que le esperaba y al acercársele se cercioró de ello.

-Dick - empezó precipitadamente -. ¿Va a enviar papá a alguien a Casita?

-No; todavía no. Cree mejor esperar. Lo creemos todos; lo siento mucho por Mercedes...

-Me lo figuraba. Intenté persuadirle de que enviase a Ladd o al yaqui, pero ni me hizo caso. Dick, Mercedes se muere. ¿No ven ustedes lo que pasa? Es más que amor y más que miedo. Es... incertidumbre... duda... ¡Oh! ¿No podríamos hacer algo por ella?

-¡Nell, sufro tanto como usted! Quería ir yo a Casita, pero Belding me ha hecho prometer que esperaré sus órdenes.

Nell se acercó a Gale cogiéndole por un brazo. En su rostro no había huella de dolor. Sus ojos chispeaban a causa de una mal disimulada excitación.

-Dick, ¿se atrevería a ir sin permiso de papá? Vaya a Casita v averigüe qué le pasa a Thorne. Por lo menos entérese de si salió para Río Forlorn...

-No, Nell; no haré tal cosa.

Se apartó de él con apasionada violencia.

-¿Tiene usted miedo?

No era ciertamente aquella mujer la Nell Burton que Gale conocía.

-No; no tengo miedo-contestó algo azorado.

-¿Quiere usted ir... por mí? - dijo Nell cambiando rápidamente de actitud y acercándose a él de nuevo, cogiéndole las manos, pálida, irresistiblemente seductora.



Librodot

-Nell, no quiero desobedecer a Belding - protestó Gale -. No quiero faltar a mi palabra.

-Dick, no sería su acción una falta tan grave, pero... ¡aunque lo fuera ! ... Vaya, Dick, si no por Mercedes, por mí..., para complacerme... Yo... Yo le aseguro que no perderá nada yendo! ... Sé cómo piensa Mercedes. Una palabra de Thorne... algunas noticias suyas... bastarán para salvarla. Coja a Blanco Sol v vaya, Dick. ¿Qué rebelde habrá que pueda alcanzarle con ese caballo? ¡Si yo misma me atrevería a desafiar el ejército rebelde entero montando a Sol!

-Nell, no se trata de atrevimientos. Es mi palabra... mi palabra a Belding.

-¡Dijiste que me amabas! ¡Pues si me amas, ve! ¿No sabes lo que es amar?

Gale miraba atónito a la transfigurada joven.

-¡Oye, Dick! Si vas, si traes noticias de Thorne que puedan confortar a Mercedes... te... tendrás tu recompensa...

-¡Nell!

Tan sorprendente era su peligrosa dulzura como este nuevo aspecto de su carácter.

-Dick, ¿quieres ir?

- ¡No! ¡No! - grito Cale luchando consigo mismo -. Nell Burton, óyeme. El alcanzar la recompensa prometida. seria para mí alcanzar el cielo en la tierra, pero ni a ese precio falto a la palabra que di a tu padre.

Ella pareció la encarnación de pueril desprecio y terca. testarudez.

-Gracias, señor - dijo burlona -. Adiós. Y se alejo rápidamente.

Turbado y confuso, Gale entro en su aposento, donde tardo bastante en recobrar la serenidad.

Al siguiente día, a la hora del desayuno, Nell no compareció. La señora Belding hubo de considerar desusado el caso, buscándola por el patio, en la plazoleta y en la habitación de Mercedes. Pero Nell siguió sin aparecer.

-Hace días que está desatinada-dijo Belding -. Esta mañana ni me dirigió la palabra. Déjala, madre, ya está bastante mimada. Cuando apriete la gana verás como comparece.

A pesar de la convicción de Belding, compartida por Gale, Nell no compareció. Cuando los hombres salieron, el yaqui estaba desayunándose en su acostumbrado banquillo.

-Yaqui... Lluvia de Oro ¿sí? - pregunto Belding señalando hacia los corrales. El indio designaba a Nell con el bellísimo eufemismo que Belding había empleado para preguntarle por ella, pero el yaqui dio una contestación negativa.

Una media hora después, al salir Cale de su aposento, vio al yaqui corriendo por la vereda, en los predios. Era algo extraordinario ver correr al indio, y Gale se preguntó que podría ocurrir. El yaqui fue en derechura hacia Belding, que trabajaba junto al cobertizo de las cocheras.

Un minuto después este llamaba a gritos a sus batidores. Gale llego el primero, seguido de cerca por Ladd y Lash.

- ¡Falta Blanco Sol! -exclamo iracundo.

-¿Falta? ¿En pleno día y con el indio cerca?-dijo Ladd con asombro.

-Debió ser mientras el yaqui almorzaba. Lo acababa de abrevar.

- ¡Raiders! -exclamo Jim Lash.

-¡Dios sabe! El yaqui dice que no.

-Quizás es una simple escapada de Sol.

-Estaba estacado en el corral.

-Envía al yaqui a seguir huellas y veremos-dijo Ladd -. A mi juicio, no es cosa de raíders.

Gale no sabía que opinar, pero in mente iba llegando a determinada conclusión que, al echar de menos su silla y su brida, se vio plenamente confirmada, dejándole mudo, Helado y con la muerte en el alma.

-¡Eh! ¡Dick! ¡No lo tomes tan a pechos! -dijo Belding -. ¡ Encontraremos a Sol, y si no lo encontramos quedan otros caballos... !

-No pensaba en Sol-replico Gale.

Ladd le miro vivamente, castañeteo los dedos y dijo

- ¡ Que me maten si no lo adivino!

-,Que diantre os pasa a los dos? -pregunto bruscamente Belding.

-Nell es quien se ha llevado a Sol-contesto Dick.

Hubo un silencio, que rompió Belding.

-Entonces aquí no ha pasado nada. Mi temor era que lo hubieran robado.

-Belding, no entiendes nada-dijo Ladd sacudiendo la cabeza.

-¡ Nell está camino de Casita 1 - estallo Gale -. Ha ido para traer a Mercedes noticias de Thorne. ¡Oh, Belding! No menees la cabeza. Estoy seguro de lo que digo. Intento persuadirme para que fuera yo y se puso hecha una furia cuando me negué a ello.

-No lo creo-replico roncamente Belding -. Nell podrá tener su genio. A veces es un diablillo, pero tiene sentido común siempre.

-Tom, no lo dudes ; ha ido-dijo Ladd.

-iNo, no y no! ¿Que dices tú, Jim? - repuso Belding.

-Opino que la cabezota de Sol está enfilada a Casita. Y que Nell es gente a caballo... y ¡ que estamos perdiendo el tiempo

-Repito que estáis equivocados - insistió Belding dirigiéndose hacia los corrales -. Nell ha ido como otras veces a dar un paseo, pero... ¡espabilaos ! Averiguadlo. Dick, tú recorre el valle; Jim explorará el álveo del río, yo tomare el camino de San Felipe; y tú, Ladd, coge al Diablo y ¡hacia Casita! Si realmente ha ido en busca de Thorne puedes darle alcance antes de una hora.

-Andando - dijo Ladd -, pero, Belding, si no estás loco, poco te falta. El Diablo no podrá nunca alcanzar a Sol, ni dentro de una hora, ni de un día, ni de una semana, y menos con la delantera que le lleva.

-¿Pretendes acaso decir que Sol es mejor caballo que Diablo? - pregunto Belding, rojo de ira.

-No lo pretendo, lo afirmo.

-¡Yo me apuesto...

-Estamos perdiendo tiempo - interrumpió secamente Ladd -. Si algo quieres apostar, apuesto a que correré el Diablo como jamás lo ha corrido nadie excepto cuando, montado por un jinete que valía infinitamente más que yo, no consiguió aventajar a Sol.

Sin más palabras, los hombres ensillaron v marcharon antes de que el yaqui regresase con posibles detalles del camino tomado por Blanco Sol.

Ciertamente, no había rastro alguno en la arena del valle, que Gale recorrió en todas direcciones. Cuando regreso a la casa le esperaban Belding y Jim, quienes, sin mencionar el resultado de sus propias pesquisas, manifestaron que el yaqui había encontrado las huellas de Sol en el camino de Casita. Después de breve conferencia, Belding resolvió

enviar a Jim en seguimiento de Lash.

El interminable compás de espera subsiguiente trajo aparejados momentos de casi insoportable ansiedad para Dick, contribuyendo no poco a darle ánimo el espectáculo de la compostura y fortaleza de la madre de Nell.

A primeras horas de la mañana del segundo día, Gale, que apenas había quitado los ojos del camino, vio tres caballos blancos y uno bayo avanzar cansinos. Oyó el familiar relincho de Sol, que le hizo botar de alegría. El caballo venía sin jinete. Su gozo recibió profundo choque, pero se deshizo al ver en brazos de Jim Lash una inerte figura blanca. Ladd sostenía otro jinete uniformado.

Gritando de alegría, Gale corrió a la casa, siendo la siempre previsora señora Belding quien le impidió precipitarse en el aposento de Mercedes con la noticia. Dick salió a la plazoleta seguido de los Belding, a tiempo que llegaban los viajeros.

Lash puso en brazos del padre la rendida y polvorienta figurilla.

-¡Papá! ¡Mamá!

Era una Nell arrepentida, pero en cuyos ojos aún chispeaba su indomable espíritu. Al percibir a Gale le dirigió una ligera sonrisa.

-¡Hola, Dick

-¡Nell! - Gale le tomo una mano estrechándosela fuertemente, sin poder apenas articular palabra.

-No te apures por tu jamelgo-dijo dejándose llevar por Belding-. ¡Oh, Dick! ¡Blanco Sol es magnífico!

Gale se volvió a saludar a su amigo, viendo lo que parecía su sombra. Thorne estaba enfermo o herido; se sostenía a caballo con dificultad, teniendo que ir sostenido por los batidores hasta llegar a la casa. Belding salió de nuevo, quedando sorprendido al ver la condición del militar, quien se dejo materialmente caer de la silla en brazos de Dick, diciendo:

-¡No estoy herido! ¡Solamente débil, muerto de hambre... ! ¿Y Mercedes?... ¿Donde está?

-Los dos se curarán mutuamente en cuanto se vean - aseguró Belding, mientras ayudaba a Gale a llevar a Thorne a presencia de la española, en cuya compañía le dejaron, llevándose en los oídos el grito de alegría ele la muchacha.

Cuando salieron a la plazoleta, los batidores atendían a los fatigados caballos. Después, ya todos en casa, Jira Lash encendió su pipa y Ladd declaro que, a pesar de estar hambriento, no quería diferir la narración de su historia.

-Belding, tiene muchísima gracia eso de que el Diablo alcanzaría a Sol. Todavía me estoy riendo ahora después de haberme reído todo el camino mientras iba siguiendo las huellas de Sol. Llegué a Casita sin ver ni rebeldes ni raiders. Nell debió de hacer el recorrido en cinco horas. Fui en derechura al campamento de caballería y allí encontré a la tropa que estaba descansando de lo que parecía haber sido una ruda jornada. ¡Lástima que llegase tarde! ...

»Un soldado me llevo a la tienda de campaña de un oficial. Allí estaba Nell, blanca como una muerta y sin resuello. Al verme pareció alegrarse. Thorne también es taba allí en manos del médico. No pregunté nada, porque me pareció que lo más oportuno en aquel momento era callar y, después de convencerme de que Nell estaba bien y Thorne no corría peligro, me marche.

-Había tanta gente deseando explicarme a la vez lo ocurrido que temí no llegar a

saberlo nunca, pero a poco fui reuniendo detalles. Y he aquí lo que pasó Nell llegó al campamento a galope tendido; a su alrededor se reunió medio escuadrón. Dijo quien era, !de dónde venía y lo que pretendía. Precisamente un par de días antes los soldados habían tenido noticias de Thorne, que algún tiempo atrás se había marchado con permiso, sin decir a nadie dónde iba.

'Una semana después de su marcha los informó un pelón de que Rojas tenía un prisionero en una choza de adobes cercana a su campamento. Nadie le hizo caso, creyendo que era un pretexto para obtener dinero o mezcal y, además, porque era frecuente que Rojas tuviera prisioneros, pero después empezó a tenerse por seguro que el cautivo de Rojas era Thorne.

»Cuando esta noticia llegó al campamento, el coronel Weede estaba en Nogales con su Estado Mayor, y el oficial que le reemplazaba no sabía exactamente que hacer. El campamento de Rojas estaba al otro lado de la divisoria, en Méjico, y era cosa grave el atravesarla. Podía suponer algo más que una simple dispersión de bandidos. Los compañeros de Thorne anhelaban rescatarle, pero tenían que esperar órdenes.

»Cuando Nell se enteró de que Thorne estaba prisionero y maltrecho en una choza de adobe a menos de dos millas de la divisoria, os aseguro que armó una revolución en el campamento. Dijo que Rojas se había apoderado de Thorne para torturarle y obligarle a descubrir dónde estaba Mercedes, explicó todo lo relativo a la española, su hermosura, el asesinato de sus padres por Rojas, cómo había sido herida por el bandido, lo desventurada que era y lo que sufría esperando a su prometido... y acabó suplicando a los soldados que rescatasen a Thorne.

Según me contaron, el escuadrón se alborotó completamente, pero el oficial, teniendo en cuenta el aprieto en que le ponían, insistió en esperar órdenes.

»Entonces Nell se desató. Ya conocéis su lengua, que a veces es peor que una púa de chova. Hubiera dado cualquier cosa por verla. Cuanto más se enfada, más bonita está. Y esta hazaña de ahora es algo más que una chiquillada. ¿No os la representáis sobre Blanco Sol y arengando a la tropa?

Ladd, con el polvoriento pañuelo que llevaba al cuello, se enjugó el sudor que cubría su frente. Estaba sonriente y excitado por la narración.

-Nell les juró que ella iría sola en busca de Thorne si unos soldados no eran capaces de acompañar a una mujer a salvar a su camarada americano. Uno de ellos intentó detener a Blanco Sol, y... se convidó a pasar unos días en el hospital. Los demás ya estaban ensillando sus jacos. Tal vez fue un ardid de Nell, pero yo la creí resuelta en aquel momento a lanzarse con Sol en línea recta sobre el campamento de Rojas, que, dicho sea de paso, estaba a la vista.

»¡Me gustaría que vierais la brecha que hicieron en los cactos y matojos ! ¡Blanco Sol a la cabeza!, ¿oís, señores? ¡Pum! ¡En pleno campamento enemigo! ¡Dios Todopoderoso! ¡Jamás tendré sentimiento mayor que el de no haber podido ver a Nell y a Sol en su mejor carrera !

»Rojas y los suyos hicieron la del humo. Se desvanecieron, sin disparar ni un tiro. Los soldados hallaron a Thorne y con el a cuestas volvieron más que de prisa a su territorio. Thorne estaba medio desnudo, cubierto de cardenales y flaco como una espina. Cuando le vi daba pena. Era por la tarde y le estaban alimentando, porque su mayor mal era hambre y sed. Recuperó fuerzas bastante aprisa y no cesaba de pedir que marchásemos a Río Forlorn. Al llegar Jim, pudimos convencerle de que esperase hasta el



Librodot

día siguiente.

»Salimos del campamento de noche cerrada, lo más quedamente posible, y no tomamos el camino hasta distanciarnos bastantes millas de Casita. La fibra de Thorne le sostuvo en un principio, pero de repente se nos cayó de la silla. Le recogimos y Lash le fue sosteniendo. Nell aguantó hasta el amanecer.

Al hacer Ladd una pausa en su historia, Belding empezó a balbucear palabras incoherentes, aunque era evidente que su enfado contra la joven se había disipado. Cale permanecía mudo, presa de mil emociones distintas.

guando volváis a Casita os quedareis estupefactos -prosiguió Ladd -. Lo que no ha ardido está en ruinas. Los rebeldes viven a costa de todos. Se decía que una fuerza federal marchaba sobre la población, procedente de Casas-Grandes. He hablado con americanos del interior de Méjico y cuentan cosas que ponen los pelos de punta. ¡Iban todos armados y había que oírlos hablar del Gobierno! Unos esperaban trenes, que ahora van como Dios quiere, y otros se encaminaban hacia el Norte.

-Lo que más me alarma es la conducta de Rojas, apresando a Thorne para sonsacarle dónde estaba Mercedes -dijo Belding.

-Lo creo. Es para alarmar a cualquiera.

-Ese bandido está loco por ella-replicó Belding -. Rojas es un peón. Ha sido esclavo de los españoles. Ama a Mercedes casi tanto como la odia. Cuando vivía en Durango tuve ocasión de apreciar lo que son esas pasiones. Rojas quiere secuestrar a la joven para deshonrarla y matarla. Es lamentable, muchachos, pero con Thorne entre nosotros empezarán ahora los disturbios en Río Forlorn.

-Tom, jamás dijiste verdad mayor -corroboró Jim.

-Prefiero callarme lo que pienso - añadió Ladd, cuyo aspecto no denotaba precisamente optimismo.

Acostaron a Thorne en el lecho de Gale. Estaba muy débil, pero se obstinó en que Mercedes le hiciera compañía, no sabiendo apartar de ella los ojos.

Era sorprendente la transformación sufrida por la española. Al verla, vívida, magnética, llena de amor y de esperanza, nadie hubiera dicho que fuera la misma que dos días antes parecía estar a las puertas de la muerte. Asidua, solícita, indujo al inválido a tomar alimento, sentándose a su lado hasta que le rindió el sueño.

Cuando despertó, veinticuatro horas más tarde, Dick pudo comprobar que, pálido y débil, aún volvía a ser el Thorne de siempre.

-¡Hola, Dick ! No lo he soñado - dijo -. ¡Estáis aquí tú y mi adorada!

-¡Naturalmente!

-Oye, ¿qué te ha pasado? No me refiero a tu traje ni al curtido de tu piel..., pero has cambiado, Dick, eres otro; más serio, ¡más espléndido!

-Gracias. Lamento no poderte devolver el cumplido. Pareces un espantapájaros... ¡Debes de haber pasado... !

Un destello sombrío entenebreció la vivacidad de la mirada de Thorne.

-Dick, no, ¡no me hagas pensar en Rojas! ¡Es un desalmado! ¡Pero estoy aquí! Dentro de un par de días me habré restablecido, y ¡entonces...!

Mercedes entró radiante. Se arrodilló junto al lecho de Thorne y ni uno ni otro se dieron cuenta de la llegada de Nell, que traía una bandeja. Gale, ayudado por Nell, acercó al inválido una mesita con innecesario ruido y conmoción. Mercedes había olvidado de momento que su prometido necesitaba reponer sus fuerzas, y él, si lo recordaba, parecía



Librodot

no preocuparle. Se habían cogido las manos, mirándose en silencio.

-Nell, yo creía que ya era el límite, pero... ese par me gana-murmuró Dick.

- ¡Chiss ! ¡Es hermoso verlos ! -replicó Nell, intentando llevarse a Gale del aposento, sin conseguirlo. Dick juzgó indispensable prevenir a Thorne de que un hombre en su estado no podía vivir solamente de amor.

Mercedes se incorporó, contrita y ruborosa.

-¡Oh, Mercedes ! ¡No te vayas ! -suplicó el inválido.

-El señor Dick se quedará. No es tan malo para ti... como yo - dijo, sonriendo, al salir.

-¡Dios mío! - exclamó Thorne-. ¡Cómo la quiero! Dick, ¿verdad que es la más bonita, la más gallarda, la más...?

-Jorge, comparto tu entusiasmo - dijo tranquilamente Dick-; pero Mercedes no es única en el mundo.

La enigmática respuesta pareció causar extraordinario asombro a Thorne.

-Jorge - prosiguió Dick -, ¿te has fijado, por casua lidad en la mujer a quien debes la vida, la que acaba de entrarte el desayuno?

- ¡Nell Burton ! ¡Naturalmente! ¡Es una muchacha heroica, admirable y hasta me parece que bonita!

-¿De veras? Pues, a mi juicio, a ella le corresponden todos los elogios que acabas de..., y... yo... ¡en fin, que no eres tú solo quien está enamorado!...

Thorne lanzó una especie de ronquido que, dada su debilidad, podía pasar por un grito de alegría.

-¡Dick! ¡Que me dices!...

-Lo que oyes.

-Me alegro, me alegro de todo corazón. ¡Ahora me explico el encontrarte tan cambiado..., porque eres otro, absolutamente ! Llama a tu Dulcinea, que la vea con más detenimiento. Ahora estoy mejor...

-Desayúnate ; tiempo habrá para que la admires.

Thorne hizo desaparecer sus provisiones con pasmosa rapidez, mientras Dick le narraba incidentes de su vida de patrulla por la frontera.

-No te canses -interrumpió Thorne-, me hago perfecto cargo. Belding y sus batidores han hecho de ti un hombre, un hombre cabal. Háblame de la muchacha.

-Ladd jura que gana en belleza a la tuya.

-Eso es imposible. Tendré que llamar la atención a Ladd. Pero, así y todo, ha de ser un prodigio para haber sabido conquistar a Dick Cale. ¿No te parece mentira cuanto ocurre?... ¡Por fin estoy aquí! ¡Mercedes también... en seguridad, contenta! ¡Tú tienes novia! ¡Oh! Lo peor es que estoy sin un céntimo. Tenía una regular cantidad, pero esos malditos rebeldes ¡me robaron cuanto llevaba encima ! ¡Hasta el reloj ! El diablo de Rojas se apoderó de las cartas de Mercedes ¡y ojalá le hubiera podido ver intentando leerlas! Está loco por ella, Dick. ¡Todo se lo hubiera perdonado menos la pérdida de estas cartas !

-¡Animo! ¡La tienes a ella! Belding te hará en breve una proposición. El porvenir te sonríe. ¡Si acabase este enredo!

-¡Dick, por dos veces serás mi salvación! Escúchame -dijo, mientras su alegre excitación se trocaba en comedida seriedad- Quiero casarme con Mercedes en seguida. ¿Hay por aquí algún sacerdote?

-Sí; ¿pero te parece prudente revelar, aunque sea a un sacerdote, la presencia de Mercedes en Río Forlorn?

-De todos modos no podría ocultarse mucho más tiempo.

Cale hubo de reconocer la verdad del aserto.

-Prefiero casarme con ella antes de afrontar mis problemas. Busca un sacerdote, Dick, y pregunta a nuestros amigos si quieren ser testigos de la boda.

Con gran sorpresa de Gale, ni Belding ni Ladd objetaron nada a la idea de introducir un sacerdote en la casa, descubriendo así el paradero de Mercedes Castañeda. La cautela de Belding se iba convirtiendo en irritación ante la persistente inseguridad de la frontera, y, en cuanto a Ladd, el aumento de posibilidades de disturbios le hacía más silencioso y sereno.

Cale trajo al sacerdote, un anciano tímido, sin penetración ni interés. Aparentemente, celebró la ceremonia nupcial como hubiera rezado una oración o leído su breviario. La señora Belding se opuso a que se derivase una festividad del acontecimiento, pretextando la conveniencia de no excitar a Thorne. Gale observó su desusada palidez y la singular dulzura y profundidad de su voz.

-¡Madre! -protestó Belding -. ¿A qué viene querer convertir un casorio en un funeral? ¡No tenemos en Río Forlorn tantas oportunidades de distraemos!... ¡Buen médico eres ! ¿No ves que lo que Thorne requiere de únicamente a la española? Mañana estará bueno, recuerda mis palabras.

-Jorge, cuando estés bien del todo, añadiremos algo a las presentes felicitaciones - dijo Gale.

-Puede contar con ello-añadió Ladd.

Y entre bromas y risas dejaron sola a la feliz pareja.

Belding tuvo ocasión de reírse a costa de su esposa, porque no hubo manera de conseguir que Thorne guardara cama un momento más, y como arte de encantamiento se restableció tan de prisa y con tal apetito, que encantó a sus amigos, y sobre todo a Mercedes.

En pocos días había recobrado las fuerzas lo suficiente para ir, acompañado de Gale, a examinar el terreno que éste destinaba al desarrollo de su plan agrícola. Thorne se entusiasmó, y delimitó una pertenencia lindante con las de Belding y los batidores. Los cinco cubrían un área suficiente para sus operaciones, pero, en caso de que el' proyecto de irrigación tuviese éxito, su idea era aumentar las pertenencias comprando tierra en la parte baja del valle. En los últimos tiempos se habían establecida un centenar de familias en Río Forlorn y continuamente llegaban nuevos habitantes; Belding afirmaba tener tina visión de todo el Valle de Altar sembrado de granjas y verdes praderas.

Entre tanto, la vida en el rancho era más plácida, menos restringida por el temor a incursiones posibles. Jim Lash llegó hasta el oasis de Sonoyta y Ladd recorrió cincuenta millas de frontera sin hallar ni uno ni otro rastro alguno de rebeldes.

Evidentemente los cuervos se cebaban en los despojos de Casita.

Las noches de febrero eran frías, de un frío penetrante, seco, que hacía gratísima la permanencia junto al fuego.

Habitualmente la familia Belding se congregaba en el salón, en cuya chimenea ardía una chisporroteante hoguera de mezquites. Casi pareja a su pasión por los caballos era !,. afición de Belding a jugar a las damas; no desperdiciaba oportunidad de retar a quien se presentase. Aquella noche jugaba con Ladd, que jamás conseguía ganar una sola partida,



Librodot

aunque había considerado ya cuestión de amor propio el intentarlo. La señora Belding, cosía, quedándose a intervalos suspensa, con los ojos fijos en las llamas. Jim Lash fumaba con el gato sobre !as rodillas. Thorne, pluma en ristre, trataba en vano de aprender español y contemplar a la vez a su bellísima profesora. Cale y Nell hablaban quedo.

Se oyó llamar a la puerta. Fue una llamada como tantas otras, que no causó impresión alguna entre las mujeres; sin embargo, para Belding y sus batidores tuvo especial significación.

-¿Quien es?-preguntó aquel mirando a Ladd. -El yaqui - contestó este.

- ¡Adelante !

Se abrió la puerta y entró el indio. Su apariencia era siempre llamativa, extraña, acaso por los sombríos ajos negros, centelleantes en el broncíneo rostro. Rifle en mano, se adelantó con pausada dignidad.

-¿Qué quieres, yaqui? - interrogó Belding en español.

-Al señor Dick - replicó el indio.

Gale se puso en pie ahogando una exclamación y salió con el yaqui, que le cogió por un brazo. El aspecto de su protegido era siempre lúgubre y en la ocasión presente su actitud parecía anunciar una catástrofe.

Cuando dejaron atrás el arbolado, señaló hacia la planicie, al otro lado del río, donde refulgían una hilera de fogatas en la oscuridad.

-¡Raiders! -exclamó Cale.

Cale recomendó al yaqui precaución y activa vigilancia ; y luego regresó apresuradamente a la casa, llamó a los hombres y los puso al corriente de lo que ocurría al otro lado de la divisoria habían acampado rebeldes o raiders.

Ladd no pronunció palabra; Belding tiró su cigarro mascullando una imprecación.

-¡Duraba demasiado la tranquilidad! Dick, tú y Jim quedaos aquí, mientras Ladd y yo reconocemos el terreno.

Dick volvió al aposento. Era inútil pretender disimular con las mujeres, por lo que Gale se limitó a decir que el yaqui había visto algunas luces en el desierto y que probablemente eran fogatas de campamento. Belding tardó en regresar, haciéndolo solo y anunciando que deseaba conferenciar con sus hombres. Envió a su esposa y a las muchachas a sus habitaciones. Su antigua ansiedad había reaparecido, sobrecogiéndole.

-Ladd ha ido a ver cuántos y quienes son-dijo.

-Yo creo que si fueran bandidos con malas intenciones no veríamos sus fogatas - dijo Jim.

-Supongo que seria inútil pedir auxilio a la caballería -apuntó Gale -. Lo que haya de pasar habrá pasado mucho antes de que pudieran estar aquí.

-¡ Diablo, muchachos ! - exclamó Belding -. No creo posible un raid a Río Forlorn. Esos rebeldes tienen sentido común. No se perjudicarán a sí mismos obrando de modo que hagan cruzar la línea a los soldados; pero Jim tiene razón: para robar algunas cabezas de ganado no encenderían hogueras. Lo que temo es que...

Belding vaciló, mirando con grave preocupación a Thorne.

-¿Que? -dijo este.

-Que sea Rojas.

Thorne palideció, sin perder su entereza.

-Fue lo primero que se me ocurrió y, de ser cierto, será terrible para Mercedes y para

mí. Pero Rojas no pondrá las manos en mi esposa. ¡Si no pudiera matarle a él la mataría a ella! ¡Belding, lo siento por usted, por el peligro en que ponemos a los suyos! ¡Lamento...

-No hablemos de ello - interrumpió bruscamente el ranchero -. Si es Rojas, procede de muy extraña manera.

Eso es lo que me preocupa. No podemos hacer nada. Con el yaqui y Ladd de vigilancia no nos sorprenderán. Hasta tener noticias más concretas, no perdamos el optimismo.

Si las mujeres de la casa consiguieron algún rato de descanso, en cambio los hombres pasaron la noche en blanco. Amaneció el 19 de febrero, frío y encapotado. Se sirvió el desayuno antes que de costumbre, flotando en el ambiente una atmósfera de reprimida nerviosidad. Esto aparte, las diarias faenas rutinarias continuaron como de costumbre. Ladd regresó, hambriento y helado, declarando que los mejicanos no levantaban el campo. Eran bastante numerosos y prefería abstenerse de todo comentario sobre el porvenir.

Una hora después de la salida del sol entró el yaqui, anunciando que parte de la fuerza rebelde atravesaba el río.

-No creo que sea el principio de las hostilidades - dijo Belding -, pero vale más estar prevenidos. Entrad en casa, muchachos, que yo los recibiré.

-Háblales como si tuvieras detrás un escuadrón de caballería - aconsejó Ladd -. No cedas ni una pulgada. Estamos en un aprieto del que sólo podremos salir a tuerza de gallardía.

-No olvide usted, Belding, que a los mejicanos los impresiona mucho la autoridad. Válgase de su posición de agente del Gobierno - añadió Thorne.

-Ya los conozco, ya - replicó Belding, pálido de ira. dominándose con dificultad.

Los batidores, el yaqui y Thorne se estacionaron en las diversas ventanas del salón, distribuyendo sobre las n sas y sillas, rifles, armas cortas y municiones. Podían presentar a una reducida fuerza atacante una resistencia difícil de vencer.

-¡Aquí llegan! -gritó Gale desde su puesto-. Parecen raiders-rebeldes, ¿eh, Ladd?

-Seguro. ¡Hermosa carne de buitres !

-Son una docena escasa - observó, calmoso, Lash -. pero ¡qué caballos montan! ¿Cómo diablos encuentran esas preciosidades?

-¡Jim! ¡A fuerza de trabajo y pagándolos a peso de oro ! -replicó sarcásticamente Ladd.

-¿Veis a Rojas? -murmuró Thorne.

-No; el «gomoso-rebelde» no está entre ellos.

-Están aún demasiado lejos-dijo Cale.

Los jinetes se detuvieron ante los corrales. No daban_ muestra de hostilidad, aunque iban armados hasta los dientes. Belding se adelantó a recibirlos. Aparentemente su jefe pareció parlamentar con él, pero sacudió la cabeza, agitando los brazos, protestando en voz tan recia y vibrante que podía oírse desde la casa. El destacamento rebelde se retiró al ribazo del río, más allá del poste blanco que marcaba la divisoria; allí se detuvo. Belding

los contemplaba en actitud amenazadora.

A poco, un jinete se apartó del grupo, trotando hacia los corrales. Al llegar junto a Belding se le vio entregarle algo, galopando después a reunirse con sus camarada.. Belding miró lo que le habían entregado, sacudió la cabeza y se dirigió a paso ligero hacia la casa y entró en el salón con un trozo de sucio papel en la mano.

-Ni lo puedo leer ni me importa lo que dice - exclamo iracundo.

-Valdrá más ver de qué se trata, Belding – replicó Ladd -. Así sabremos lo que quieren y quiénes son, si pertenecen a la banda de Campo o a Salazar, independientes, o bandidos de Rojas.

Ninguno de entre ellos fue capaz de descifrar el garrapateado escrito.

-Mercedes lo entenderá-dijo Ladd.

Thorne abrió la puerta, llamándola. Entró en la habitación seguida de Nell y la señora Belding.

-Querida mía, quisiéramos que nos leyeras lo que dice este papel - explicó Thorne -. Lo han enviado los rebeldes y tememos que contenga malas noticias para nos otros.

Mercedes pasó la vista por el documento y cayó desvanecida en brazos de su esposo, quien la llevó a un sofá, dejándola al cuidado de Nell y de su madre.

Belding miró a sus batidores. Era característica suya el que, al parecer inevitable la catástrofe, recobrase por en tero la serenidad, desapareciendo su anterior agitación y pesimismo.

-Ladd, es Rojas, no hay duda. ¿Cuántos hombres tiene?

-Unos veinte. -Podemos con el doble.

-¡Seguro!

Jim Lash se quitó la pipa de entre los dientes al tiempo justo de hablar.

-Opino lo mismo, pero, ¿a santo de qué armar camorra si puede evitarse?

-¿Qué idea llevas?

-Entretener a los pelones hasta la noche. Entonces

Ladd, Thorne y yo nos llevaremos a Mercedes hacia Yuma. -¡Por el Camino del Diablo! ¡Con una mujer! ¡Jim!

¿Has olvidado los centenares de hombres que han dejado los huesos en esa pista?

-¡ No he olvidado nada! -replicó Jim -. Las aguadas están todas llenas en este tiempo, hay hierba abundante y podemos atravesarlo en seis días.

-¡Son trescientas millas !

-Belding, la idea me parece razonable - interpuso Ladd -. Bien sabe Dios que es la única alternativa que tenemos si no queremos pelear.

-Pero supongamos que conseguimos entretener a Rojas y conseguís escapar con Mercedes. ¿No lo advertirá en seguida? ¿Qué hará con nosotros?

-Lo advertirá al ser de día - replicó Jim - y no creo que os busque pendencia. Preferirá reunir gente y caballos para salir en nuestra persecución. Me fundo en que todo su afán es apoderarse de la muchacha. Prescindirá de los demás con tal de conseguir su objeto. Rojas podrá perder la cabeza con las mujeres, pero no con los Estados Unidos. Créeme a mí; tan pronto como descubra nuestro rastro saldrá tras nosotros, pero con diez horas de ventaja podemos ir tranquilamente.

Belding paseaba por la habitación, mientras Jim y Ladd conferenciaban en voz baja. Gale se acercó a una ventana, mirando hacia el lejano grupo rebelde; al volverse, vio que Mercedes había recobrado el conocimiento. Estaba lívida, rodeada de las otras mujeres y de Thorne, que en vano procuraba tranquilizarla. Solamente Cale advirtió que el yaqui contemplaba también a la española, mirándola con singular expresión. El joven se preguntó si sería su belleza, su desamparo o su terror lo que parecía afectarle. El indio había tenido pocas ocasiones de ver a la joven, pero en todas ellas había parecido fascinado. ¿Acaso su odio hacia los mejicanos le hacía regocijarse de su dolor? Algo en



Librodot

él, la noble austeridad de su conducta, hizo que Gale desechase la sospecha como injusta.

Por fin, Belding llamó a los batidores y a Thorne.

-Escuchad - dijo serenamente -. Voy a hablar con Rojas. Intentaré razonar con él, hacerle comprender las consecuencias posibles de una efusión de sangre en nuestro territorio; le haré ver que la mujer a la que persigue es ahora súbdito americano. No me comprometeré a nada, pero tampoco me negaré en redondo a considerar sus pretensiones. Procuraré ganar tiempo... Si el ardid tiene éxito, ¡tanto mejor! Al anochecer, vosotros cuatro, Ladd, Jim, Dick y Thorne con Mercedes, y montados en mis mejores peliblancos, emprendéis la marcha, con el yaqui por guía, dando la vuelta al Valle de Altar hasta el camino de Yuma... Espera, Ladd, déjame acabar. Quiero que montéis los blancos por dos razones : para salvarlos y para que os salvéis vosotros. ¿Entiendes? Si Rojas os persiguiera con ellos, os alcanzaría. Además, resisten mayor carga que los otros y pueden hacer mayor jornada con menos hierba y menos agua. Quiero que os lleváis al indio porque para trances como éste es insustituíble. Considerad lo une supone llevarlo con vosotros si os perdéis o si tenéis que desviaros del camino. Conoce Sonora como nadie; podría ocultaros o encontrar hierba y agua en lugares que os parecería imposible. Y, sobre todo, es leal. Tiene que pagar una deuda de gratitud y la pagará, no lo dudéis. Cuando hayáis marchado, ocultaré a Nell para que Rojas no la vea si registra la casa, y... esperaré tranquilamente los acontecimientos.

Los batidores aprobaron el plan de Belding, y Thorne :no supo sino balbucir su agradecimiento.

-Entendidos, pues - concluyó Belding -. Voy a llamar a Rojas y a los suyos, pero antes sería conveniente que se supiera lo que dice ese papel.

Thorne se acercó a su esposa.

-Mercedes, hemos planeado chasquear a Rojas. ¿Quieres decirnos lo que ha escrito?

La joven se incorporó, dilatados los ojos por el terror, .cogiendo entre las suyas las manos de su esposo.

-¡Rojas jura por sus santos que si no me entregan a él antes de veinticuatro horas incendiará el poblado, pasará los hombres a cuchillo, se apoderará de las mujeres... y colgará de los cactos a los niños!

Un momento de silencio siguió a las últimas palabras.

-j Por sus santos! - repitió Ladd, lanzando una siniestra y terrible carcajada.

El yaqui dejó escapar un grito penetrante. Cale recordó haberle oído otro semejante junto al Pozo Papago.

-¡Mira a! indio! -murmuró Belding roncamente -. Estoy seguro de que ha comprendido cuanto ha dicho Mercedes y..., ¡Dios me perdone!, si alguna vez tiene a

Rojas a su alcance, ¡no le arriendo la ganancia!

El yaqui se había acercado a Mercedes, situándose junto a ella y su marido. La joven pareció impelida a levantar hacia 61 los ojos clavándolos en los suyos, y, leyendo e adivinando en ellos algo oculto para los demás, le tendió temblando la mano. El indio la tomó, estrechándola contra su pecho con extraño ademán y doblando la cabeza. Después retrocedió, volviendo a su primitivo puesto.

Belding salió, en tanto que los otros ocupaban sus posiciones ante las ventanas. Se detuvo frente a los corrales, agitando la mano. Los rebeldes montaron, galopando hasta llegar cerca de él, deteniéndose y formando línea de frente.

Si Rojas había permanecido hasta entonces invisible, ahora su presencia era patente.



Librodot

Gale no reconoció el sombrero blanco, ni la faja escarlata, ni la chaquetilla de terciopelo, pero el efecto general, el conjunto, le recordaban vivamente su primer encuentro con el bandido.

Rojas echó pie a tierra y pareció escuchar atentamente, sin manifestar la agitación de aquella noche en el .Café del Sol». Su compostura pareció a Ladd y a Jim incompatible con su idea del carácter mejicano en momentos de agitación. Belding gesticulaba vehemente, pareciendo hablar tanto con el cuerpo como con la lengua. Vióse a Rojas contestarle, a partir de cuyo instante la conversación se hizo claramente violenta, aunque terminando al parecer en un común acuerdo. Rojas volvió a montar v reunióse con los suyos; Belding regresó a la quinta.

Al entrar, llevaba los puños crispados, centelleantes los ojos, respirando entrecortadamente.

-¡Debo de estar loco perdido ! -exclamó-. Salgo a. conciliar a un sanguinario bandido y ¡que me parta un rayo! si no me encuentro con... con un... ¡me falta el calificativo adecuado ! Empecé mi palabreo y todo marchaba bien, aunque olvidé decirle que Mercedes y Thorne eran marido y mujer, y... ¿qué os parece? Rojas juró que amaba a Mercedes, que estaba dispuesto a casarse con ella aquí mismo, en Río Forlorn; juro que renunciaría a su profesión, que se la llevaría de Méjico. Tiene oro, joyas. Aseguro que sin la muchacha todo carece de valor para él..., que sin ella moría..., y... ¡ahora viene lo bueno!..., creo que hablaba con el corazón en la mano. Estaba sereno, frío como el hielo por fuera, todo fuego por dentro... No he visto nunca cosa semejante... Seguimos hablando, casi amistosamente, aunque ni él entendía la mitad de mis palabras, ni yo las suyas. De todos modos, sin que yo dijera nada me concedió veinticuatro horas para reflexionar y quedamos en tener después otra entrevista.

- ¡Hemos nacido con suerte! - dijo Ladd.

-Opino que Rojas será lo bastante vivo para destacar algunos de sus secuaces a vigilar todas las salidas de Río Forlorn -asevero Jim.

-¡Eso qué importa! Lo que necesitamos es que se haga pronto de noche-replicó Belding -. El yaqui os conducirá por algún sitio. Si de algo hemos de dar gracias es de tener al indio con nosotros. Y ahora, muchachos, atención. Cogeréis ocho de mis mejores caballos. Equipaos con lo necesario para una larga jornada; pensad que el yaqui os llevará tal vez por algún valle perdido de Sonora para despistar a Rojas. Podéis llegar a Yuma dentro de seis días, o dentro de seis meses. Habéis de fardar ligero : un fardo pequeño para el arzón y otro algo mayor para los dos caballos de carga. Acaso tendréis alguna refriega. Ladd, tú llévate el «403»; Dick, su »Remington», y 'todos vosotros armas cortas en cantidad, pero lo esencial es una fardería que, permitiéndoos viajar de prisa, baste para cubrir vuestras necesidades en el desierto.

El resto del día paso volando. Dick pudo apenas cruzar palabras con Nell, sintiendo, mientras preparaba su equipo, una honda sensación de angustia.

Púsose el sol, llegó el crepúsculo y la noche, por fortuna ligeramente encapotada. Gale vio pasar ante su puerta los peliblancos, silenciosos como fantasmas. Incluso Blanco Sol paso sin hacer ruido alguno, rindiendo así tributo a la maestría del yaqui. Gale salió a ensillarlo y volvió al gabinete. No faltaba ya más que despedirse y marchar.

Mercedes entro con chaparreras puestas y un amplio abrigo.

Cale se llevó a Nell a un rincón del aposento. La joven temblaba, apoyándose en él. Muy distinta de la Nell que en otros tiempos le había enloquecido con su desvío.

La tomó en sus brazos.

-¡Querida mía! ¡Me voy..., y tal vez...!

-¡Dick..., no... no lo digas!... -sollozó ella con el rostro oculto en su pecho.

-¡Tal vez no vuelva!... ¡Te adoro..., te he adorado siempre ! ... ¿Y tú?...

-iDick..., querido Dick! ¡Se me parte el corazón! - balbució Nell.

-¡Dime algo para mí, algo que pueda recordar durante las jornadas, durante las largas vigilias nocturnas, junto a la hoguera! ¡Algo que sostenga mi espíritu! ¡Oh, Nell ! ¡No puedes imaginar lo que es el silencio del desierto, de ese terrible mundo de arena y de rocas ! ¡Me quieres?

-Sí, sí. ¡Te adoro! ¡Ahora lo comprendo más que nunca ! ¡Oh! ¡ Dick ! ¡ Te esperaré, te esperaré rezando por tu feliz regreso! Y si vuelves...

-No digas si vuelvo; cuando vuelva, ¿querrás ser mi esposa?

-¡Sí, sí! - murmuró devolviéndole las caricias. Belding entró en la habitación hablando quedo. -Nell querida, he de partir - dijo Dick.

-Soy una cobarde egoísta - gritó Nell -. ¡ Es magnífico lo que hacéis ! ¡Debería estar orgullosa de vosotros, pero no puedo!... ¡Defiéndela, Dick ; lucha por ella !

¡Por esa desventurada mujer tan perseguida!, ¡Te amaré más que nunca ! ... ¡ Adiós ! ¡ Adiós !

Haciendo un violento esfuerzo, Dick se apartó de ella, oyendo a Belding que decía

-El yaqui cree que es el momento más propicio. Confía en él, Ladd, y recuerda mis palabras. ¡Es insustituible !

Salieron a la plazoleta, bajo la oscuridad del arbolado. El yaqui montó a Blanco Diablo, Mercedes se acomodó en Blanca Mujer, Thorne eligió a Reina; Jim Lash estaba ya a caballo en otro de los peliblancos sin nombre; Ladd, sobre Blanco Torres, llevaba los largos ronzales de los dos de carga, y Gale cerraba la marcha sobre Blanco Sol. Antes de montar dirigió una postrera mirada hacia la casa. Nell estaba en la puerta, lívido el rostro, chispeantes los ojos, con los labios entreabiertos y los brazos tendidos hacia él. El cuadro quedó grabado en su corazón. Dick saludó con la mano, y saltando sobre la silla espoleó a Sol.

Ante él se extendía la línea de caballos en movimiento, destacando su blancura contra el fondo de la oscura noche. No podía distinguir la cabeza de la columna y apenas oía los pasos de los animales. Entre las nubes una estrella solitaria titilaba. El aire era frío. El lóbrego espacio desierto parecía infinito. A su izquierda brillaban algunas hogueras del campamento. La noche pareció cerrarse sobre Gale. une afrontaba el misterio que lo envolvía con el recrudecimiento del indómito arrebato que, como un hechizo. le invadía siempre que se internaba en el de sierto.

# XI

Blanco Sol no demostró inclinación a mordisquear al paso la alfalfa del predio que cruzaban. Gale creyó notar en el caballo una vivacidad sensitiva casi humana, como si tuviese tanta conciencia como su amo de la naturaleza furtiva de la marcha.

En las lindes del campo se detuvo el yaqui y la hilera de caballos se fundió en una

masa compacta. Un sendero partía de allí hacia el lecho del río. Las fogatas del campamento estaban tate próximas que podía verse el centelleo de las llamas y las formas oscuras que pasaban ante ellas. El yaqui echó pie a tierra acariciando a Diablo, hablándole por lo bajo y repitiendo la acción con los demás cuadrúpedos. Cale renunciaba a descifrar la extraña conducta del indio. Sus maniobras eran a veces inexplicables e incomprensibles, pero los resultados daban que pensar. Dick no había visto nunca tan silencioso grupo de caballos ; sin un pateo, ni un relincho, ni un movimiento de cabeza que delatase su presencia. Parecían influídos por el espíritu del indio.

Éste se perdió entre las sombras, tan silencioso como si fuera otra sombra, tomando una dirección paralela al sendero. ¿Pretendía acaso guiar a la partida por entre los centinelas rebeldes? Ladd y Jim aguzaron el oído pretendiendo distinguir el más leve rumor. Gale escuchaba también; su facultad auditiva se hacía más sensible a medida que la tensión aumentaba. Oía respirar a Sol, oía los latidos de su propio corazón, el susurro de la alfalfa y el lejano y tenue sonido de una voz que más bien parecía un eco. Después creyó percibir un movimiento en el aire, una perturbación tan ligera que era incalificable... Después, silencio.

El yaqui reapareció, emprendiendo la marcha por el sendero llevando a Diablo de la brida. La línea se extendió de nuevo. El terreno sesgaba en suave pendiente hacia el lecho del río. Blanco Sol se desvió unos pasos del camino. Inclinándose Gale en la silla percibió tres objetos un sombrero blanco, una manta y un mejicano yaciendo de bruces en el suelo. El yaqui había debido caer sobre el centinela como un viento de muerte. Un coyote aulló en el desierto y el salvaje plañido armonizó con la oscuridad y la acción del yaqui.

Más adelante, al amparo del ribazo opuesto, se repitió la escena. Pasaron los instantes. Los caballos engallaban las cabezas mirando hacia las fogatas y escuchando. Cale se sentía penetrado por la significación del momento... La noche..., el silencio..., la huída... ; y el indio, implacable como el destino, aniquilando al centinela... Pasó una hora y Gale creyó tener embotado el oído. El mundo fue un vasto silencio hasta que volvió a percibir aquella extraña sensación..., aquel cambio en el ambiente..., la tenue conmoción incalificable. Pero esta vez ya pudo darle un nombre..., podía ser el gemido del viento o el lejano aullido de un lobo... Gale imaginó que era el grito de muerte de otro guarda o la extraña exclamación del yaqui... Blanco Sol se estremeció, dando así a Dick la seguridad de que el sonido no había sido fruto de su imaginación.

El convencimiento llevó aparejado para Gale la naturaleza de la huída. El yaqui los dominaba a todos con la atmósfera de misterio y de poder que parecía crear y que acentuaba su implacable modo de proceder. Si Rojas personificaba el odio del peón, el yaqui era la encarnación de lo inexorable, de la ferocidad y la tragedia del desierto.

Como antes, reapareció el indio y montando a Diablo se puso a la cabeza de la columna, conduciéndola por entre los juncos y los mezquites, y, por un instante, dejando atrás las luces del campamento. Gale, ya sobre aviso, miraba atentamente a ambos lados del sendero, no tardando en divisar, bajo un nopal, una forma humana envuelta en una manta, rígida, empuñando una carabina con una mano y sosteniendo con la otra un cigarrillo, encendido aún.

La cabalgata de peliblancos pasó a quinientas yardas de las fogatas. El ruido que los fugitivos hacían al pasar era tan tenue que no se habría percibido a una quinta parte de



Librodot

esa distancia. Las hogueras fueron quedando atrás, convirtiéndose en puntos luminosos hasta desaparecer. Los raudos corceles, orgullo de Belding, embocaban el desierto, que se abría ante ellos amplio, oscuro, imponente. Rojas y sus secuaces quedaban atrás, bebiendo y jugando, indolentes, descuidados. La sensación de angustia abandonó el pecho de Gale. Tenía una fe ciega en el yaqui. Belding, fijos los ojos en la noche, tensos los sentidos, sabría que habían pasado felizmente la línea peligrosa, y ocultaría a Nell, como había anunciado. Y Dick, aceptando con fatalismo las fatigas, sangre y agonía que la jornada por el desierto presagiaba, tenía la certeza de que Mercedes lograría su ansiada libertad y que el regresaría al lado de la mujer que amaba con más amor que a la vida.

Amanecía cuando el yaqui detuvo la marcha en el Pozo Papago. Abrevaron los caballos, estacándolos después en el arroyo para que pacieran. Mercedes, aterida, cojeando y cansada, sentíase, a pesar de todo, feliz. Cale se alborozaba contemplándola. Aún nublaba sus ojos la sombra del terror, pero se iba desvaneciendo al renacer la esperanza, brillando en ellos el valor, el afecto por sus protectores y, sobre todo, el amor por Thorne. Lash comentó la facilidad con que habían burlado a los rebeldes.

-No te preocupes, ya los verás más adelante-replicó Ladd.

Encendieron una fogata, preparando el desayuno. El yaqui pronunció una sola palabra. «Dormir». Tendieron las mantas y la joven quedó pronto sumida en profundo sopor, apoyada la cabeza en el hombro de su esposo, a quien la excitación impedía dormir. Los dos cow-boys descabezaban el sueño junto al fuego. Gale, con el yaqui, montaba la guardia. El sol fue ascendiendo sobre el horizonte, templando el ambiente. Por entre los mezquites, los conejos silvestres asomaban inquisidores hociquillos. Dick trepó a una prominencia desde la que podía abarcar considerable extensión de sendero. Ante su vista se extendía un gran espacio del desierto, desigual, rugoso, surcado de hendiduras y prominencias, con macizos de cactos y mezquites. Las «Montañas Sin Nombre» se destacaban al Oeste, encumbradas, enhiestas, amenazadoras, con jirones de neblina azulada entre las anfractuosidades de sus laderas. Estaban a cuarenta millas de distancia y parecían casi poder alcanzarse con la mano.

El yaqui cambió dos o tres veces de pastizal a los caballos, abrevándolos de nuevo a las tres horas. A su regreso, Gale descendió de su atalaya, los cow-boys activaron los preparativos de marcha, despertóse Mercedes y pronto la cabalgata se puso otra vez en camino hacia el Oeste, alternando períodos de galope y trote con trechos al paso, según los accidentes del terreno. En la distancia, a influjo del calor, el polvo acumulado formaba nubarrones bajos y amarillentos.

El indio era el único de entre los fugitivos que jamás miraba hacia atrás. Por el contrario, Mercedes no podía evitar el hacerlo con frecuencia. Cale comprendía el motivo de su acción, contagiándole su ejemplo, aunque en vano, porque del suelo del desierto se elevaban millares de penachos blancuzcos y amarillentos de polvo; cualquiera de ellos podía ser producido por cascos de caballos. Cale estaba cierto de que cuando el yaqui mirase hacia la región que habían abandonado, sería cuando habría motivos para ello. Al declinar el sol, en efecto, fue cuando el indio oteó larga y detenidamente desde un punto elevado del sendero toda la comarca hacia el Oeste. Cale, valiéndose de sus gemelos, aseguró al otro que no se divisaba humareda ni signo de vida alguno, pero, a pesar de su afirmación, el yaqui continuó clavando su mirada de halcón hacia determinados puntos de la lejanía, obstinándose, como si su instinto le previniera de algo que su visión era



Librodot

incapaz de descubrir. En un lugar en que las arenas arrastradas por el viento no habían obstruído la vereda, el indio descubrió huellas de caballos. La ramilla de las citadas huellas señalaba una dirección Oeste. En aquel punto, un sendero norteño empalmaba con el que ellos seguían. Cale juzgó que las huellas tenían un par de días. Ladd, algo menos; el indio se limitó a sacudir la cabeza, marchando solo hacia el Sur hasta llegar a una meseta a cuyo acirate subió, quedando inmóvil, a caballo, en su cumbre, esperando. Los batidores echaron pie a tierra para desentumecerse, y Mercedes se acomodó a descansar en un peñasco. Thorne, hablador en un principio, iba cediendo a la influencia del desierto.

Gale pensaba que su amigo aprendería pronto que la conversación durante la jornada a través del yermo queda reducida a lo indispensable : palabras de saludo, breves y concisas; frases concernientes a la ocupación de momento, alguna orden...

Declinó el sol, transmutando la rosada neblina en un azul cada vez más oscuro hasta el crepúsculo. Solamente los espolones de las montañas conservaban su neto contorno. Los caballos pateaban inquietos.

-¡Malo! -exclamó el yaqui.

No hizo movimiento alguno, pero su mirada señaló, con la misma intensidad con que pudiera hacerlo su mano, un punto lejano que marcaba la situación de las Cisternas de Coyote, única aguada que encontrarían entre el Pozo Papago y el Oasis de Sonoyta.

-¿Ves algo, Jim? - preguntó Ladd.

-Yo no, pero opino que algo debe de haber cuando lo dice.

La oscuridad aumentaba por momentos en lo más profundo del valle era ya completa.

Súbitamente, Ladd se enderezó en la silla, dando media vuelta a su caballo y murmurando algunas palabras.

-Eso digo yo-asintió Lash, en tono muy distinto al suyo habitual.

Cale fue el último en divisar unos casi imperceptibles puntos luminosos que brillaban en la noche.

-¡ Ladd ! ¿Campamento? -preguntó.

-Tan seguro como has nacido, muchacho.

-¿Cuánto?

Ladd no contestó, pero el yaqui extendió la mano con los dedos separados. ¡Cinco! ¡Cinco hogueras! Una nutrida fuerza rebelde, o de raiders, acampaba en las Cisternas de Coyote.

El indio, inmutable e impasible, volvió a extender la mano, y señalando las «Montañas Sin Nombres, ya casi invisibles, sacudió la cabeza. Después repitió el mismo gráfico ademán hacia el Oasis de Sonoyta, acompañándolo de idéntica sombría denegación, y volviendo a Blanco Diablo hacia el Sur empezó a bajar de la meseta. Su actitud era decisiva, severa, pero ni Ladd ni Lash pensaron en discutirla, aunque vacilaron, dando muestras de una extraña y hosca repugnancia que Gale jamás había observado en ellos. Una cosa eran raiders, otra Rojas, y otra muy distinta el Camino del Diablo; pero aquel vastísimo, desolado y árido yermo de cactos y de lava, el Desierto de Sonora, era algo capaz de quebrantar el ánimo más esforzado. Gale sintió flaquear su propio corazón.

-¡Oh! ¿Donde va?-grito Mercedes, con voz que parecía deshacer el conjuro.

-A casa, señorita, a casa-replico Ladd -, y dada nuestra situación, creo que debemos dar gracias a Dios de que sepa el camino.



Librodot

Volvieron a montar, cabalgando hacia el Sur, no deteniéndose hasta que una verdadera barrera de cactos hizo imposible el avance nocturno. Acamparon, montando un campamento seco, es decir, sin agua ni pasto para los caballos, ni material con que hacer una fogata y cocinar para los hombres. Mercedes lo soporto valerosamente y se quedo dormida tan pronto como hubo apagado la sed. Thorne la cubrió con una manta. Los hombres comieren y bebieron, economizando en lo posible el agua de sus cantimploras. Diablo era el único animal que demostraba impaciencia. Sol lamía la mano de Dick, resignadamente. No era la primera noche que había pasado sin beber. El yaqui le hizo descansar, no obstante la protesta de Ladd, que pretendía ser el primero en montar guardia. Dick se tendió en el suelo, rendido en cuerpo y alma.

Cuando abrió los ojos todo era movimiento a su alrededor. Aún no había amanecido y el aire era glacial. El yaqui había conseguido hallar algunas ramas secas con las que hicieron fuego, preparando un desayuno caliente.

Cuando apunto el día montaron a caballo. La muralla de cactos los envolvía por todas partes, siendo maravillosa la habilidad con que el indio sabía encontrar un tortuoso paso por entre las aceradas espinas sin desviarse de la dirección Sur. Zigzagueaba con Blanco Diablo, consiguiendo librarle de las temibles punzadas que laceraban a los otros, llegando en muchas ocasiones hasta a detener su marcha.

Iban siguiendo un estrecho paso entre dos cordilleras. El terreno estaba sembrado de chumberas, ocatillos y masas de biznagas con trechos arenosos y prominencias rocosas. El día era calmoso en extremo, a pesar del viento perfumado que soplaba.

A las diez millas desembocaron en una maravillosa planicie, cubierta de plantas arborescentes que le daban un tinte verde claro purísimo, realzado por otras infinitas tonalidades. El terreno ascendía suavemente hasta llegar a una zona rojiza de lava, llena de picachos, espolones y cráteres de extinguidos volcanes ; una región salvaje y desolada, ilimitada como el horizonte.

El yaqui parecía incierto del camino a seguir. Su mirada de halcón escudriñaba en todas direcciones como buscando algo que por fin acertó a descubrir en el Sudoeste, desviando en aquel sentido la cabalgata.

A mediodía dio la señal de alto en un campo de cactos v biznagas. Pronto se vio la razón de su preferencia. Con un afilado cuchillo corto las puntas de aquellas plantas de forma de tonel, vaciando la blanda pulpa del centro; después, con una piedra y con la mano empezó a machacar las paredes interiores hasta conseguir que en el fondo de cada una quedase cierta cantidad de agua clara, fresca y deliciosa, de la que gustaron por igual hombres y caballos. De tal modo obligo al desierto a subvenir a sus perentorias necesidades.

La parada fue de corta duración, porque entre ellos y aquella línea de lava rojiza a la que debían llegar antes de la noche mediaban aún millas de espinosos cactos y nopales. Aceleraron el paso cuanto lo permitía el terreno. Los caballos se encabritaban, bufaban, tranqueaban, pero se veían forzados a avanzar. Blanco Sol, el paciente, el veterano, el indómito, era el único que no necesitaba de acicate.

Mercedes se tambaleaba en su silla; Thorne la sostuvo algún tiempo, pero hubo de ceder el puesto a Ladd, quien resolvió ponerla a grupas de Blanco Torres. El brazo de hierro del yaqui era odioso a Blanco Diablo, que había encontrado en él digno adversario de su fiereza. Luchaba contra el jinete, la brida, el cacto y la arena, pero se veía irresistiblemente impulsado hacia delante, siendo inútiles tretas, resabios y artimañas.



Librodot

El nopal gigantesco fue variando hasta no conservar más que el recuerdo. Los saguaros iban escaseando hasta quedar reducidos a columnas aisladas, de brotes encañizados. Gradualmente, otras variedades fueron apareciendo, evidenciando la tragedia de su lucha por la existencia en aquel erial. Los trechos arenosos se multiplicaban y la temible choya comenzó a hacer su aparición, gris y blanca en las laderas. Montículos redondeados, tostados por el sol en sus cumbres y azulnegros en sus bases, interceptaban la vista de los lejanos espolones y picachos. Franjas de lava de varias millas de largo serpenteaban entre estos montículos, yendo a morir abruptamente sobre las laderas.

Los fugitivos entraban en un mundo abrasado, de infinita desolación, que se elevaba en un ascenso gradual, extendiéndose de Este a Oeste. Las arenas cedieron el paso a las cenizas, en las que los caballos se hundían hasta las cernejas levantando un polvillo fino y sofocante que hacía toser a los hombres y bufar a las bestias. Los collados se elevaban redondos, simétricos, presentando una apariencia como si el sol refulgiera sobre superficies lasas negroazuladas. Entre ellos corrían las petrificadas avenidas de lava. Los jinetes bordearon el margen entre la pendiente de la ladera v el anfractuoso escarpado. Era una lava que parecía haberse enfriado recientemente, de un color rojo oscuro, llena de grietas, hendiduras y rajas por entre las que crecían choyas de blancas púas mortíferas.

Una vez más el crepúsculo se cernió sobre los viajeros, pero aún permitió la tenue luz diurna que Cale pudiera ver el angosto paso desembocar en una amplia llanura en la que florecían algunos mezquites. Blanco Sol anunció con un prolongado relincho la aguada próxima y los demás solípedos contestaron acelerando el paso. Dick la percibió también por la especial frescura del ambiente.

El yaqui dobló la esquina de una escotadura de la pared de lava, seguido de la recua de peliblancos, y ante ellos rieló una bellísima laguna de cristalinas y benditas aguas.

La inexorable presión del yaqui forzando la marcha pareció ceder al día siguiente. No malgastaba el tiempo, pero tampoco acosaba. Transitaban por entre bajos montículos de cenizas que limitaban la vista hasta resolverse en un llano negro, duro como granito, con estrías de lava a la izquierda y un suave descenso hacia la planicie de cactos a la derecha. El indio llevaba un definido rumbo hacia el Este. Gale tenía idea de que el yaqui iba bordeando los primeros cerros de la vasta meseta del Oeste del desierto de Sonora, meseta que llega hasta el Golfo de California. La marcha era lenta, pero agotadora para jinetes y caballos.

Gale perdió algo del angustioso temor que abrigaba, no tanto por sí mismo como por Mercedes y Thorne. Jim recobró su buen humor y Ladd desechó su aire taciturno, trocándolo por un aspecto de tranquila despreocupación. En Thorne el cambio se manifestó por un humor casi ruidoso.

Pero la más afectada pareció ser Mercedes. La recién casada, a pesar de su anterior estado de postración, su cojera, el extremado cansancio que frecuentemente le hacía vacilar en su silla, encontró una nueva reserva de fortaleza física y moral. La sensación de terror se había desvanecido.

Cale notó en ella lo que el mismo sentía siempre a los pocos días de estar en el desierto.

Otras treinta millas de marcha llevaron a los fugitivos a otra aguada, en un reborde de lava. Por los alrededores hallaron hierba para los caballos, pero no leña para una

fogata. Los hombres de la partida pasaron la noche entre dudas, conjeturas, opiniones y reservas, pero el yaqui, que era el único que podía haberles dicho dónde estaban y que probabilidades tenían de escapar, mantuvo su cerrado silencio. Gale hizo la primera guardia ; Ladd, la de medianoche, y Lash, al siguiente.

Amaneció un día espléndido, aunque extremadamente frío. Los viajeros tuvieron que hacer violentos ejercicios para desentumecer sus miembros. Dieron a Mercedes algún alimento sin permitir que se quitase su envoltura de mantas; cuando los animales estuvieron cargados y ensillados la hicieron pasear hasta que reaccionó entrando en calor. En sus mejillas se reflejaba el rosado tinte de la aurora, y la maravillosa transparencia del desierto en sus ojos. Thorne no sabía apartar la vista de ella, los batidores la observaban; en cambio, el yaqui rara vez dirigía hacia ella su mirada. Pero cuando lo hacía, daba la impresión de que su ascético y severo rostro estaba a punto de iluminarse con una sonrisa. Cale se sorprendía de notar con que frecuencia el mismo dirigía la vista hacia la española. ¿Era por su belleza? Tal vez no. Mercedes era una mujer, era la encarnación de algo por lo que hombres de todas las razas, y de todos los tiempos, han luchado, ansiado poseer, venerar, aun a costa de la vida.

Una acción del yaqui fue un significativo prólogo de lo que había de ser aquella jornada. El indio sacó de uno de los fardos una manta, la rasgo haciendo tiras estrechas ve yendo con ellas las patas de los animales. Significaba

presencia de la temible choya y de los cortantes rebordes de lava. Más significativo aún fue que no montase a caballo. Mercedes fue la única que comenzó la jornada en la silla.

El indio emprendió el camino siguiendo un sendero de terreno gris entre las irregulares corrientes de petrificada lava. Estas corrientes tenían unos treinta pies de altura; eran masas informes de materia dura, áspera, ruda. De la confluencia de dos corrientes de lava partía una quebrada estrecha y tortuosa, serpenteando con empinada pendiente. Gale percibió lo que en otros tiempos debió de ser un sendero. De cerca era invisible; debía mirarse muy adelante para poder distinguirlo. El yaqui lo tomo y allí empezó entonces la parte más laboriosa y molesta de la lentísima jornada.

Dominado por fin aquel yacimiento de lava, Gale vio extenderse ante sí un terreno de un rojo negruzco, ondulado, entrecruzado por millares y millares de pequeñas crestas y hondonadas, espinazos escabrosos y montículos abruptos, siempre en ascensión hacia una escarpadura inmensa sobre la que los altísimos picachos se encumbraban coronados de sol.

El avance de los fugitivos era muy lento; tenían que ir siguiendo las sinuosidades del sendero, sorteando escollos, anfractuosidades y depresiones, de tal suerte que al mediodía no habían progresado gran cosa en el ascenso de la ladera.

Si para los jinetes era fatigoso, para. los caballos era un tormento. Blanco Diablo se negó a responder al yaqui. Se encabritaba, pateaba, tomaba el bocado entre los dientes, coceaba... En varias ocasiones solo el látigo consiguió hacerle caminar. El caballo de Mercedes estuvo a punto de dar con ella en tierra, por lo cual la montaron en Blanco Sol, que también protesto hasta que la voz de Gale lo redujo a la obediencia y le obligo a bajar la altiva cabeza para ver en el suelo lugar seguro en que asentar sus cascos.

El mayor enemigo de la partida era la temible chova. Cuanto más se iba subiendo, más aumentaba su número y su tamaño. Era imposible evitar continuamente poner el pie sobre alguno de los caídos frutos que infestaban el camino ; sus espinas, duras como el



Librodot

acero, atravesaban la suela del calzado y producían un dolor distinto a todos los dolores. Era quemadura, pinchazo, golpe..., y dejaba entumecido el brazo o la pierna, de modo que, de momento, el miembro quedaba paralizado por el dolor.

Paso la tarde, como la mañana, en una lenta ascensión por el ingrato sendero; Gale vio varios aguados, secos algunos, con agua los menos, junto a los que crecían plantas enanas que difícilmente reconoció como mezquitas. No había hierba; allí solo imperaba la choya.

Los sorprendió el crepúsculo mientras descargaban los caballos a orillas de un profundo charco situado bajo un saliente de lava. La jornada había sido dura. Los caballos bebieron hasta saciarse; después quedaron quietos, con las cabezas bajas, como aniquilados por la dura jornada. Los fugitivos aplacaron su hambre y su sed reconfortándose al amor de una buena hoguera. El yaqui repitió su «Dormir». Y así paso otra noche.

A la mañana siguiente, cuando llevaban recorridas algo más de diez millas de la ladera, Mercedes llamo la atención de Gale.

-Dick, ¿por que mira el yaqui hacia atrás?

La pregunta le sobresalto.

-¿Lo hace a menudo?

-Continuamente.

Gale iba a retaguardia para ayudar y sostener a la española. El yaqui, llevando a Blanco Diablo de la brida, iba al frente. Le vio detenerse y mirar hacia atrás. Ladd y Jim le imitaron. Dick llego a sentir irresistibles impulsos de hacer lo propio. Llevaba los anteojos, pero no quería utilizarlos.

-Rojas nos perseguirá -insinuó Mercedes.

Gale la miro sorprendido. El tono de su voz era indefinible, aunque no revelaba temor.

Varias veces, durante la mañana, repitió el yaqui su acción. El sol abrasaba; la irradiación de la lava recalentada aún hacía más angustiosa la atmósfera. E) indio escogió para el alto un promontorio que dominaba el panorama. Los batidores estaban a punto de descargar los caballos cuando un ademán del yaqui los detuvo.

Súbitamente lanzo su extraño grito, un grito que Gale ya había oído y que suponía característico de la raza o de algún sentimiento especial, incomprensible, pero probablemente de gran significación. El yaqui, extendiendo el brazo, señaló hacia la ladera, aunque todo su cuerpo parecía revelar la tensión que animaba el gesto.

-Es seguro que ve algo -dijo Ladd -, pero mi vista no llega a tanto.

-Opino lo mismo-replicó Jim -. Yo diría que allá a lo lejos hay algo que se mueve.

Gale miró fijamente sin conseguir divisar nada, pero, intrigado, tomó los gemelos que pendían del arzón de Blanco Sol. Con su ayuda distinguió una larga hilera de caballos blancos y negros. Sin decir palabra, tendió los gemelos a Ladd. El cow-boy masculló unas cuantas imprecaciones.

-Están a unas quince millas en línea recta - dijo -, pero al doble o más siguiendo el sendero.

-¿Es Rojas?-preguntó Thorne.

-Sí, Thorne. Es Rojas con diez o doce hombres más -contestó Gale mirando a Mercedes.

El rostro de la joven se había transfigurado. En él se reflejaban ahora la fiereza y

pasión castellanas; respiraba odio y venganza, inextinguible fuego.

Gale exhaló un profundo suspiro. Los presagios de persecución, lucha y sangre que el desierto le había sugerido se hacían más palpables. Los dos batidores, que habían afrontado la muerte tantas veces, estaban lívidos. El yaqui levantó la mano, sin crisparla, curvándola con un ademán lento y extraño, amenazador y terrible.

La lucha que Belding había previsto se acercaba, y ¡qué lucha ! Rojas, avanzando veloz, rodeado de hombres comprados a peso de oro, impulsado por su amor salvaje y por su odio, deseaba jugarse la última carta en aquel lugar desolado, en aquel torturado erial de lava y choyas, mundo siniestro y feroz, sombrío escenario a propósito para el desarrollo de la inminente tragedia.

El yaqui no volvió a mirar hacia atrás. Mercedes tampoco; pero los demás siguieron mirando hasta llegar el momento en que Gale pudo distinguir la hilera de perseguidores a simple vista.

La cabalgata fugitiva continuó el avance. Por fin el indio rebasó el borde de la meseta; su silueta v la de Blanco Diablo se recortaron sobre el azul del cielo. Los demás se reunieron a él; desde allí miraron ansiosamente hacia la ladera.

Pero las sombras de la noche se interpusieron, nada se distinguía ya.

El indio montó y los otros le imitaron. La meseta era un vasto campo irregular, un pequeño mar de lava, lleno de hoyos y montículos. Extrañas variedades de cactos se mezclaban con la omnipresente choya, pero el yaqui supo encontrar terreno a propósito para que los caballos pudieran avanzar a buen paso.

Llegaron a un punto elevado de la vertiente Oeste. Era una pendiente tan dilatada, tan extensa, que únicamente desde la elevación podía percibirse su declive. El yaqui se detuvo en el borde de un cráter de varias millas de circunferencia y unos mil pies de profundidad, de paredes rojizas sembradas de choyas plateadas. Una fantástica arquitectura de lava festoneaba la vertiente hasta desaparecer en ondulantes dunas de arena que bordeaban, al parecer, con un infinito brazo de azulado mar. Era el Golfo de California. En el horizonte se elevaban altísimas montañas y sobre ellas el sol poniente iluminaba el estéril panorama con siniestro fulgor.

Los fugitivos contemplaron intrigados cómo el guía llevaba a Blanco Diablo por un sendero liso y desgastado a la orilla del horrible cráter. El yaqui estaba en terreno conocido. Maniobraba como quien entra en posesión de su reinado. Gale presintió que en algún punto de aquel infernal cráter se desarrollaría la última escena del drama.

Una mirada al impasible rostro del indio convenció a Dick de que el destino reservaba adecuada sentencia al bandido Rojas.

# XII

La vereda comenzaba en una gigantesca grieta de uno de los lados del cráter, y luego seguía serpenteando hacia el interior en un laberinto de rocas y masas de lava.

Al doblar una de las curvas, Gale quedó sorprendido al ver que la hendidura se ensanchaba hasta convertirse en un arroyo, de un verde tan exuberante e inesperado

que hacía aún más árido, por contraste, el terreno colindante. Blanco Sol relincho su

acostumbrada salutación al sentir el agua, que pronto apareció en un hoyo profundo excavado en la lava. Había indicios de que en la época de las lluvias el agua tenía una salida por el arroyo. El suelo era de una arena fina, rojiza, abundantemente cubierta de hierba, aún lozana. Mezquites y palo-verdes poblaban el arroyo, formando gradualmente macizos que obstruían la vista.

-¡Estoy admirado! -exclamo Ladd-. ¡Que magnífico escondrijo! ¡Podríamos permanecer aquí por tiempo indebido! Muchachos, he visto cabras monteses y carneros salvajes, de larga cornamenta. ¿Que os parece?

-Esto debe ser un cazadero yaqui -dijo Lash-. Esa vereda que hemos seguido es centenaria. La lava está desgastada y pulida.

-De lo que no hay duda es de que Belding tenía razón al hablar del indio. Y ya me parece ver a Rojas acabando su mala vida en este agujero.

Acamparon en un punto llano. El yaqui se llevo los caballos a abrevar y después los dejo sueltos por el arroyo. Los cansados batidores se acomodaron para cenar. La tensión de la incertidumbre era casi tan fatigosa como la marcha. Mercedes estaba al parecer tranquila, aunque sus ojos brillaban con desusado fuego en su pálido rostro. El yaqui lo observaba y los demás la miraban con disimulada orgullo. Thorne la envolvió en sus mantas y la española pudo conciliar el sueño en seguida. Se acentuó la oscuridad y brillo más pujante el fuego del campamento.

No fue tarea fácil sonsacar al indio sus propósitos, aunque su apariencia era suficiente para tranquilizarlos. Recostado en un montón de leña que había reunido, no apartaba la sombría mirada del fuego, excepto para posarla sobre la inmóvil española.

Los batidores y Thorne discurrían en voz baja. Era imposible que Rojas y los suyos ganasen la aguada hasta el mediodía siguiente, y mucho antes habrían ya decidida los fugitivos su plan de defensa. Ladd esperaba que el yaqui los situaría en alguna posición que, además de inexpugnable, resultaría una trampa de muerte para sus perseguidores. Agotaron las posibilidades y suposiciones, continuando la conversación, a pesar de su cansancio.

-Lo que me asombra es que Rojas nos haya seguida hasta aquí - dijo Thorne -, que se haya atrevido a internarse en el desierto. Perderá hombres, caballos y tal vez la vida. ¡ Es un bandido y no busca oro ! El salir de aquí, si lo consigue, supondrá un trabajo hercúleo, un esfuerzo terrible. ¡Y todo por una mujer! ¡Por una infeliz y desvalida mujer!... ¡No lo entiendo!

-Exacto, ¡por una mujer 1 -replico Ladd sacudiendo solemnemente la cabeza.

Reino un largo silencio ; los hombres, meditativos, permanecieron con los ojos fijos en la hoguera. Cada uno de ellos concebía a su modo la intensidad del amor o el ,odio de Rojas, y los extremos a que podía llevar la pasión humana.

-¡ Dormir ! - dijo el yaqui.

Thorne se tendió junto a Mercedes ; poco a poco los demás fueron imitando su ejemplo. Gale no podía dormir. Estaba rendido, su cuerpo ansiaba descanso, y, sin embargo, no le era posible permanecer quieto. El silencio era absoluto. Nada se movía ni parecía vivir. El yaqui, sentado, era una estatua tallada en la roca. Los otros dormían tendidos en tierra. ¿Estarían, así todos ellos la noche siguiente?, pensó Gale, sintiendo un escalofrío seguido de una contracción de todos sus músculos. Habituado como ,estaba a la opresión del desierto, le extrañaba sentir como si sobre él pesase toda su inmensidad y su misterio.

Al poco rato se puso en pie y se dirigió hacia un pasadizo entre los mezquites; el yaqui se unió a él; Dick no lo extraño. Estaba ya acostumbrado a la tácita tutela del indio. En aquella ocasión, tal vez por la angustia que le causaban sus pensamientos, o por el presentimiento de una mortífera contienda que quizá se avecinaba, intento un más detenido estudio del yaqui, inútil, naturalmente, porque el indio estaba más impenetrable y misterioso que nunca.

A pesar de ello, Dick percibió súbitamente su fondo humano, se dio cuenta de su grandeza. Recordó la historia del yaqui, su hogar arrasado, su pueblo esclavizado en tierras lejanas, su mujer y sus hijos apartados de él para morir. ¿Qué significaba la vida en su caso? ¿Que llevaba en el corazón? ¿En qué pensaba? Gale no podía encontrar respuesta a sus preguntas, pero notaba que la diferencia entre el indio semisalvaje y el se iba aminorando hasta desaparecer. El yaqui podía considerar que tenía para con Gale una deuda que su noble y austera fidelidad quería pagar, pero no era eso únicamente lo que Dick leía en su aspecto. Se sentía unido a el por un lazo que no por incomprensible era menos fraternal.

Hacia el amanecer, Gale concilió el sueño. Poco despues apuntó el día, pero el sol estaba aún oculto tras la meseta. Los caballos, agrupados, relinchaban pidiendo agua. Tras un rápido desayuno, los viajeros ocultaron los fardos en las oquedades de la lava, dejando los arreos donde estaban y los solípedos sueltos, en libertad de vagar a sus anchas. Llenaron las cantimploras, se preparó una reducida provisión de alimentos, se hizo un lío de las mantas y el yaqui emprendió la empinada subida de la ladera.

Seguía un sendero a la derecha de la hendidura, opuesto al que había emprendido al bajar. Era una cuesta muy acentuada, más difícil de escalar por la carga, que embarazaba los movimientos. Pasaron por lugares en los que los bordes de la hendidura estaban separados por escasas yardas, hasta que se fueron ensanchando y apareció a sus plantas el cráter. El yaqui abandonó la vereda, empezando a trepar por los rugosos y accidentados repliegues de lava que formaban el borde. Los demás le seguían con dificultad, teniendo que llevar materialmente en volandas a Mercedes. A más de los obstáculos naturales, la chova contribuía a cortarles el paso. Por fin, el indio se detuvo en un angosto banco de lava pulimentada; sus compañeros, con ímprobos esfuerzos y singular precaución, se unieron a el.

En la parte posterior del banco había una especie de nicho entre macizos de choyas, una cueva que, según dijo Ladd, debía ser refugio de las cabras monteses. El yaqui extendió las mantas en el suelo y dejó allí una cantimplora y el fardo de las provisiones; luego, con un ademán invitó a Mercedes a entrar. Con pocos gestos y menos palabras reveló su plan. Mercedes quedaría oculta en aquel escondrijo inaccesible y los hombres, dando un rodeo, se situarían en el borde opuesto cerrando el paso que conducía a la aguada.

Gale estudió la naturaleza de aquel nido de águilas. Era el lugar más salvaje y más escabroso que había visto en su vida. Únicamente las cabras parecían capaces de escalar las paredes de lava o el inclinado saliente que lo dominaba. Por debajo relucían las choyas plateadas sobre lo que parecía insondable abismo.

Ladd eligió el arma de más fácil manejo entre las que llevaban y la entregó a Mercedes.

-Vale más estar preparado-dijo simplemente-. Lo más probable es que no la necesite, pero de no ser así...

La interrupción era significativa. Mercedes contestó con una intrépida mirada. Thorne era el único que parecía haber perdido la serenidad. La despedida de su esposa fue rápida y conmovedora.

Con el yaqui a la cabeza, treparon al nivel del borde, siguiendo por la orilla. Al llegar al punto más angosto de la hendidura, el indio reveló su intención de salvarlo de un salto, pero Ladd le contuvo y prosiguieron hasta hallar algunos puentes naturales de lava que la cruzaban. La grieta en algunos trechos era profunda y, en otros, los desprendimientos de lava y rocas la habían casi cegado. Evidentemente, el cráter no tenía salida directa al arroyo inferior, aunque su fondo debía de estar muy por debajo del nivel de la -aguada.

Una vez atravesada la hendidura hallaron pronto el sendero, que se apartaba del borde. El yaqui señaló con la mano, hacia la derecha, la escabrosa ladera del cráter, en la que había anfractuosidades y hoyos bastantes para ocultar a cien hombres. Los batidores y Thorne escogieron una depresión de la que salían una especie de trincheras lo bastante profundas para servir de protección. Según Ladd, era una posición tan favorable como cualquier otra, con la ventaja de estar menos infestada de choyas.

Ya instalados, los hombres pusieron rifles y revólveres al alcance de la mano, se quitaron las pesadas cananas, se acomodaron y esperaron.

Pasaron las horas; a medida que el sol se elevaba iban cambiando las tonalidades de la playa, que se volvía más rojiza y en ciertos puntos más refulgente. Ladd se percató de la ausencia del yaqui. Lash volvió a ceñirse la canana, salió de su apostadero y paseó lentamente la mirada por las laderas hasta detenerse en un punto lejano del declive, hacia el este de la meseta.

-Se me está estropeando la vista - dijo -. Tal vez por esta maldita reverberación; pero... ¿que son aquellos puntos que parecen ir subiendo?...

=°a los he visto. Cabras -replicó Ladd.

-Vas errado, Ladd. Dick, ¿qué dicen tus gemelos? Cale enfocó, empezando por la base y extendiendo gra

dualmente el campo visual hasta quedar estacionado. -Veo media docena de animales de un color oscuro

que parecen cabras, pero... también podrían ser antílopes. -Si miras hacia el Este y buscas por debajo de aquella parte de lava... allá..., verás lo que yo veo – añadió Jim.

Los gemelos fueron variando de posición, oscilaron un instante y quedaron fijos. Hubo un silencio de intensa expectación, que nadie osó romper.

-Catorce caballos..., dos de carga..., unos montados..., otros sin jinetes y cojeando - dijo lentamente Gale.

El yaqui reapareció caminando de prisa. Al ver a los batidores se detuvo, agitando los brazos y señalando. Luego desapareció como si se le hubiera tragado la lava. -Vengan esos gemelos - dijo Lash -. Estoy desatinado..., a pesar de mi mala vista, tenía razón... Rojas y su tropa han abandonado el sendero.

-¿Quieres decir que han emprendido el escalamiento

de esa terrible ladera? -preguntó Ladd.

-Exacto.

-Rojas está loco, a no ser que...

-¡Ladd! ¡Que me parta un rayo si no se han evaporado! Absolutamente perdidos de vista..., a una media milla escasa...

-Es que se han metido por entre alguna grieta o les ocultan las prominencias. Ya

verás como reaparecen en seguida. Abrid el ojo, porque me huelo que Rojas está desplegando a su gente.

Pasaron los minutos sin que reaparecieran. Los batidores se situaron en puntos estratégicos a lo largo de la cresta de lava, procurando observar sin exponerse a revelar su presencia.

-¡Muchachos! ¡Alerta! -gritó súbitamente Lash -. ¡Hacia la izquierda ! ¡ A unas trescientas yardas !.. . ¡A lo largo de las venas de lava... detrás de las choyas!... En un principio creí que era una cabra... ¡ Es el yaqui!... ¡Va deslizándose rápido como un lagarto!... ¿No lo veis?

Pasó un instante antes de que sus compañeros pudieran distinguirlo. El indio iba avanzando con increíble rapi

dez, tanto más de admirar cuanto que parecía serpentear por debajo de las choyas. De tiempo en tiempo se detenía y levantaba la cabeza para otear. Estaba directamente en línea con un inmenso hacinamiento de lava que se elevaba descollando sobre toda la ladera, a un cuarto de milla de los batidores.

-Va derecho hacia ese espolón-dijo Ladd -. Ahora afloja el paso..., ¡se detiene junto a las choyas! ... ; ¡se pone en pie! ... ¡ No! .... ¡se arrodilla!... Pero..., ¿qué diablos... ?

-Ladd, echa una ojeada hacia aquel montículo de lava... -dijo Jim -. ¿No ves apuntar algo?... ¡Vaya !... ¡Mira!... Rojas y su cuadrilla... van gateando... No veo caballos... ¡Dick!... ¡No dejes los gemelos y dinos qué hacen !... Yo seguiré los movimientos del yaqui y os tendré al corriente.

Clara y netamente Cale pudo distinguir al bandido y a sus secuaces trepando a pie por la ladera. Iban fuertemente armados y se habían desprendido de cuanto podía entorpecer su marcha.

-Ya están casi en la cumbre -iba diciendo Dick -. i Se detienen! ... Veo a Rojas... ¡Parece estar furioso! ... ¡ Por... ! ¡ Muchachos ! ..., ¡ un indio ! ¡ Es un papago! ¡ El zagal de Belding!... ¡Señala hacia aquí! ..., ¡y después hacia bajo! ¡Está enseñando a Rojas la situación del sendero !...

-¡Muchachos!... El yaqui ha enfilado al grupo..., levanta el rifle poco a poco... -anunció Jim. ¡Dios mío, qué lentitud ! ... Tiene al alcance alguno de ellos... No puedo precisar quién..., pero lo probable es que sea Rojas...

-El yaqui es un buen tirador. Seguramente será a Rojas-añadió torvamente Cale.

-¡A Rojas!... ¡Sí!... ¡Sí!... -gritó Thorne con reprimido apasionamiento.

-¡No lo creáis ! -interrumpió Ladd -. Podéis estar seguros de que será el papago. Ese indio traidor conoce los senderos..., está explicando a Rojas...

Sonó una detonación.

-Ladd ha acertado -exclamó Cale -. ¡El papago está herido !... ¡ Cae ! ...

Las detonaciones se sucedieron rápidas. El yaqui, ea pie, disparaba contra los mejicanos en dispersión. Gale no pudo apreciar si el yaqui había hecho nuevos blancos, porque Rojas y los suyos desaparecieron ocultándose tras el parapeto de lava. Deliberadamente el indio retrocedió sin pretensión alguna de huir o de esconderse. Su intento era, sin duda, poner a sus perseguidores al alcance de su rifle.

-Jim,. ya ves cumplido tu deseo -dijo Ladd -. G-No querías que pasase algo? Por mi parte, vuelvo a dar gracias a Dios por el yaqui. Ese papago hubiera sido nuestra perdición. Aún así, tal vez haya tenido tiempo de decir a Rojas lo bastante para hacernos sudar sangre.

-¡Tenía ocasión de matar a Rojas-grito Thorne, fuera de sí - y no la aprovecho ! ¡ No la aprovecho !

Ladd fue el único capaz de contestarle.

-Escuche, amigo - dijo con voz vibrante -. Nos hacemos cargo de su situación. En el lugar del yaqui, yo hubiera matado a Rojas. Ese es el modo de ver blanco. Pero el indio ha obrado cuerdamente; solo el podía obrar así. Vivo el papago, era para nosotros el peor de los peligros, porque hubiera ido derecho al escondite de Mercedes y nosotros nos hubiéramos visto obligados a salir de los nuestros para defenderla. Y si considera usted el odio del yaqui por los mejicanos y lo que supone perder la oportunidad de cargarse al menos a uno... Yo no sé lo que pensarán los demás, pero por mi parte... ¡me quito el sombrero ante el yaqui ! ...

-Opino lo mismo, y además opino que ha empezado el baile - repuso Lash acariciando su «Winchester», sonriendo, tranquilo y sereno, ante una situación claramente definida que le libertaba de la tensión expectante sufrida hasta entonces-. El yaqui ha empezado el baile. Buscad pareja, y... ¡preparaos para no perder el compás!

Los cuatro hombres se tendieron en un hoyo semicircular de lava, cuyos rebordes anfractuosos estaban bordeados de choyas, por entre las cuales era perfectamente visible el cráter. Gale estaba en la parte superior, a la extrema derecha y, por lo tanto, era el más resguardado del blanco que presentaban las alturas del cráter; después venía Jim, y por último, y más expuestos aún, Ladd y Thorne, que mantenían atenta vigilancia por encima de su irregular baluarte.

Paso el sol por su cenit, comenzando su declinación. Los batidores esperaban en sus puestos. La sofocante atmósfera parecía cargada de amenaza y silencio.

Súbitamente la calina se vio perturbada por una detonación seca y vibrante, muy próxima. Era de rifle, no de carabina. Con pasmosa rapidez la sucedió un chillido, que sobrecogió a Gale por su especial acento agudo, distinto de cualquier otro... Era una exclamación de muerte.

-El yaqui ha cambiado de pareja-dijo lacónicamente Jim.

Se oyó el crepitar de las carabinas. Sus detonaciones eran rápidas, agudas, sin eco. El «405» de Ladd empezó a contestar con su maravillosa nota de potencia; Thorne disparaba un tanto al azar, en opinión de Gale. Lash asomo el cañón de su «Winchester» por entre las choyas, disparando mientras canturreaba las frases clásicas de los pasos de rigodón : « ¡ Izquierda ! ¡Saludo ! ¡ Cambio de pareja ! ¡ Cadena! ¡ Visita ! ¡ Vuelta a la pareja! »

Sobre la posición de los batidores cayo una lluvia de balas; algunas, al tocar la pared, rebotaban hacia el cráter; otras atravesaban silbando las choyas con un ruido semejante al rasgar de la seda. Trozos de cacto volaban, dando uno de ellos en el rostro de Gale.

-¡Alto, muchachos! -grito Ladd agazapándose para cargar su rifle- Ahorrad disparos. Los pelones se van desplegando. Unos van por bajo de la posición del yaqui, mientras otros se enfilan hacía aquella escarpadura. Cuando lleguen nos las harán pasar muy negras.

Se incorporo para observar mejor el movimiento. Un disparo saludo su acción; una bala paso a través de una choya, haciendo saltar fragmentos.

Con una imprecación, Ladd se agacho en el hoyo. Su rostro presentaba un manchón grisáceo del que comenzaba a manar la sangre. Gale tuvo la desolada certeza de que estaba gravemente herido. Corrió hacia el, gritando:

-¡Ladd! ¡Ladd!



Librodot

-¡ No estoy perforado ! Es un maldito fruto de choya. La bala me lo ha estampado en la cara. ¡Arráncalo!

El ovalado cono de aceradas púas estaba firmemente empotrado en el carrillo de Ladd. La sangre chorreaba por la cara y el cuello. Gale intento arrancar el trozo de cacto sin preocuparse del dolor que le producían las púas. El fruto estaba fuertemente aferrado a la carne del cowboy. Ese era el peor peligro de las malditas espinas barbadas; se aferraban como la planta madre se aferraba al desierto. El sudor de Ladd se mezclaba a la sangre, quien mascullaba imprecaciones y se retorcía, dificultando con sus movimientos el intento de Gale.

-Mete la hoja de tu cuchillo por debajo y córtalo - gritó roncamente.

Gale pasó por entre las empotradas púas su cuchillo y con un violento tirón descuajó la choya de la carne de Ladd.

Resonó una descarga cerrada, seguida del típico silbido de las balas blindadas, en torno de Gale. Su primer pensamiento fue que los disparos provenían de un punto situado encima de el. Miró en aquella dirección y pudo percibir unos bultos blancos y negros que se destacaban sobre la lava, bultos que no había visto hasta entonces. De ellos partían a intervalos pálidos fogonazos. Al agacharse de nuevo, oyó claramente el impacto de una bala en Ladd en el mismo momento en que Thorne se desplomaba lanzando un grito y Lash corría precipitadamente hacia el.

Ladd cayó de espaldas empuñando su «405». Gale le arrastró al resguardo de su propio apostadero y, no atreviéndose a reconocerle, quitóle de la mano la pesada arma, echósela a la cara y disparó poseído de una furia salvaje. El primer bandido, muy agazapado, soltó su carabina y se escurrió por entre los pedruscos;, el segundo y el tercero se tiraron al suelo para presentar el menor blanco posible; el cuarto pareció desplomarse sobre la cresta de lava. Un brazo salió a su encuentro y, agarrándole por una pierna, intentó inútilmente arrastrarlo a lugar seguro. Batiendo el aire con los brazos, el bandido cayó y fue resbalando por la pendiente hasta perderse de vista en el abismo.

Con las manos crispadas sobre el rifle, Gale no perdía de vista la prominencia de lava, pero fue en vano. No se veía bandido alguno. Al recobrar la serenidad pensó con terror en sus compañeros, sintiéndose el corazón sobrecogido de angustia.

-Afortunadamente..., esos pelones no usan balas... de plomo... -rezongó una voz plácida.

Rápido como una centella, Dick se volvió.

-¡Ladd! ¡Creí que ya estabas listo! -dijo con tré

mula voz.-No es la bala lo que me importa... Es esa maldita hoya, que me ha dejado hecho un guiñapo. Dick, ¿hacia dónde cae el agujero?

El batidor se desabrochó la blusa. En el hombro derecho, bajo la clavícula, aparecía un orificio que empezaba a sangrar.

-Está muy alto, Ladd - replicó alegremente Dick -. Es un tiro limpio que te ha atravesado de parte a parte.

Rasgando su pañuelo, hizo dos toscos lechinos con los que taponó la herida, que luego vendó con el pañuelo del cuello de Ladd.

-Es curioso que una bala pueda tirarte patas arriba sin hacer daño-comentó el herido-. Sentí el silbido del viento y algo así como un golpe en el pecho y... ¡patatrás!, ¡al suelo! Ventaja de los proyectiles de acero. ¡Si llego a conectar con un «405»!

-Ladd, ¡temo que Thorne este herido ! - exclamó Gale -. ¡ Está tendido en esa grieta !

¡ Veo parte de su cuerpo y... no se mueve !

-No me atrevía a desístelo, Dick, pero le vi caer de un modo que me da mala espina... Era seguro que no escaparíamos todos con bien, pero, ¡Dios santo, deploro que le haya tocado a Thorne !

-Quizá no haya muerto, Ladd - replicó Gale. Luego llamó en voz alta a su amigo, sin obtener respuesta.

Ladd se incorporó, y después de escudriñar atentamente la prominencia enemiga, atravesó el espacio descubierto; desde donde se encontraban al punto en que yacía Thorne, la distancia era de doce pasos escasos. Ladd se inclinó de tal forma que Dick sólo veía su cabeza. Luego pareció levantarse con el militar en brazos y lo arrastró a un lugar que ofrecía cierta protección. Apenas lo había alcanzado cuando un proyectil rebotó contra la lava arrancando chispas.

Thorne estaba muerto o desvanecido; Gale, con profunda angustia, supuso más bien lo primero, en contra de la opinión de Ladd, quien inspeccionó la herida de la sien, auscultándole después.

-Vive y no está gravemente herido. La bala le hirió de rebote. ¡No te pongas tan trágico, Dick! Te repito que no es grave. He tocado el hueso con el dedo y no hay ningún agujero. Lávale y véndale. ¡Uf! ¿Has notado esa bala?... Cuida de Thorne mientras yo...

Completó la frase el «405» y una siniestra carcajada de Ladd.

-Eso son balas. pelones, y no las tonterías blindadas que vosotros gastáis. Por lo que veo sabéis apreciar mi «405». puesto que estáis quietos como conejos en la madriguera... Dick -prosiguió-, deben de quedar uno o dos allá arriba, pero no nos han de molestar gran cosa.

Se ove a Jim y al yaqui ! ... Voy a ayudarles un rato. Tú, quédate aquí, con un ojo puesto en la altura y el otro en mi camino para que no me sorprendan por detrás.

Ladd cruzó el hoyo y, pasando por la hendidura o grieta donde Thorne había caído, siguió adelante tan agazapado que sólo se veía sobresalir su cabeza hasta que desapareció del todo. Cale, relativamente tranquilo en cuanto a un posible ataque desde la prominencia, concentró su atención en Ladd.

El tiroteo era intermitente, en proporción de uno a cinco entre rifles y carabinas. Gale noto que hacía rato no se oía el estampido peculiar del arma automática de Lash. Siguió un largo intervalo en el que el silencio del desierto pareció imponerse otra vez, hasta que lo rasgo el «405»

- ¡ spang ! ... ¡ spang ! ... ¡ spang ! -. Gale creyó oír alaridos y disparos sueltos al otro lado de la vereda. Tenía la desagradable convicción de que Rojas y los suyos intentarían ganar la aguada, en cuyo caso sería rudo empeño desalojarles de la posición.

Explorando con sus gemelos divisó en la lejanía caballos sin jinetes. Por debajo de el, el declive, entre el borde del cráter y el sendero, era de lava desnuda, con algunos macizos de choyas. Cale fue recobrando la confianza. Parecíale que iban dominando la situación. Thorne, al volver en sí, requirió su cuidado. El infeliz se agitaba, murmuraba palabras inconexas y llamaba a Mercedes. Gale procuró tranquilizarle y lo sujetó con un brazo hasta conseguir une se calmase.

De pronto, unos roncos y penetrantes alaridos le sobresaltaron. En la parte baja de los senderos, donde los bordes del cráter se juntaban en la profunda hendidura, vio tres bultos que se movían. Dos de ellos corrían ágilmente cruzando el puente de lava; el tercero les seguía a distancia, tambaleándose. Era Ladd y parecía estar mal herido. Arrastraba el



Librodot

pesado rifle, al parecer sin fuerzas para valerse de él. De vez en cuando lanzaba gritos llamando el yaqui.

Cale quedó un instante anonadado. i Había sobrevenido la temida catástrofe ! Casi no se atrevía a explorar con los gemelos la hendidura. Los dos bultos primeros se detuvieron para disparar contra Ladd. Gale reconoció a uno de ellos. ¡Rojas! ... El bandido extendió el brazo. Unos fogonazos, seguidos de pequeñas nubes de humo, flotaron por el aire. Al desplomarse Ladd, Rojas arrojo lejos de sí el arma, huyendo con salvajes alaridos seguido por su compañero.

Una oleada de rabia invadió a Gale al ver que el bandido se dirigía hacia el escondite de Mercedes, corriendo ,pon la seguridad de una cabra montes por el quebrado terreno. Su acompañante no parecía tan seguro. Se volvió atrás. Cale oyó el seco estampido del x,405». Ladd, de rodillas, disparaba repetidamente. El bandido pareció tropezar con un obstáculo invisible, desplomándose inerte. Roías proseguía sin preocuparse de las balas que zumbaban en torno suyo. El yaqui, por encima de Ladd, disparaba también contra el bandido. Había en la conducta del miserable mejicano algo magnífico, una furia desesperada que redimía en parte su canallada. Siempre corriendo, empezó a escalar el sendero. .

Ladd abandono su «405», y empuñando el revolver se dirigió, tambaleándose, hacia el puente de lava. Antes de que lo cruzase, el yaqui lo salvo desde su puesto con un salto prodigioso y, veloz, desapareció por la parte superior sin que Rojas se diera cuenta de la audaz y rapidísima acción del indio.

Gale deploraba amargamente su propia inutilidad. Su panel era de mero espectador. Tremendamente inquieto se preguntaba que podría haberle ocurrido a Jim Lash. Tal vez tendría ocasión de cazar a Rojas de un tiro largo cuando emergiese de entre la lava. La ascensión del bandido era ya más lenta, pero iba derecho hacia el escondrijo de Mercedes. ¿Su ojo de lince la había descubierto?

¿Que le llevaba allí?... ¿El odio? ¿Era guiado quizá por un instinto peculiar? ¿Cómo se aventuraba en un camino por el que estaba cierto de no poder retroceder? Lenta

mente, tambaleándose, agachándose a veces, Ladd le perseguía inexorable, implacable. Solamente la muerte podía detenerle. Y Rojas, al emprender la marcha, debía de saberlo.

A intervalos, Dick veía al yaqui rastreando por el borde superior del cráter, dirigiéndose hacia un punto por encima del bandido.

Pasaron momentos que parecieron siglos. El sol poniente iluminaba tan solo las partes elevadas del cráter. Una semioscuridad azulada invadía la sima, que se abría siniestra, amenazadora, esperando como un monstruo de pesadilla, con las fauces abiertas, la inevitable presa. El yaqui ganaba terreno, parecía tener alas; era admirable la seguridad con que saltaba de peñasco en peñasco.

Pero para Cale lo más admirable de aquel infinito periodo de espera era el intento de Rojas. Iba desarmado, la muerte le acechaba por detrás, por debajo, ante sí y, aunque lo ignoraba, sobre su cabeza... Y ni por un instante vaciló ni sus pies flaquearon en el inseguro sendero. Cuando llegó al extremo inferior del llano saliente, se desvanecieron cuantas dudas pudiera Gale abrigar respecto a su propósito. Rojas había visto a Mercedes. Era increíble, pero... era así. Con el corazón en los labios, Dick se encaró su «Winchester» y, arrodillándose, comenzó a disparar. Roías ni volvió la cabeza.

Un arito de Thorne le dejó helado de espanto. El militar había recobrado el conocimiento y, medio incorporado, señalaba con temblorosa mano al extremo opuesto.

Sus ojos, dilatados por el terror, se clavaban en Rojas. Intentaba pronunciar palabras que sus labios no acertaban a proferir.

Cale quiso engañarse a sí mismo pensando que Mercedes podría defenderse. Tenía un revólver. Estaba seguro de que se valdría de el, aunque, recordando su horror por el salvaje bandido, temía por ella.

Rojas alcanzó el nivel del reborde. Se detuvo, agazapándose, como una pantera. Indudablemente, veía a Mercedes en la cueva. Rasgaron el aire algunos disparos; Roas cayó. ¡Estaba herido! Pero mientras Cale gritaba exultante, se volvió a levantar con una agilidad que alejaba toda suposición de que hubiese recibido una grave herida. De la cueva salió una menuda figurilla oscura. ¡Mercedes! Retrocedió, pegándose a la pared. Cale vio una blanca nubecilla, se oyó una detonación..., pero el bandido se abalanzó hacia ella. La joven corrió, no intentando evadirle, sino hacia el precipicio. Su propósito era evidente, pero Rojas fue más rápido que ella. Un grito desgarrador resonó a través del cráter, ¡un grito de desesperación !

Cale cerró los ojos. No se sentía con fuerza para ver más.

Thorne repitió como un eco el grito de Mercedes. Cale se volvió a tiempo apenas de abrazarse a su amigo, que intentaba emprender la pendiente. Al retroceder con el, cayeron ambos. Cale consiguió retenerse y sostener a Thorne, pero tuvo que aferrarse a una chova. Al retirar las manos, estaban cubiertas por las grandes púas plateadas.

-¡Por amor de Dios! ¡Cale! ¡Dispara! ¡Dispara!

-¡Mátala a ella!... ¡Mátala a ella! ¿No ves a... Rojas?

Thorne cayó sin sentido.

Con las manos en alto, estremecido de dolor, Gale miró al otro lado del cráter. Rojas no había matado a Mercedes. La estaba dominando. Sus acciones parecían lentas, reposadas, llenas de criminal intento. Las de ella eran violentas, defendiéndose como un lobo cogido en el cepo, luchando con uñas y dientes.

La intención de Rojas era evidente.

Gale, física y moralmente agotado, empuñó el rifle, encañonando a las dos figuras que contendían al borde del abismo. Disparó de nuevo, esperando herir a Rojas, pidiendo al cielo no matar a Mercedes. La bala fue alta. Tres, cuatro, cinco disparos más... ¡ inútiles ! ... El rifle cayó de sus laceradas manos.

-¡Oh, Jim ! ¿Dónde estás? - gritó Dick -. ¡ Ladd ! ¡Yaqui!

De pronto una sombra oscura bajó literalmente a plomo por la pared posterior del saliente donde se desarrollaba la terrible contienda.

-¡Yaqui! - repitió Gale agitando las manos, de las que chorreaba la sangre.

El indio se abalanzo sobre Rojas, tirándole contra la pared. Mercedes quedó inmóvil, en el suelo. Cuando el bandido se incorporó, el indio se interpuso entre el y la vereda. Rojas retrocedió, dirigiéndose al extremo opuesto. Parecía aterrorizado, sumido en extraño estupor.

Cale percibió el reflejo de un cuchillo en manos del yaqui. Rojas, francamente desmoralizado, echo a correr por un reborde del declive en el que parecía imposible que pudiera encontrar pie, seguido por el indio. Al terminar el reborde, Rojas hubo de proseguir, aprovechando los salientes de lava, las anfractuosidades de !a vertiente, las hondonadas y las grietas. Tal vez creía posible dar la vuelta a la prominencia o escalarla. En todo caso, seguía adelante con la inaccesible ladera por encima y el abismo a sus plantas.

El yaqui se le acercaba inexorable, como el destino. Si esto parecía a Gale, ¡qué debió parecerle a Rojas! Se aplasto contra la pared... El yaqui avanzo paso a paso. Era e! salvaje en su prístino estado, y para é! debía ser el momento glorioso de su vida. Dick le vio mirar a las paredes del cráter y a !a sima. Ta! vez invocaba los espíritus de sus seres amados y perdidos, las sombras de su raza, llamándolas para presenciar su desquite.

Gale oyó o creyó oír el grito salvaje y extraño del indio, que se iba acercando... acercando... sin llegar a ponerse al alcance de Rojas... ¡Qué lentos eran sus ademanes!... ¿No terminaría nunca?... ¡Un alarido rasgo el silencio!...

Rojas cayo de espaldas... El macizo de choyas !e recibió en su seno, sujetándole con las mortíferas púas... ¿Cuánto tiempo le vio Gale luchar por desasirse retorciéndose en espantosa agonía?... E! bandido parecía estar frenético por conseguir la muerte que antes evadiera.

Cuando logro desprenderse era una masa informe, sin apariencia humana, una bola de espinas de choya que fué rebotando, rebotando, hasta desaparecer en las rojizas profundidades del cráter!

# XIII

El día primero de marzo, las tropas federales relevaron la guarnición de Casita después de un breve v decisivo combate en el que los rebeldes quedaron dispersos, fraccionados en pequeñas bandas, y arrojados hacia el Este en dirección a Nogales.

Río Forlorn estaba, sin embargo, predestinado a no volver a su quietud. La predicción de Belding se realizaba, comenzando por la invasión pacífica del Valle de Altar.

Tránsfugas de Méjico y Casita hicieron correr la voz de que en Río Forlorn había pastos, agua y madera en abundancia y, como por arte de magia, empezaron a surgir verdaderos campamentos de blancas tiendas de lona y casas de adobe.

Belding estaba más tranquilo que en los últimos tiempos. Creía pasadas las épocas de penalidades y de estancamiento de su poblado. Contrató un par de mejicanos de confianza para patrullar la divisoria y se dedicó de lleno a su rancho y a los proyectos de irrigación y minería. Esperaba de un momento a otro recibir noticias de Sonoyta o de Yuma con el feliz arribo de los fugitivos guiados por el yaqui a través del desierto.

Belding era un hombre sencillo, más dado a obrar que a pensar. Cuando las complejidades de la vida le agobiaban, lograba resolverlas sin acabar de comprender. Su esposa era un misterio para él. Nell, habitualmente alegre v franca como el sol. estaba sujeta a extrañas transformaciones, súbitas y tempestuosas. Por eso Belding regocijábase al ver a su esposa más animada y más feliz a Nell. La muchacha contemplaba a menudo un anillo que ceñía el tercer dedo de su mano izquierda y dirigía profundas miradas hacia el Oeste. Madre e hija parecían cada día más libres de la opresión que trajeron contigo los pasados tiempos angustiosos. Si algo sentimental había en la naturaleza de Belding, lo exteriorizaba en forma de recuerdo de Blanco Diablo v el deseo de volverlo a ver. Interrumpía a veces su trabajo para mirar el desierto, hacia el Oeste, y si pensaba en sus batidores, en Thorne y en Mercedes, no olvidaba por cierto a su caballo.

Entre las varias mudanzas ocurridas en Río Forlorn no fueron de las menos importantes la implantación del servicio de Correos y la apertura de una taberna de mezcal. Belding había hecho lo imposible por conseguir la primera. pero no veía con buenos ojos la segunda en Río Forlorn, aunque la considerase un mal inevitable. Los mejicanos necesitaban mezcal. Hasta entonces Belding había conseguido librar al poblado de todo establecimiento en el que se destilase el enérgico licor extraído del nopal; pero la llegada de americanos mineros, cow-boys, buscadores de mineral. hombres fuera de la ley y otros indeseables, trajo aparejada la taberna, que a la vez era su posada y su centro de contratación y de negocios.

Belding, con Carter y otros antiguos residentes, vio la necesidad de un sheriff en Río Forlorn.

Una mañana, en los primeros días del citado mes, Belding, al ir hacia los corrales, vio a Nell montada en Blando José, desembocando por la carretera y llevando un paso tan rápido, que le dejo atónito.

«Ya hacía demasiado tiempo que estaba sosegada», pensó.

Blanco José, como todos los peliblancos, era de fuerte y pesada estructura; su galope era ruidoso, retumbante. Nell refrenó bruscamente, obligando al animal a patinar sobre sus patas traseras entre una nube de polvo.

Belding se percató en seguida de que estaba furiosa.

-¿Qué ocurre, Nell? -pregunto.

-No pienso decírtelo - replicó, dirigiéndose hacia los corrales.

Su padre la siguió lentamente. Entró en las cuadras y llevó a Blanco José de la brida hacia el abrevadero. Belding, sin decir palabra, empezó a soltar las hebillas de la cincha, mirando de reojo a la joven, sorprendiéndole verla pálida y con los ojos arrasados de lágrimas. No debía tratarse de alguna de sus rabietas. Llevó la silla y arreos al guadarnés. Al regresar encontró a Nell apoyada en la pared y llorando a lágrima viva. Ciñó su cintura con un brazo, esperando. Aunque es cierto que no siempre se manifestaba entre ambos un verdadero y profundo afecto.

-Padre, no quiero que me tomes más por una criatura-dijo- Me han insultado.

Cuando tenía un hecho determinado sobre el que basarse, Belding era hombre de acción inmediata.

-Ya suponía que pasaba algo anormal. ¿Qué ocurre?

-Te lo diré si me prometes...

-¿Qué?

-No decírselo a madre no sacar a relucir el revólver y, sobre todo, no hablar nunca, nunca de ello delante de Dick.

Belding prometió el silencio. No acostumbraba hacer promesas a la ligera.

-Algo serio debe de ser cuando me pides tanta reserva.

-Si no me la prometes, no diré nada - repuso firmemente.

Belding permaneció un instante sin contestar.

-Sea; prometo no decírselo a tu madre -dijo luego- y, ya que estás sana y salva, no llevar armas al poblado. Pero no puedo comprometerme a ocultar a Dick algo que tal vez convenga que sepa.

-Padre, ¿qué haría Dick si estuviese aquí y yo le dijera que... que me han insultado horriblemente?

-¡Quién sabe! Por lo general, Dick hace lo que té dispones, pero ni tú ni nadie

podrían detenerle si hubiera una razón, una razón de hombre para obrar. Recuerda lo que hizo con Rojas... Nell, dime qué ha pasado.

Recobrando su compostura, la joven se atusó el cabello y se secó las lágrimas.

-El otro día, el miércoles- empezó-, venía hacia casa. Frente a la taberna había un grupo de hombres, al parecer muy alborotados. No quise pasar por cobarde atravesando la calle, pero tuve que hacerlo. En el grupo había varios jóvenes que, si no estaban borrachos, se comportaban como si lo estuvieran. No los conozco ni de vista, pero creo que pertenecen a esa compañía minera que, según me dijo la señora Carter, los rebeldes embarcaron en Sonora. En todo caso, eran americanos. Se desplegaron en fila a lo largo de la acera, mirándome y sonriendo. No tuve más remedio que bajarme al arroyo. Uno de ellos, el más atrevido, me siguió. Era un hombretón, de rostro rubicundo y ojos saltones, de mirada provocativa. Se acercó y me dirigió la palabra. Eché a correr y... oí como sus compañeros se mofaban de mí.

»Hoy, al regresar por el camino del Valle, di con los mismos individuos, provistos de aparatos de agrimensura. Recordando a Dick y su deseo de poseer instrumentos para el replanteo de su proyecto de irrigación, me sorprendió ver a los desconocidos haciendo tal trabajo, precisamente sobre la tenencia de Ladd. Llevaba a Blanco José al paso. Me detuve y les pregunté qué hacían. El que parecía ser el jefe, precisamente el mismo que me había seguido el otro día, se mostró muy complacido al ser interpelado, aunque en mi opinión no es un caballero. Me dijo que celebraba tener ocasión de participarme su proyecto de regar todo el Valle de Altar. Puedes suponer, padre, lo que me indignó su fanfarronada. ¡Era el plan de Dick, su descubrimiento, su ilusión 1... ¡Y allí estaban aquellos intrusos, en terrenos de Ladd!...

»Le dije que estaban en propiedad particular y que lo más acertado que podían hacer era marcharse. Mis palabras parecían hacerle olvidar sus amatorias pretensiones, pero en seguida se rehizo, fingiendo malicia. Por lo visto, ignoraba que todo el terreno del Valle estaba acotado. Murmuró algo relativo a no haber visto squatters[5] en el lugar, pero en seguida cambió, reanudando, su flirteo. Cogió a Blanco José por la brida y sin dejarme tiempo de protestar me colmó de piropos y me pidió una cita; dijo que se llamaba Chase y que tenía minas de oro en Méjico. Dijo muchas tonterías más que no recuerdo, pero cuando me llamó «querida mía... » ¡perdí la serenidad!

»Tire de la brida diciéndole que la soltase, pero no me hizo caso, poniendo los ojos tiernos. Tal vez estaba persuadido de que era irresistible. Por lo menos, parecía seguro de sí mismo. Lo indudable es que de caballos no, entiende ni jota. Me escalofrío la tranquilidad con que se puso delante de Blanco José; di las gracias al cielo que no era Diablo. En fin, padre, ahora me avergüenzo al pensarlo, pero ¡estaba furiosa! ¡Le cruce la cara con el látigo! Blanco José dio un brinco, tirando al señor Chase de espaldas sobre la arena, y no conseguí dominarlo hasta que hube perdido de vista a los agrimensores. Entonas, me encamine hacia aquí.

-Bastante castigado está el mequetrefe, Nell. Probablemente es un vanidoso. Pero...

[5] Squatters: forma de posesión, en boga en los primeros tiempos de ta colonización americana. El Gobierno reconocía ciertos derechos al individuo que se había instalado (squat, literalmente: sentarse en cuclillas) en un terreno libre, mejorándolo con su trabajo, edificando en él casa-habitación o, en caso de minas, haciendo por lo menos un pozo. El reconocimiento de este derecho dio más tarde lugar a tremendos conflictos, parecidos al apuntado en esta obra, al comprar las grandes Empresas terrenos al Gobierno y pretender desalojar al squatter, que no podía presentar título alguno efectivo de propiedad, salvo el de su ininterrumpida permanencia.

no me gusta eso. No es a lo que nosotros estamos acostumbrados. Ya lleva su penitencia en el pecado, porque... ¡no se olvidará tan pronto de ese encuentro con Blanco José! Si llegas a montar Blanco Diablo, ¡funeral tenemos!

-¡A Dios gracias, no lo montaba! Ahora lo siento, padre. Tal vez se lastimó, pero... ¿que podía hacer? En fin, olvidemos la cosa y en lo sucesivo pondré más cuidado en mis paseos... Padre, ¿que fin persiguen con esos trabajos?

-No lo sé, Nell - replicó pensativamente Belding -, pero me preocupa. Puede ser bueno para Río Forlorn y malo para los planes de Dick... ¡ Señor! ¡Cuánto sentiría que se le adelantase alguien¡

-¡No, no, no podemos consentir que le arrebaten su derecho ! -exclamó Nell.

-¿En que he estado pensando, sin enterarme de nada? - murmuró Belding -. Deben de haber llegado hace poco.

-Ve a ver a la señora Carter. Ella fue quien me dijo que había forasteros americanos en el poblado y que tenían intereses en Sonora. Quizá sepa lo que pretenden.

Belding se dio cuenta de que el era la única persona de Río Forlorn ignorante de la llegada de los Chase, padre e hijo, propietarios de minas de Sonora. Sitiados por los rebeldes, se habían visto precisados, después de tenaz resistencia, a abandonar el campo con sus trabajadores. No habían perdido su propiedad, pero estaba confiscada en rehenes, y los Chase, esperando el desarrollo de los acontecimientos, habían cruzado la divisoria, tomando Casita por objetivo, aunque por razones que Belding no consiguio dilucidar se establecieron en Río Forlorn.

Habían sido bastantes veinticuatro horas para que Ben- Chase apreciase todas las posibilidades del Valle de Altar, y a los tres días tenía a su gente en el campo.

Belding regresó al rancho sin ver a los Chase. Quería aclarar la situación. Al día siguiente fue al Valle para convencerse por sus propios ojos. En los 160 acres de Ladd, unos mejicanos erigían a toda prisa casas de adobe, así como en las de Gale, Lash y Thorne. Otros replantaban el suelo del Valle y el álveo del río. Con lo visto bastaba. Dando media vuelta, se encaminó al. campamento de los intrusos.

Los alrededores de Río Forlorn, excepto por la parte del río propiamente dicho, recordaron a Belding el rápido crecimiento de campamentos subsiguiente a una nueva denuncia minera. Por doquier veíanse tiendas de campaña, chozas de adobe en diversos períodos de construcción, toscas casuchas de madera burdamente ensambladas. Esto último era nuevo para Belding, y más sorprendente por no haber visto de ello el menor precedente.

Informándose de la situación de las oficinas de la «Chase Mining Co.», fue hacia ellas. Por momentos aumentaba su excitación.

Llegó ante una gran tienda con amplio toldo sobre la puerta, bajo el que estaban sentados varios hombres en mangas de camisa, fumando y hablando.

-Me llamo Belding y quiero ver al señor Chase - dijo hoscamente.

A pesar de su poca penetración y de estar absorto en sus propios pensamientos, pudo apreciar claramente que su advenimiento molestaba a los reunidos. Parecieron alarmados y cambiaron miradas de inteligencia. Uno de ellos, alto, fornido, de facciones duras, perspicaz mirada y cabello blanco, se puso en pie, tendiéndole amistosamente la mano.

-Yo soy Chase padre - anuncio -; mi hijo, Radford Chase, anda por ahí. ¿Usted es Belding, el Inspector de Inmigración, según creo? Tenía pensado ir a visitarle.

Parecía un hombre campechano, recio de palabra, pero cordial.

Sí, soy el Inspector - replico Belding, esquivando, como si no la viera, la mano de Chase -, y quisiera saber qué diantre pretenden ustedes invadiendo tenencias, terreno acotado que pertenece a mis batidores.

¿Tenencias? -replico lentamente Chase -. Estamos operando en terreno libre.

-Es falso. Deben haber visto los jalones.

-En efecto, creo recordar que mis hombres hallaron algunos terrenos demarcados, pero reconocemos únicamente a los squatters. Si sus batidores creen que han adquirido propiedad simplemente por el hecho de haber clavado algunas estacas en el suelo, se han engañado lastimosamente. Un squatter ha de edificar una casa y vivir en ella determinado espacio de tiempo, de acuerdo con la ley, antes de consolidar su dominio.

El argumento era incontrovertible y Belding lo sabía.

-¡De acuerdo con la ley! -exclamó-. Entonces usted reconoce haber ocupado nuestras tenencias.

-Señor Belding, yo soy un hombre de negocios; llego a.;-, veo una buena oportunidad, no parece haber nadie que tenga concesiones legales y demarco tenencias, establezco squatters y comienzo a edificar. Al parecer, sus batidores han descuidado tomar ciertas precauciones. Lo lamento por ellos, pero estoy resuelto a defender mis tenencias y a apoyar a los que trabajan a mis ordenes. Si no está conforme, puede apelar a Tucson. La ley me ampara.

-¿La ley? En la frontera sudoeste no conocemos más ley que la palabra de un hombre y su revolver.

-Entonces, puede usted decir que con Ben Chase ha llegado la ley americana a Río Forlorn... -replicó el otro.

-¿Usted no es oriundo del Oeste? -pregunto Belding.

-No, procedo de Illinois.

-Ya lo suponía. Conozco su ralea. ¿Cuánta vida cree que tendría en Texas? Es usted uno de esos acaparadores de terrenos y aguas que han caído sobre el Oeste. Sois como los madereros. Lo tomáis todo sin preocuparos de los que vienen detrás. Señor Chase, el Oeste iría mejor y prosperaría más si hombres como usted fueran arrojados de el a puntapiés.

-No podrá usted hacerlo.

-Eso es lo que queda por ver. Espere a que vuelvan mis batidores. No quisiera estar en su pellejo. Y no tergiverse mis palabras. Probablemente no se le podrá acusar de haber robado los planes c las ideas de otro hombre, pero sí de haberse apoderado de esas cuatro tenencias propiedad de mis batidores. La ley podrá ampararle, pero entre nosotros, los fronterizos, lo que cuenta es el espíritu, no la letra.

-Escuche, Belding. A mi juicio, toma usted una actitud equivocada. Voy a explotar este Valle. Valdrá más que se ponga de mi parte. Tengo que hacerle una oferta relativa a esa faja de terreno que posee frente al río.

-No puede negociar conmigo. No quiero trato alguno con usted.

Bruscamente Belding dio media vuelta y abandono el campo. Nell salió a su encuentro, probablemente con idea de interrogarle, pero una simple mirada confirmo sus peores sospechas. En silencio, regreso con él. Belding reconocía su impotencia para detener a Chase en la prosecución de su obra, sintiendo honda tristeza e indecible contrariedad ante la ruina de las esperanzas de Dick, que eran las suyas.

# XIV

Pasó el tiempo. La población de Río Forlorn fue aumentando. Belding, antaño cabeza visible de la comunidad, pasó a ser un personaje de escasa importancia. Aun deseándolo, no hubiera tenido voz ni voto en la elección de administrador de Correos, sheriff y otros funcionarios de menor cuantía. Los Chase dividían sus actividades entre Río Forlorn y las minas de oro de Méjico, que les habían sido devueltas. La jornada entre ambos puntos, a través del desierto, se hacía en automóviles, que al cabo de un mes fueron tan familiares en Río Forlorn como en Casita antes de la revuelta.

Belding no estaba tan atareado como en otro tiempo; al perder la ambición perdió el deseo de trabajar. Su cólera contra los Chase, usurpadores, aumentaba al convencerse de la inutilidad de contender con ellos. Eran promotores, hombres de múltiples intereses y enorme influencia en el Sudoeste. Cuanto más hacían por Río Forlorn, menos fundamento parecía tener el despecho de Belding. Reconocía que era una cuestión personal, que no hubieran podido jamás, ni el, ni Cale, ni los batidores, desarrollar los recursos naturales del Valle en la forma que lo estaban haciendo aquellos hombres.

Durante todo el día oíanse los estruendos de los barrenos y de los aludes en el desfiladero. Los obreros de Chase estaban derrocando las escarpas en el estrecho cuello de la garganta y construyendo la represa exactamente tal como Gale había proyectado. Cuando terminó el trabajo de voladura, Belding experimentó un gran alivio. Ya no le recordaría continuamente su perdida y la de Cale. Por fin se resignó, pero no pudo reconciliarse con la idea del infortunio de su batidor.

Además tenía otra preocupación. Abril llegó sin noticias de los fugitivos. De Casita recibía vagos rumores de raids en Sonoyta, rumores imposibles de comprobar hasta el regreso de sus batidores mejicanos. Llegaron unos forasteros ; uno de ellos, González, mestizo inteligente y de confianza, dijo haber encontrado buscadores de oro en el Oasis, recién llegados del Camino del Diablo, soportando una terrible jornada de calor y de sequía, sin rastro alguno del yaqui y de su séquito.

-Está visto-dijo Belding -. El indio no los llevó a Sonoyata. Tuvo que ir a parar al Camino del Diablo, y batidores, Mercedes, Thorne y los caballos... se han perdido en el desierto. Es la eterna historia de ese maldito. Camino.

Así tuvo que decírselo a Nell. Fue una confesión que habría dado cualquier cosa por evitar.

La señora Belding le escuchó en silencio y estrechando a la joven contra su pecho. Después presentó las objeciones que su perspicacia le dictaba.

-De no ser así-dijo Belding -, Rojas debió salirles al encuentro en el Pozo Papago o en las Cisternas.

-Tom, cuando estás excitado pierdes la serenidadprosiguió ella-. Sabes muy bien que sólo por milagro podría Rojas alcanzar a los peliblancos. ¿Dónde está tu tan cacareada confianza? El yaqui sobre Diablo, Dick sobre Sol y los otros igualmente bien montados, no hay quien los atrape o los exceda. Y... ¡ya no ocurren milagros!

-Bien, madre. Prefiero oírte hablar así - dijo Belding -. La verdad es que en estos días no soy el mismo. Manifiéstanos tu opinión. Ya se que tienes fama por tus corazonadas.



Librodot

-Poco puedo añadir a lo que tú mismo dijiste la noche que se llevaron a Mercedes. Aconsejaste a Ladd que se fiase del yaqui, que era insubstituíble. Tal vez haya ido por algún valle ignorado de Sonora para tender un lazo a Rojas. Es capaz de hallar agua y hierba allí donde no las encontraría un mejicano.

-Pero, madre, ¡hace siete semanas que marcharon! ...

¡Siete semanas! Yo calculaba seis a lo más. ¡Siete semanas en el desierto!

-¿Cómo viven los yaquis? -preguntó ella.

Belding no supo que contestar; la esperanza renació en su pecho. Tenía fe en su esposa, aunque no acertaba a comprender el místico aspecto de su carácter.

-Hace muchos años - prosiguió la señora Belding -, cuando buscaba a mi padre, aprendí muchas cosas de esa comarca. No puede nunca determinarse el tiempo que un hombre vivirá en el desierto. Los puntos más salvajes, más inaccesibles, tienen a veces sus oasis. En su última época, mi padre se hizo buscador. Me extrañó, porque jamás había sentido ansias de oro. Supe que pasaba en el desierto semanas, meses enteros; hasta un día en que no volvió, años antes de que yo llegase a la frontera sudoeste y tuviera noticias suyas. Hasta mucho después no perdí la esperanza de que reapareciera. Hoy..., hoy ya sé que se extravió en el desierto. Me lo dice su espíritu. Pero no tengo ese presentimiento respecto al yaqui y a los demás. El indio ha logrado eludir a Rojas o le ha preparado una emboscada. Probablemente fue de larga preparación y tuvo que internarse en Sonora. El yaqui es demasiado listo para aventurarse a regresar con las aguadas secas. Contendrán a los batidores, esperará. No preguntéis por qué lo digo... ¡Lo presiento así! Ten valor, Nell, valor y paciencia. Dick Gale volverá a tu lado.

-¡Oh, madre! ¡Teniéndote a ti tendré siempre esperanza!

Nell y Belding recuperaron su perdida serenidad. La primera pareció adoptar una actitud de paciente expectación, triste, pero serena. Ayudaba a su madre más que nunca, tomando activo interés en los asuntos del creciente poblado. Belding volvió a ser el de antes, aunque sólo él sabía que su buen humor era forzado y que la ira que en un principio sintiera hacia los Chase se iba trocando lentamente en odio.

Belding argüía consigo mismo que si Chase y su hijo Radford se hubieran mostrado hombres de pro en algo más que en llevar a cabo grandes empresas, se hubiera reconciliado con ellos. Pero el padre era codicioso, ávido, duro y frío, y el hijo unía a tales cualidades un carácter dominador y una notable inclinación a la bebida y a los naipes. Cierto que estaban desarrollando el Valle y que una horda de mejicanos y algunos norteamericanos se beneficiaban del desarrollo, pero procedían de un modo que demostraba a las claras que su primera ambición era el lucro personal.

Belding sacudió su letargo, resolviendo llevar a término varias tareas de no pequeña monta que tenía pendientes y que juzgaba preciso resolver antes de los meses de calor. Hizo una excursión al Oasis de Sonoyta, apreciando por sí mismo que todo estaba tranquilo en aquella zona y que no había ni rastro de sus batidores. Después fue a Casita llevando algunos pura-sangre blancos que facturó a compradores de Texas y, como tenía tiempo de sobra, prolongó el viaje hasta Tucson, donde se enteró de algunos detalles interesantes referentes a los Chase. Tenían oficinas en la ciudad y amigos influyentes en el Capitolio. Eran individuos de indiscutible valía en el mundo financiero del Oeste. habían conseguido interesar al Southern Pacific Railroad en la construcción de un ramal entre San Felipe y Río Forlorn. Estos detalles eran insignificantes comparados con otro que atañía más de cerca a Belding. Habían atacado su competencia, esparciendo

solapadamente dudas acerca de su aptitud para cumplir los deberes de Inspector de Inmigración en forma ventajosa para el Estado. Belding adivinó que era la primera cuña @lavada para cuartear el edificio de su personalidad. Los Chase se habían propuesto echarle de Río Forlorn, pero, tal vez por conveniencia propia, procedían paulatinamente. El buen hombre regresó a su rancho presa de una cólera que procuró disimular. Por primera vez en su vida se temía a sí mismo. Tenía que pensar en su esposa y en Nell... ¡Y la antigua ley del Oeste había desaparecido para siempre!

-Padre, por estos andurriales ronda otro Rojas-remarcó Nell cuando hubieron cambiado saludos y las usuales preguntas y comentarios.

La exclamación de Belding se confundió con una carcajada de Nell.

-¡El señor Radford Chase!-añadió Nell acabando la frase para concretar su alusión.

-¡Nell!... ¡Nell!... ¿Qué diablos?...-gritó Belding.

-¡Chiss!, padre. ¡No te aturrulles! - interrumpió Nell -. Lo decía para hacerte rabiar.

- ¡ Hum ! ¡Ese nombre de Chase me causa el mismo efecto que un trapo rojo a un toro! Si quieres bromear, busca otro tema: ¿Sabe usted, señorita?

-Sí, sí, papaíto.

-Valdrá más que se lo digas, Nell - interpuso su madre.

-Una vez me prometiste no llevar armas yendo al poblado; ¿verdad, padre?

-Lo recuerdo -replicó Belding, sin corresponder a su sonrisa.

-¿Quieres prometérmelo de nuevo? -insistió.

-Sí.

-Está bien. Si no fueras un padrazo ciego e inocente, te habrías percatado de que hace tiempo que el señor Radford Chase me persigue; al principio era simplemente molesto y no quise aumentar tus preocupaciones, pero en estas dos últimas semanas, durante tu ausencia, ha pasado de molesto. Desde que le crucé la cara con el látigo no ha perdido ocasión de verme, saliendo a mi encuentro dondequiera que fuese y escribiéndome hasta cansarme de devolverle sus misivas.

»Mientras estabas tú de viaje, no es que aumentase su audacia, pero sí las oportunidades, ya que no podía quedarme perpetuamente en casa. El señor Chase me acechaba, saliéndome al paso cada vez que ponía el pie en la calle, siguiéndome en tal forma que acabó por ser menos violento para mí el dejarle acercárseme y que hablase hasta perder la voz. Me hizo el amor, me suplicó que accediera a su ruego, que fuera su esposa. Le contesté que ya estaba comprometida y respondió que eso no tenía importancia alguna. Acabé por llamarle idiota. Cuando le volví a ver, me dijo que me debía una explicación, justificando su conducta. Según él, yo perdía el tiempo consagrándome a un hombre que indudablemente se había perdido en el desierto. Esto me hizo daño. Tal vez..., tal vez sea cierto. Desde entonces, naturalmente, no me he movido de casa para evitar nuevos encuentros.

»Pero no basta eso para detener al señor Chase. Creo que debe de estar loco. En todo caso, es tenaz. Quiero ser justa, ya que el hombre jura que me ama y quizá no mienta, pero ha acabado por enervarme; no duermo, tengo miedo de entrar en mi habitación por la noche, y me he ido a la de mamá. No puedo quitármelo de la imaginación. ¡Audaz! ¡Eso es poco hablando del señor Chase! Carece en absoluto de sentido moral. Ha sobornado a los criados; se mete en el patio con los más ridículos pretextos y fastidia a mamá lo indecible. Parezco un infeliz conejo perseguido por un galgo. No me atrevo a salir de mi madriguera.



Librodot

Aunque parezca extraño, la cosa pareció cómica a Belding, haciéndole, soltar una carcajada. Hacía tiempo que no reía de tan buena gana y se sintió más reconfortado, hasta que le detuvo el aire de sorpresa de Nell.

-No te preocupes, querida. Seré un mal padre, pero me ha hecho gracia. Es la eterna historia. Cuantos te ven se enamoran de ti. Es inevitable. ¡Qué cara pagáis las mujeres como Mercedes y tú vuestra belleza! Preferiría ser más feo que un poste.

-Yo también, ¡si... si Dick siguiera queriéndome !

-¡Puedes estar segura! Pero, ¡en fin, la primera vez que atrape a ese mequetrefe por aquí!...

- ¡Papá! ¡Has prometido ! ...

-¡Mal rayo le parta, Nell! He prometido no llevar armas, pero nada más. Ahuyentaré al Romeo de estas cercanías suavemente, y dejaré lo demás para Dick Gale.

-¡Oh, padre! -gritó Nell abrazándole asustada.

-No interpretes mal mis palabras, Nell. Generalmente, haces lo que quieres con tu madre y conmigo, pero no lo conseguirás con Dick. Tienes buen corazón y excusas las andanzas de ese perro de Chase, pero cuando vuelva Dick, ya puedes irte haciendo a la idea de presenciar una trapatiesta en el campo de 'esos advenedizos, porque es seguro que se entera. Y me gustará estar por los alrededores cuando Dick acomode a Radford como acomodo a Rojas.

Belding estuvo al acecho del joven Chase; pocos días después supo que ambos, padre e hijo, habían marchado a Casas-Grandes, en uno de sus frecuentes viajes a las minas.

Pasó abril; a principios de mayo sorprendió un día a Belding en su trabajo el zumbido de un motor y una voz que gritaba : «¡Hola! »

Salió a la plazoleta y vio un automóvil similar a otro que había visto recientemente en Casita. A más del mecánico lo ocupaban tres personas, totalmente desconocidas para él: dos eran mujeres, la tercera un hombre alto, de mediana edad y aspecto enfermizo; una de las damas era de blancos cabellos y arrogante presencia, la otra una joven cuyo rostro le hizo pensar en Dick Gale.

-¿Es usted el señor Tom Belding, Inspector de Inmigración? -preguntó, cortésmente, el anciano.

-Soy Belding, y me parece adivinar quién es usted -contestó Belding, sorprendido y tendiéndole la mano-. ¿Es usted el padre de Dick Gale? ¡Me alegro de conocerle!

-Gracias. En efecto, soy el padre de Dick, y... mi esposa y mi hija Elsie.

Belding estrecho las manos que le tendían las señoras, cuyo aspecto revelaba evidente agitación.

-Señor Belding. He venido al Oeste a buscar a mi perdido hijo-prosiguió el señor Cale-. No ha contestado a las cartas de su hermana. Hace meses que nada sabemos de él. ¿Está con usted?

-Pues... El caso es..., ¡lo siento infinito! -balbució Belding -. Dick está ausente... Hace rato que... Le espero de un momento a otro... ¿No quieren entrar? Parecen cansados v están cubiertos de polvo... Entren, y madre y Nell cuidarán de ustedes... Naturalmente, se quedarán aquí. La casa es muy grande. Esperen a que vuelva Dick. Ya no puede tardar... Deje su equipaje a mi cargo, señor Gale... Entren... ¡ Me alegro de veras de conocerles ! ...

Turbado, vehemente, Belding siguió hablando mientras acompañaba a los Gale al salón. Presentóles a su sorprendida esposa y a Nell. Durante algunos momentos ambos

dieron muestras de aturdimiento. Belding no recordaba ocasión alguna en la que una visita las perturbase de tal modo. Pero este caso era distinto. Él mismo estaba un tanto agitado...

Cuando hubieron acompañado a los Cale a sus habitaciones, recobro su perdida serenidad, pero Nell manifestaba un nerviosismo extraño en ella.

-¡Oh! ¡La madre de Dick! ¡Su hermana! -murmuró.

Belding observo la omisión del padre en la exclamación de Nell.

-¡Su madre ! -prosiguió la joven- ¡Oh! ¡Lo esperaba! ¡Siempre supuse que...! ¡La familia de Dick es rica, orgullosa! Cuando ella me miro ¡creí perder el sentido! Se veía su curiosidad, su sorpresa al verme. Dick no ha escrito nada de nuestro compromiso, y... llevo yo su anillo, que era de su madre. Pero no quiero quitármelo... Estoy asustada... ¡Y la hermana! ¡Oh! Es dulce y adorable, pero altiva. ¡La hubiera cubierto de besos ! ... ¡ Me recordó tanto a Dick cuando llego ! Ahora ha cambiado. No le reconocerán. Naturalmente, estoy hecha un adefesio, precisamente hoy que quisiera estar mejor que nunca.

Nell escapo corriendo a arreglar un poco sus vestidos, su cabello, para hallarse en armonía con los requerimientos del caso. Belding vio pasar a su esposa y le llamó la atención su aspecto triste. Se asombro de la sensación que las forasteras habían causado a la madre y a la hija. ¡Las mujeres eran criaturas sentimentales ! Belding no comprendía que la familia de Dick pudiese causar otro efecto que una sincera alegría, una viva satisfacción.

Los Cale reaparecieron en el salón, sin los guardapolvos y los velos. Belding aprecio su elegancia y distinción. El señor Gale parecía ser persona grave, amable, de atribulado espíritu y enfermo de cuerpo. Daba la misma sensación de poder que Ben Chase, pero sin su dureza. La señora Cale, más bien le asustaba, sin que pudiera explicarse por qué, y la joven era... lo que era Dick cuando le conocieron.

Nell entro fresca y lozana, vestida de blanco, con una rosa prendida en el pecho. Belding estaba orgulloso de ella. Comprendía que su deseo era causar una buena impresión a la familia de Gale, y vagamente vislumbró lo que para la joven suponía la visita.

Pensó que cuanto antes se enterasen los Gale de los propósitos de Dick, mejor sería para todos, y especialmente para ella. En la conversación general subsiguiente buscó oportunidad para iniciar el asunto, pero le fue imposible hallarla ante la lluvia de preguntas que los forasteros le dirigieron.

-Es interesante, muy interesante- dijo el señor Gale -. Después quiero imponerme de todo lo del Oeste. Es un mundo nuevo para mí. Me sorprende y me admira. Pero lo que más me interesa de momento es mi hijo. He perdido la salud a fuerza de preocupaciones. No quiero ocultarle, señor Belding, que nos separamos en mala armonía. Me reí de sus amenazas. Se fue, y ahora reconozco que no le conocía, que estaba equivocado al censurarlo. Hace un año que no tengo noticas de sus actos y seis meses que no sé nada de él. Francamente, señor Belding, he venido a buscarle; soy el primero en ceder, v si algo temo es haber llegado tarde. El muchacho tendrá una gran posición el día de mañana..., quizá muy pronto... No debí tolerar que anduviera errante por estas tierras..., pero creí..., esperé que así llegaría a conocerse a sí mismo.

El señor Gale se detuvo, su demacrada mano temblaba

ligeramente. Entre hombres, Belding estaba en su terreno. Se dio inmediata cuenta de

la verdadera situación entre Dick y su padre.

-En efecto, señor Gale, son muchos los jóvenes procedentes del Este que se echan a perder aquí - dijo brutalmente.

-Eso me han dicho.

-Sí; se juegan el dinero, se hacen vaqueros, se dan a la bebida...

-Sí -asintió trémulamente el señor Cale.

-Y acaban, llenos de trampas, perdiendo el empleo.

El viejo Cale le miro desconsolado.

-Después, viene el ir errantes de un lado a otro como vagabundos, hasta tener un mal fin. - Belding extendió elocuentemente los fornidos brazos, dejando luego caer uno de ellos sobre Nell, que estaba sentada junto a él-. Es lo más frecuente -concluyo con toda naturalidad.

Sentía cierta compasión por la pena del señor Gale; y si el aire de «Ya te lo decía yo» de su esposa no le impresionaba, le hizo detener una mirada de los grandes ojos negros de la hermana de Dick.

Ahogo a tiempo su imprecación favorita, y exclamó:

-Pero Dick Gale no se ha echado a perder nunca... ¡Escuchen ! ...

Apenas hubo empezado la historia de Dick, pudo convencerse de que jamás había tenido auditorio más atento a sus palabras. Al terminar, estaban pálidos, callados, sorprendidos. La llegada de Dick a Casita, la liberación de Mercedes, su vida como guardafronteras... Ciertamente, los hechos no perdieron nada de su pintoresco atractivo al ser narrados por Belding. Lo único que callo fueron sus temores sobre el paradero actual de Dick.

La hermana de Cale fue la primera en hacer un comentario.

-¡Oh, padre! -exclamo-. ¡En el fondo de mi alma tenía la convicción de que Dick era un hombre!

El señor Gale se puso en pie con dificultad. Su flaqueza era manifiesta.

-Señor Belding, ¿usted asegura que mi hijo, Ricardo Gale, ha hecho cuanto usted nos ha referido? - pregunto en tono de duda.

-Absolutamente.

-¿Lo oyes, Marta?-El anciano se dirigió a su es

-posa, que no pudo contestar, y cuyo rostro aún no había recobrado el color-. ¿Afronto a ese bandido y a su gente solo?... ¿Peleó con ellos?...

-Dick barrio el suelo con toda la cuadrilla.

-¿Rescato a la joven española? ¿Se interno en el desierto, sin provisiones, sin armas sin más que sus dos brazos? ¡Ricardo Gale, cuyos brazos fueron siempre inútiles!

Belding asintió con la cabeza, sonriendo.

-¡Y ahora es un batidor! ¡Caballeando, luchando..., ,durmiendo en el suelo..., preparándose su propia comida! ...

-¡Qué remedio le queda, si quiere comer! -repuso Belding.

-¿Cuida de su caballo con sus propias manos? -Este detalle parecía ser ya el colmo para el señor Cale.

La mención del caballo excitó a Belding.

-¿Si Dick Cale cuida de su caballo? Escuche, no hay muchos hombres tan bien queridos, no ya cuidados, como ese peliblanco que monta Dick. Blanco Sol se llama, señor Cale. ¡Espere a conocerle! Salvo uno, es el mejor, el más fuerte, el más raudo de

todos los caballos del Sudoeste.

-¿De manera que quiere a su caballo? ¡No reconoceré a mi hijo! Señor Belding, dice usted que Ricardo está a su servicio. ¿Me permite que le pregunte con qué salario?

-Le doy cuarenta dólares, la vida y el equipo - replico Belding, orgullosamente.

-¿Cuarenta dólares?-repitió el padre-. ¿Diarios o semanales?

-Mensuales, naturalmente - contestó Belding, algo cortado.

--¡Cuarenta dólares al mes para quien gastaba quinientos en el mismo espacio de tiempo siendo estudiante de la Universidad!

El señor Gale se echo a reír por vez primera, y fue su risa la del que, queriendo creer lo que oye, no se atreve a concederle crédito.

-Y..., ¿que hace con tanto dinero? ¿Con ese dinero ganado con su sudor, su trabajo y su sangre?

-Lo ahorra-replico Belding.

Evidentemente, era demasiado para el padre de Dick, que miro a su consorte con mudo asombro. La hermana palmoteo como una criatura. Belding creyó llegado el momento propicio que esperaba.

-Lo ahorra, porque está comprometido con Nell, con mi hijastra, Nell Burton.

-¡Oh, papá! -dijo Nell levantándose, blanca como su traje.

Belding comprendió que había cometido una indiscreción. La palidez de Nell le llego al alma. ¿Qué había hecho? La madre y la hermana de Dick se habían puesto en pie a la vez, mirando fijamente a Nell. ¿Por qué no habían de saber la verdad? El silencio se prolongó, acabando por enervar a Belding.

Elsie Cale se acerco a Nell.

-Señorita Burton, ¿es usted realmente la prometida de Ricardo?

Los trémulos labios de Nell pronunciaron una afirmación casi imperceptible. Tendió la mano, enseñando el anillo que Dick le había dado en señal de promesa. La hermana lo reconoció en seguida, y su réplica fue cálida, dulce y graciosa.

-Creo que debo alegrarme mucho de ello - dijo besándola.

-Señorita Burton, estamos enterándonos de cosas prodigiosas respecto a Ricardo - añadió el señor Cale -. Si usted ha contribuído a hacer de él un hombre, como parece, ¡Dios la bendiga! ¡Querida niña, acérquese, no la he visto bien!... ¡La novia de Dick! ... ¡Madre, no le hemos encontrado a él y hemos encontrado su secreto ! Creíamos haber perdido un hijo y... tenemos dos.

La expresión de orgullo y altivez de la señora Gale se trocó en una mezcla de alegría y dolor. Abrió los brazos, y Nell, lanzando un grito, se arrojo en ellos.

Belding, embargado por la emoción de los acontecimientos, no se dio cuenta de la intensa palidez del rostro de su esposa.

# XV

Entre tanto, lejos de Río Forlorn, Dick Gale contemplaba absorto la sima en que Rojas había encontrado la muerte. El yaqui continuaba en la llambria de lava de donde ha

bía desalojado al bandido. Mercedes, tendida en tierra, no hacía movimiento alguno. A través del abismo llegó a oídos de Dick el salvaje y extraño grito del indio. Después,

silencio; un silencio absoluto, impenetrable. El sol declinaba y por momentos la bruma rojiza se iba oscureciendo.

El grito del yaqui pareció romper el conjuro que mantenía a Gale tan inmóvil como cuanto le rodeaba. El indio iba retrocediendo hacia la saliente. No se movía con su antigua felina facilidad. Se arrastraba, gateando, con frecuentes pausas. Cuando, por fin, llegó a donde Mercedes vacía, Gale se incorporó, impelido a afrontar la responsabilidad que recaía sobre él.

Rápidamente se volvió hacia Thorne. El militar empezaba a recobrar el sentido. Gale tomó su cantimplora, le humedeció las sienes y le obligó a beber. Era difícil sostener la mirada de su amigo.

-¡Thorne! ¡Thorne! ¡Todo va bien! - gritó - iMercedes está a salvo! ¡El yaqui la ha defendido! ¡Rojas ha muerto! ¡El indio le arrojó por la sima! ¡Hemos triunfado Para Thorne fueron sus palabras excelente tónico. La sombría expresión de horror abandonó su mirada y levantándose, aturdido, pero sin ayuda, miró a través del cráter. El yaqui estaba inclinado sobre Mercedes, tratando de incorporarla. Mercedes parecía débil, incapaz de mantenerse en pie, pero al ver a Thorne agitó la mano. Estaba ilesa. Thorne elevó ambos brazos al cielo y de sus labios salió un grito que no era una llamada, ni un saludo, ni una respuesta. Como el del yaqui, era incalificable, pero resultaba profundo, hosco, terriblemente humano en su intensidad. Mercedes repitió su ademán, imitándola el yaqui; Dick comprendió que la acción significaba una señal de urgencia.

Cogiendo apresuradamente las cantimploras y !os rifles, Gale pasó un brazo por la cintura de Thorne.

-Vamos, amigo. ¿Puedes andar? ¡Claro que sí! Apóyate y verás como salimos de aquí en un abrir y cerrar de ojos. No mires al abismo. Tenemos el tiempo justo antes de que anochezca. ¡Oh, Thorne! ¡Temo que Jim haya muerto, y Ladd me pareció que estaba muy mal herido.

Cale sentíase febrilmente excitado. Una vez en el sendero, Thorne caminó con más facilidad.

-Escucha, Thorne. ¿Qué es eso? - preguntó deteniéndose al llegar a un punto donde el sendero se interrumpía por las anfractuosidades de la lava. Había perturbado el silencio un extraño ruido, un ruido casi in creíble, dado el momento y el lugar. Una voz llegaba hasta ellos.

-¡Media vuelta a la pareja ! ¡Media vuelta ! ¡Cadena! ¡Izquierda todos ! ¡Media vuelta a la pareja !

- ¡ Jim ! -gritó Gale arrastrando a Thorne -. ¿Dónde estás? ¡Creí que habías muerto ! ... ¡ Oh 1 ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Estás herido?

Jim Lash estaba ante ellos apoyado en la culata del rifle, que utilizaba como muleta. Sonreía, intensamente pálido. Tenía las manos ensangrentadas y un pañuelo fuertemente anudado a la pierna izquierda por encima de la rodilla. El miembro colgaba inerte.

-Opino que no es cosa grave -replicó-, pero si te interesa el saberlo, te diré que la pata me duele a rabiar.

-¿Y Ladd? ¿Dónde está Ladd?

-Al otro lado de la cisura. Ahora iba en su busca. Hemos pasado un día delicioso... Ladd ya estaba bastante perforado antes de salir al encuentro de Rojas... Dick, ¿viste al yaqui embestir al bandido?

-¡ Que si lo he visto!... - exclamó, excitado, Cale.

-Llegó justo a tiempo de evitar que perdiera los estribos. Yo estaba más cerca que tú del escondrijo de Mercedes. Cuando Rojas y su último pelón empezaron a cruzar, Ladd echó tras ellos, pero yo no pude. Ladd se cargó al satélite y después continuó..., aquí caigo, allí me levanto..., hasta que cayó definitivamente. Lo más probable es que no lo encontremos con vida... Muchachos,. Rojas estaba fuera de sí. Y Mercedes se portó heroicamente. Yo mismo la vi disparar..., pero ni las balas podían con él. ¡Os juro que sudé sangre presenciando la lucha ! ¡ Y el final ! Solamente un yaqui podía hacer semejante cosa... ¿Lo vio usted, Thorne?

-No; estaba fuera del mundo.

-¡Qué lástima! Dick, ¿está herido?

-No; un porrazo en la cabeza y una lesión superficial-replicó Dick -. Déjame que te ayude, Jim.

Paso a paso Gale llevó a los dos heridos por la escabrosa pendiente, atravesando el puente de lava; dejólos allí a descansar mientras él iba en busca de Ladd.

Encontró al batidor de bruces en el suelo, empuñando aún, con ensangrentada mano, su revólver. Le creyó muerto, pero examinándole vio que respiraba, si bien estaba cubierto de heridas. Lo tomó en brazos y lo llevó junto a sus compañeros.

-Vive; pero nada más-dijo, depositándolo en el suelo-. Haced lo que podáis para contener la hemorragia. Ladd es recio como un cacto, y tal vez... Voy en busca de Mercedes y del yaqui.

Ligero como una cabra montesa, Gale corrió por la vereda. Al pasar junto al último aliado de Rojas pudo comprobar la terrible eficacia del «405». No se detuvo hasta dar con Mercedes y el yaqui. La española se abalanzó hacia él y, al abrazarle, pareció perder la entereza que hasta entonces la había sostenido.

-¡Mercedes! ¡No tema! Está salvada. ¡Thorne también

-¡Rojas! - murmuro.

-¡En el fondo del cráter!. ¡La venganza del yaqui, Mercedes !

Oyó a la muchacha pronunciar el nombre de la Virgen. Tomóla en brazos, y emprendió el regreso.

-Vamos, yaqui - dijo.

El indio gruñó. Con una mano oprimíase el hombro. Gale le miró fijamente. Su semblante inescrutable no revelaba emoción alguna. La herida era para él cosa de poca monta.

Sin detenerse, avanzando con extremada cautela, Gale llevó a Mercedes por la vereda, uniéndose a los demás. Jim Lash manipulaba torpemente a Ladd ayudado por Thorne. El batidor había recobrado los sentidos, pero su lividez parecía precursora de la muerte. Ladd sonrió y, a serle posible, hubiera hablado. El yaqui se unió al grupo, pasando la vista por todos ellos y deteniéndose en Ladd.

-Dick - dijo débilmente Jim -. Opino que dentro de muy poco... quedaréis Mercedes y tú..., yo no puedo más. Lo mejor... será... que traigas mantas..., agua..., sal..., leña... Ladd tiene... una probabilidad contra ciento... Ocúpate de él... lo primero... Emplea agua salada

caliente... Si tengo la pierna rota..., arréglalo lo mejor que sepas... La herida del yaqui... no le molestará... Thorne está mal... ; date prisa..., camarada.

Su voz fue debilitándose hasta apagarse por completo. Cayo hacia atrás, rígido. Gale examino, cerciorándose de que los huesos estaban intactos.

-Mercedes, sostenga a Thorne con la cabeza en alto, en su regazo..., así. Yo me voy.

El yaqui se había vendado a sí mismo y salió en seguimiento de Gale, haciendo caso omiso de la orden de este en contrario. La brillante claridad de la puesta de sol iluminaba el sendero, haciendo fácil y rápido el descenso al arroyo. Algunos de los peliblancos habían ido a abrevarse. Blanco Sol, al ver a Dick, relincho su saludo, galopando hacia el. En el arroyo reinaba la penumbra. El yaqui empezó a recoger ramas secas de mezquite, mientras Cale escogía los objetos que le eran más precisos; hizo con ellos un fardo y volvió sobre sus pasos.

La oscuridad se había acentuado y le fue necesario esperar a que el yaqui tomase la delantera.

Embarazado por el fardo, el ascenso le pareció interminable. Por fin alcanzo el lugar donde esperaba Mercedes con los heridos.

Gale puso manos a la obra, asignando al yaqui la misión de mantener la hoguera y calentar agua. Mercedes le ayudaría en la medida de sus fuerzas. Dick vio que Ladd había recibido muchos balazos, aunque por fortuna no afectaban órgano vital alguno. Era evidente que la causa primordial de su gravedad era por haberse desangrado. Durante toda la manipulación de Cale, el herido permaneció inconsciente. Lash había calculado las probabilidades de restablecimiento muy por lo bajo, pensó Dick. Hecho cuanto estaba en su mano, le envolvió en mantas y paso a ocuparse de Jim.

Una bala había penetrado en su pierna y se había aplastado contra el hueso. Gale no estaba seguro de que no existiese fractura, pero si existía no era completa. Los fomentos de agua salada hicieron estremecer al paciente, quien, una vez vendado y arropado, ocupo el lugar próximo a Ladd.

Thorne estaba muy débil y apenas conservaba el conocimiento. La bala le había abierto un surco profundo en el cuero cabelludo, poniendo al descubierto el hueso. Mer

cedes se desmayo durante la cura, y Dick la coloco junto a los otros tres, cubriéndolos a todos con mantas y la lona de las tiendas.

El yaqui tolero que le examinase. Un proyectil le había atravesado el hombro. La herida pareció a Gale importante, pero el indio la califico de picadura de pulga, aunque se dejo vendar y, obediente, se acomodo junto al fuego con sus mantas.

Dick monto la guardia. Había desaparecido su cansancio. Estaba sereno; tanto, que se asombraba de lo que consideraba una extraña carencia de sentimiento. Alimento la hoguera con parsimonia, ahorrando combustible y, sentado junto a ella, contemplaba la hilera de los cinco desvalidos preguntándose ansioso cuántos de ellos verían el sol de un nuevo día.

Pasaba el tiempo; el aire se hizo más frío con la entrada de la noche. El silencio nocturno parecía aumentar de intensidad. La hoguera fue extinguiéndose por falta de combustión. Para entrar en calor, paseaba, esforzándose por activar su circulación. La oscuridad le impedía ver los lívidos rostros de 101 durmientes; por otro lado, temía la llegada del amanecer; la nueva luz haría más evidentes las consecuencias de la trágica jornada. Las negras sombras del abismo, lentamente fueron transformando en masas grisáceas los cuerpos de los heridos. La aurora no tardo en apuntar.

Había llegado el momento de afrontar la terrible situación. Era natural que Dick desease que aquel momento se aplazase lo más posible, como lo era también el que necesitase toda su presencia de ánimo y un violento esfuerzo de su voluntad para acercarse a los heridos. El yaqui despertó bostezando y se puso en pie; aunque no sonreía,

un extraño fulgor animaba su mirada. Tenía envarado hombro y brazo, pero, esto aparte, era el de siempre. Mercedes estaba sumida en profundo letargo. Thorne comenzaba a dar señales de inquietud, seguramente a causa de la fiebre. Ladd luchaba entre la vida y la muerte y Jim dormía como si su herida no le afectase.

Gale termino su triste examen dominado por su serenidad. Mientras hubiera vida en Thorne y Ladd, habría esperanza. Afronto el problema, llegando a una decisión Inmediata. Despertó a Mercedes.

-Mercedes..., venga. ¿Está usted mejor? Ladd aún vive y Thorne no está peor. Pero tenemos mucho que hacer y ha de ayudarme.

Se inclinó sobre Thorne, poniendo la mano en su ardorosa frente. Mercedes se incorporó. Su actitud era tal como Dick se la había figurado en momentos de prueba.

Con el mayor cuidado, Gale cogió a Ladd en brazos.

-Mercedes, recoja lo que pueda llevar y sígame-dijo, y haciendo señal al indio de permanecer en su puesto, emprendió con su carga la vereda que conducía al arroyo.

Mercedes le seguía ligera y solícita. La dejó con Ladd y repitió la operación con Thorne. Al llegar por tercera vez al campamento le saludó la voz de Lash, sentado en el suelo.

-¡Hola, Dick! ¡Se me han pegado las sábanas esta mañana ! ¿Dónde está Ladd? No me digas que...

-Está aún con vida... No puedo decirte más.

-¿Y Mercedes? ¿Y Thorne? Escucha, muchacho... ¿Estás trajinando a toda la partida al arroyo?

-¡Que ,remedio! Una hora de sol acabaría con Ladd y con Thorne. Ahora te toca a ti.

Por una vez la indiferente indolencia de Lash cedió el paso a una expresión de sorpresa y admiración.

-Siempre te tuve por un hombre de pelo en pecho; pero, Dick..., no eres ningún caballo. Búscame una muleta y ayúdame por el otro lado.

-¡Vamos! -dijo Cale -. No tengo tiempo que perder discutiendo.

Levantó al batidor en vilo, recomendando al yaqui que le siguiera con el resto del equipo, y una vez más emprendió la bajada de la rápida pendiente. Jim Lash era el más pesado de los tres, y las fuerzas de Gale sufrieron ruda prueba para llevarle por el escabroso camino. Sin embargo, no vaciló; sorteó hábilmente los trechos peores hasta llegar tambaleándose al arroyo, con el corazón latiendo violentamente y la respiración anhelante. Descansó unos instantes y después fue a ayudar al yaqui a transportar el resto del equipo y las armas.

Con Mercedes, Jim y el indio celebró un conciliábulo discutiendo medios y manera de mejorar la situación de Thorne. Consideraba perdido a Ladd, aunque no pretendía cejar en su empeño de sacarle adelante mientras conservara un soplo de vida.

En la tarea de velar a los enfermos y montar guardias pasaron dos días y dos noches rápidamente. Durante ese tiempo la herida del indio se cerró lo suficiente para permitirle desempeñar toda clase de labores, excepto las más rudas. Esto permitió algún reposo a Dick, que realmente estaba rendido por el cansancio y por la prolongada tensión de nervios.

Después de un bien ganado reposo relevó a Mercedes de su vigilia cerca de Thorne. El militar tenía altísima fiebre. Gale temía una infección, por lo que le prodigaba constante cuidado. Su estado fue empeorando hasta llegar un día que Dick creyó sería el

último. Pero pasó, y con el el siguiente. Thorne seguía aferrado a la vida, delirante, cadavérico, horrible. Mercedes le rodeaba de cuantas atenciones le era humanamente posible prodigar; en su semblante se reflejaba la terrible angustia que la embargaba.

Súbitamente la situación de Thorne sufrió un cambio asombroso. Bajó la fiebre y con ella desapareció la inflamación de la herida. Al día siguiente estaba lúcido, renaciendo en Dick la esperanza que Mercedes jamás había perdido.

La herida de Lash cicatrizó sin complicaciones. Sería simplemente cuestión de tiempo el volver a servirse del lesionado miembro.

En cambio, el estado de Ladd ofrecía escasa variación. En un principio sus heridas permanecieron abiertas, sangrando en abundancia. Su sangre parecía haber perdido su poder coagulante, lo que explicaba que las heridas no se cicatrizasen. El yaqui solicitó encargarse de Ladd, y Cale accedió a su deseo. Creía firmemente que el herido seguiría agotándose hasta morir. Por otra parte, Dick creía que el indio estaba dotado de un misterioso poder.

El yaqui se alejó del campamento y a su regreso traía multitud de raíces y hojas de plantas desconocidas para Gale; con ellas preparó un cocimiento que luego aplicó directamente sobre las heridas de Ladd. Hecho esto dejó sin vendar al paciente durante todo el día, cubriéndolo por la noche y repitiendo el tratamiento en días sucesivos hasta lograr que cesase la hemorragia y comenzase lentamente la cicatrización.

Pasó el tiempo; semanas que a Dick le parecieron interminables. El yaqui se restableció completamente. Jim pudo renquear apoyado en una tosca muleta; Thorne se-

guía enfermo, sombra demacrada de su prístina arrogancia, pero con vida en los ojos, perpetuamente fijos en Mercedes. Ladd languidecía, había quedado reducido a un esqueleto. Conocía a quienes le cuidaban, pero no podía pronunciar palabra. Movía los ojos y los párpados, pero el resto de su cuerpo estaba por completo paralizado. Era maravillosa la tenacidad con que se defendía de la muerte. Gale imaginaba que era el espíritu del yaqui quien detenía el funesto desenlace. El incansable y misterioso indio no se apartó ni un instante del herido. Cierto día, dirigiéndose a Gale con aquel extraño fulgor de su sombría mirada, le anunció que Ladd volvía a la vida.

Dos días después de haber podido por vez primera ingerir algún líquido alimento, Ladd recobró el uso de la palabra.

-¡Es... infernal!... -murmuró.

Era una exclamación típica del batidor, que hizo sonreír a cuantos la oyeron, llenándoles los ojos de lágrimas por la emoción.

A partir de aquel momento fue restableciéndose, pero tan lentamente, que sólo el buen deseo de quienes le cuidaban podía apreciar la mejoría. Lash dejó su muleta y Thorne se restableció del todo, mucho antes de que Ladd pudiera levantar un brazo o la cabeza. Su rostro fue perdiendo la invariable expresión de sombría tristeza que hasta entonces le dominara; su voz fue ganando en intensidad, y, por fin, Gale, tal vez el menos optimista, adquirió la certeza de que sanaría por completo. Para Dick fue un grato momento de exaltación, un sedante espiritual, en el que se sintió abrumado de gratitud, humildad y respeto. El fantasma del negro terror había desplegado sus alas y pasó de largo. Ansiaba manifestar su agradecimiento a la sin par Mercedes, a Thorne, a Lash, a Ladd mismo y, sobre todo, al extraño y asombroso yaqui, espléndido actor de la sin igual tragedia. Pensó en Nell, en el rancho. El terrible desierto perdió parte de su pavoroso aspecto y le pareció que un ángel se cernía sobre todos ellos.



Librodot

-Muchachos, venid aquí - dijo Ladd en voz baja -; usted, Mercedes, también. Y llamad al yaqui.

Ladd yacía bajo el resguardo de ramaje que sus compañeros le habían compuesto, con la cabeza ligeramente

elevada sobre su almohada. Su demacración era tal que, a no ser por la penetrante y bondadosa mirada, su rostro hubiera parecido la mascarilla de un hombre muerto de hambre.

-Quisiera saber en que día y en que mes estamos; - dijo.

Nadie supo contestarle. La pregunta pareció sorprender a todos.

-Mirad ese cacto - prosiguió. Cercano a la pared de lava un raquítico saguaro crecía a duras penas. De la aflautada columna colgaban algunas flores marchitas.

-De acuerdo con esa planta estamos hacia fines de marzo - dijo Lash seriamente.

-Más bien en abril. Fíjate en la posición del sol. ¿No notáis que va aumentando el calor?

-Bueno; supuesto que estamos en abril, ¿y qué?-replicó Lash.

-Lo que quiero decir es que empieza a ser hora de que vayáis pensando en regresar a Río Forlorn antes de que se sequen las aguadas.

-En cuanto estés en condiciones de montar a caballo, emprenderemos el camino.

-Será demasiado tarde.

Siguió un silencio durante el cual los que rodeaban a Ladd le miraron fijamente y se miraron entre sí. Lash cambió desazonado la posición de su pierna herida, y Gale observó que humedecía los labios con la lengua.

-Carlos Ladd, opino que no pretenderás que nos vayamos dejándote aquí.

-¿Que otra cosa podéis hacer? Se acercan los calores. Muy pronto la mayoría de las aguadas quedarán secas y será tarde para viajar... ¡Dios sabe cuándo podré moverme! ... Desde luego, no en varias semanas y... aun suponiendo que saliera de aquí con vida, ya no serviré nunca para nada. ¡Son azares del desierto ! Conozco varios casos en los que se ha tenido que dejar a un inválido. Es de sentido común. Cuando se afronta el desierto no se puede uno permitir el lujo de ser sentimental. Yo ya estoy listo, de manera que ¿por que esperar más aquí cuando el hacerlo supone la eterna historia? Marchando ahora es probable que lleguéis a casa. Si esperáis a poder cargar conmigo será tarde. Dentro de poco esta lava será un

infierno. Muchachos..., ¿verdad que tengo razón? ¡Jim, viejo camarada!...

-No, Ladd, no. Y, además, no se cómo te atreves a proponerlo.

-Entonces, dejadme aquí con el yaqui y un par de caballos. Nos alimentaremos con carne de cabra, y si el agua aguanta...

-¡ No 1 -interrumpió violentamente Lash.

Los ojos de Ladd buscaron a Gale.

-Dick, tú no eres tan terco como Jim - prosiguió Ladd -. Tú te haces cargo de las cosas. En Río Forlorn te espera Nell. Piensa lo que supone para ella. ¡Es una mujer con un corazón de oro! ¿Tienes derecho a destrozárselo por un carcamal inútil como yo? Piensa cómo te está esperando, con los ojos fijos en el camino. ¿Verdad que...?

Dick sacudió la cabeza negativamente.

El batidor miró a Thorne con mirada en la que se había enturbiado el claro fulgor.

-Thorne, su caso es distinto. Jim tiene la cabeza más dura que una peña y Dick se ha pinchado con púas de choya inyectándose el veneno del desierto en la sangre, pero

usted... usted no tiene por que imitarles, usted puede emprender el camino. Llévese a su esposa. ¡Márchese, Thorne!

Deliberadamente, sin vacilación alguna, obtuvo respuesta.

-¡No!

Ladd se dirigió suplicante a Mercedes. Las convulsas facciones y el temblor de su voz denotaban la tremenda tensión a que la escena le sometía.

-Mercedes, usted es una mujer. La mujer por la que hemos luchado y por la que alguno de nosotros dará la vida. No haga el sacrificio estéril. Déjenos el consuelo de pensar que la hemos salvado. Obligue a Thorne a seguirla. Si usted lo pide tendrá que acceder, tendrán que acceder todos. Piense en su felicidad al regresar al mundo. Dentro de una semana será tarde. Déjeme que le diga, Mercedes, que cuando el sol de verano caiga sobre esta lava nos agostaremos, acabando abarquillados como virutas junto al fuego. De la cisura vendrá un viento cálido como el soplo del infierno. Mire esos mezquites. Fíjese cuán retorcidos están. Eso es el presagio del calor de la sed... ¿Quiere usted vemos a todos así?... Mercedes, no inutilice usted nuestro esfuerzo. Dígame que persuadirá a Thorne por lo menos.

A juzgar por el efecto que en ella causó la súplica de Ladd, hubiérase dicho que tenía el corazón más duro que las peñas que les rodeaban.

- ¡ Nunca !

Pálida, con los bellísimos ojos despidiendo destellos luminosos, la española pronunció la palabra que la confinaba a olla y a sus compañeros en el desierto.

No se volvió a hablar del asunto, pero Gale creyó leer un siniestro designio en la mente de Ladd y con gran sorpresa comprendió que Lash tenía idéntica sospecha. En consecuencia, pusieron especial cuidado en no dejar nunca arma alguna al alcance de la mano del inválido. Gradualmente la honda preocupación del batidor fue disipándose; al verse labre de ella recuperó las fuerzas con mayor rapidez. Él, que había sido ejemplo viviente de paciencia, no supo esperar. Tenía ansia de restablecerse. Su apetito era insaciable.

El sol fue elevando su órbita, cada día más deslumbrante y potente. A mediodía el viento del Golfo barría el arroyo, en el que sólo palo-verdes y saguaros conservaban su lozanía. El nivel del agua en el pozo de lava continuaba bajando diariamente cosa de una pulgada.

El yaqui era el único que invertía activamente el tiempo haciendo excursiones a las laderas, de las que regresaba portador de armas, botas, sombreros o cosas parecidas pertenecientes a los bandidos difuntos.

Del hecho de no traer ni sillas ni bridas, los batidores dedujeron que los caballos de Rojas habían emprendido solos el recreo. ¿.Que consternación no causarían aquellos animales ensillados y sin jinete si llegaban a Río Forlorn?

Los días se convirtieron en semanas; Ladd progresaba lentamente, hasta llegar un momento en que pudo dar algunos pasos. Poco después manifestó que atado a un caballo se sentía capaz de resistir la jornada.

En el campamento reinó gran alegría. Se empezaron a hacer planes y proyectos. Ausente el yaqui, los batidores le informaron a su remeso de su disposición para emprender el viaje a través de la lava y de los cactos

El indio sacudió la cabeza. De nuevo reiteraron su propósito.

-¡No! -replicó. Brevemente expuso la situación. Habían esperado en demasía. Las

aguadas más pequeñas estaban secas. El verano se les echaba encima. En el valle acechaba la muerte. Donde estaban tenían agua, hierba, leña, sombra bajo la cual cobijarse, y cabras monteses en los picachos. Si no era uno de aquellos temidos y terribles años secos mejicanos, el agua duraría lo suficiente.

-Esperemos que llueva -concluyó-. ¡Si no llueve!... -Y terminó la frase calladamente, alzando una mano con elocuente ademán.

# XVI

Si Cale se hubiera obstinado en pensar en la plácida y confortable tranquilidad del rancho, su situación le habría parecido espantosa. Pero puesto frente a ella, en aquel caótico mundo de lava y de árida desolación, la aceptaba resignadamente como inevitable, suponiendo que de igual modo la aceptaban los demás. Si en sus pechos bullían sentimientos de afecto y de anhelo por los seres queridos, los reprimían inflexiblemente. En Mercedes, el forzado confinamiento no causo modificación alguna, tal vez porque cuanto amaba estaba a su lado en el desierto. Por tácito acuerdo, Ladd tomó la jefatura de la partida. Era hombre que en todo caso asumía sus responsabilidades. En momento de azar o incertidumbre, Lash, Gale y el mismo Belding recurrían inconscientemente a Ladd.

Lo primero que propuso fue un inventario de los recursos de que disponían para su alimento. La provisión era en verdad escasa. El batidor la contemplo pensativamente, repasando en su cerebro antiguas experiencias, llamando en su ayuda cuanto de útil y provechoso le había enseñado su dilatada vida en el desierto, aplicable a la sítuación presente. Aunque era imposible leer. en su rostro, demacrado y cadavérico aún, su lento movimiento de cabeza fue para Gale tan expresivo como lo hubieran sido las palabras. Sin embargo, había un destello de esperanza en el significativo ademán con que indicó los sacos de sal, diciendo

-¡Suerte tuvimos al pensar en traer tanta sal!

Y volviéndose a sus camaradas, prosiguió

-Poco pienso tenemos para seis hambrientos acorralados en el desierto, pero no es eso lo que me preocupa. El yaqui cazará cabras en los picachos. ;Agua! ¡Ése es el principio y fin de nuestro predicamento !

-Ladd, yo opino que esto no es un mero receptáculo de aguas pluviales, sino un verdadero manantial.

-Pregúntaselo al indio.

Interrogado, el yaqui repitió lo que había dicho respecto al terrible año seco de los mejicanos. En épocas de verdadera sequía el aguadero se apuraba.

-Dick, coge una cuerda y sondea cuánta agua queda.

Gale no pudo hallar fondo con sus treinta pies de lazo. El agua era clara, cristalina, como si estuviera contenida en un aljibe de hierro.

Ladd acogió la información con verdadero regocijo.

-Veremos; el año pasado fue bastante seco. Tal vez este no lo sea. Tal vez se mantenga firme nuestra buena estrella. Preguntad al yaqui si cree que lloverá.



Librodot

Mercedes tradujo la pregunta.

-Dice que es imposible predecirlo con certeza, pero que cree que habrá lluvia-replico.

-Lloverá, podéis estar seguros de que lloverá-continuó Ladd-. ¡Con tal de que haya hierba para los caballos! Dick, vete con el indio a explorar el arroyo. Hoy he notado que los jacos engordaban. ¡Engordar en este desierto! ¡Si no es porque se hayan comido ya toda la hierba... ! Ve a verlo, y quizá traigas buenas noticias.

En las escasas ocasiones en que se había apartado del campamento, Dick no había ido nunca lelos. El yaqui les aseguro en un principio que los caballos hallarían pasto y nadie se había vuelto a preocupar del asunto. Gale vio que el arroyo, al extenderse, se iba ensanchando. Cerca de su nacimiento la hierba alfombraba el curso del lecho del seco río, pero más allá este lecho iba ampliándose con evidentes señales de que, en las épocas de avenidas, el agua cubría todo el fondo del arroyo. Cuanto más se alejaba, más altos y tupidos eran los mezquites y palo-verdes, más abundantes las otras variedades de cactos y otras plantas, y más frecuentes los trechos cubiertos de hierba gris en regular cantidad. Se preguntaba donde podían estar los caballos hasta que, finalmente, árboles v arbustos se fueron aclarando y una planicie de una milla de ancha apareció ante sus ojos; allí estaban los peliblancos, que le saludaron con su acostumbrado relincho. ¡Allí había hierba para una caballada l Era un verdadero oasis en el arroyo.

Ladd y sus compañeros esperaban el resultado de la exploración de Gale. Cuando llegó le rodearon esperando ansiosos su relato, con presentimiento de alegría.

Los ojos de los cuatro hombres se volvieron hacia Mercedes.

-Señor Dick... ¿Cree usted?... ¿Piensa que...? ¿Podremos... ? - balbució Mercedes.

Era el lado femenil de su carácter, flaqueando ante la esperanza y la felicidad relativa de la vida en el desierto.

-Mercedes, no hay quien pueda predecir lo que pasará -dijo Ladd gravemente-. Confieso que tengo más esperanzas de las que esperaba tener. Estuve a las puertas de la muerte y me salvó el indio. En mi cabeza se agitan extrañas ideas respecto al yaqui. No acabo de entenderlas. Si se le mira, parece simplemente un salvaje sombrío, fúnebre y vengativo, pero ¡qué diferente es la realidad! Tal vez sea distinto a los demás yaquis. Tal vez nosotros, los blancos, no hemos logrado nunca comprender a los indios. En todo caso, Belding tenía razón. El yaqui es insustituíble. Ahora bien, en cuanto al porvenir... me gustaría tanto como a usted saber si algún día volveremos a Río Forlorn, pero siendo como soy, me limito a pensar: ¿quién sabe?, aunque algo vislumbro que el yaqui podría contestarme. Pregúnteselo usted, Mercedes, hágale hablar. Será mejor para todos saberlo y nos dará mayor confianza, mayor fe en él. Es un indio taciturno, pero... ¡hágale usted hablar!

Mercedes llamó al yaqui. Poniendo una mano sobre su musculoso brazo, le habló en español. Su voz era rápida, llena de profunda emoción, dulce como el tañido de una campana. Aun sin entender lo que decía, Gale sentíase conmovido. Adivinaba en ella la expresión del ansia de una mujer por la vida, por un amor, por un hogar, atavismos obligados de un corazón femenil.

-¡ ¡ ¡Sí! ! -respondió el yaqui.

Mercedes exhaló un profundo suspiro y sus ojos buscaron los de Thorne.

- ¡Dice que sí! -murmuró-. ¡Contesta que nos salvará, que nos guiará ! Sabe el camino...

El indio reanudó sus tareas; Ladd rompió el silencio:

-¡Ya lo decía yo ! Ahora es preciso tener sentido común. Amigos, me constituyo jefe del comisariato de esta partida; lo que yo diga será ley. No comerá nadie sin autorización mía. Ya veréis como mejoramos de salud. Un hombre hambriento no enferma nunca. Se acercan los calores y con ellos el peligro de volvernos locos... ¿Cómo pasar el tiempo? ¡Éste es el problema 1 Si os gustase jugar a las damas, podría improvisar un tablero y... Thorne, usted es el más afortunado : tiene a su esposa puede convertir su espera en una luna de miel. Tendrá que poner a prueba su ingenio y construir una cabaña para Mercedes. Dick también tiene suerte. Le gusta cazar y en los picachos encontrará las mejores cabras monteses del Oeste. Coge el x405» y que te acompañe el yaqui. Necesitamos carne, y así, mientras la consigues, te distraes. ¡Ojalá pudieramos imitarte todos l Pero los paticojos no pueden trepar llambrias. ¡Verás que panorama desde los picachos l No hay en todo el mundo paisaje Más agreste. Cuando tú y Nell seáis viejos contarás a los chicos tus aventuras, cuando anduviste perdido por la lava y cazabas cabras monteses con un yaqui. ¡Eso es!...

Si yo tuviera una mujer en quien pensar, no tendría miedo a volverme loco!... Caza, piensa en Nell y en lo que contarás a tus arrapiezos más adelante, cuando les hables de un viejo vaquero que fue tu amigo y que ya habrá cruzado la última frontera... ¡Andando, mucha. cho! ... ¡Más entusiasmo! ... ¡Lo necesitarás para ti... y para nosotros!

Gale escaló la pendiente a la derecha del arroyo, siguiendo un sendero que, según el yaqui, habían trazado los papagos antes de que sus propias tribus cazasen en aquella comarca. Serpenteaba por entre crestas y grietas de lava, que hubieran sedo intransitables incluso sin la añadidura de las plateadas choyas. Veíanse bancales, salientes' y lomas relumbrantes al sol, sin vegetación alguna. Desde las crestas el yaqui oteaba buscando señales de cabras; Gale se valía de sus gemelos para completar la exploración. Por efecto del intenso calor, la calina, tremolando sobre el rojo oscuro del suelo y el blanco de las choyas, daba la impresión de una gran hoguera.

Súbitamente el yaqui se detuvo en la cumbre de un bloque de lava, y cogiendo por un brazo a Gale señaló. hacia una profunda quebrada.

Con los gemelos, Dick pudo contar cinco cabras. Eran mucho mayores de lo que había supuesto, de un color pardo oscuro. Entre ellas dos machos de larga cornadura pacían, levantando a intervalos la cabeza para mirar en su dirección. Recordando lo que había oído acerca del prodigioso alcance de la vista de aquellos animales, Gale supuso que habían advertido su presencia.

Los movimientos del yaqui llamaron su atención. El indio había llevado consigo un gran pañuelo encarnado y una rama de mezquite a la que lo anudo; clavo la improvisada bandera en una cisura de la lava y el viento la hacía ondear. Después indico a Gale que observase. Con sus gemelos vio que los cinco animales estaban inmóviles como estatuas, con las cabezas vueltas hacia la quebrada. Distaban más de una milla. A simple vista se confundían con el terreno. Dick estaba intrigadísimo. ¿Veían las cabras el rojo pañuelo? Parecía increíble, y, sin embargo, no hallaba otra explicación que justificase la rígida expectación de su postura, que conservaron por más de quince minutos. Después, el macho empezó a. acercarse, siguiéndole los demás. Daba unos cuantos pasos y se detenía, con la cabeza engallada, olfateando

-¡Por vida de! ... ¡Nos están husmeando! -exclamo Cale-. ¡Han visto la banderola y son ellos quienes nos acechan! ... ¡Sienten curiosidad! ¡Me dejan pasmado! ...

Evidentemente, lo que ocurría no ofrecía curiosidad para el yaqui, que se limito a



Librodot

gruñir ininteligiblemente.

A Cale le era difícil refrenar su impaciencia. Los animales se acercaban lentamente; el macho, seguido de los otros, que imitaban exactamente sus pasos, avanzaba y se detenía a intervalos absolutamente regulares. Daba gusto verles. ¡Qué agilidad 1 ¡Qué saltos ! ¡Qué absoluta precisión de movimiento! Dick olvido su rifle. El yaqui !e dio a entender que permaneciera bien oculto y, sobre todo, quieto. Gale concibió de pronto la idea de que el hato pretendía acercarse a investigar la naturaleza de aquello que flameaba a impulsos de la brisa.

E! macho siguió con la misma regular persistencia. A la media hora estaba frente al declive, indudablemente fascinado por e! trapo rojo. Las crestas y las cisuras ocultaron momentáneamente la marcha de los cinco, hasta que una presión de la mano del yaqui hizo temblar a Dick de excitación.

Cautelosamente, cambio de postura. A unos cincuenta pies escasos, sobre un montículo de lava, el macho estaba inmóvil, olfateando. Su tamaño asombro a Gale. A primera vista parecía todo cuernos, pero en seguida se apreciaba la magnífica simetría de su cuerpo, esbelto, musculoso, de fuerte osamenta y admirable conjunto.

Mientras lo contemplaba absorto, apareció el otro macho y, a poco, el resto del hato.

Gale pudo recrear sus ojos en un espectáculo digno de un cazador. El espléndido guión se fue acercando con los redondos y ambarinos ojos clavados en la fatal bandera. Como autómatas, los otros cuatro siguieron sus huellas. Algunos pasos más, y el guión se detuvo.

El yaqui recordó a Dick su rifle y el objeto de la excursión y de la espera. Un escalofrío enturbio el placer que disfrutaba. De repente se dio cuenta de algo que había echado de menos en aquellos animales sin poderlo precisar. ¡No parecían salvajes! ¡La más indómita de aquellas salvajes criaturas parecía mansa como las ovejas de un rancho! Sería poco menos que un asesinato tirar sobre ellas. Gale deploro la necesidad y no pudo resistir la tentación de comprobar su mansedumbre.

Empuño el «405», y el chasquido del proyectil al en trar en la recámara hizo brincar a las cabras. Rápida mente se puso en pie.

El noble macho y sus huestes se limitaron a mirarle.

No habían visto nunca a un hombre. No demostraban el menor síntoma de temor. Sorpresa, curiosidad, confianza, parecían ser las características de su actitud. Gale no quiso esperar más, resolviéndose a utilizar el arma. El disparo mato al guión. Los otros huyeron brincando con remarcable agilidad. Gale empleo los cuatro proyectiles restantes en el segundo macho. Cuando hubo recargado, los otros tres animales estaban fuera de su alcance.

El método cinegético del yaqui era seguro, mortífero y, sobre todo, permitía un gran ahorro de energías, pero Dick no quiso volver a emplearlo. Prefería acechar su presa. Suponía un gran derroche de facultades, requería ojos y pulmones de montaraz y, como decía Ladd, unas botas de siete leguas.

Las cabras, después de algunos días de cacería, se hicieron extremadamente difíciles de alcanzar. Gale pudo convencerse de que su fama de ser los animales de más larga vista estaba bien adquirida. El único medio de ataque efectivo fue localizarlos con los gemelos, ir colocándose a favor del viento y, aprovechando alguna cresta o espinazo, arrastrarse como un lagarto hasta llegar a un punto favorable. Con frecuencia su trabajo era estéril. La caza requería resistencia, astucia y celeridad. Al aumentar el calor, aprovechaba las

primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde. Pasó más de una noche solo en el inmenso mar de lava, con las estrellas titilando sobre su cabeza y los insondables abismos a sus plantas. Y como una sombra, el fiel yaqui le seguía por doquier.

La parte más ardua y penosa de la tarea era el acarreo de las piezas cobradas. Generalmente las descuartizaban sobre la marcha, eligiendo los mejores trozos para transportarlos a través de las millas y millas de escabroso terreno sembrado de choyas.

Cale se transformaba. El desierto se había apoderado de él en forma tal que le había hecho su esclavo. Se sentía hombre, algo vivo y alerta en aquella desolación, dueño de toda su grandeza y de toda su sublimidad, porque había despertado en su alma una voluntad consciente y dominadora.

Cuando el pesado fardo de la caza le hacía perder pie precipitándolo sobre las chovas, o cuando sus invisibles púas le laceraban las carnes, érale preciso apelar a toda su fortaleza y resistencia, porque aquellos cactos tenían un extraño y maligno poder de tortura. El dolor era terrible, abrasador, veneno de la sangre y de la piel. Si una púa atravesaba su pierna, sentía el reflejo en todo el cuerpo; si eran sus manos las que paraban el golpe, saliendo ensartadas de terribles espinas, quedaba anonadado, inerte, tembloroso, hasta que el yaqui se las extraía una a una.

Este peligro, más de temer que el vértigo de las alturas o la ceguera causada por la reverberación, no era bastante para intimidar a Gale. Tenía por maestro al yaqui, que era como tener continuamente delante un ejemplo imposible de igualar.

Los fugitivos pudieron soportar el tórrido calor estival gracias a que llegó gradual y casi imperceptiblemente.

Con el cambiaron de costumbres : se hicieron noctámbulos. Las noches tenían la balsámica frescura de la primavera; hubiera sido delicioso aprovecharlas para el sueño, pero entonces los días habrían resultado insoportables.

El sol se alzaba como una inmensa llamarada blanca y con el venía el abrasador viento del Golfo. Sobre el arroyo se mecía una bruma rojiza que más tarde se llevaba el viento, dejándola en jirones por entre los picachos.

Durante las horas de mayor bochorno, los que componían la partida dormían en las profundas cisuras de la lava, y si la necesidad les sacaba de ellas, no podían permanecer largo rato expuestos al sol. La arena quemaba, aun a través del calzado, y el simple contacto de la mano con la lava levantaba ampollas.

Antes del crepúsculo el yaqui encendía una hoguera; poco después iban saliendo todos de sus escondrijos, medio ciegos, atontados por el calor, con las gargantas secas y un apetito que jamás saciaban. Algo de ejercicio y la frescura del ambiente les desperezaba; cuando llegaba la noche les hallaba confortablemente instalados en tomo a la hoguera.

Como Ladd había predicho, uno de sus mayores problemas era el de pasar el tiempo. Las veladas resultaban

interminables y tenían que invertirse trabajando, soñando o jugando, de cualquier modo, excepto durmiendo. Ésta era la regla inflexible de Ladd. Aunque no la justificó, parecía probable. que el batidor, al obligarles a dormir durante el insoportable calor diurno, tendía a aminorar su desgaste orgánico, a más de reducir el amenazador peligro

del enloquecimiento.

En los primeros tiempos, las ocupaciones del pequeño grupo fueron muchas y muy variadas. Trabajaban en cuanto tenían algo que hacer o podían inventar un pretexto.



Librodot

Contaron cuentos e historias hasta agotar su repertorio y hacer insoportable la recepción; cantaban... Mercedes les enseñó español... Jugaban a cuantos juegos sabían o pudieron inventar, algunos tan triviales que escasamente hubieran interesado a un niño. En una palabra : combatían la salvaje soledad que les rodeaba, con inteligencia, con pasión. con cuantos medios les sugería lo que en ellos había de civilizado y humano.

Pero... sus imaginaciones eran finitas y limitadas. No podía esperarse un triunfo completo sobre la Naturaleza, sobre el horizonte infinito de muerte y desolación.

Gradualmente se fueron restringiendo sus ocupaciones, hasta llegar un momento en que se les hizo difícil incluso encontrar motivo para romper el silencio.

Cale se creía el más avisado de la partida, el que pensaba más; el batidor observaba el efecto del desierto en sus compañeros. Parecíale ver envejecer a Ladd junto a la hoguera. Era lo cierto que su cabello, de gris que era, había pasado a blanco. Su antigua frialdad, adusta y dura, se había trocado en bondad y en una abstracción cada vez más palmaria.

Pasaba horas enteras inclinado sobre su tablero de damas, sin mover pieza alguna. Le era igual tener adversario o no, acogiendo con deleite cualquier observación que se le hiciera, como si le sacase de un mundo ideal, en el que su mente anduviera errante.

Jim Lash, el más calmoso, tranquilo, despreocupado v campechano de cuantos hijos del Oeste había Cale conocido, perdía esas cualidades, que hubieran sido de infinito valor para sus compañeros; se pasaba los días pensativo, cabizbajo, silenciosamente preocupado. Jim no tenía lazo alguno que le uniese al mundo, sus recuerdos eran escasos y el desierto se iba apoderando de él.

Mercedes y Thorne eran, en cambio, prueba fehaciente de la importancia de la libertad de espíritu, mente y corazón, libertad que les permitía elevarse sobre la colosal esterilidad, silencio y espacio de su prisión de lava. Eran jóvenes, se amaban, estaban juntos y el oasis era para ellos un paraíso. Gale creía adquirir fortaleza contemplándoles. Su imaginación no había sabido nunca representarse la verdadera felicidad. Mercedes y Thorne habían olvidado e! mundo exterior. Viviendo en la luna no hubieran habitado un lugar más árido, más solitario, más áspero que aquel arroyo, y, sin embargo, para ellos era un edén, tan deleitable como el de nuestros primeros padres.

Mercedes adelgazo hasta convertirse en la esbelta sombra de su primitivo ser. Su tez adquirió el curtido de la de los batidores; sus movimientos, la agilidad felina de la pantera. Parecía vivir de agua y de aire..., tal vez de amor, porque, a pesar de la insistencia de los demás, se alimentaba con inverosímil sobriedad.

Dick Cale había tomado la costumbre por las noches de escalar el declive de lava hasta el sendero, acomodándose en un promontorio para contemplar las estrellas o mirar durante horas seguidas la vasta oquedad del cráter, llena de sombras continuamente variables.

Así pasaba las noches interminables, dejándose vencer por la fascinación del infinito cielo, luchando contra la terrible sensación de hallarse perdido en el desierto, luchando sobre todo por repeler la insidiosa y penetrante preocupación que se interponía entre él y sus recuerdos.

Estaba solo en el promontorio. La noche tocaba a su término. Una tétrica luna iluminaba los negros espolones volcánicos. El viento soplaba en silencio. ¿Estaba solo? No, tenía la impresión de estar acompañado. El yaqui estaba allí. Una extraña sensación le invadió, una sensación nueva. Sintió una presencia. Volvióse creyendo ver al indio y

percibió una tenue sombra, pálida, casi blanca, a una distancia indefinida. No estaba lejos, pero tampoco estaba cerca. Pareció abrillantarse y vio una figura de mujer semejante a una joven que conociera antaño... Rubia..., de blanca piel..., labios bermejos y ojos azules que se volvían negros...

-¡ Nell ! ¡La había olvidado!

Le invadió un torrente de recuerdos. En su dulce rostro reflejábase trágica aflicción. Nell le tendía los brazos, le llamaba a través de los cactos, la arena y la lava. ¡Nell sufría y é! la había olvidado!

Escalo la vertiente hasta la cresta más alta, sin un resbalón, sin tocar una púa de choya. Obedecía a una voz interior que le impulsaba. Veía los ojos de Nell en las estrellas, en la aterciopelada bóveda celeste, en las predominantes sombras. Estaba a su lado, sombra invisible espíritu protector que guiaba sus pasos. Los recuerdos acudían veloces a su mente. Hacia el Oeste, ligeramente aureolada por la luz de la declinante luna, vio una nube... ¡Una nube en el horizonte del desierto!... Miro y miro, incrédulo... ¿Sería una sombra como la que le acompañaba?... ¡No!... ¡No era un sueño!....

Silencioso, el corazón inundado de gratitud, Dick Gale, con un brazo sobre el cuello de Blanco Sol, contemplaba un Oeste transformado, en el que nubes de prodigioso tamaño y múltiples tonalidades se amontonaban, persiguiéndose, extendiendo su manto hacia el blanco y refulgente sol.

Cuando llegaron al cenit y por fin cubrieron el resplandeciente disco, la tierra tomó un aspecto lúgubre y sombrío. El rojo de la lava se trocó en un gris acerado. Vastas sombras, ondulantes como olas, procedentes del Golfo, invadían el arroyo. El silencio seguía siendo absoluto. El desierto esperaba el extraño acontecimiento...: ¡la tormenta 1 Si los interminables tórridos días habían parecido fantásticos a Gale, ¿cómo podría calificar el estupendo espectáculo presente?

-¡Oh! ¡He sentido una gota de lluvia en la cara! -gritó Mercedes, y murmurando una invocación religiosa se abrazó a su esposo.

Ladd, el de los blancos cabellos, encorvado, envejecido, miró el cúmulo de nubes, diciendo lentamente

-Reuniremos los caballos y, con una fardería ligera, emprenderemos el camino haciendo jornadas nocturnas.

Del Oeste del Golfo sopló un viento huracanado y un palio negro y terrible cubrió la tierra, acompañado de horrísonos truenos y relámpagos..., furia, negrura, caos... ¡La tormenta en el desierto!

# XVII

En la hacienda de Río Forlorn, Belding estaba solo, sumido en la semioscuridad de su aposento. El bochornoso calor estival envolvía como una manta la casa entera.

Tomó de sobre la mesa su biricú, ciñéndoselo lentamente a la cintura. El peso del revólver contra la cadera pareció hacerle sentir algo familiar y confortable. Fue hacia la puerta con intención de salir, pero vaciló; emprendió un paseo arriba y abajo de la habitación. Detúvose junto a la mesa y, con ademán que demostraba su contrariedad, se

desabrochó el biricú, volviéndolo a dejar sobre aquella.

La acción no tuvo aire de finalidad y Belding lo sabía. Había vivido la vida intensa de los primeros tiempos de Texas, había sido sheriff cuando la ley del Oeste se basaba principalmente en la rapidez del juego de muñeca; había visto a muchos hombres deponer para siempre sus armas, y sabía que su acción no era final. Recientemente, habíala ejecutado con frecuencia, pero esta vez le había costado mayor trabajo, más perplejidad. Por diferentes motivos, el arma tenía para Belding una sombría fascinación.

Los Chase, ambiciosos y desalmados, agentes de una nueva fuerza en el desarrollo del Oeste, se habían propuesto la ruina de Belding, y, por lo menos en cuanto a sus intereses en Río Forlorn atañía, estaban a punto de conseguirlo. Uno por uno, había perdido cuantos puntos había discutido con ellos. Había llevado a Tucson, en apelación, el pleito de las tenencias demarcadas, de las minas y de las aguas ; el resultado había sido adverso. Se había visto despojado de su cargo de Inspector de Inmigración, lo cual consideraba una injusticia que le había herido profundamente.

Después, y para mayor humillación suya, tuvo que comprar a los Chase el agua precisa para la irrigación de sus campos de alfalfa. El inagotable manantial que brotaba en la hacienda cubría las necesidades de la casa y de las cuadras, pero nada más.

Aunque todo ello era lamentable, no podía considerarse eso como el único motivo de su preocupación y su intenso odio. Tenía la certeza de que Dick Gale y el resto de la partida que el yaqui condujera al desierto habían perecido, bien a manos de los bandidos, bien extraviados en el inmenso yermo. Dos meses antes, una recua de caballos mejicanos, hambrientos, sin jinetes, ensillados y locos de sed había llegado a Río Forlorn. Eran parte de los pertenecientes a Rojas y a su cuadrilla. Su llegada complicó el misterio y acabó por tener la convicción de que las pérdidas habían afectado a perseguidores y per seguidos.

El infortunio de Belding tampoco podía achacarse a perdidas materiales. Había sido rico y ahora era pobre, pero el cambio de fortuna no era la causa de su infelicidad. Algo trágico y más misterioso que la pérdida de Dick Cale y sus amigos había venido a influir en las vidas de su esposa y de Nell. A partir de cierto día en que la señora Belding había reconocido en el mayor de los Chase a un antiguo condiscípulo y rechazado pretendiente, Belding, más bien corto de alcances, había tardado en percatarse de que ocurría algo anómalo en su hogar, especialmente porque la presencia de los Gale obligaba a las dos mujeres a ocultar sus sentimientos. Gradualmente, sin embargo, el hacendado había adquirido el convencimiento de que causas ajenas a la perdida de Dick motivaban la pesadumbre de su esposa y de Nell, confirmándole en su creencia la primera al manifestar el deseo de hacer una visita a su antiguo hogar de Peoría. No dio explicaciones, pero le enseñó una carta recibida con enorme retraso, después de recorrer medio Oeste. La misiva contenía noticias que podrían o no ser autenticas, pero que, a juicio de Belding, eran suficientes para interesar a su esposa. Un veterano buscador de oro había regresado a Peoria, narrando a sus familiares un encuentro con Roberto Burton en el oasis de Sonoyta, quince años antes, y afirmando que Burton se había internado en el desierto, para no volver. La nueva no sorprendía a Belding, por haberlo va oído decir antes de su enlace. No parecía quedar duda alguna del fallecimiento del primer marido de su esposa. Pero era singular el que tanto el padre como el abuelo de Nell se hubieran extraviado, hallando la muerte en el mismo desierto de Sonora.

Belding, no sólo no se opuso al deseo de su mujer, creyendo que el viaje sería beneficioso para ella, sino que hizo cuanto pudo por convencer a Nell de que la acom-

pañase. Pero esta se negó en redondo.

Después de la marcha de la señora Belding, este descubrió en su hija un estado de ánimo que le sorprendió, afligiéndole. Súbitamente cambió su carácter, viviendo en un perpetuo ambiente de tristeza que no podía ocultar ni aun a lo, Gale, quienes en opinión de Belding, eran los más indicados para hacerla sobreponer a su pesar. Fue inútil interrogarla; se encerró en un completo mutismo. A fuerza de cavilar relacionó el deplorable estado de Nell con el día en que por última vez había conversado con Radford Chase. El incansable pretendiente no había renunciado a sus pretensiones. Nell, a pesar de verse importunada, no cesaba de recordar a Belding su promesa de no insultar o poner sus manos sobre Chase. Hasta el presente se había considerado esclavo de su palabra, y más aún al ver con indecible asombro que Nell parecía aceptar las asiduidades del joven. No sabía cómo interpretarlo, seguro de que despreciaba al individuo, hasta que conjeturó que los Chase poseían algún extraño poder sobre ella y lo estaban ejercitando. De aquí su odio, un odio que en un principio había intentado reprimir y que ahora le sumía en siniestros y hoscos pensamientos.

Pasó el verano, llegando tardía la época tormentosa, si bien al llegar compensó su tardanza. Belding no recordaba tempestad tan temible de viento y agua como la que vino a poner fin a la estival sequía.

En breves días, el Valle de Altar se convirtió en una dilatada y verdeante pradera, en la que no se alzaban las eternas nubes de polvo. El río Forlorn corría caudaloso. Belding, criatura del desierto, veía siempre con gusto un río desbordado, pero en la ocasión presente rechinaba de dientes pensando en el pantano de los Chase, lleno hasta rebosar. La magnífica caída de agua del desaguadero le era desagradable. Por primera vez en su vida la abundancia de agua le molestaba.

De nuevo observó que se hacían trabajos en los predios colindantes con los suyos. Los Chase habían excavado una zanja de irrigación hasta la hacienda de Belding, interrumpiéndola en todo el ancho de sus terrenos y reanudando el trazado más allá hasta el Valle de Altar. Habían puesto en juego toda su influencia para tener el derecho de conectar ambos ramales a través de sus tierras, pero Belding había permanecido inflexible, negándose a tratar con ellos. Por eso veía con curiosidad y recelo la brigada de obreros mejicanos trabajar en las zanjas.

Al amanecer del día siguiente, una tremenda explosión hizo saltar a Belding de su lecho. Las paredes de adobe de la casa se resquebrajaron a consecuencia de la tremenda conmoción. Se rompieron la mayoría de los cristales y buen número de piezas de vajilla y útiles de cocina. Su primera idea fue que el depósito de dinamita de los Chase había volado. Se vistió apresuradamente y fue al aposento de Nell para tranquilizarla, recomendándole que cuidara de los huéspedes. Luego salió a investigar lo ocurrido.

Los habitantes del poblado estaban aterrorizados. Muchas de las endebles chozas de adobe se habían desmoronado; sobre el río flotaba una nube amarillenta, al parecer en la ribera próxima al terreno de Belding. Cuando llegó a su cercado, el humo y el polvo eran tan densos que dificultaban la respiración e impedían apreciar lo que había acontecido. Después percibió un enorme hoyo en el punto en que terminaba !a zanja de irrigación, cerca de sus lindes. Por alguna razón, inexplicable aún, los mejicanos habían hecho estallar un barreno de extraordinaria potencia en aquel lugar.

Belding reflexionó. Era indudable la hipótesis de una explosión accidental, pero ¿cuál había sido el motivo de aquel barreno? El suelo, de arena, cedía a la pala fácil-



Librodot

mente, no había rocas, y en cuanto a la construcción de la zanja el barreno era más perjudicial que ventajoso. Lentamente, fue hacia la hondonada donde, entre un grupo de sauces, manaba el perenne manantial tan apreciado por sus caballos y que tenia en tanta estimación. Temía apartar las inclinadas ramas para entrar en el fresco y umbrío sendero que a el conducía, pero, presa de súbito presentimiento, echó a correr. Llegó a tiempo de ver desaparecer el agua, que parecía absorbida por alguna interior atracción. La forma de la galería había cambiado por completo. La tremenda fuerza de la explosión debía haber obstruido o desviado el subterráneo curso de agua.

El inagotable manantial de Belding había dejado de ser. Su primera impresión fue de sentimiento. ¡Ya no florecerían los pálidos lirios bajo los sauces ! Los árboles mismos se agostarían en breve, para morir más tarde. Pensó en las veces sin cuento que había buscado refugio en aquel oasis, contra las sofocantes noches estivales... i Todo terminó!

Súbitamente pensó en Blanco Diablo. ¡Cómo había querido aquel lugar el pura-sangre! Belding se incorporó, mirando con ojos enturbiados por las lágrimas hacia el yermo del desierto. No pasaba un día sin dedicar un recuerdo a su espléndido caballo, pero en aquel momento, después de lo que acababa de ocurrir, el recuerdo era doblemente punzante, le causaba un dolor físico en el pecho.

-¡Diablo no volverá a abrevarse aquí ! -murmuró.

Nunca le había parecido tan real la perdida del peliblanco, aun reconociéndola y deplorándola, como en aquella ocasión.

La nube de polvo que lo cubría y el rumor de las aguas en la represa volvieron a Belding a la realidad, trayendo

a su mente a los Chase. ¡El barreno había sido colocado con deliberado propósito de destruir su manantial! ¡Qué ruin proceder! Ningún hijo del Oeste, ningún indio c salvaje hubiera sido capaz de cometer semejante crimen ¡Destruir un cristalino y perenne manantial en el desierto !

Al volver al rancho pareció desaparecer como por en canto la preocupación y la incertidumbre de Belding. Entró directamente en su habitación y con ademán re suelto se ciñó el biricú. Examinó el revólver, se aseguro de su buen funcionamiento, y se puso a pasear por la pieza, erguido, la frente alta, sin el aire de abatimiento que en los últimos tiempos era usual en él.

-'tamos - murmuraba -. Carter enviará los caballos que me quedan a mi hermano, a Waco. Nell cogerá el dinero que haya en la casa y la mandare a buscar a su madre. Los Cale están a punto de marchar... hoy mismo, si les hago la menor indicación. Nell puede ir con ellos parte del camino. Tom Belding, ahora te toca a ti obrar... ¡No queda otro remedio!

Al salirse cruzó con el señor Gale, que entraba. La prolongada estancia en Río Forlorn, a pesar de ir acompañada de terrible ansiedad, hasta trocarse en triste cer-tidumbre, había sido muy beneficiosa para el padre de Dick. La pureza y sequedad del aire, el clima y el reposo le habían, si no curado, por lo menos quitado años de encima, fortaleciéndolo.

-¿Qué fue esa tremenda explosión, Belding? - preguntó-. Hasta ver a Nell, tuvimos considerable sobresalto, temiendo una catástrofe.

-Catástrofes hemos tenido por acá, señor Gale, pero ninguna que me sacudiera tanto como la que acabamos de pasar.

Belding explicó la causa de la explosión y el motivo de haber ocurrido tan cerca de

su propiedad.

-¡Es un ultraje, señor, un incalificable ultraje! -exclamó el viejo Cale, acaloradamente -. En el Este no toleraríamos cosa semejante. Me sorprende su actitud ante tanta bajeza.

-Verá usted..., estaban madre y Nell de por medio... - empezó Belding como disculpándose. Bajando la cabeza, trazaba surcos en la arena con el pie -. Señor Gale, como habría dicho Ladd, he estado medio trabado, pero...

ahora proyecto tener más libertad de acción en esta casa... Enviare a Nell a reunirse con su madre, y después... Escuche, señor Gale, ¿le molestaría llevarse con ustedes a la muchacha parte del camino?

-No solamente parte, Belding. Nos encantaría tenerla con nosotros una temporada.

-¡Bravo! Y..., ¿piensan ustedes marchar pronto? No tome a mal mis palabras... -se interrumpió, porque lo cierto era que deseaba verles marchar lo antes posible.

-A no ser por usted, ya hace tiempo que habríamos marchado-dijo el señor Cale -, ¡desde que perdimos la esperanza de encontrar a Dick! ... Y en verdad, ahora que es indudable su perdida, creo que lo mejor será regresar a casa en seguida. Usted nos retenía pretextando los grandes calores..., pero ya no veo causa para más dilación. Mi estancia aquí ha sido muy beneficiosa para mi salud; jamás podré olvidar su hospitalidad. Este viaje hubiera hecho de mí otro hombre si Ricardo...

-Comprendo - dijo bruscamente Belding -. Entremos a decir a las mujeres que dispongan la marcha.

Nell estaba preparando el desayuno ayudada de las criadas. Su padre la llevó al gabinete donde se hallaban la señora Gale y su hija.

-Nena, tengo que darte una noticia -empezó-. El señor Gale marcha hoy con su familia, y tú te irás con ellos, por lo menos parte del camino. Te han invitado a visitarles. Creo que sería muy beneficioso el viaje... para ayudarte a olvidar... Pero lo esencial es... que vayas al Este a reunirte con tu madre.

Nell le miró intensamente pálida, sin pronunciar palabra.

-Aquí ya no tengo nada que hacer-siguió Belding-. El estampido de esta mañana ha' destruido el manantial. Se acabó el agua. Era... lo último que faltaba. Por !o tanto, nos sacudiremos el polvo de Río Forlorn. Más adelante me reuniré con vosotras. Eso es todo.

-Padre..., vas armado... - exclamó Nell señalando con temblorosa mano y corriendo hacia él,. Por vez primera, Belding la repelió. Sus movimientos habían perdida su antigua delicadeza.

-¡Pues es verdad! - replicó, llevando involuntariamente la mano a la pistolera-. ¡Soy tan descuidado! - ¡Padre!

-¡Basta! - exclamó en un tono que jamás había usado con ella-. Prepara el desayuno y disponte a abandonar Río Forlorn.

-¡Abandonar Río Forlorn! -murmuró Nell, llevándose las demacradas manos al pecho.

¡Qué cambiada estaba! Belding se reprochó tácitamente su rudeza, pero no pronunció palabra. Nell se marchitaba como Mercedes se había marchitado en ausencia de Thorne.

La joven se acercó a una ventana mirando al desierto, hacia los azulados picachos. Belding la contemplaba, igual que los Gale, en silencio. Apoyó el brazo contra el marco de la ventana, pero gradualmente lo dejó resbalar, quedando con el rostro junto a la madera. Un reprimido sollozo escapó de su garganta. Elsie Gale corrió hacia ella,



Librodot

abrazándola y apoyando la abatida frente en su hombro.

-¡Nos hemos hecho tan amigas! -dijo-. Estoy segura de que te sentaría bien una estancia con nosotros. ¡Aquí transcurren días interminables que los pasas con los ojos clavados en ese terrible desierto! ... ¡Ven, Nell,! Ven!...

Resonaron pasos en las lesas de la plazoleta y la puerta del gabinete retembló bajo un violento repiqueteo. Belding fue a abrirla. Los Chase, padre e hijo, aparecieron en su umbral.

-¡Buenos días, Beldingl, - dijo Chase el mayor -. Nos ha despertado la explosión y hemos venido a ver qué había ocurrido. El capataz mejicano se emborrachó ayer y sus hombres han cometido un desatino. Deploraría que le hubiese molestado...

-Chase, me atrevería a decir que es el primero de sus barrenos que he oído con gusto- replicó Belding, en un tono que dejó cortado al otro.

-¿Sí? Entonces, me alegro de saberlo - prosiguió, evidentemente intrigado-. Me preocupaba... Ha sido usted siempre tan quisquilloso... No nos hemos podido entender nunca... Vine en seguida temiendo que pudiera creer que ese maldito barreno...

-Creo, señor Bes Chase - interrumpió Belding -, que el barreno fue un disparate, un error... ¡El error más grande que ha cometido usted en su vida !

-¿Que quiere usted decir?

-Tendrá que excusarme unos momentos, a no ser que insista usted en saberlo inmediatamente. El señor Gale y su familia están de marcha y mi hija les acompaña. Preferiría que tuviese usted un poco de paciencia.

-¡ Nell se marcha ! -exclamó Radford Chase.

-¡Sí! Pero para usted... es la señorita Burton.

-Señor Belding, preferiría hablar con usted ahora mismo-interrumpió Chase el mayor-. Hay varios asuntos de importancia pendientes..., y han de solventarse. ¿Podemos entrar?

-No -replicó bruscamente Belding -. Miro mucho a quién invito a entrar en mi casa. Yo saldré con ustedes.

Se adelantó, cerrando tras sí la puerta.

-Vamos, alejémonos para que las mujeres no oigan... la conversación.

Ben Chase estaba rojo de ira, que procuraba reprimir. Su hijo parecía sombrío, hosco, impaciente, pero absolutamente ciego en cuanto a la situación, considerada desde el punto de vista de Belding.

Cuando éste se detuvo bajo los árboles, fuera del alcance de la casa, el mayor de los Chase no pudo más

-Señor Belding, ¡me ha insultado! ... ¡Nos ha insultado usted! ... ¿Cómo se atreve usted a...? ¡Sepa usted que... !

-Cállese la boca, especie de... - interrumpió Belding. Siempre había tenido vivacidad en la expresión, pero en la ocasión presente daba rienda suelta a su vocabulario.

Chase, lívido, respiraba entrecortadamente, parecía a punto de perder el dominio de sí mismo. Pero algo que debió de leer en la mirada del otro le contuvo.

-Si tiene usted algo que decir que sea de sentido común, estoy pronto a escucharle - prosiguió Belding cuando se hubo desahogado.

Tenía curiosidad por saber qué diría Chase. Ni por un instante admitía que hubiese argumento o proposición alguna capaz de hacerle cambiar de opinión en cuanto al presente. Pero pensaba que, oyéndole, tal vez hallaría la solución al enigma que desde

tiempo atrás le intrigaba. El sobrehumano esfuerzo de Chase para domeñar sus desenfrenadas pasiones dio a Belding la medida del carácter del especulador.

-Quiero hacer una postrera tentativa propiciatoria -empezó Chase, blandamente -. Usted ha sufrido aquí grandes pérdidas y, como es natural, está resentido. No lo repruebo, pero quisiera que viese las cosas desde mi punto de vista. Los negocios son los negocios y, en ellos, -quien más vale más gana. La ley protegió transacciones mías cuya honorabilidad usted puso en entredicho. En cuanto a sus pretensiones a las tenencias mineras y concesiones hidráulicas, perdió usted su pleito por un punto de derecho, al no poder probar que las había usufructuado durante cinco años, plazo que exige la ley. Cualquier docena de advenedizos que se presente puede pretender dominios del río Forlorn; pero si no han erigido edificio alguno, o carecen de documentos que prueben sus derechos de squatters, el primero que llegue podrá reclamar el agua... Ahora bien; yo quiero abrir la zanja principal de irrigación a lo largo del río, a través de sus tierras. ¿No podemos llegar a un acuerdo? Estoy dispuesto a ser liberal, a ceder en cuanto sea compatible con mis intereses. Le daré participación en la empresa. Tengo influencia bastante en el Capitolio para conseguir su reintegro en ,el cargo de Inspector de inmigración. Un poco de buena voluntad por su parte restablecerá su primitivo prestigio en Río Forlorn y le permitirá rehacer su fortuna. Aquí hay un espléndido porvenir... Mi interés, Belding, se ha hecho personal. Bedford está enamorado de su hijastra y quiere hacerla su esposa. Admito que de haber previsto esta situación no habría apretado tanto las clavijas con usted, pero... podemos hacer las paces, podemos marchar unidos, no ya sólo en negocios, sino en familia. Si la felicidad de mi hijo estriba en la muchacha, no dude de que haré lo imposible porque la alcance. Estoy dispuesto a indemnizarle de todas sus pérdidas. ¿Qué me dice usted?

-¡No! -replicó Belding-. Su dinero no puede comprar el derecho de paso a través de mi rancho. Y Nell no quiere a su hijo. No hay más que hablar.

-Usted podría convencerla.

-¡No quiero!...

-¿Sería indiscreto preguntar por qué?-La voz de Chase iba perdiendo su blanda cualidad, haciéndose más acerada.

- ¡Porque no! - replicó Belding -. Me sería imposible. Si lo hiciera sería en el caso de tratarse de un hombre. Conozco mejicanos..., conozco un yaqui a quienes daría Nell antes que a su hijo.

Radford Chase dejó escapar un alarido de inarticulada cólera. Belding no hizo el menor caso. Su padre reprimió un violento sobresalto. Llevóse las manos a la garganta y se desabrochó el cuello de franela de la camisa.

-La oferta de mi hijo es un honor..., tal vez más grande de lo que usted supone.

Belding no contestó. Sus ojos no se desviaran del sendero que conducía al río. Esperaba fríamente, seguro de sí mismo.

-La señora Belding no tiene derecho al nombre de Burton -estallo Chase -. ¿Lo sabía usted?

-No -replicó tranquilamente Belding.

-Pues... ahora lo sabe.

-Supongo que podrá probar lo que dice- interrogó Belding en el mismo tono glacial e impasible. En tal momento se le ocurrió pensar lo poco que el tal individuo conocía el Oeste y el carácter de sus hombres.

-¿Probarlo? ¡Sí! Lo bastante para hacer la verdad patente al menos avispado. Soy oriundo de Peoria. Allí nací y allí me crié; he ido a la escuela con Nell Warren, el nombre de soltera de su esposa. Era una muchacha bellísima, alegre y vivaracha. Todos estábamos enamorados de ella. Conocí a fondo a Bob Burton. Un hombre admirable, pero alocado. Aunque no se supo nunca ciertamente, se daba por seguro que estaba para casarse con Nell. Abandonó Peoria y poco después salió a relucir la verdad acerca de la muchacha. Desapareció del pueblo un par de meses antes de que Bob regresase a Peoria,, donde estuvo muy poco. Después no se supo nada de ellos durante varios años. Cuando llegaron noticias fueron de que Nell estaba en Oklahoma y Burton en Denver. Está en lo posible que la siguiera y se casaran. Eso explicaría el que ella tomase su nombre, pero no es probable. Ni se oyó decir nunca, ni lo hubiéramos creído aun oyéndolo. Fueron unos amores destinados a terminar mal desde un principio. Pero... quiero remarcar que Nell Warren era una de las mujeres más dulces, más nobles y más rectas del mundo. El que pretendiese ocultar su secreto era perfectamente natural. No se la puede censurar por ello. ¡Era una criatura ! ¡Diecisiete o dieciocho años ! ... En un momento de sorpresa, cuando reconocí en su esposa a mi antigua condiscípula, conté su historia a Radford, mi hijo... y comprenderá la escasa importancia que doy al pasado cuando le pido a usted la mano de su hija para él.

Belding escuchaba inmóvil. La genuina emoción de la V-al de Chase imprimía a sus palabras el sello de la verdad. Belding sabía conocerla al oírla. La revelación no le sorprendió ni le ablandó, porque adivinaba que la emoción de Chase era consecuencia de tocar una antigua llaga, de invocar recuerdos de un pasado a la vez doloroso y grato. Aunque no le creía capaz de un sentimiento noble, estaba dispuesto a concederle el beneficio de su posibilidad.

-¿De modo que usted prometió a mi esposa guardar su secreto, ocultar su deshonra a su marido y a su hija? - preguntó.

-¡Como! ¿Yo?... ¿Yo?... - balbució Chase.

-Y, naturalmente, hizo usted jurar a su hijo que se portaría como un hombre, muriendo antes que revelar, o siquiera insinuar, lo sucedido a Nell -prosiguió Belding con voz de trueno.

Ben Chase no contestó, palideciendo intensamente. Su hijo dio un paso atrás, apoyándose en la cerca.

-Repito : ¿jamás os valisteis ni el uno ni el otro de ese secreto para presionar a mi mujer y a su hija?-insistió, . furioso, Belding.

Halló la respuesta en los lívidos rostros demudados, en los labios que el miedo sellaba. Como un rayo, la razón del tormento de la señora Belding y de su marcha, el motivo del estado de Nell aparecieron ante su mente y sintió desencadenar todas las furias infernales en su pecho. Ciego de ira y de pena, su brazo vengador se alzó violento y el golpe tiró a Ben Chase contra la empalizada. Con la otra mano agarró a Radford, arrojándole contra su padre.

-¡Ahora lo comprendo todo! -dijo roncamente -. ¡Disteis en el flaco de la pobre infeliz ! ¡ Su amor por la muchacha ! ¡Hallasteis el punto débil de Nell, su orgullo y su horror a verse vilipendiada, y conseguisteis hacer huir a la una, persiguiendo a la otra! ¡Dios! ¡Qué ignominia! ¡Qué bajeza! Decírselo a la muchacha era va criminal, pero... ¡amenazarla con la revelación!...

No hay palabras para calificarlo! ...

Hizo una pausa, respirando entrecortadamente. Dio algunos pasos atrás y la acción, siniestra en un hombre armado, pareció aliviar los temores de los Chase,. en vez de aumentarlos. De haber cabido la menor lástima o piedad en el corazón de Belding, la hubiera sentido entonces.

-Y ahora, señores -prosiguió hablando bajo y con dificultad-, visto que no he aceptado su proposición. ¿supongo que se creerán relevados de guardar silencio?

El mayor de los Chase pareció fascinado por algo que leía en el rostro de Belding; su lividez se hizo aún más intensa y levantó una temblorosa mano. Radford, igualmente demudado, exclamó

-¡Hablaré hasta perder el aliento! ¡No puede usted obligarme a callar!

-¡Perderá el aliento, pero no será a fuerza de hablar! - rugió Belding.

Bajó el brazo y, al elevarlo, su mano empuñaba el revólver. Simultáneamente, con el gesto resonó un agudo y penetrante relincho. ¡El relincho de un caballo l El brazo, de Belding quedó paralizado. De momento no pudo ni mover los ojos. La familiaridad de aquel relincho era terrible, fatal, para menguar su fortaleza. De nuevo se oyó el relincho acompañado del inconfundible ruido hecho por el galopar de un animal.

-¡Blanco Diablo! -gritó con ahogada voz.

Se volvió, viendo entrar en la plazoleta a un peliblanco de salvaje aspecto, escuálido, terrible, ¡pero era su amado Blanco Diablo! Un indio broncíneo, de luenga cabellera, lo montaba. Tras él, otros peliblancos galoparon, exhalando una salutación al familiar recinto. Belding vislumbró la forma de una esbelta mujer cuyo rostro parecía no tener más que ojos.

Bajo los árboles, pasó Blanco Sol reluciente, orondo„ como si jamás se hubiera apartado del potril. Deteniéndose, pateó brioso, alzándose de manos. De un salto desmontó su jinete, musculoso, recio, cubierto de harapos, de rostro atezado, facciones austeras y llameante mirada.

Nell salió corriendo de la casa con el cabello suelto, los brazos tendidos, transfigurado el rostro.

-¡Dick ! ¡Oh, Dick ! ¡Dick! - gritó, y su voz pareció encontrar un eco en el corazón de Belding, cuyos ojos se empañaron de lágrimas.

No veía claro. ¿De quién eran las facciones que tenía ante sí? Un rostro ascético, macilento, trágico, torturado, casi cadavérico, en el que solamente los ojos conservaban su antigua expresión de perspicacia y de bondad. Belding concentró en ellos su atención para convencerse de que no soñaba.

-¡Cuánto me alegro de volveros a ver a todos ! - gritó una voz conocida, que habían creído no volver a oír jamás.

# XVIII

Ladd, Lash, Thorne, Mercedes..., los brazos de Belding eran cortos para abarcar a todos a la vez. Después le llego el turno a Blanco Diablo. Como si supiera comprender la situación, el fiero animal estaba quieto, manso, apacible. Recordaba al más bondadoso de los amos y tendía hacia él su aterciopelado morro.

Dick Gale tenía a Nell entre sus brazos. Belding les estrechó a ambos, excitado como un colegial. Vio a los Chase alejarse, sin conceder importancia a su retirada.

-¡Dick! ¡Dick! - vociferó -. ¿Pero eres tú?... ¿Quién dirías que está aquí..., aquí, en Río Forlorn?

Gaje estrechó la mano de Belding con la suya, recia y potente como una tenaza, sin pronunciar palabra, pero el padre de Nell pensó que recordaría eternamente su mirada.

Tres personas más entraron en escena. Elsie Gale, corriendo apresuradamente, y su padre, acompañando a la señora Gale, que parecía a punto de desmayarse.

-¡Belding! -grito roncamente Dick.

El rostro de Elsie estaba cubierto de intensa palidez, pero sus ojos reflejaban su alegría.

-¡Oh, hermano! ... ¡Mamá te ha visto! ... ¡Papá también, y no te han conocido! ¡Yo te reconocí en cuanto echaste pie a tierra! ... Pero... ¡si ahora me pareces otro!... ¡Salvaje!... ¡Gigante!... ¡Mamá! ¡Papá! ¡Venid pronto! ¡Corred! ¡Es Dick! ¡Miradle! ¡Oh!... ¡Gracias a Dios! ...

Belding se apartó llevando a Nell consigo. Un instante después, ella y Mercedes se confundían en-estrecho abrazo, siguiendo un momento de general y alegre salutación.

El yaqui, apoyado en un árbol, contemplaba el recibimiento dispensado a los recién llegados. Nadie parecía acordarse de él, hasta que Belding, siempre atento a los requerimientos de los caballos, llamó a Blanco Diablo diciendo al indio que trajese los demás. Los llevaron a las cuadras, desensillándolos y soltándolos después en el predio de alfalfa. ¡Qué gozo experimentaba al volver a ver a sus queridos peliblancos en su familiar cuadra! Era un espectáculo que creía no volver a presenciar. No obstante el ansia de ver a los batidores, no sabía separarse de aquel sitio.

Al volver por fin a la casa se halló con que nadie requería su presencia. Jim y Ladd yacían en los lechos que durante tantos meses les habían esperado. Su sueño era tan profundo como el de la muerte. Belding los contempló con curiosidad. Se habían limitado a despojarse de las chaparreras y las botas. Sus ropas estaban hechas jirones. Jim parecía no tener más que la piel sobre los huesos, flaco, quemado por el sol, fuerte como el hierro. El aspecto de Ladd le impresionó. El batidor parecía un anciano, arrugado, encogido, demacrado en extremo. Pero sus facciones, en las que se pintaban gráficamente las pasadas torturas, tenían algo de noble y de refinado, demostraban los destellos de su fuerza y su victoria.

Mercedes y Thorne habían desaparecido. Del aposento de los Gale llegaban a él murmullos de distintas voces, por lo que supuso a Dick entre los suyos. Saliendo al patio llamó a la puerta de Nell. El arrebol que cubría sus mejillas aún no había desaparecido, pero parecía anonadada y una sombra de temor velaba sus ojos. Belding quería hablar con alguien..., pero la expresión de Nell le contuvo. ¡Había olvidado! ... Nell leyó sus pensamientos en su rostro y, palideciendo, bajó la cabeza. Belding entró, se llegó hasta ella; hacía esfuerzos desesperados para dar con una frase oportuna, acabando por reconocer que mientras lo intentase no conseguiría articular una sola palabra.

-Nell, Dick ha vuelto sano y salvo - dijo -; eso es lo principal. Naturalmente, su llegada altera por completo los planes que... Los últimos tiempos no han sido muy gratos, pero ahora cambiará todo. Dick es tan leal como un y aqui. No dudes de que se las entenderá con ese títere de Chase. Tu madre regresará... y aclararemos este misterio... y, Nell..., pase lo que pase, estoy seguro de que Dick Gale pensará como yo pienso. ¡Valor,

muchacha !

Atravesó el patio y se dirigió a los corrales; sentía necesidad de tener a su esposa al lado. De estar ella en casa no hubiera corrido tan de cerca el riesgo de matar a aquellos dos hombres y Nell no habría decaído de tal modo. La tragedia de la vida de su esposa, fuera cual fuese, no influía para nada en sus sentimientos hacia ella. Lo que más le dolía era lo que ambas mujeres habían sufrido y sufrían aún. Debía poner término a tal estado de cosas.

Encontró al yaqui acurrucado en un rincón del pajar, sumido en tan profundo sueño como los batidores. Mirándolo, Belding sintió de nuevo el urgente deseo de saber lo que había ocurrido desde la lóbrega noche en que el indio había encaminado los caballos hacia el desierto, pero refrenó su impaciencia y se entretuvo con tareas domésticas largo tiempo descuidadas. Poco después le interrumpió el señor Cale; radiante de excitación y contento le agobió a preguntas, que no le daba tiempo de contestar. Por fin, cuando quedó sin aliento, Belding consiguió meter baza.

-Escuche, señor Gale, por ahora sabe usted tanto como yo. Dick ha vuelto, han vuelto todos, famélicos, abrasados por el sol, hechos pedazos, agotados hasta el límite, pero vivos, ¡vivos y sanos! ¡Tenga paciencia! Piense que yo no pegaré los ojos ni probare bocado hasta saber la historia, pero... ellos tienen que dormir y alimentarse.

Y notando en el señor Cale algo más que la alegría por el regreso de su hijo, algo que le pareció orgullo de sus proezas, añadió:

-Y óigame bien. Si no quiere que se le vuelva el cabello completamente blanco y se le ponga de punta para cuanto le quede de vida... no esté usted presente cuando Ladd nos relate la historia de ese viaje por el desierto.

A media mañana del siguiente día los batidores salieron renqueando de la cocina, hacia los soportales.

-Repito que soy un inválido que necesita nutrirse - lamentábase Ladd -. ¡ Sopas! ¡ Caldo! ¡Qué es eso para mí! Necesito un canasto de pan y manteca y una fuente de patatas con salsa y verduras, toda clase de verduras. ¡ Ah 1 ¡ Y una torta entera de manzana ! Dadme lo

que queráis, menos carne. No quiero volver a ver la carne en mi vida... ¡Jim, tú solías ser un buen amigo que sacaba la cara por Carlos Ladd!

-Ladd, me tienes a tu lado con un revólver en cada mano-replicó quejumbrosamente Jim -. ¿Hambriento? Al olor del desayuno que sale de esa cocina se me ha hecho la boca agua, de tal manera que por poco si me ahogo. ¡Opino que nos tratan de un modo incalificable

-¡Pero yo estoy muy enfermo -protestó Ladd -, y siento que me voy a desmayar de un momento a otro si alguien no me alimenta ! Nell, antes tú decías que me apreciabas.

-Y ahora también, Ladd -replicó Nell.

-No lo creo. Una mujer que tuviera el corazón en su sitio no podría soportar el espectáculo de un infeliz que se muere de hambre... ¡Mira a Dick 1 ¡Apuesto cualquier cosa a que ha comido patatas y salsa... y torta... y... !

-Ladd, Dick no ha tomado más de lo que te he dado a ti. Tal vez menos.

-Entonces, lo has acompañado con besos, porque no se queja del tratamiento.

-¡Si crees que eso te pudiera consolar!...

-Mucho te quiero, Nell, pero en este momento prefiero pan con manteca.

-¡Oh, Ladd, qué cumplido!... - rió Nell -. Lo siento mucho, pero son órdenes de papá.



Librodot

-Ladd - intervino Belding -, tenéis que ir acostumbrándoos poco a poco a comer. Ya lo sabes. Si fueras tú quien tuviera a su cargo a unos cuantos pacientes de inanición, serias aún más severo.

-Pero... ¡si estoy muriéndome!...

-En tu vida has estado enfermo, y si cuantos balazos he visto en tu pellejo no han podido contigo...

-¿Se me permite por lo menos fumar?-preguntó Ladd, más animado-. ¡Dios! ¡Yo solía fumar! ¡Se me ha olvidado ! Nell, si quieres que te reintegre a mi colección de ángeles, búscame tabaco y una pipa.

-Yo no he soltado la mía -dijo Jim pensativamente-. Opino que la he llevado vacía entre los dientes seis o siete años. ¿No te parece, Ladd? Aún veo la rojiza lava y la bruma y el crepúsculo... ¡Hacía calor y el lugar era bien solitario 1 ... ¡ Y el silencio!... ¡ Y el yaqui, siempre

atisbando hacia el Oeste! ¡Y Ladd, con su tablero de damas! ¡Y Mercedes consumiéndose hasta quedarse solamente con los ojos! ... ¡Lo tengo todo grabado aquí..., no se me olvidará ! ...

-¡Cierra el grifo! - interrumpió bruscamente Belding -. Vale más que nos cuentes adónde os llevó el yaqui..., que le ocurrió a Rojas..., por que habéis tardado tanto...

-Opino que Ladd lo contará mejor. Cuando llegue a lo de Rojas, os contare lo que vi. Él no asistió a esa parte, que fue la más...

-Estoy muy enfermo, pero aún me quedan alientos para hablar -dijo Ladd -, a más de que no puedo permitir que Jim exagere las cosas.

El batidor atasco la pipa que Nell le había procurado, le dio ávidamente unas cuantas chupadas y se acomodó en un banquillo, dispuesto a comenzar. Nell miro a Dick, que pretendía escabullirse. Mercedes se alejó seguida de Thorne. El señor Cale trajo sillas y llamó con reprimida excitación a su mujer y a su hija. Belding se apresto a escuchar, aguijoneado su interés por la aversión que mostraba Dick a quedarse.

El batidor habló dos horas seguidas..., habló hasta que su voz se convirtió en un ronco murmullo. Al terminar su historia, reinó un impresionante silencio. Elsie Gale se puso en pie y, con la mano en el hombro de Dick y la mirada chispeante, manifestó a los batidores la opinión que una mujer tenia de ellos y del yaqui. Nell, abrazada a Dick, lloraba. La emoción fue superior a las fuerzas de la señora Gale. Su esposo, pálido y descompuesto, la acompañó a su aposento.

- ¡ El indio! ¡ El indio! - exclamó Belding -. ¿Qué os dije yo? ¿No asegure que seria insustituíble? ¿Recordáis lo que pronostique si se encontraba con Rojas? ¡Ladd, no hay leyenda alguna del Camino del Diablo que pueda correr parejas con la vuestra! La huida y la refriega fueron cosas de hombres, pero el vivir durante el tórrido verano y conseguir volver... ¡es un milagro! ¡Solamente el yaqui pudo realizarlo ! ¡El yaqui 1 ¡El yaqui 1

-Verdad; Carlos Ladd mirará a los indios con respeto de hoy en adelante. Pero en cuanto a la vuelta, Belding, no te olvides de los caballos. Sin el veterano Blanco Sol, el

Blanco Diablo, al que ya no aborrezco, y los demás peliblancos, no hubiéramos podido volver jamás. ¡El yaqui y los caballos! ¡Ésa es mi historia!...

En las primeras horas de la tarde del siguiente día, Belding encontró a Dick junto a la tinaja.

-Belding, esto es agua de río y además fangosa -dijo- Bien sabe Dios que no la desprecio, pero... he soñado tanto con nuestro manantial, que voy a beber.

-Nunca más, hijo. El manantial no existe. Está seco como una piedra.

-i Seco! - Gale le miro asombrado -. Pero... ¡ si ha llovido ! ¡ El río está como nunca ! ¡El manantial debería rebosar! ¿Qué ocurre? ¿Por que está seco?

-Puesto que te interesa, te diré que lo seco una sobrecarga de nitroglicerina.

-¿Nitroglicerina? - Dick tuvo un sobresalto-. En estos días no he pensado más que en mi familia, en Nell..., pero presiento que algo ocurre en el rancho, a Nell, a ti mismo... ¡Las rosas están marchitas! ... ¡Esa hierba ha crecido con las lluvias ! ¡ Esa zanja ! ... ¿Que ocurre? El rancho está descuidado. Ahora que me doy cuenta, veo que todo está de diferente manera.

-Sí, ha cambiado todo - replicó Belding con amargura -. Escucha, Dick. - Concisa, pero gráficamente, Belding le explico la historia de las operaciones de los Chase.

La primera manifestación de Dick pareció ser de asombro.

-¡Sin agua ! ¡Sin tenencias ! ¡Nuestros planes anticipados ! ¡Es increíble! ¡Río Forlorn con especuladores, negocios, ferrocarril, un Banco! ...

Súbitamente su sorpresa se trocó en recelo.

-¿Esos Chase han procedido lealmente?

-¡Como salteadores de camino ! ¡Peor que bandidos mejicanos! -dijo acerbamente Belding.

-Y ¿dices que la ley les ampara?

-Absolutamente. Ben Chase tiene enorme influencia. Nos han estafado, han pisoteado nuestros derechos y no pedemos ni siquiera intentar hacer nada.

- ¡ Oh ! ¡ Lo siento en el alma, sobre todo por Ladd ! - dijo Gale con verdadera emoción -. Está acabado. No podrá volver a caballear. Su idea era establecerse aquí, en una granja que habría montado en los terrenos que creía poseer, criar caballos y... ¡es tremendo! Aún no la sabe. Precisamente hoy me decía que proyectaba ir a ver sus tenencias. ¿Quien se atreve a darle la noticia? ¿Qué hará cuando sepa...?

-He pensado en ello más de lo que tú te figuras, y me preguntaba como lo tomarías tú mismo.

-¿Yo? Yo iré a visitar a los Chase. Y valdrá más que' no pierda tiempo. Si Ladd tercia en el asunto correrá la sangre. Aún no está en su cabal juicio. Si se le deja es' capaz de matar a esos individuos, pero si yo...

-Tienes razón, Dick, aunque tampoco estoy muy seguro de ti. Además, hay otra cosa. Has de pensar en Nell y en su madre.

El batidor miró a Belding con mirada sostenida y penetrante.

-Puedes estar seguro de mí.

-Sea; entonces, escucha-añadió Belding, y con voz incierta y entrecortada contó a Gale la persecución de que Nell había sido objeto por parte de Radford Chase, el motivo de la marcha de su esposa, toda la triste historia.

-¿De modo que ese es e)• disgusto? ¡Pobre muchacha ! - murmuro -. ¡ Ya sentía yo que ocurría algo raro ! Nell no era la de siempre..., y cuando le suplique que accediera a mis deseos de casarse pronto, ya que mi familia está aquí, no pudo ni hablar...

-Fue muy duro para ella-dijo simplemente Belding -, pero ahora que tú has vuelto, todo irá mejor, aunque la conozco. Se negará a casarse y te costará trabajo persuadirla. Creo conocerte; a no ser así, no te habría dicho...

-¡Belding ! ¿Que pretendes insinuar? ¿Te atreves a suponer que si... si... eso fuera cierto, podría hacer mella. alguna en mí?

-¡No, Dick, no quise decir eso! ¡Es que no sé expresarme..., y me ha llegado al alma!

-¡Por amor de Dios! ¿Acaso crees lo que Chase te ha dicho? - preguntó apasionadamente Gale -. ¡ Es mentira! ¡Estoy seguro de que es mentira! ¡Ven conmigo! ¡Oh! ¿Por qué no me lo dijiste?

Belding se vio arrastrado donde Nell estaba, sentada ante su puerta. La doncella, al verle, se sobresaltó, palideciendo.

-Querida mía, ahora acabo de saber por qué no llevas el anillo de mi madre -dijo, en voz baja, Dick.

-¡ Dick, no soy digna de llevarlo! -replicó tendiéndole la mano, en cuya palma reposaba el aro de oro.

-¡Mírame, Nell! ¡Es tu anillo de prometida!... Escucha. ¡ No creo en esa historia que te ha torturado ! ¡ Sé que es mentira! ¡Estoy absolutamente seguro de que tu madre nos demostrará que lo es! Tal vez fue víctima en su tiempo... ¡Pero lo que tú temes no es cierto! óyeme, querida. Aunque lo fuera, no haría la más mínima huella

en mí. Te prometería, por mi honor, no volver a pensar en ello. Si es posible, te amo aún más por cuanto has sufrido, aún más te deseo por esposa para hacerte olvidar...

Se puso en pie y la besó apasionadamente.

-¡Oh, Dick ! ¡Que bueno eres ! ¡Que bueno eres ! ...

,No sabrás nunca... nunca... lo que tus palabras suponen

para mí,.... ¡ Me han devuelto la vida ! ...

-Entonces, ¡todo está arreglado! ¿Cumplirás tu pro

mesa? ¿Te casarás conmigo?

La animación desapareció de su rostro y sus ojos se ensombrecieron.

-¡ Nell ! -exclamó vivamente Dick.

-¡No me lo preguntes, Dick! ¡No puedo casarme contigo...

-¿Por qué?

-Ya lo sabes..., es cierto que yo...

-¡Es falso ! -interrumpió fieramente Gale -. Pero, aunque fuese cierto... ¿Por qué no quieres cumplir tu palabra? ¡Entre tú y yo no hay más que amor! ¡El amor está por encima de todo! ¿No me amas va?

Se habían olvidado de Belding, que, retrocediendo, se disimulaba en la sombra.

-Te amo con toda la fuerza de mi alma y de mi corazón. Por ti daría la vida-murmuró Nell con las manos crispadas -, pero no quiero afrentarte.

-Nell, te has preocupado tanto con este asunto que has perdido el justo sentido de las cosas. Te repito que me considerare, no ya el más feliz, sino el más afortunado de los mortales si accedes a ser mi esposa.

-¿Y tu familia, Dick? ¿Me aceptarían por tu mujer?

-Seguramente.

-¡No! ¡Oh..., no...!

-Te equivocas, Nell. Me alegro de que hayas hablado

así. porque das oportunidad para comprobarlo. Ahora mis

mo vos a enterarles de todo en menos de cinco minutos.

- ¡ Dick 1 ¡ No se lo digas a... tu madre ! - gritó Nell con los ojos arrasados en lágrimas-. ¡No se lo digas Oh ! ¡ Es tan altiva ! Y... ¡ la amo ! ... ¡ No se lo digas ! ... Por favor! ¡Por favor! ¡Está a punto de marchar! ¡No es necesario que sepa... ! ¡Quisiera que guardase un buen recuerdo mío ! ¡ Dick! ¡ Te lo suplico 1 ¡ Oh ! ¡ Si el temor de que ella

lo supiera ha sido lo que más me ha hecho sufrir! ¡Por favor! ¡No vayas!

-Nell. lo siento. ¡Siento no poder complacerte! Pero estás equivocada. No ves claramente la situación. Estoy luchando por tu felicidad, que será la mía... Espérame..., no tardare en volver.

Cruzó rápidamente el patio s desapareció. Nell se quedó desolada junto a la puerta. Al cruzarse su mirada con la de Belding, sacudió tristemente la cabeza. Esperaron en silencio; les pareció la espera interminable. Al reaparecer Gale, Belding sintió un estremecimiento. Dick se acercaba apresuradamente, ansioso, arrebolado el rostro, arrogante, casi sonriendo.

-Se lo he dicho. jure que era una mentira, pero quise que decidieran por ellos mismos. No necesite ni un minuto para convencer a Elsie. Mi padre está loco por ti. Tampoco fue preciso mucho para que se pusiera de mi parte. Madre fue la más indecisa. Quiso saber cuanto había que decir. Es altiva..., sí; pero, Nell, hubiera querido que la vieras cómo tomó la historia. ¡Ni se preocupó de mí, hasta después de haber llorado por ti! ¡También te quiere! ¡Me complace tanto el podértelo afirmar! Mi madre se hace cargo de la parte que has tomado en... en la regeneración de Ricardo Gale. No solamente consiente, sino que desea que seas mi esposa. ¿Lo oyes? Y aún más..., me hizo prometer que viviremos con ellos, en el Este, la mitad del año. Eso quiere decir Chicago, Nueva York, Cabo Mas... Como ves, ya no soy el hijo pródigo. Tendrás que aprender quien es el verdadero Dick Gale. Pero, por mi parte, quiero ser siempre el batidor que tú me ayudaste a ser, y montar a Blanco Sol, ¡a ver... un poquito de desierto! ¡No' te dejes asustar por la idea de las grandes ciudades! ¡Amaremos siempre los grandes espacios! Ahora dime que has olvidado todo ese trastorno.

Ya sabía yo que acabaría bien. ¡Prométeme que nos casaremos pronto!... Pero, ¡Nell! ¿Estás llorando?... ¡ Nell ! .. .

-¡Se me parte el corazón porque... no... puedo aceptar! -balbució la joven.

La alegre expresión del rostro de Dick desapareció como por encanto. La realidad, pensó Belding, hacía frente a los sueños.

-¡Ese miserable de Radford Chase divulgará mi secreto! -exclamó Nell -. ¡Me juro que si tú volvías y nos casábamos, nos seguiría hasta el fin del mundo para publicarlo Belding vio a Dick palidecer súbitamente.

-Entonces, ¿es que Chase te amenazo?-pregunto con forzada naturalidad.

-¿Amenazarme? ¡ Hizo de mi vida una pesadilla ! - replico Nell con inesperado torrente de palabras -. Al principio me extrañó que molestase a madre de tal manera, pero ella no quiso decirme la causa. Después, cuando se marchó, empezó a insinuar cosas ; se me hizo más odioso. Pero cuando me las dijo..., me asusté avergonzada, aunque seguía resistiéndome. Cuando estaba sereno, era tolerable; pero borracho, se convertía en un demonio. Se mofaba de mí y de mi orgullo. Cuando se dio cuenta de que tu madre y tu hermana me cobraban afecto, empezó a amenazarme. Si no accedía a sus deseos, se encargaría de enterarles de la verdad. ¡Eso me hizo flaquear, aunque casi me costo la vida! ¡Pero no podía soportar la idea de que tu madre supiera! ... Así y todo, no me sentía con valor para casarme con él..., a más de que la mitad del tiempo, cuando estaba borracho, era él mismo quien no me quería por esposa. ¡Cuando volviste..., estaba a punto de perder la razón!

Terminó con apagada voz, mirándole triste y desconsoladamente. Belding sentía hervir la cólera en su pecho y se esforzaba por aparecer tranquilo. Observaba a Cale,

creyendo adivinar los proyectos del batidor. Gale estrechó a Nell contra su pecho.

¡Querida nena!, Lo peor ya está pasado-dijo dulcemente-. No quiero renunciar a ti. Ahora ve a descansar y procura tranquilizarte. No te preocupes más. No están las cosas tan mal como tú supones. Confía en mí. Sellaré radicalmente los labios del señor Radford Chase.

Al desprenderse de sus brazos le miro vivamente, juntando las manos en suplicante actitud.

-¡Dick! ¿No irás a su encuentro...?

Gale se echo a reír; su risa sobresaltó a Belding.

-¡Dick, te lo ruego, no provoques un conflicto! ¡Bastante nos han perjudicado ya los Chase 1 ¡Son ricos, poderosos! ¡Dick, dime que no empeorarás la situación! ¡Prométeme que no irás en su busca !

-¿Tú me pides eso? -pregunto.

-¡Sí! ¡Yo! ¡Sí!...

-Pero, ¿no sabes que es en vano? ¿Que clase de hombre supones que soy?

-Es que tengo miedo, Dick. Te herirá por la espalda.

-No, Nell, un individuo de su calaña carece de valor hasta para eso.

-¿Irás? -preguntó desencajada.

Gale sonrió.

-Dick, ¿no puedo retenerte?

-¡No!

La hija del indómito Oeste predomino sobre la temerosa Nell. Con chispeante mirada y encendido rostro, tomo el de Dick entre sus manos, besándole en los labios.

Gale abandono el patio, seguido por Belding. Pasaron por el gabinete. En los soportales estaban reunidos los batidores, el señor Gale y Thorne. Dick entro en su habitación sin pronunciar palabra.

-Algo está a punto de pasar-observo Ladd incorporándose.

Belding murmuro algunas frases y recordando una impresión que había deseado causar al señor Gale, acentuó su importancia.

-Mejor sería detener a ese muchacho-dijo mirando al anciano -. En el estado en que está es capaz de hacer un disparate.

-¿Detenerle? Seguramente - replico el señor Gale, poniéndose en pie con nerviosa premura.

Dick salió de su aposento. Belding le miro con fijeza.

El único cambio visible era su sombrero y un par de recios guantes.

-Ricardo, ¿donde vas?-preguntó su padre.

-Al poblado, a ver a un individuo.

-No; deseo que te quedes aquí. Te prohibo que te vayas-dijo el anciano poniéndole una mano en el hombro. Respetuoso, pero firmemente, Dick apartó a su padre.

-Padre, aún no me he curado del vicio de desobedecerte. Lo siento mucho. No intervengas en este asunto, y... no me sigas. Podrías presenciar algo desagradable.

-Pero, hijo mío, ¿qué vas a hacer?

-Voy a castigar a un perro.

El señor Gale miró perplejo a su hijo y a Belding. Dick salió de los soportales.

- ¡Alto! -la voz de Ladd hubiera detenido a cualquiera -. ¿te ibas sin mí?

-Sí; ando mal de memoria en estos momentos, Ladd.

-Eso veo. Espera un minuto. Estoy moribundo, pero nadie hace títeres en estos contornos sin mí.

Fue renqueando a su habitación. Jim Lash sacudió la pipa vaciándola y, silbando su eterno aire de rigodón, silbó a Ladd. Un momento después reaparecían ambos ciñendo sus pistoleras.

Al verlos el señor Gale, palideció, echándose a temblar. -Quédese aquí -murmuró Belding -. Dick va a cas

tigar a un perro bípedo y los batidores suelen excitarse cuando van armados.

-No quiero quedarme -replicó resuelto el señor Gale-. Quiero ver que ocurre. Belding, creo no equivocarme al decir que Dick va a pelearse con los Chase, esos ladrones que le han arruinado a usted.

-No puedo asegurarle que haya pelea por ambas partes-repuso Belding -, pero es posible que algún mejicano lleve también revólver...

El hacendado apretó el paso para alcanzar a Dick mientras el señor Gale seguía con Thorne.

-¿Dónde encontraremos a esos Chase? - preguntó Gale a Belding.

-Tienen un local junto a la posada. Lo llaman su casino. A estas horas, Radford debe estar allí. El viejo..., no lo sé, pero su despacho está ahí enfrente.

Pasaron varias casas, doblaron la esquina de la calle principal y se detuvieron ante un edificio bajo, de adobe. Varios caballos estaban encabestrados a un poste. Algunos mejicanos holgazaneaban recostados con indolencia en las paredes de la fachada y junto al amplio portal.

-Ahí está Ben Chase, en aquel rincón - dijo Belding -. ¿Ves? Aquel alto del cabello blanco, con la banda de cuero en el sombrero. Nos ha visto y comprende que

se prepara algo. Tiene a su gente alrededor. Seguramente el joven también anda por aquí.

Entraron. El aposento era una gran sala, faltándole únicamente el mostrador para parecer una taberna. Había dos mesas de billar. Evidentemente, Chase había montado el local para distracción de sus obreros y uso de sus ingenieros ayudantes, porque entre los grupos se veían mejicanos v americanos. Una mesa junto a la ventana estaba rodeada por un círculo de jugadores, fumando, charlando v alborotando.

-Dime quién es Radford Chase - dijo Gale.

-¡Allí! ¡Aquel de rubicundo rostro y ojos saltones!

Mira! ¡Ha soltado las cartas y va no está tan rubicundo!

Dick atravesó la pieza.

Belding cogió por un brazo al señor Gale, murmurando:

-¡No pierda detalle ! ¡Será estupendo ! Observe a Dick v a Ladd. Si empiezan a disparar, póngase detrás de mí.

Dick se detuvo junto a la mesa. Su pie, reciamente calzado, la echó a rodar, volando por doquier vasos, cartas y fichas. Al comenzar a levantarse los atónitos jugadores, Dick exclamó:

-Me llamo Gale. Busco al señor Radford Chase.

Un individuo alto y fornido se puso en pie intrépidamente, incluso con cierto descaro, mirando a Dick.

-Yo soy Radford Chase.

Su voz desmentía la intrepidez del movimiento.

A los pocos minutos todo había terminado. Mesas y sillas yacían en confuso montón; uno de los billares estaba de canto ; las lámparas, hechas añicos, chorreaban aceite por el suelo. Ladd se apoyaba en un poste, con un revólver humeante aún en la mano. Un mejicano agazapado junto a la pared gemía con un brazo roto. En el rincón más apartado, sostenido por varios compañeros, otro indígena herido se quejaba a gritos.

Ambos habían intentado disparar sobre Gale, pero Ladd les había salido al encuentro.

En el centro de la sala yacía la inerte, sangrienta y lacerada figura de Radford Chase. No estaba seriamente herido, pero sí aniquilado, gráfico ejemplo de un vapuleado granuja, que conocía su condición y sabía que todos los ojos estaban fijos en él. Sollozaba, gemía, aullaba, pero nadie se brindaba a levantarle.

Junto a la puerta estaba Ben Chase, despojado por una vez de toda su autoridad, de todo su valor y su confianza. Gale le afrontó y su aspecto ofrecía marcado contraste con la serenidad con que había entrado en la sala. Aunque el sudor corría por su frente, estaba blanco como la cera. Sus ojos relampagueaban de cólera. Acercándose a Chase,. sacudió un enguantado puño ante su rostro.

-¡Hoy le han salvado sus canas!... Pero, ¡apártese de mi camino! Y cuando ese..., su hijo, vuelva en sí, dígale que cada vez que le encuentre añadiré algo a la lección que acaba de recibir.

# XIX

A primeras horas de la mañana, Gale, buscando soledad para poder rumiar sus cavilaciones, se alejó del rancho. No era tarea fácil eludir al yaqui, y apenas había hallado lo que creyó un refugio cuando apareció el indio, silencioso y misterioso como siempre.

- ¡Malo! - dijo con profunda voz.

-Sí, yaqui, sí; malo, ¡muy malo ! -replicó Gale. Habían enterado al indio de las perdidas sufridas por Belding.

-Ven conmigo... -dijo señalando con impresionante expresión hacia las opalinas «Montañas Sin Nombre».

Parecía el de siempre, pero una simple ojeada convenció a Dick de que un extraño y nuevo poder le animaba.

-¿Por que quiere mi hermano llevarme a las montañas: que nadie sabe nombrar? - preguntó.

-¡Lluvia de oro! -replicó el yaqui levantándose y haciendo signos cuya interpretación fue difícil para Dick.

Lluvia de Oro era el nombre con que el indio designaba a Nell. Pero, ¿que relación existía entre ella y las montañas? ¿Querían sus ademanes sugerir la idea de una lluvia de dorados capullos del árbol legendario? ¿Una lluvia de oro literalmente? Gale se sobresaltó al cruzar una idea su cerebro. ¡El yaqui quería significar oro! ¡Oro! ¿Quería decir que era factible restablecer la fortuna del hermano blanco a quien debía la vida? ¿No consideraría nunca bastante pagada su deuda?

-¿Vienes... conmigo? - repitió.

-Sí, yaqui.

Dick corrió a su aposento, calzándose unas recias botas claveteadas; llenó la cantimplora y se fue a los corrales. El yaqui le esperaba llevando un lazo adujado y un palo. Sin añadir palabra siguieron el álveo del río hacia las montañas, sin que nadie se percatase de la marcha.

Lo que antaño fuera un estrecho sendero bordeado de mezquites, era al presente un bien apisonado camino. Una acequia llena de agua turbia corría paralelamente a el. Aunque Gale había sentido curiosidad por las operaciones de los Chase, un resentimiento le había disuadido a ir a visitar las obras. No le sorprendía ver que los ingenieros que habían construído las zanjas y la represa se habían anticipado a todos sus planes. El terrible año seco de los mejicanos ya no seria una constante amenaza para Río Forlorn.

El yaqui siguió adelante hasta llegar al punto en que la corriente del río se precipitaba desde las inaccesibles alturas. Dick no había pasado nunca de allí, aceptando la opinión de Belding de que no había blanco capaz de escalar las «Montañas Sin Nombre» por el Oeste. Pero... un blanco no era un indio. El yaqui abandonó la quebrada, trepando por una caótica confusión de rocas y antiguos aludes, siguiendo un curso paralelo a la base de la gigantesca ladera, al parecer buscando punto a propósito por donde comenzar el ascenso. El lugar, a juicio de Gale, hubiera sido el menos propicio para la ascensión. Ante ellos se elevaba el acantilado de piedra, interceptando la luz, formando una enorme masa montañosa. Cisuras, cuevas y grietas sin cuento desfiguraban los abombados declives de parda roca.

El yaqui ató un extremo del lazo al palo y, haciéndolo girar sobre su cabeza, lo arrojó hacia el primer borde del saliente, a unos treinta pies de altura. El palo no quedó encajado. Repitió la operación hasta conseguir que quedase alojado en una cisura. Tiró fuertemente y, viendo que no cedía, empezó a gatear, trepando cogido a la cuerda del lazo, con los pies apoyados en la casi vertical pendiente. Cuando alcanzo el saliente, hizo señas a Dick de que le imitase. Gale hallo aquel modo de escalar una ladera rápido y relativamente fácil. El yaqui desalojo el palo, tirándolo por igual procedimiento a otro saliente superior. El tercer intento les llevo a un punto en extremo escabroso, a unos trescientos pies sobre la base. El yaqui dio un rodeo hacia la izquierda, seguido de Gale, hasta llegar a un trecho más llano, pero desde el que era imposible abarcar extensión alguna. Por todas partes surgían truncadas secciones de acantilado.

La ascensión se hizo más penosa. Gale era superior al indio en terreno llano, pero en pendiente el yaqui se distanciaba con facilidad. No era cuestión de fuerza ni de ligereza, era más bien cuestión de pulmones, y el indio se había pasado la vida escalando alturas. Gale creyó oír el rumor del agua corriente, sin que pudiera precisar su situación. Gradualmente lo olvidó todo, dominado por las sensaciones físicas del ascenso. Tenía pies y manos ensangrentados, respiraba con dificultad y tenía el cuerpo bañado en sudor. Su corazón latía con extraordinaria violencia y había momentos en que se le nublaba la vista. Cuando por fin alcanzo al yaqui, que le esperaba en el borde de una inmensa valla rojiza, estaba agotado.

Se tendió en el suelo sin darse cuenta de nada, salvo del azul del cielo. Cuando se sentó, quedo atónito al ver que la penosa ascensión le había situado escasamente a mil pies del Valle. El yaqui le puso una mano en el hombro. Era una mano broncínea, poderosa. El indio escuchaba. ¡Con la cabeza inclinada, los ojos dilatados, el cuerpo rígido! ¡Como recordaba a Dick aquellas terribles y solitarias horas en la lava!

-¿Que oyes, yaqui? -pregunto, cediendo a la sutil influencia del medio. A veces se

preguntaba si el indio sería capaz de percibir cosas que no producían ruido algimo.

Fuera lo que fuese lo que el indio escuchaba o esperaba oír, pareció satisfacerle, y dando un gemido que Gale no supo como interpretar, se puso en pie y se aparto del reborde. Dick le siguió, ya descansado y ansioso de ir adelante. Vio que el enorme acantilado que acababa de escalar era como una escalinata gigantesca que conducía a las encumbradas alturas de la meseta superior.

De nuevo oyó el ruido de agua despeñándose. El yaqui ascendió a un pequeño promontorio y se detuvo. Un momento después, Gale se encontró sobre una insondable cisura en la que se precipitaba un curso de agua. Con atónita mirada siguió el torrente, que terminaba en una sombría laguna de un azul oscuro, cuyas agitadas aguas le daban apariencia de hervidero. Era un manantial, probablemente la salida de un río subterráneo procedente de la meseta.

¡El yaqui había llevado a Gale al nacimiento del río Forlorn ! Su primera idea fue demarcar allí una tenencia que nadie podría arrebatarle. Zanjas y regueros en las inclinadas laderas llevarían el agua al valle. La represa de Ben Chase sería inútil si Gale desviaba el curso natural del río. ¡La fuente de origen de la misteriosa corriente le pertenecía!

El yaqui refreno con un inopinado ademán su impaciencia y su creciente entusiasmo. El indio demostraba admiración y duda. Su extraña mirada contemplaba la borbotante laguna como si no diera crédito a sus ojos.

Dick se convenció de que veía por vez primera el nacimiento del río Forlorn. Si alguna vez había escalado la montaña, probablemente lo hizo por algún otro punto. Se veía a las claras que no estaba seguro del terreno.

Alejándose de la laguna, ascendió por una pequeña ladera que conducía a un escarpado risco. Una nueva sorpresa le detuvo. Era un montón de piedras medio derruido, pero conservando forma suficiente para demostrar que lo había erigido la mano del hombre.

El yaqui lo examino por todos sus lados y su curiosidad evidencio mayor incertidumbre. Gale, no menos sorprendido ante aquel montón de piedras, se preguntaba si sería un mojón indicativo de algún denuncio minero.

- ¡ Ugh ! - gruño el indio, y aunque la expresión no demostraba contento, por lo menos puso punto a sus dudas. Señalo hacia el techo del inclinado saliente de piedra. En él se veían leves impresiones de muchas manos con los dedos extendidos. Gale había visto con frecuencia dibujos tales en las praderas de las cuevas del desierto.

Los movimientos del yaqui se aceleraron, impresionando a Gale, porque el indio rara vez demostraba precipitación. Agachado, busco por el suelo, bajo el saliente, y recogió puñados de piedras pequeñas y negruzcas que entregó a Dick. Su peso le extraño, sobresaltándole. Después su compañero eligió un trozo de roca medio disgregada por la acción del tiempo, estrellándola contra la pared. Se hizo pedazos, que recogió también, enseñándoselos a Dick. Contenían estrías amarillentas y leves surcos verdosos. ¡Era oro!

Gale sintió que le temblaban las piernas y se sentó, poniéndose en el regazo los trozos de mineral. Torpemente, con su cuchillo, rascó los negros pedruscos, encontrando oro. ¡Era un sueño que se convertía en realidad! ¡El yaqui le había llevado a una mina de oro! Gale entendía lo bastante para saber que era un descubrimiento de importancia. ¡La suerte pasaba del indio a Belding; a Nell, que lloraba la perdida de su manantial; a Ladd, inutilizado para su profesión; a Jim Lash, que había jurado consagrarse a su amigó !



Librodot

¡Todos aquellos seres tan queridos eran pobres y ahora serían ricos ! Los asociaría a su descubrimiento. Había encontrado el origen del río Forlorn y era rico en agua. Ahora el yaqui le hacía rico en oro. Ansiaba correr a llevar la fausta nueva a sus camaradas.

Súbitamente el yaqui lanzó un extrañó y misterioso grito, aquel grito asociado siempre con la muerte. tale sintió un escalofrío.

El indio escarbaba en la arena y el polvo, bajo la inclinada pared del saliente. Tropezó con un objetó que sonó al tocar la piedra. Era una hebilla de cinturón. Sacó despues unas botas, desgastadas, encogidas, abarquilladas por el tiempo. Luego otras cosas que hicieron detener la búsqueda.

¡La tumba de buscadores de oro en el desierto!

Gale había visto más de una, y Ladd le había contado historias de hallazgos semejantes. Era terrible, escalofriante.

La penetrante mirada del yaqui se posó en una roca plana próxima, tomando de ella un pequeño objeto que alargó a Gale, sin aparentar curiosidad.

¡Que extraña sensación experimentó al recibir la cajita oblonga ! ¿Era solamente la influencia del yaqui, ó una invisible presencia junto a la profanada tumba? Presentía que algo sobrenatural gobernaba sus acciones. Ni un accidente, ni la suerte, ni el anheló del yaqui de pagar su deuda explicaban aquel momento. Sin saber por qué, Cale supo que tenía entre manos algo más preciado que el oro.

La caja era de hojalata, perfectamente conservada. Dick abrió la tapa. Contenía un paquete envuelto en algo que debió de ser hule. Desenvolvió el paquete. Un papel doblado quedó en sus manos.

Estaba amarillo por el tiempo, pero pudo distinguir en él una confusa tracería de palabras, unos garrapatos escritos con sangre, casi indescifrables.

«Nosotros, Roberto Burton y Jonás Warren, hacemos donación por mitad de la mina de oro aquí demarcada a quien esto encuentre y a Nell Burton, nuestra higa y nieta. »

Jadeando, con el corazón estallándole en el pecho, abrumado por una sensación de indecible alegría, con temblórosas manos, Gale desdobló el papel.

Era la certificación del matrimonio celebrado veintiún años antes entre Roberto Burton y Nellie Warren.

# XX

Un glorioso día de verano, un día de sol y calor, plácido y serenó, amaneció sobre Río Forlorn.

La señora Belding regresó aquel día, encontrando a su hija en plena felicidad, y el ayer, sepultado para siempre en dos solitarias tumbas. tale pensó que no olvidaría jamás la dulzura, la pasión de su abrazó al llamarle hijo y darle su bendición.

El sacerdote que casó a Nell y a Cale celebró la ceremonia como si dijera sus oraciones, sin interés ni penetración, y pasó de largó, dejando tras de sí una estela de felicidad.

-Yo estaba moribundo - dijo Ladd - y casi muerto, pero... tendré que ponerme bueno.

Tal vez algún día podré volver a montar a caballo. Tú dirás, Nell. De momento, voy a darte varios besos y a desearte toda la dicha que hay por este mundo, y ¡Dick!..., como dice el yaqui, no hay duda de que ella es tu Lluvia de Oro...

Hablo de la fortuna de Dick al encontrar amor, con el hondo y triste sentimiento del hombre solitario que ha suspirado siempre por hallarlo, sin llegar a conocerlo.

Belding, readquirida su antigua importancia con proyectos mineros y planes hidráulicos a su cargo, no tenía palabras más que para ensalzar la suerte de Dick hallando oro que el llamaba «oro nativo».

-¡Oh, sí, nativo! -repitió el padre de Gale con justificado orgullo. Tal vez se alegraba del hallazgo. Ciertamente, era dichoso sabiendo que su hijo había alcanzado la mujer amada, pero a Dick le pareció que pretendía significar algo muy distinto al amor y la fortuna con su alusión al oro nativo.

Aquel hermoso día, al igual que la vida o el amor, no podía ser perfecto.

El yaqui fue a despedirse de Dick, con gran sorpresa de éste, que, en su vehemencia, había olvidado al indio. Era imposible transformar al yaqui.

Belding intento sobrecargarle de presentes. El indio acepto un saco de provisiones, una manta, un rifle, un cuchillo, una cantimplora y nada más. La casa entera le acompaño a los corrales, donde Belding le dio a escoger entre todos los caballos, incluso el Diablo. Gale temió un instante por Blanco Sol, censurándose el egoísmo que no podía evitar.

El yaqui llamo a los caballos por última vez. No concedió ni una mirada al fiero y altivo Diablo, ni al veterano Blanco Sol; ni escogió peliblanco alguno. De entre ellos eligió un bronco esbelto y de poder, sobre el que puso la manta y sujeto el fardo.

Después se volvió hacia sus amigos, inescrutable, silencioso, inconmovible, como siempre. La separación no suponía nada para él. Había tenido una deuda que pagar; ya pagada, volvía a sus lares.

Estrecho la mano a los hombres, miró un instante a Nell y sus ojos se posaron en el bellísimo y agitado rostro de Mercedes. Para la española debió ser un momento de intensa emoción. Le debía la vida, el amor y la felicidad. Le tendió las manos, pero el yaqui no las toco. Dando media vuelta monto el bronco, alejándose por el sendero ribereño.

- ¡Va a su patria ! -dijo Belding.

- ¡A su patria! -repitió Ladd.

Y Dick comprendió que el batidor sentía la invasión avasalladora de los recuerdos. ¡Su patria! ... ¡A través de los cactos y la lava, días solemnes, solitarios, noches silenciosas y místicas en el vasto y rojizo mundo desolado!

-Mercedes, Nell, Thorne, vamos a aquel montículo a verle marchar-dijo Dick.

Lo escalaron mientras los demás regresaban al rancho: Al llegar a su cumbre, el yaqui emprendía el ribazo opuesto al río.

-Ahora se volverá... a decirnos adiós -dijo Nell.

-Querida..., ¡es indio! -replico Dick.

Desde la altura le vieron cruzar los mezquites y entrar en los cactos. Su montura destacábase oscura contra el fondo verde y blanco, permaneciendo largo tiempo visible. El sol aparecía rojizo en el cielo desierto, completando el cuadro de salvaje belleza. Un instante después el yaqui desapareció.

Gale tuvo un inexplicable sentimiento de alegría. ¡El yaqui se reintegraba a su hogar, a los grandes espacios, a la desolación, a la soledad..., a los senderos visitados por los

espíritus de su pueblo y tal vez por sus dioses! Cale comprendió que en el yaqui había conocido el espíritu del desierto y que éste había despertado cuanto en él había de primitivo y salvaje.

Los magníficos ojos de Mercedes estaban arrasados de lágrimas, que Thorne enjugo con sus besos.

La acción volvió a Dick a la realidad presente. Allí estaba el desierto, maravilloso, ennoblecedor, terrible, pero su atracción había perdido gran parte de su encanto, el-dominio que sobre el había ejercido se desvanecía, vencido para siempre por la trémula sonrisa de Nell.

Inclinándose hacia ella, murmuro

-¡Lluvia de Oro!...

* FIN *